

Una apasionante intriga
entre señores y criados en
la Inglaterra de finales
del siglo XVIII

ANTOJO
DE
VIOLETAS

MARTINE
BAILEY

NOVELA

boóveda

ANTOJO
DE
VIOLETAS

MARTINE
BAILEY

bóveda

OceanofPDF.com

Índice

I. Villa Ombrosa

Medio año antes

II. La cocina, Mawton Hall

III.

IV. La cocina, Mawton Hall

V. La destilería, Mawton Hall

VI. El aposento azul, Mawton Hall

VII. Mawton Lodge

VIII. Mawton Hall

IX. De Mawton a Nantwich

X.

XI. Los grandes pantanos de las Midlands

XII. Stony Stratford

XIII. De Stony Stratford a Londres

XIV.

XV. La cocina, Devereaux Court

XVI. Devereaux Court, Londres

XVII. De Londres a Dover

XVIII.

XIX. Hôtel d'Anjou, París, Francia

XX. Maison de santé, París
XXI. Lyon
XXII. De Lyon a Saboya
XXIII.
XXIV. Del Piamonte a Montechino
XXV. Villa Montechino
XXVI. Villa Ombrosa
XXVII.
XXVIII. Villa Ombrosa
XXIX. Villa Montechino
XXX. La Foresta
XXXI. Villa Ombrosa
XXXII. Villa Ombrosa
XXXIII. Villa Ombrosa
XXXIV.
XXXV.
XXXVI. Villa Ombrosa
XXXVII. Florencia
XXXVIII. La Reina de Inglaterra, Florencia
XXXIX. La Reina de Inglaterra, Florencia
XXXX. La Reina de Inglaterra, Florencia
Agradecimientos
Créditos

*Para mis dos bisabuelas, Ada Milton,
célebre por sus tartas de boda,
y Gertrude Hill,
recordada por sus estupendas empanadas
y porque siempre tenía agua puesta
al fuego
para preparar el té*

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

I

VILLA OMBROSA

Toscana, Italia

Domingo de Cuasimodo, abril de 1773

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

Kitt seguía marchando a buen paso hacia la villa, y la inquietud se pegaba a él como el sudor rancio que empapaba su camisa. Estaba aturdido, algo lógico tras pasarse cinco días vomitando por la borda del barco. En Livorno, su puerto de llegada a Italia, había mirado con desprecio a los demás pasajeros ingleses que desembarcaban dando empujones sin parar de charlar, ataviados con llamativos atuendos de París y con los rubicundos rostros concentrados en escudriñar el tomo del *Grand Tour* del señor Nugent. Mientras perdían el tiempo con sus inmensos baúles de viaje, Kitt los dejó atrás a empujones. Sólo llevaba una alforja, que ahora le daba en las caderas. Él no era un simple turista, se dijo. Estaba aquí para localizar a Carinna, no para seguir un vulgar itinerario.

Sin embargo a sus dieciocho años Italia le era absolutamente desconocida. Indeciso, contrató los servicios del primer rufián sin afeitar que le agarró la manga y se le ofreció como guía. No tardó en arrepentirse de aquel intento de fanfarronada: en Lucca el pícaro lo animó a entrar en una miserable posada para que conociera a su pretendida y *bellissima* hermana... Ya para entonces Kitt había comprendido que estaba muy lejos de sus lugares predilectos de Covent Garden. Sin duda allá dentro lo aguardaba una banda de estafadores, o incluso de asesinos. La moneda que le había arrojado al sinvergüenza a guisa de despido lo dejó sin el caballo, pero más tarde bendijo a la señora Fortuna por ello.

No tenía noticias de Carinna desde la última carta que ella le había enviado, la misma que llevaba bien metida junto a las costillas. Se sabía las palabras de memoria y les dio vueltas de nuevo al tiempo que, con los ojos entornados, miraba la descolorida franja de camino que Carinna había recorrido más de seis semanas antes:

7 de marzo de 1773
Villa Ombrosa

Queridísimo Kitt:

Por fin he llegado, y me alegra mucho tener la llave de la villa de nuestro tío. Confía en tu hermana, porque al final todo saldrá bien. Perdona mis evasivas... Ojalá los relojes anduvieran más rápido para que pronto pudiéramos estar juntos de nuevo y todos nuestros problemas hubieran terminado. No puedo decirte más, pues no quiero confiar la verdad a un correo que tal vez vean otros ojos.

*Tu hermana,
Carinna*

La primera vez que leyó la carta sólo sintió una ligera alarma. ¿Qué era esa verdad que ocultaba Carinna, y quién se imaginaba que abriría su correo? Se había convencido a sí mismo de que no podía hacer nada, dado que adolecía de su acostumbrada falta de fondos. Luego, cuando sus cartas solicitando noticias no obtuvieron respuesta en cuatro semanas, y después en cinco, el nerviosismo aumentó hasta convertirse en una especie de locura. Entonces empeñó su mejor casaca y partió sin decir palabra a nadie. Le escribió a Carinna desde Marsella asegurándole que llegaría el Domingo de Resurrección. Pero primero el mal tiempo retrasó el maldito barco, y luego fue el océano, que no paraba de moverse, el que lo tuvo de acá para allá como un corcho. Todo se había puesto contra Kitt. Pero... ¿cómo había tardado seis semanas?

La verja de la villa cedió con un herrumbroso chirrido y al final de la avenida de tilos Kitt vislumbró la blanca mole del edificio. El sol se ocultaba y, mientras las botas crujían fuerte por la grava, entre los árboles pasaban franjas de luz color de miel. Se levantó una repentina ráfaga de viento que agitó las ramas con un siseo como el de un torrente escondido. Hasta la brisa vespertina ardía como el aliento de un animal.

Era una buena finca este retiro de su tío Quentin, aunque sólo el diablo sabía para qué vicio la habría adquirido tan lejos de las miradas inglesas.

Desde luego se quedaría un tiempo, pensó Kitt a medida que aparecía la amplia casa con sus leprosas estatuas, su terraza y su césped. Fuera lo que fuera de lo que huía Carinna, estaba en un cómodo refugio. Se reanimó al imaginarse a Carinna, primero contentísima de verlo y luego compadeciéndolo al oír el relato de su detestable viaje. Aún debían de estar durmiendo la siesta, se dijo. Una idea ingeniosa, aunque fuese extranjera. Más tarde descansaría él en una fresca almohada para aliviar su cabeza, que parecía a punto de estallar. Antes de la cena se bañaría, mandaría a los criados que le lavaran la ropa y se alejaría de toda su carga de preocupaciones cediendo al lujo del sueño.

—¿Carinna?

La llamó en medio del silencio, pero sólo le respondió el susurro de una rociada de hojas, secas como el papel. Al subir a la terraza encontró butacas que invitaban a sentarse y cojines desteñidos por muchas temporadas de sol. La puerta estaba entornada.

Entró en la densa sombra del vestíbulo.

—Carinna —insistió, parpadeando en medio del lóbrego frescor—. ¿Carinna? Ya he llegado.

No hubo más respuesta que el silencio. O no exactamente. Un campanilleo argentino le llegó desde la parte trasera de la casa. Allí había alguien. Al abrir la boca para llamar de nuevo se dio cuenta, de pronto, de que tenía la lengua demasiado seca para hablar. Ahora se oía otro sonido, extrañamente discontinuo e... inhumano. Un clinc y un repiqueteo como de uñas. Y luego aquel tintineo de campanilla de muñecas. Con silencioso cuidado, empujó la puerta para abrirla y pasó a la primera habitación. Estaba vacía. Vio un desvencijado mobiliario: un sofá, un espejo dorado y un reloj que marcaba el tiempo. De pie en la alfombrilla de la chimenea, Kitt escuchó con atención, sin dejar de mirar la puerta abierta que conducía a la parte de atrás de la casa. Ahora no oía nada salvo un grave y extraño zumbido. Sólo entonces, al inspirar fuerte, se percató del hedor: un denso olor a carne manida que recordaba las hediondas entrañas del barco del que acababa de escapar. Le dio una arcada y hundió la boca en el pañuelo. En el momento de bajar la cabeza sólo tuvo un instante para vislumbrar que un pequeño ser demoníaco cruzaba deprisa el suelo hacia él. Al tiempo que

soltaba un grito, le dio una fuerte patada con la bota de montar. El animal chilló de dolor y luego retrocedió gimoteando hasta pegarse al sofá.

—¡Bengo!

Por Dios, si era el pequeño doguillo de Carinna: un perro no más grande que una rata, con patas como pajuelas y ojos de coneja. Al cuello llevaba un collar del que colgaba un diminuto cascabel.

Kitt se agachó, llamó al perro en voz baja por su nombre e hizo amago de acariciarle el tembloroso lomo.

—¿Dónde está tu ama, amiguito?

En los ojos del perro ardía una chispa de recelo mientras su cola de gusano culebreaba, nerviosa. En el hocico tenía un pegote reseco de vómito amarillo.

Con el pañuelo tapándose la boca, Kitt vaciló. Habría apostado que la muerte estaba en esta casa. Se armó de valor para entrar en la habitación trasera y hacer frente a lo que había venido a buscar aquí, tan lejos.

Ante él se extendía una mesa preparada para un banquete. Sin embargo, ningún huésped se sentaba en las butacas de terciopelo. Nadie estaba desplomado sobre el mantel. Un enorme pedazo de carne ocupaba el lugar de honor, ondulando como si estuviera vivo por el enjambre de moscas azules que lo cubría. Las empanadas puestas sobre la porcelana dorada tenían manchas grises de polvoriento moho, y del pan brotaba una abultada y viviente pelambrera de hongos. Una pirámide de dulces se había venido abajo. Las uvas se habían arrugado hasta convertirse en fruncidas pasas. Mientras retrocedía a tientas Kitt vio una licorera de vino en el aparador y, sin pensar, alargó la mano para echar un trago reconstituyente. Pero cuando agarró la copa una bulbosa mosca salió reptando por el borde y, con un zumbido, voló hacia su cara. Al apartarla de un manotazo vio la escena con mayor claridad: gusanos de color perla se retorcían entre platos de moho, y el blanco mantel estaba manchado con regueros de endurecido excremento de perro. Inmediatamente volvió como un rayo al vestíbulo y a la puerta de entrada, abierta, donde, entre jadeos, respiró aire fresco en ansiosas bocanadas.

El aire reanimó un poco a Kitt, aunque no llevó tranquilidad a su alborotada cabeza. El rostro se le cubrió de sudor. ¿Dónde diablos estaban

los criados? Furtivo como una serpiente, Bengo se escabulló entre sus botas y echó a correr hacia los matorrales. Aquel perro sabía lo que hacía, se dijo Kitt. Carinna no estaba aquí. Algo había pasado. Su odio juvenil hacia las normas mezquinas y los oficiales de la ley le hizo sentir muchas ganas de escapar también. «Haz como si nunca hubieras estado aquí», le susurraba su instinto. Se apresuró a repasar su ruta: había mantenido en secreto su lugar de destino y antes de medianoche ya estaría lejos. Con todo, si se marchaba ahora jamás sabría qué había sido de Carinna. Tal vez estuviera arriba. Tal vez le hubiera dejado un mensaje. Maldición, tendría que volver a entrar.

Giró sobre sus talones y dio una somera vuelta por las habitaciones de abajo. Encontró un cuarto de estar con indicios de haberlo ocupado un ama de llaves u otro condenado mercenario. Luego una cocina aún desordenada por los preparativos de la comida. Los pasteles rotos que había en la mesa exhalaban una fragancia nauseabunda: el aroma recordaba lejanamente al de las azucenas en un entierro. Todo el piso inferior estaba desierto. Tuvo que detenerse de nuevo un instante junto a la puerta principal para refrescarse los pulmones. «Si está aquí», pensó, «viva o muerta, he de ir arriba a encontrarla».

La escalera crujía bajo sus pies. Kitt no sabía dar nombre a su temor. ¿Para qué inoportunos invitados estaba dispuesto aquel nauseabundo banquete? ¿Y por qué abandonaría Carinna a Bengo? Al llegar al primer piso, entró en los cuartos menos importantes y los halló vacíos. Luego entró en un cuarto de vestir donde se pudría el agua de un aguamanil. Por último se vio frente a una puerta, cerrada, con un picaporte de latón. Supuso que era la mejor habitación, la de las grandes ventanas que había sobre la entrada de la villa. Agarró el picaporte y lo hizo girar.

—¡Carinna!

Por un momento creyó que la había encontrado. Estaba de espaldas a él, vestida con un fruncido traje de seda rosada, completamente inmóvil en medio del cuarto. Al acercarse, Kitt distinguió bien lo que veía: el traje estaba puesto en un perchero de madera, en cuya cabeza, una esfera, reposaba el sombrero de Carinna; todo aquel despliegue era una cruel mascarada. Se acercó dando zancadas a la figura y se quedó mirándola de hito en hito, perplejo. El familiar aroma a violetas de Carinna salía del

vestido, engañándolo con la presencia de su hermana. Decepcionado, le asestó un golpe al burlón esqueleto de madera y mandó con estrépito la cabeza al suelo. Que aquello era una broma pensada para torturarlo lo supo con certeza al fijarse en su propia carta, bien remetida en el canesú del vestido. Conservaba la huella del lacre roto. Él mismo la había escrito desde Marsella hacía poco más de una semana. Se sentía como un lunático: perdido y desconcertado.

Sin embargo, al sacar la carta, algo más había salido para caer al suelo con estruendo: la Rosa de Mawton. Era el rubí de aquel viejo chapucero de Sir Geoffrey, una joya tan afamada por su intenso brillo color grana que valía más de mil libras. De modo que sí se lo había llevado, la chica lista. Con gesto codicioso, Kitt se guardó en el bolsillo la Rosa y la arrugada carta. Por último, dando tumbos, su mente llegó a la única conclusión posible: Carinna habría dejado a Bengo si estuviera enferma o enloquecida, o si la obligaran con una pistola, pero ¿abandonar una joya que valía una fortuna? Kitt supo en lo más hondo que Carinna estaba muerta.

No soportaba permanecer ni un momento más en aquella burlona casa. En accidentado descenso, bajó la escalera como un rayo y luego atravesó corriendo los árboles y la verja y volvió al solitario camino. Se preguntó si debía buscar a alguna autoridad. ¿Debería presentar una denuncia? No, no. Tenía la Rosa..., ¿por qué entregársela a un bufón de juez de paz? La necesitaba más que ellos. Además, si Carinna estaba muerta, él era su pariente más cercano. Y necesitaba dinero imperiosamente. Aquello era providencial. Ay, pero Carinna había muerto. Presentía que había llegado tan sólo unos pocos, y desgraciados, días demasiado tarde.

Tras él, una ramita crujió fuerte. Dando un grito de angustia, se volvió sin dejar de correr, medio tropezando pero temiendo detenerse a investigar. Densas sombras se cernían ya sobre él. A ambos lados del camino los matorrales se alzaban como las paredes de un laberinto, mucho más altos de lo que recordaba. Oyó rumor de pasos a sus espaldas. ¿Lo habrían visto? ¡Maldita sea, lo que había tardado en marcharse! Corrió más rápido, aferrándose con los dedos a las punzantes zarzas, dando trompicones con las botas. ¿Por qué había venido aquí? Casi había oscurecido. Lo acosarían toda la noche.

Entonces el tintineo de un cascabel de plata desenmascaró a su perseguidor. Sólo era aquel chato perro faldero, Bengo, que tenía miedo de verse abandonado.

—¡Fuera de aquí, maldito seas! —le gritó al descolorido borrón de conciencia que lo seguía.

Pero el perro lo siguió, receloso y a la zaga, incansable. Cada pocos minutos le parecía haberlo dejado atrás, sólo para oír una vez más sus ligeras pisadas y su cascabeleo. Al fin vio los apiñados tejados de un pueblo y oyó el tañido de una campana en el crepúsculo. Por fin una carreta se cruzó en su camino, tirada por un asno de paso cansino. Con voz desesperada, Kitt llamó al carretero.

—*Taverna! Presto!* —le dijo en tono apremiante al hombre que lo miraba sorprendido, al tiempo que le metía una moneda en la mano.

Dentro de la carreta, un puñado de rostros morenos clavó la vista en él en medio de un silencio lleno de curiosidad.

Kitt anhelaba sentir el caliente aguijón del licor en la garganta. Naipes, una buena botella, la mesa de juego: éste era su reino. Mientras palpaba la Rosa dentro del bolsillo reconoció sus frías aristas y se preguntó con cuánta rapidez podría convertirla en dinero. Necesitaba encontrar un pueblo donde una cama y el aguardiente fueran baratos, y donde hicieran pocas preguntas. Mecido por la carreta, se sintió de pronto vacío como el aire, como si el inseguro amago de hombría que era Kitt Tyrone hubiera desaparecido de la tierra junto con su hermana. Hasta aquel día había ardido de furia ante las injusticias de su vida, pero ahora sólo unas vacilantes cenizas de miedo revoloteaban en el centro de su ser.

Se cubrió los ojos con los mugrientos puños. No podía borrar de su imaginación aquella imagen última del perro. De nuevo lo acosaba... En realidad, siguió toda la vida correteando con ligeras pisadas tras sus talones. En particular cuando estaba cansado o solo o, algo más espantoso aún, cuando pasaba de la vigilia al sueño, oía aquel gimoteo y aquellos apresurados y cortos pasos. Aunque Kitt ya había abandonado la esperanza de encontrar a Carinna y sólo deseaba el olvido de una botella vacía, el perro continuó siguiéndolo. Mucho después de que todas las *lire* del empeño de la Rosa desaparecieran en rápidos dedos italianos, aquella

descolorida sombra renqueó tras él a través de la oscuridad. Ni siquiera en el desesperado momento del final pudo evitar imaginarse el viaje de aquel perro, cascabeleando de vuelta por el camino blanco, para enfrentarse una vez más a la verja abierta de par en par y a aquel podrido festín.

OceanofPDF.com

MEDIO AÑO ANTES

OceanofPDF.com

II

LA COCINA, MAWTON HALL

El día antes de la Noche de Ánimas de 1772

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Mi mejor receta de tarta de tafetán ~

Pon un celemín de harina y trabájala con seis libras de mantequilla y cuatro huevos y sal y agua fría. Estírala con el rodillo y llénala tanto como te agrada con camuesas y membrillos y especia dulce y cáscara de limón. Especia dulce es clavos, macis, nuez moscada, canela, azúcar y sal. Cierra el pastelón y cúbrelo con azúcar. Hornéalo hasta que esté bien hecho.

*La mejor receta de Martha Garland, escrita
en un trozo de papel de embalar, 1751*

Cualquier cocinera sabe que no abundan los días en que se tiene todo lo preciso para el plato perfecto. Pero aquel día, allá en Mawton, yo tenía cuanto necesitaba: camuesas de carne blanca, membrillos color rosa y un palito de canela que olía a brisa de las Indias. La harina estaba limpia. La mantequilla, amarilla como un botón de oro. Pero claro, no basta con tener los ingredientes de un plato y nada más. También hace falta la receta pulida durante siglos, escrita con preciada tinta. Y luego está la cocinera, pues sólo ella decide cuándo hay que parar de remover, sólo ella tiene los dedos ligeros para moldear bien un pastel. No es cosa corriente esa reunión de todas las partes que hacen el plato perfecto.

Eso me hace pensar que lo mismo pasa con nosotros los criados. Nadie te hace mucho caso, la mayor parte del tiempo eres invisible como los muebles. Pero oyes sin querer una conversación por acá y añades un poco de chismorreó por allá... Un escritorio está abierto y no puedes evitar leer un papel. Después encuentras algo, algo que no deberías haber encontrado. Con esta visión incompleta de los criados, no ocurre muy a menudo el que se reúnan todos los ingredientes. Y no abundan los días en que todas las partes se combinan en una sola historia y que, precisamente, la parte principal seas tú.

De manera que ahí es donde comenzaré este relato, en aquel día de hornear del mes de octubre. Esa tarde yo estaba haciendo tartas de tafetán en la cocina de Mawton, mientras el sol revoloteaba por las encaladas paredes y las últimas rosas se mecían junto a la ventana. Aunque quizá empezaré con una confesión: había entrado a escondidas en el cuarto de la señora Garland cuando ella no estaba y, en secreto, había copiado su mejor receta. No es de extrañar que nuestra vieja cocinera dijese que yo era ladina como una grajilla. «A tus agudos ojos no se les escapa nada, Biddy Leigh», me decía, meneando la cabeza pero riéndose. Yo había tenido bien guardado

mi trozo de papel todo el año y a menudo pensaba en cómo mejorar la receta. Aquel día de hornear era el tercero que la señora G pasaba encerrada en la destilería, tomándose sus aguas medicinales. Y, mientras estiraba la masa con el rodillo, yo vivía una fantasía que llevaba albergando desde que el primer capullo de manzano se tiñó de rosa en mayo: hacer el plato perfecto.

El día siguiente era la víspera de Todos los Santos, o la Noche de Ánimas como la llamamos nosotros, y todos nuestros vecinos se reunirían a tomar la sidra del Viejo Ned y los pasteles de ánimas de la señora Garland. Después de que los mozos de cuadra representasen la obra de Ánimas, las criadas solteras pasarían un rato de jolgorio adivinando el nombre de su marido por las mondas de manzana que lanzaban por encima del hombro. De manera que, pensé yo, ¿qué mejor noche para que Jem anuncie nuestra boda? A la avanzada edad de veintidós años, las dudas de la soltería pronto desaparecerían de mi vida. Y, al tiempo que daba forma a las tartas, me adentré en esa ensoñación, que es una manera la mar de agradable de estar. Mis dedos esparcían harina y mis codos hacían rodar el rodillo por la losa de mármol. Ante mis ojos se desplegaban escenas de triunfo: yo y Jem encabezando una alegre comitiva hacia el templo, con un ramillete de flores en mi mano y otro prendido a la chaqueta azul de Jem. En la cabeza les daba vueltas a los ingredientes de mi tarta de novia, que estaba escondida en la despensa... Ay, ¿a que iba a ser la delicia más empalagosa y más llena de especias picantes del mundo? Y todas las amargadas solteras que la pusiesen luego bajo la almohada se afligirían al pensar que Jem, por fin, estaba cogido, atado y casado conmigo.

La única nota desagradable fue el repentino chocar de un pájaro contra el vidrio de la ventana. Era un petirrojo que picoteaba el cristal, batiendo las alas con frenesí.

—¡Anda y vete! —grité, agitando las manos.

¿De qué me avisaba, mirándome tan fijo y dando golpecitos todo furioso?

—¿Es un petirrojo? —Teg había entrado con cautela desde la trascocina, y el miedo que yo sentía resonaba en su tono pasmado—. Pues es un mensajero. Es un presagio, eso ya se sabe. La muerte viene para acá.

—Deja ya de decir paparruchas —le respondí bruscamente. Levanté un cucharón y, aunque podía romper el vidrio, di en él tan fuerte que el pájaro salió volando al instante—. ¿Ves? No era más que un pajarillo que se ha despistado. Si has terminado con las manzanas, hay gallinas que desplumar.

Teg me dirigió una mirada envenenada y me juró que no había acabado ni con la mitad de sus faenas. No soy boba, y supe que nuestra fregona se iba para contar chismes de lo presumida que era aquella Biddy Leigh, y cómo el presagio debía de anunciar que yo acabaría mal. «Eso querría ella», pensé, mientras comprobaba el calor del horno con un chisporroteo de saliva. «Está celosa y le molesta cada orden que le doy». Pero sólo era un pajarillo memo. Ninguna persona con una pizca de sal en la mollera daría un ochavo por semejante señal.

Apenas había metido las tartas en el horno cuando el ruido me sobresaltó. Y un buen alboroto que era: gritos de mozos de cuadra, estruendo de verjas, gañidos y ladridos de perros. Entonces un elegante carruaje de alquiler se metió hasta nuestro mismo patio, entre el resoplar del tiro de caballos y los crujidos y el cascabeleo de los pesados arreos. Lo primero que pensé fue con qué diantres iba yo a darle de comer a ningún invitado. Teníamos buena provisión de comida para los criados, pero ni miaja para gente como Sir Geoffrey, si es que venía él desde el mismísimo Londres.

Allá que cogí y me fui a la puerta trasera a ver quién era. Entre los mozos de cuadra dando empujones y un cerdo extraviado que volcó las vasijas de la sidra, al principio apenas la vislumbré. Luego me abrí paso a empujones y vi bajarse a una joven, no debía de ser mayor que yo, sólo que pálida como una bolsa de harina, con los labios de capullo de rosa muy apretados y dos manchas de colorete en lo alto de las mejillas. Miró fijamente al gentío entornando los ojos. No tenía miedo de nosotros, pero ni pizca. Alzó la barbilla y, con un ronco acento de Londres, dijo:

—El señor Pars, id a buscarlo enseguida.

Como por arte de magia el panorama cambió: tres o cuatro fulanos se fueron a escape para adentro y los que se quedaron atrás se dejaron ir un poco, apurados delante de aquella muchacha que igual podía haber caído de la luna, pues nunca habíamos visto a nadie así en el patio. Lo que me llamó

la atención fue el vestido color albaricoque, que relucía como un brillante. Contemplé con deleite todos los detalles elegantes de su categoría: la cinta aterciopelada que sujetaba el perrillo que estrechaba contra su seno, y sus empolvados rizos. Pero, sobre todo, en lo que me fijé fue en los zapatos: estaban hechos de reluciente tela plateada, y a pesar de que tenían los tacones más bonitos que hayas visto nunca, ya estaban metidos en el barro de Mawton. Era un crimen estropear aquellos zapatos, pero no se podía negar que la muchacha había ido a dar con una pocilga de las de verdad.

Supe que tenía que ser la nueva esposa de Sir Geoffrey, esta que le decían Lady Carinna de la que no habíamos parado de charlar desde que se casaron hacía unas tres semanas, allá en Londres. Uno de los mozos de cuadra nos había contado que tenía casi cuarenta años menos que Sir Geoffrey, y ¿cómo no íbamos a darle a la lengua? Mientras los hombres hacían chanzas subidas de tono, nosotras nos preguntábamos: ¿en qué estaba pensando al dejarse casar con nuestro señor?

Luego salió tambaleándose del coche otra mujer, una criatura canija con cabeza de tortuga y sin barbilla. Agitaba un gran pañuelo de encaje ante la nariz como si nos apartase igual que un mal olor. Su señora ni se dignó dirigirle una mirada, se limitó a levantar el perrillo y a darle tontos besos, como si nosotros ni siquiera estuviésemos allí. Fue toda una actuación, te lo aseguro.

Gracias al cielo que nuestro administrador, el señor Pars, salió muy afanoso justo en ese instante y, como un sargento, les gritó a los muchachos que volviesen al trabajo.

—Lady Carinna —dijo, haciendo una rígida reverencia—. ¿Qué os trae por aquí, *My Lady*?

Ella no le respondió, de manera que al principio me pregunté si sabía que era nuestro administrador, a quien se le había confiado el cuidado de todo mientras el señor estaba fuera. El señor Pars de pronto parecía encogido junto a ella, con la mugrienta casaca de montar y el pelo revuelto.

—Mis aposentos —contestó la muchacha al fin, evitando su mirada.

Él se inclinó a medias. Tenía la cara morada como un filete de hígado. Luego ella lo siguió por el pasillo de servicio. El espectáculo había acabado, y yo volví corriendo a la cocina.

—Ensarta esas gallinas —le chillé a mi ayudante Sukey—. Y un barril de col picada ahora mismo —le dije a la ceñuda Teg.

Luego me quedé quieta un rato, con los brazos en jarras, y me planteé qué diantres comería una mujer como aquélla.

Lo teníamos todo casi en perfecto orden cuando la llamada de Jem sacudió la puerta. Ni con las manos aún pegajosas de harina llegué hasta él todo lo rápido que deseaba, mientras el corazón me aleteaba como una paloma en una cesta. Y allí estaba Jem, apoyado en el quicio de la puerta, con el sol de la tarde pintándolo de oro. Yo soy alta para mujer, pero su cabello rubio casi rozaba el dintel.

—¿L'has visto? —Sus ojos entre castaños y dorados centelleaban—. Debajo de todos los volantes es una niña y *na* más. Buen viejo verde que es, llevarse semejante chicuela a la cama.

—A lo mejor es guapa, pero a mí no me parece vivaracha. —Yo había visto la juventud de la recién llegada, desde luego, pero también algo crispado en aquella cara bonita—. No como algunos —añadí, dándole un empujoncito en el pecho.

Jem intentó agarrarme la mano, sin dejar de sonreír.

—Ties harina en la cara. —Se rio y me la extendió, de manera que debí de quedar peor—. ¿Eso que *güelo* son empanadas? —Se inclinó estirando los gruesos tendones del cuello—. Anda, déjame *probalas* —dijo, con voz tan grave y tan despacio que sentí chispas en la tripa. Ese chico hacía que me derritiese como la mantequilla.

—So granuja, vas a hacer que me echen de la casa y sin salario —respondí, al tiempo que me apartaba bruscamente de él y me ponía detrás del umbral.

No olvidábamos las normas por las que nos regíamos todas las criadas: nada de marido, nada de galanes, ni siquiera un guiño de ojos. Incluso a la señora Garland sólo se le daba el tratamiento por tradición, pues las cocineras eran siempre *señoras* aunque casi todas fuesen solteronas. *Nada de visitas* era la regla que imponían los señores respetables. Era la maldición de mi vida, escoger entre cocinar o casarme.

—Y no se te olvidará lo de Ánimas de mañana noche, ¿verdad? —le pregunté en tono de reprimenda—. ¿Le dirás al señor Pars que nos casamos?

—Se lo diré, guapa. Luego ponemos nuestra cervecería y tú te pones a guisar. Anda que no tengo ganas de ser tabernero.

—Sí, pero primero necesitamos medios para ponerla. Necesitamos el capital, Jem.

Aquél era el fabuloso futuro con el que soñábamos. Si alguna vez nos daban una gratificación o un señor generoso se acordaba de nosotros, convertiríamos la vieja ruina de Pars Fold en una taberna. Estaba en un lugar de lo más favorable, justo al lado del nuevo camino principal. Con todo el dinero nuevo que circulaba ahora con las barreras de portazgo y el comercio, se decía que los viajeros preferían comer bistec por un chelín antes que pan con queso por dos peniques. Aunque a veces deseaba no haberle contado mi idea a Jem, porque ahora no hablaba de otra cosa.

—Ya llegará el momento, mi vida —añadí, y extendí el brazo para acariciarle la mejilla.

—Un beso —dijo él con un gruñido—. Mira, *t'he* traído cenizo.

Me dio un manojo de verdura que empezaba a marchitarse. Alargué la mano para coger las plantas, restregué las hojas entre el índice y el pulgar y me los olí. Tenían un olor fresco como las espinacas, aunque no tan picante y cálido. ¿Y no era aquello un ligerísimo tufo a orines de gato? La señora G siempre decía que yo notaría el olor de una gota de miel en un cubo de leche. En ese momento usé la nariz y nos salvé a todos de una noche de retortijones de barriga.

—Esto no es cenizo, so zote. Esto es mercurial. Una vez me contaron que una cuadrilla de gitanos se hizo una sopa con él y casi se mueren. Si se lo sirviese a mi nueva señora me colgarían por asesina.

—Dios nos libre. Trae acá. Da mala suerte. —Lanzó las plantas hacia la gamella del cerdo—. Te traeré lo que quieras del invernadero.

—Tengo fruta a carretadas —contesté riendo—. Anda, vete ya. Tengo que ocuparme de la cena de su señoría.

—Espera, casi se me olvida la noticia. —Me retuvo con su callosa mano—. Este fulano lacayo *d'ella* acaba de volver del pueblo. Un tipo de piel

morena es, un morros de hollín en verdad, vestido con una *d'esas* casacas doradas de lacayo. *Pos* ha traído una carta de Londres. Billy se la vio en la mano. Así que a lo mejor el señor vuelve a casa después de todo. A lo mejor Sir Geoffrey se rasca el bolsillo cuando nos casemos.

—Puede ser que sí y puede ser que no, Jem. Si fuese más joven, quizá. Pero su mujer recién casada viniendo aquí sola... Mira que eso no pinta bien.

Justo entonces un amargo olor a humo me llegó desde la cocina.

—¡Los condenados pastelones! —grité, y volví a meterme dentro.

Jem me cogió la muñeca cuando me daba la vuelta.

—¿Y dónde está mi beso?

—Se me han echado a perder —le espeté—. Ya te buscará Teg algo de comer.

Estoy segura de que eso es lo que dije aquel día, que confundí las viandas de Jem con sus besos.

Cuando rescaté los pastelones, tenían un color marrón grasiento y sabían a ceniza.

—So mentecata tonta y distraída... —me maldije mientras clavaba la mirada en mi obra echada a perder.

Pero antes de que pudiese echarlos en la gamella sentí una sombra detrás de mí. Al volverme me encontré a Teg dando brincos como una marioneta.

—Biddy, ven deprisa. Mira que hay una señora en la cocina que pregunta por la cocinera, pero yo *m'he* escapado pitando sin decir ni mu.

III



Loveday se agachó para ponerse en cuclillas a la puerta de su señora. No le gustaban aquellas sillas que le dejaban las piernas colgando, y el estar de pie todo el día hacía que le doliera la vieja herida. Acucillado, como solía estar con los demás hombres de Lamahona en torno al fuego, podía pensar. Los calzones de terciopelo le tiraban en las rodillas y la casaca de adornos dorados le arrastraba por el suelo, pero los músculos se le estiraron. Tras la puerta, Lady Carinna lloraba y gritaba, lanzando insultos igual que una montaña enfurecida escupe fuego. Loveday dio vueltas en la cabeza a las palabras de la carta que, media hora antes, había abierto y leído a escondidas:

*Devereaux Court Londres
27 de octubre de 1772*

Queridísima hermanita:

He recibido tu carta esta mañana y he de confesarte mi absoluto desconcierto. ¿Por qué diablos has viajado sola hasta el lejano y rústico Cheshire? Chica, ¿qué planes se fraguan en esa ingeniosa cabeza tuya? Si me hubieras invitado, habríamos ido juntos por todo lo alto, y en lugar de eso me abandonas aquí, solo, sujeto al lenguaje campanudo de nuestro tío. No le ha hecho gracia, hermanita, que hayas dejado a tu marido tan pronto..., pero ¿qué ha sabido él nunca de sentimientos ajenos? En cuanto a mí, al menos comprendo que no permanezcas ni un instante más en la repugnante compañía de ese viejo. ¡Bravo, hermana, por reivindicar tu libertad!

Me pides noticias de la ciudad, así que aquí tienes lo poco que sé. En pocas palabras, la mesa de juego no me ha sido favorable, aunque creo que ganar es tan fácil como perder, todo depende de cómo salga un naipe. Mis pérdidas no son nada al lado de las de Lord Ridley. Los chismosos las estiman en diez mil libras, y ha partido en dirección al continente huyendo de las consecuencias. Nuestro tío se rio al enterarse de que Ridley piensa pasar por su vieja villa de Italia, y afirma que con él lo acosará otra punzante plaga de mosquitos.

Otro chisme es que vi a la anticuada Sarah Digby por la ciudad con tu antiguo admirador Napier, quien ciertamente ha mostrado su verdadero carácter, como predije que haría. La historia es que se casaron la semana pasada de forma clandestina en la calle Fleet, y todo por las treinta mil libras de ella. Jane Salcombe también anda poniéndose en ridículo y bailó toda la noche con Col Connaught (tan sólo dos mil miserables libras), lo cual, en verdad, sí que es un recurso desesperado.

Estoy seguro de que igual que nuestro tío te ha concertado el casamiento, maquina lo mismo para mí. Lo único que me salva es que me tiene por un zángano demasiado indolente como para atrapar a una vulgar heredera, y doy gracias al diablo por ello. Sigue tan tacaño como siempre, aunque sí que me dio cincuenta libras para que me exhibiera en los jardines de recreo la semana pasada; en vez de eso me fui solo a la función de aniversario del

señor Garrick y saboreé hasta la última palabra que pronunció el divino príncipe de Dinamarca.

En cuanto al resto del dinero, ahora soy dueño de una casaca de terciopelo negro con la que estoy seguro de que te gustaría mucho verme, pero sólo poseo un mínimo de oro; el resto lo perdí de forma muy heroica al chaquete.

Así que, cuéntame: ¿merece el viaje la finca de tu marido? Nuestro tío se jacta de que es un lugar magnífico que produce ingresos regulares. Espero que tengas espléndidos caballos allá y también, a juzgar por la colorada nariz de malvasía de tu marido, una buena bodega. A lo mejor me invitas a inspeccionar más en detalle sus propiedades mientras el señor sigue fuera. ¿No sería toda una broma?

¿Cuánto tardarás en volver, hermanita? Si no es en esta semana, ¿podrías mandarme un poco de dinero en metálico, y darle también un beso de buena suerte para que me ayude a cambiar nuestra fortuna?

*Soy tu siempre cariñoso hermano,
Kitt Tyrone*

La carta era del hermano de su señora, a quien ella mimaba como a un niño. Sin embargo el sentido era difícil de entender. Ridley, Sarah, Napier, Col: nombres que no significaban nada para Loveday.

El que supiera leer las letras era un secreto, obsequio del bondadoso padre Cornelius, de la misión de Flores. Sólo un sacerdote blanco habría pagado el alto precio de un dólar portugués por Loveday, quebrantado como estaba después de vivir como esclavo del clan de los damong. A cambio de cobijo e instrucción, había aprendido a ser buen mucamo y a rezar de rodillas delante de la gran piedra María. Pero todo aquel canturreo de la Biblia y el sentarse en bancos duros no le hacían olvidar quién era. Él era Keraf, padre de Barut, cazador del clan de los lama tuka. Sabía leer y hablar algo de inglés, pero aún honraba en secreto los cráneos de sus antepasados. Y al rezar no canturreaba palabras entre dientes como los padres católicos, sino que dejaba vagar la mente por las corrientes del tiempo, igual que

había hecho siempre su madre, hija de un hombre espíritu, y sus antepasados antes que ella.

Al otro lado de la puerta los gritos y los pequeños ladridos alborotados de Bengo se apaciguaron. Loveday clavó la mirada más allá de los papeles decorados con flores que forraban el pasillo y empezó a calmar la mente. Desde que se cayera de su antigua vida a este frío infierno, tenía por costumbre sumirse en ensoñaciones cuando estaba solo. Rememoraba su vida en Lamahona y evocaba a su esposa, Bulan, y a su hijito Barut. ¿Seguía siendo Bulan tan bonita como la luna que le daba nombre? Se preguntaba si sus oscuros labios aún sonreían y se movían levemente mientras, dormida, el niño mamaba de su pecho. No, Barut debía de ser alto ya, debía de estar llevando el *prahu* de su padre hasta el otro lado de la bahía. O al menos rezaba para que fuera así. ¿O eran Bulan y Barut también esclavos? A pesar del placer que le proporcionaban sus visiones, el dolor que le producían desgarraba a Loveday tanto como el arpón de hierro que en tiempos fuera su mayor tesoro. Se removió un poco y centró su inteligencia en abordar el problema. ¿Cómo volvería a su mundo, a Lamahona, junto a sus queridísimos esposa e hijo?

Mientras ordenaba a su respiración que se hiciera más lenta, dejó que la mente se deslizara, como una serpiente de mar, lejos del muelle de este helado mundo. Llevó su memoria a la playa de Lamahona, oyó el siseo y el rodar de las olas. Tras cruzar la arena blanca como el azúcar, se metió en un agua que brillaba como cristal azul y era tibia como la leche materna. Con un rápido movimiento, se puso boca arriba y se quedó flotando como una vaca marina bajo el centelleo de la oscilante luz del sol. Le gustó notar el sabor a sal en el labio superior. Las ideas burbujeaban y estallaban a su alrededor. Cuando estaba así, quieto, solo y tranquilo, pescaba el futuro tan bien como cualquier hombre espíritu. Durante mucho rato se dejó llevar, al tiempo que veía una vez más su banquete de boda, el nacimiento de su hijo, el orgullo de sus padres.

Se había perdido. Esto lo alarmó, porque conocía el océano como cualquier hombre conoce los puntos de referencia de su propio país. Pero a medida que nadaba entre las islas, todo cuanto veía le resultaba extraño. La cónica cima de una montaña se inclinaba amenazadora hacia él donde

esperaba encontrar un dentado arrecife. Aquí había otra isla desconocida, y otra más. Molesto, Loveday escudriñó el horizonte con los ojos entornados. Luego echó un vistazo hacia abajo, al océano cada vez más oscuro, y dio un respingo al ver un barco desconocido justo debajo de él. No era un barco de Lamahona, sino un navío grande como una ballena, con velas color perla y hombres de piel clara que vagaban por la cubierta. Loveday miró al agua, tan cerca que ésta le irritó los ojos, ahora muy abiertos. Si aguantara la respiración como un pescador de perlas para explorar aquel buque mágico, encontraría el final de su viaje. Alargó la mano cuanto pudo dentro del agua y sintió la punta del gallardete del barco pasar entre sus dedos como una cinta de algas.

Loveday sintió un golpe en el costado que lo lanzó de cabeza contra el duro suelo.

—¿Qué es esto, pagano holgazán? ¿Dormido en tu puesto?

Le había dado una patada una enorme bota de cuero que ahora estaba junto a su ojo, que parpadeaba deprisa. Dando un tumbo, Loveday se levantó como pudo e intentó ponerse firme, derecho como un palo. El viejo señor Pars lo miraba, con la cara torva como una roca redondeada por el tiempo. Este hombre era el número uno sobre todos los criados, eso sí lo sabía él. Había entendido rápidamente que su trabajo como lacayo de Lady Carinna era una ocupación cómoda que debía esforzarse por conservar, pues prometía días de inactividad, libres de palizas.

—Sólo un momento los ojos cierra, buen señor —respondió, subiendo y bajando la cabeza como un remo en una tormenta—. Por mi vida, ésta primera vez.

—Tu señora tiene tres cartas esperándote —respondió el hombre corpulento—. Y no te quito ojo de encima, bestia tramposa. ¿Tú comprendes el inglés de Inglaterra?

—Sí, señor, yo siempre escucha bien, señor.

—Pues entiende esto: mandaré que te echen a patadas a las calles si vuelvo a encontrarte dormido. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

Loveday se escabulló hacia la puerta de su señora. Al entrar borró toda expresión de su cara y así evitó darle a Lady Carinna motivo para que le gritara. Le tendió la bandeja de plata y de ese modo no tuvieron que rozarse cuando ella dejó caer una pulcra carta nueva. Las rojas mejillas de su señora aún tenían un aspecto febril.

—Jesmire ha dejado una también —le dijo ella con aspereza.

Loveday cogió una segunda carta, de nítida y esmerada caligrafía.

—Señor Pars dice tres carta, señora.

Lady Carinna clavó la mirada en las arrugadas bolas de papel emborronado.

—La otra es imposible de escribir. Lleva éstas.

Fuera de nuevo, Loveday hinchó las mejillas en un gesto de alivio al ver que el señor Pars había desaparecido. Subió corriendo los escalones de dos en dos, cantando entre dientes para celebrar la hora de libertad que concedía un viaje a la casa de postas. Vaciló un momento junto a la chimenea de la galería, sin saber si abrir las cartas o no. Aquel tipo, el señor Pars, lo había mirado fijamente, como un hombre diablo. Pero el instinto de Loveday le indicaba que la supervivencia dependía de comprender los pensamientos íntimos de quienes lo rodeaban. Tras coger una vela de sebo encendida se dirigió a su desván. Una vez solo en el sombrío cuarto, bajo el alero del tejado, dio un tajo al lacre con su navaja de afeitar y leyó la primera carta.

Mawton Hall Cheshire

30 de octubre de 1772

Queridísimo tío:

He llegado a la finca de mi marido y he descubierto que es una desmoronada ruina en la punta de la nada. ¿Es ésta la recompensa por mis sufrimientos? En lo que se refiere al frío gélido y a la humedad (por no hablar del cansancio de mis nervios), todo esto resulta extremadamente perjudicial para mi salud. Sir Geoffrey se niega a escribirme y a verme, y ha zarpado (¡el redomado cobarde!) hacia sus posesiones de Irlanda. Estoy muy enferma de resultas de todo ello y me siento desdichada, desdichada de veras.

Sé que dirás que debo concentrarme y seguir jugando. Tengo que resolverlo todo yo sola, imagino, y aprovechar mi mano lo mejor que pueda. Confío en que el asunto más inmediato de aquí me ocupe poco tiempo, tras lo cual volveré a escribirte, de modo que te ruego que prepares mi antiguo aposento en Devereaux Court para mi regreso.

Hablaremos libremente entonces.

Tu abnegada sobrina,

Carinna

Loveday meneó la cabeza y contuvo el impulso de reír. «Volver Londres», murmuró, mientras humedecía el lacre con una gota de cera robada. Fuera cual fuese la corriente que iba surcando, cambiaba rápido, después de todo.

La segunda carta estaba escrita con la letra llena de florituras de la señorita Jesmire. El mensaje era menos velado, y Loveday comprendió todas y cada una de las palabras. Así que la vieja también estaba impaciente por escaparse:

*Sr. Director The Lady's Magazine
30 de octubre de 1772*

*Sres. GGJ y J. Robinson
Pater-noster Row, 25
Londres*

Estimados señores:

Les agradecería que incluyeran la siguiente nota en lugar atrayente y destacado de sus anuncios de empleo, en las páginas del próximo número. Adjunto dos chelines guardados dentro de un papel doblado en pago por sus servicios.

NOTA

Dama de edad y muy estimable experiencia, muy elegante, hija de un difunto y admiradísimo clérigo de Suffolk, que conoce la tarea de hacer vestidos y ropa blanca, es diestra con la aguja, peina admirablemente y posee el beneficio de una refinada educación

privada, atendería a señora respetable y ayudaría en calidad de doncella, enfermera o dama de compañía. Muy dispuesta a aceptar una colocación apropiada sin la mínima demora. Hagan el favor de responder con la más absoluta reserva a la atención de la Srta. J. a la Sra. Wardle, mercería, The Strand.

OceanofPDF.com

IV

LA COCINA, MAWTON HALL

El día antes de la Noche de Ánimas, octubre de 1772

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Para hacer un fricasé de pollo ~

Toma los pollos recién matados y cortados en trozos y dóralos rápido en mantequilla. Pon salsa de jugo de carne bien concentrada, una chalota o dos, unas especias, un vaso de clarete, un poco de licor de anchoas, espesa la salsa con mantequilla enrollada en harina. Adorna con albóndigas de picadillo de relleno, crestas de gallo y pan tostado cortado en triángulos todo alrededor.

Un plato que me dio una cocinera de taberna en Preston, pues era al gran estilo de la corte, Martha Garland, 1743

Aquella Jesmire sí que seguía aún en mi cocina, observando la hilera de pastelones estropeados. Estaba dándose toquecitos con un pañuelo en la punta de la rosada nariz.

—¿Qué demonios son?

—Un pequeño accidente —respondí yo con brusquedad—. Bueno, ¿qué desea usted?

—Lady Carinna pide algo de pollo bien cocinado —anunció, frunciendo sus labios de vinagre—. Pero tendrás que hacerlo mejor que esto. Éstos están fatal.

Oh, qué avergonzadísima estaba yo de que los hubiese visto siquiera.

—Claro que haré todo lo posible por complacerla, señora.

Con un resoplido, mi visitante empezó a escudriñar la cocina.

—Bueno, el pollo aderézalo lo mejor que puedas. Es para una boca de *gourmand*, te lo aseguro.

Un desagradable asomo de sonrisa le bailoteaba en los labios.

Yo, que había estado mirándola de arriba abajo, me dije que aquélla era tan criada como yo. Estaba claro que su elegante vestido verde era una prenda usada que le quedaba demasiado grande. Una sardina disfrazada de nata, como diría la señora Garland.

Dejé de asentir con la cabeza y le lancé una mirada feroz.

—¿De manera que usted lo llevará arriba, pues?

Habrías pensado que le había dicho que se pusiese a limpiar el suelo.

—¿Yo? Vamos, pero si yo no he cogido un plato en mi vida. Loveday, el lacayo de mi señora, bajará a por él. Yo salgo en el coche ahora mismo. Venga, ponte a ello, muchacha.

¡Insolente! Me devané los sesos recordando los buenos platos antiguos que la señora Garland solía prepararle a Lady Maria. Escogí el fricasé, pues

tenía un elegante sonido francés. Doré el pollo en la sartén y lo adorné con los aderezos apropiados.

No vino nadie. Aquel lacayo de Lady Carinna..., ¿también era tan de primera que no podía hacer mandados? Solté una maldición y envié arriba al mozo del vestíbulo. Al poco su adormilada cabeza volvió a aparecer.

—Allí no hay nadie, Biddy.

Tras darle una colleja opté por subirlo yo misma. En Mawton no había escalera de servicio para que no nos viesan a los criados, aunque por entonces yo no me paraba a pensar en lo descortés que debía de parecerles aquello a los londinenses. Desde mi primer día de empleo me encantaban las almenas y las ruinosas torres de Mawton, las antecámaras con paneles de madera negra y las crujientes escaleras. Estaba construido como las grandes casas de hacía cientos de años, con partes nuevas apiñadas alrededor de un frío torreón de los tiempos del Conquistador. Pasar de la escalera era un placer excepcional para mí, como visitar un palacio maravilloso: una oportunidad de sentir las suaves alfombras turcas bajo los pies y mirar con asombro las relucientes arañas de peltre.

En la escalera los cuadros me hicieron ir más despacio. Allá en alto, dentro de un marco dorado, Sir Geoffrey tenía un aspecto señorial vestido con su largo traje de armiño, y mucho más agradable a la edad de cuarenta años que ahora, que tenía más de sesenta. Sin embargo ya entonces las mejillas chupadas y los labios finos anunciaban su ruina venidera. ¿Qué diablos coronados pensaba la joven esposa de su reciente marido? Recordé la primera vez que lo había visto en este mismo lugar. No mucho después de llegar a Mawton me habían llamado arriba para que ayudase a escoger hierbas para perfumar la ropa blanca. Después me creí sola y me entretuve admirando estos mismos cuadros. Cuando oí el sonido de los golpecitos de un bastón cada vez más cerca me quedé petrificada. Era demasiado tarde para bajar corriendo, de manera que me eché atrás y me pegué a la pared mientras el mismísimo Sir Geoffrey aparecía por encima de mí. Lo vi sólo un momento, pero su semblante era tal que jamás lo olvidaré. A diferencia de su retrato, era una pena de hombre, con el pelo cano colgando en grasientos mechones y la espalda encorvada bajo una desteñida casaca de terciopelo. Dos descoloridos ojos se alzaron en su roja cara para mirar los

míos un instante, y enseguida se entornaron con irritación. Los bordes de los ojos, tanto el de arriba como el de abajo, estaban extrañamente colorados.

De pronto resonaron en mis oídos las instrucciones de la señora Garland: «Biddy, si alguna vez te encuentras con el señor, vuélvete de cara a la pared». Me apresuré a dar media vuelta, agaché la cabeza y, con los ojos cerrados muy fuerte, recé para que no me hablase. Sir Geoffrey se acercó pesadamente, dando golpes sordos en el suelo con el bastón y arrastrándose tras él. Mientras yo contenía el aliento, pasó por delante como una helada que cubriese poco a poco la noche. Según decían, mucho tiempo atrás era una persona amable. «Cuando se casó con Lady Maria convidó a todo el pueblo a un buey asado», me había contado la señora Garland. Sin embargo yo sólo conocía historias de borracheras y peroratas feroces a todo el que se cruzaba en su camino. Me dio lástima de la joven señora, huyendo hasta aquí y temiendo el regreso de él.

Junto al retrato de Sir Geoffrey había un cuadro muy bonito de su primera esposa, Lady Maria, con el tímido rostro pálido como una perla. Toda ella estaba muy adornada con joyas y encajes, y en el corazón del cuadro sus finos dedos acariciaban el rubí llamado la Rosa de Mawton. El rubí llevaba centenares de años guardado en Mawton, desde que un antepasado de Sir Geoffrey lo arrancó de la tumba de un santo. Estaba muy bien pintado, cada centelleo brillaba como si estuviese delante de tus ojos. La tonta patraña era que la joya había roído las fuerzas de Lady Maria, de manera que todos sus nenes se malograron y ella misma murió con menos de veinticinco años.

La señora Garland la había conocido cuando llegó a Mawton. Una estupenda confitera, la llamaba, y decía que era cierto que la pobre señora había llevado puesta la joya día y noche hasta que por fin Sir Geoffrey se la quitó cuando yacía fría en su ataúd. Llevaba mucho tiempo muerta, desde luego, sin que nadie se acordase de ella salvo nosotras, que usábamos como cosa propia las ruinas de su vieja y preciada destilería.

Ningún lacayo aguardaba a la puerta de Lady Carinna, de manera que no tuve más remedio que llamar. Nadie contestó, de manera que llamé otra vez. Por fin oí una voz débil. Dentro encontré a Lady Carinna sola del todo.

«Malditos sean los mondongos», solté por lo bajo. No estaba nada acostumbrada a servir a la gente fina.

—*M’Lady*. —Me devané la sesera buscando palabras corteses—. Os traigo la cena.

Estaba recostada en la inmensa cama de cuatro postes, casi oculta por las retorcidas columnas y el brocado azul. En la habitación había tantas telas y cofres por todas partes que tuve que tener la mar de cuidado con la bandeja cuando me dirigí hacia ella.

Lady Carinna movió apenas un lánguido dedo hacia la mesa que estaba junto a la cama. Puse allí la bandeja y eché un rápido vistazo alrededor. Mi señora estaba bien repantigada en la cama, vestida con una bata abierta color lila y enseñando un par de medias blancas con las plantas grises de suciedad. Esparcidos sobre la colcha estaban los restos de un pastel y una pringosa corteza de jamón. La verdad, me entraron ganas de bufar, tanto me molestó que se hubiese traído su propia cena.

Tenía la vista clavada en una carta, con el ceño fruncido entre las pintadas cejas. Además había rastros de lágrimas en los círculos rosados que le rodeaban los ojos. Yo estaba tan ocupada en mirarla boquiabierta que casi solté un grito cuando de repente uno de los montones de seda cambió de forma y se movió. Una fea carita asomó por debajo de las mantas. Era aquel puñetero perro.

Mi señora olisqueó el plato e hizo una mueca.

—Quita todo eso —dijo, señalando mi imponente aderezo de pan tostado y crestas de gallo.

Algunas personas no distinguen la buena comida ni aunque la tengan delante.

—Córtalo en pedazos —me ordenó cuando yo hice una reverencia, dispuesta a marcharme.

De manera que me puse a cortarlo, admirada de que una señora como ella no supiese manejar el cuchillo siquiera. Con otra pequeña ondulación del dedo me mandó que me acercase con el plato. Y luego tuve que quedarme quieta como un centinela sosteniendo el plato durante diez minutos enteros mientras ella le daba al perro mi pollo perfectamente

fricaseado. ¿Qué había dicho la vieja cobista? «Es para una boca de *gourmand*, te lo aseguro».

Válgame el cielo, algún día me pagaría aquello.

Siempre que el perro distraía a su ama yo miraba alrededor. Lady Carinna había dejado la carta que tanto le interesaba y la había doblado, de manera que no saqué nada en claro de ella. Que había estado intentando contestarla lo supe por las bolas de papel tiradas por el suelo. Hice todo lo posible por ver lo que ponían y descubrí que uno de los arrugados fragmentos se leía un poco. Estaba tachado tan fuerte que se había roto el papel. A pesar de los muchos borrones de tinta, me esforcé cuanto pude por descifrarlo:

*querido amor, me duele terrible la felicidad que está
esta carta más terrible que escribiré jamás
mi vida está arruinada para la felicidad, me
mi vida está arruinada para la felicidad, me
mi vida está arruinada para la felicidad, me
mancha no quedará en castigo. En la pasión
el ardor de la pasión que en verdad*

Aquello no tenía ningún sentido para mí, pues sólo quedaba un galimatías de palabras. Pero hasta yo comprendía la infelicidad de Lady Carinna. ¿En qué pensaba Sir Geoffrey para causarle esa tristeza a la muchacha? Sí que era un caso trágico de veras.

Por fin el perrillo apartó la cara con un pequeño ladrido de mal genio. Lady Carinna volvió a echarse en los cabezales, la mar de agotada. Mientras miraba al aire con gesto distraído, se mordió las uñas, que tenía manchadas de sangre hasta la raíz. Imaginé que su buena apariencia pasaba por belleza en Londres, pues tenía el cutis liso como un huevo duro. Sin embargo sus labios de botón de rosa estaban agrietados bajo el carmín, y en el pelo, que le llegaba casi a los hombros, le quedaban pocos polvos. Entonces recordé que era una esposa recién casada y abandonada, y que había que compadecerse de ella.

—*M’Lady*, ¿no hay una miaja más que pueda traeros?

Ni siquiera me miró, se limitó a negar con la cabeza mientras cogía la carta para leerla otra vez. Retrocedí hasta la puerta.

—Espera. ¿Me traes de éstas? —Cogió una caja de confites adornada con cintas—. Jesmire —dijo, como si el nombre le supiese a limón amargo— ha ido a buscar algunas, pero dudo de que lo consiga.

—¿Puedo ver?

Vacilé y luego, ante su inclinación de cabeza, me adelanté a escudriñar el interior de las profundidades, tapizadas con papeles. De la caja de madera subía una fragancia a azúcar del mejor y un aroma que parecía latir y tan pronto deleitaba como resultaba desagradable, como a melaza quemada.

—¿Pastillas de violeta? —aventuré.

Tomé su silencio por asentimiento.

—No las encontraréis por aquí —le expliqué—. Pero puedo probar a hacerlas. —Aún me hervía la sangre por lo que me había molestado lo del fricasé—. Bueno —añadí, y me encogí de hombros—, haría una cosa así, parecida. Me precio de poder cocinar casi cualquier cosa que pruebo.

Me precio. Palabras vanidosas.

—¿Qué has dicho? Maldita sea, muchacha, apenas comprendo tu confuso modo de hablar. ¿Tú sabrías hacerlas? —A juzgar por su mueca habrías creído que yo le había dicho que se las prendiera en el pelo—. Bueno, éstas son de El Árbol del Cacao, de Covent Garden. ¿Has oído hablar de ese establecimiento?

Sin duda esperaba que me rascase la cabeza como una verdadera mentecata de campo.

—¿El Árbol del Cacao de Covent Garden? Vaya, es la mejor confitería de la capital, y vende bombones, *macarons*, frutas escarchadas y helados —respondí con mi voz fina de leer.

Yo llevaba examinando con atención mucho tiempo el anuncio que salía en la *London Gazette* del señor Pars cuando él la dejaba junto al hogar de la cocina. Era un anuncio precioso, con dibujitos de conos de azúcar, heladeras y hombrecillos ocupados en cocinas maravillosas.

—Bueno, eres toda una mona de imitación, ¿no?

Sentí su atenta mirada como algo que me reptase por la piel. Por debajo de sus maneras perezosas, Lady Carinna tenía ingenio en abundancia.

—Pero creo —me apresuré a añadir— que necesitaría una para copiarlas.

—¿Qué se pierde? —Dio un suspiro y volvió a dejarse caer sobre la almohada—. Coge una. ¿Tu nombre?

—Biddy Leigh, *M’Lady*.

Hice una profunda reverencia.

—Coge una —repitió—. Pero si no haces una copia perfecta, Biddy Leigh, tendrás que mandar pedir a Londres una caja entera y pagarlo todo de tu sueldo. ¿Comprendes?

Sentí una palpitación de alarma. Una elegante caja como aquella me costaría el salario de un trimestre.

—¿Comprendes? Una copia perfecta. No sólo... ¿qué es lo que has dicho? *Una cusa ashí, paresida*.

Su remedo de mi manera de hablar la hizo echarse a reír, una áspera risilla sofocada que no me gustó ni miaja. ¿De veras sonaba yo como una bruta estúpida?

—Sí, *M’Lady*.

Volví a hacer otra reverencia y me deslicé el confite en el bolsillo. Cuando me daba la vuelta para salir vi que sujetaba al perro cascarrabias y empezaba un juego nuevo. Lo hizo bailar sobre las patas traseras mientras ella sostenía uno de los preciados confites de violeta, hasta que, con un gorgoteo, la pastilla desapareció.

V

LA DESTILERÍA, MAWTON HALL

El día antes de la Noche de Ánimas, octubre de 1772

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Para hacer pastillas de violeta ~

Toma la esencia de violetas y échala en un sirope de azúcar, tanta como para que dé buen color, hierva hasta que lo veas llegar a punto de caramelo, luego trabájalo con tragacanto puesto a remojar en agua de rosas y de esa manera dale la forma que desees, ponlo encima de un tajadero mojado y cuando esté frío pártelo en tabletas.

*Lady Maria Grice. Se la dio su abuela,
la condesa de Tilsworth, a partir de una receta muy
apreciada en tiempos de la Buena Reina Bess*

Aquella misma tarde fui a buen paso junto a mi querida señora Garland a pedirle ayuda, tras dejar a los criados cantando y bebiendo sidra y la cocina bien fregada. A Lady Carinna le había enviado lo que pude sacar de la despensa: sopa blanca, un pequeño jarrete de jamón, estofado de liebre, jalea de níspero y el rápido batido de un puré de ciruela con nata. Pero me sentía desgraciada mientras iba por los empapados senderos que cruzaban la vieja arboleda con mi linterna en alto. Esta noche tenía que escoger por fin entre la vida como cocinera con la señora Garland o como legítima esposa de Jem. Para aumentar mi remordimiento, yo sabía que mi vieja cocinera estaba mala, y temía que no bendijese nuestra unión. A medida que crecía la oscuridad, y mientras las tristes llamadas de los cuervos cortaban el aire, me estremecí al pensar en ella, allí sola, pues la destilería no era lugar para una inválida. Allá en la época del rey Carlos había sido un magnífico edificio hecho de ladrillo, con columnas gemelas a la puerta y hojas de vidrio en las ventanas emplomadas. Pero ya habían pasado muchos años desde que Lady Maria hacía sus elegantes cordiales allí. Algunas de las sirvientas más tontas evitaban la oscura alameda y hablaban de que habían vislumbrado a una delgada dama blanca en el crepúsculo. La mala suerte de ella, decían, era una advertencia para que no se entrometiesen en la herbolaria. El señor Pars las llamaba mozas necias, pues él seguía viniendo a por haces de hierbas para aliviar sus pulmones. Desde luego yo no vi ninguna sombra fantasmal entre los oscuros árboles. En cuanto al inquieto descanso de Lady Maria, ahora me pregunto si aquella dama ofendida no estaría en verdad revolviéndose en su yerma sepultura.

Ya dentro de la destilería fui de puntillas entre tambaleantes hileras de botellas y redomas, y rodeé cestos colmados de especias a trochemoche. Al bajar la cabeza chocaba con manojos de hierbas que esparcían nubes de fino polvo. Aquello estaba peor de lo que recordaba. Era aquí donde la señora

Garland me había instruido, en este reino de olores y sabores. Ahora los aparatos se cubrían de orín en el embaldosado suelo y el aire estaba agrio de moho.

Me duele pensar cómo encontré a mi querida y vieja amiga dormida en el diván, respirando con silbante resuello y con la entrecana pelusa del pelo saliéndosele de la escofieta. Es cruel lo que hace una vida de duro trabajo: yo había visto cómo se le debilitaban las rodillas, la espalda y las manos día a día.

Entonces abrió los ojos y vi que en ellos se pintaba la alegría.

—Biddy querida —dijo en un suspiro.

Durante un rato estuvimos charlando de la cocina y de la llegada de su señoría. Después hice un esfuerzo por animarla de la mejor manera que conocía: desafiando sus clarísimas luces.

—Me preguntaba yo, ¿alguna vez ha hecho usted de éstas?

Dejé caer el confite de violeta en sus hinchados dedos. Ella lo apretó, lo estrujó y lo olió. Por último, mordisqueó el borde y se humedeció los secos labios.

—Lady Maria hacía confites así. Hace mucho tiempo.

—Pero —respondí— ¿de qué nos sirve eso ahora? Ella no está aquí para enseñarnos.

Mi amiga se quedó callada, cosa rara. La miré a los ojos y pensé que el brillo que había en ellos era febril.

—He encontrado una cosa, Biddy. Pero primero has de jurarme que no lo contarás.

—Por la sangre de Dios.

—Es un libro —exclamó—. Vi salir corriendo un ratón de un ladrillo suelto, si no, jamás lo hubiese encontrado. Estaba escondido, Biddy. Lo escondió la propia Lady Maria.

Y allí estaba ahora, guardado bajo el cabezal de la señora Garland. Cuando lo sacó vi que estaba encuadernado en cuero y que en la cubierta tenía las palabras *La joya de la cocinera, que es el libro de la casa de Lady Maria Grice, regalo de su madre Lady Margaret Grice, un tesoro del arte completo de la noble familia Grice de York*. Estiré el cuello para ver y pasé un puñado de páginas. Había hojas garabateadas en apretadas líneas que

trataban sobre toda clase de frutas, aves de corral y pescados, y las páginas estaban copiadas con distintas letras alargadas. De pronto yo también empecé a comprender nuestra buena suerte. Aquello era una maravilla.

—Es el libro de *ella* —dije, asombrada—. ¿Está todo lo que hacía?

—Es algo más —repuso la señora G, mientras sus ojos lanzaban brillantes destellos—. El arte de su propia madre, del ama de llaves y de sus amigas. Quizá un centenar de años de habilidades de mujeres, todo escrito tan claro como el día.

—Y oculto. Por supuesto que estaba aquí.

Alargué la mano y acaricié la polvorienta cubierta.

Pero yo no terminaba de entender de veras lo que era aquello. Además de las recetas de Lady Maria vislumbré «Remedios y purgantes para diversos males», y partes copiadas sobre muchos asuntos de interés: «El arte de comer con refinamiento», «La conducta correcta de una dama», «Cómo juzgar una proposición de matrimonio» y muchas más cosas.

—¿Ha empezado usted a añadir sus propias recetas? No está tan mala entonces, ¿no?

Me fijé en la arqueta de papeles de mi vieja amiga, que estaba junto a su cabecera, y sentí una brizna de esperanza. Si ella no estaba tan enferma, yo no era tan traidora.

—Escribo porque estoy mala —respondió con un suspiro—. Es hora de conservar el trabajo que he hecho aquí. ¿No te parece demasiado presuntuoso añadir mis propias habilidades, Biddy? ¿Una simple cocinera como yo?

Le acaricié la suave mejilla salpicada de lunares, como si fuese terciopelo afelpado.

—Eso es lo que tiene usted que hacer. Sus recetas tal vez no sean de la nobleza, pero son lo mejor que yo he probado nunca. Pero ¿vienen las pastillas de violeta?

Despacio, la señora Garland se humedeció el índice y empezó a pasar páginas. Estaban puestas sin orden ni concierto, escritas el mismo día que el plato llegaba a la vida de Lady Maria.

—Violetas —insistí, y metí la mano para pasar las hojas más rápido—. ¡Ah, aquí está! —chillé, leyendo al revés. Era una vieja receta anotada con

la elegante letra de la mismísima Lady Maria—. Cómo destilar violetas, hacerlas en conserva, escarcharlas y... aquí: hacer pastillas de violeta.

La señora G me dio la lista de lo que se necesitaba y descubrimos que teníamos todos los ingredientes. En cuanto a la noticia de mi casamiento con Jem, tendría que esperar. Primero dispuse unas parpadeantes hileras de velas de sebo en las repisas, hasta que la habitación resplandeció como una cueva iluminada por el fuego. Luego, bajo una trébede, encendí una llama, que no tardó en bailotear carmesí como la fragua del diablo.

La señora G se había incorporado en el diván y estaba sentada tranquilamente con el libro en el regazo, siguiendo lo escrito con el dedo mientras asentía despacio con la cabeza, cubierta con su escofieta blanca.

—Primero toma una libra de tragacanto y remójala en agua de rosas —empezó.

Encontré un tarro de goma dura y procuré por todos los medios quitarle las ramitas y el polvo. Después hice un jarabe de azúcar y añadí esencia de violeta hasta que se puso de un intenso color morado. Las dos convinimos en que todo parecía ir bien.

—Hay que hervirlo a punto de caramelo —dijo ella.

Pronto el azúcar espumeó y se separó de los lados de la olla. Era una rara habilidad de la señora Garland, esta transformación del azúcar. En su arqueta de papeles estaban *Las seis pruebas para el azúcar*, desde hacer jarabe hasta fraguar el durísimo dulce de caramelo.

—Sin embargo ahora daría todos mis conocimientos por tener un solo confite —dijo—. Hoy he leído en este libro el *manus Christi*, un dulce como el que la propia mano de Jesús hizo de azúcar, oro y perlas. No se conoce mejor cura para todo mal.

Luego, recordando la mezcla, gritó:

—Haz la prueba de la hebra.

Levanté una gota de jarabe morado en la uña del pulgar. Cuando la separé con el índice el diminuto hilo de azúcar no tardó en partirse.

La señora Garland se adelantó arrastrando los pies para mirar y, muy seria, dijo:

—Ahora, un padre nuestro hasta que esté hecho.

De manera que recitamos juntas la oración del Señor hasta que, al decir las dos al mismo tiempo *amén*, probé de nuevo y el hilo se estiró un palmo entero desde el índice al pulgar sin romperse.

Rápidamente, añadí el tragacanto al jarabe. Quedó demasiado duro. De manera que empecé de nuevo y, temiendo que el tragacanto estuviese demasiado viejo, hice otra mezcla con asta de ciervo, pero ésa salió quebradiza. Por último añadí zumo de limón y mantuve la mixtura mucho más fresca. Acaso fuese que ya era tarde o acaso en verdad salió un dulce mejor, pero con esta última mezcla hubo que conformarse.

Sólo cuando todo estuvo bien metido en los moldes de madera, como filas de botones color violeta, me dejé caer en una silla para estirar las doloridas piernas.

—Tienes facultades, Biddy. —Mi vieja amiga sonrió—. Me tranquiliza pensar que te quedarás aquí en Mawton cuando estos viejos huesos me fallen.

El calor me subió a la cara a pesar de que el fuego se enfriaba ya.

—No diga eso. Pronto andará usted trasteando por ahí otra vez.

Su rostro estaba sereno como la luna.

—El año que viene le pediré al señor Pars que te dé mejor salario. Contigo a mi lado duraré otro año.

Aquello no podía continuar. El día siguiente era la Noche de Ánimas y se anunciaría mi boda, de manera que por fin le conté la noticia: que me casaba con Jem y no iba a quedarme.

Mi querida amiga se quedó boquiabierta y sus ojos azules se nublaron de perplejidad. Luego, cuando terminé, brotó una chispa de la antigua tirana de la cocina. Subió la barbilla y me llamó idiota.

—¿Idiota? —respondí—. ¿Es que no tengo derecho —la voz me temblaba de pronto— a tener la vida de una mujer normal?

Para entonces la señora G había recuperado sus fuerzas.

—Tienes los talentos que te ha dado Dios. Casarte con Jem Burdett sería la caída más triste que me hubiesen contado jamás. No seríais sino... oh, pobres jornaleros en el mejor de los casos. Pobres jornaleros con una camada de niños gritones. Estarías justo en el mismo sitio de donde saliste.

La vergüenza hizo que la cólera me corriese por las venas.

—¿Una caída triste? —repuse en tono de burla—. Vaya, pues todas las criadas suspiran por Jem. ¿No se habría casado usted misma de haber tenido ocasión? ¿Por qué debo yo estar siempre sola? ¿Por qué debo agotarme toda la vida por unos señores desagradecidos? Al menos yo tendré hijos que me recojan cuando me haya matado a trabajar.

El rubor de sorpresa que apareció de repente en su cara era tan oscuro como si yo le hubiese dado una bofetada. Hundí la cara entre las manos y recé para que el tiempo volviese atrás, para tragarme mis crueles palabras.

—Biddy —su voz cortaba como un cuchillo—, no te soporto a mi lado.

Miró más allá de mí como si viese una horrible visión y, con un gesto de su manchada mano, me despachó.

VI

EL APOSENTO AZUL, MAWTON HALL

El día de la Noche de Ánimas, octubre de 1772

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Un puré de ciruela ~

Toma una pinta de ciruelas y escáldalas hasta que estén tiernas, pásalas por un tamiz muy fino quitando las pieles. Añade a la pulpa agua de azahar y cinco onzas de buen azúcar. Cuando se enfríe, mézclalo con un poco de nata hasta que esté sin grumos, luego añade nata espesa, mézclalo bien y mándalo al comedor.

Me lo dio a mí, Martha Garland, mi abuela Anne Garland de Tarvin, que lo tenía de antes por su abuela Haggitt

A la mañana siguiente las pastillas estaban duras como piedras. Probé una y tuve que escupirla en la palma de la mano. No había manera de disimular que eran malísimas copias de los originales. Pero decidí llevarlas yo misma, pues para mí la peor humillación era que me considerasen una cobarde.

—¿Nombre y asunto? —dijo una voz desconocida.

Con el mal humor que llevaba estuve a punto de apartar de un empujón al lacayo de Lady Carinna. Le respondí dándole mi nombre bruscamente, con el único deseo de que toda aquella penosa experiencia acabase de una vez.

—¿Asunto, Biddy Leigh?

Meneé la cabeza con impaciencia.

—Su señoría tenía interés en que le hiciese unas golosinas. Ayer, cuando usted cogió y se fue por ahí y desapareció.

El lacayo pareció quedarse sorprendido y un poco asustado.

—¿Usted viene ayer aquí?

Asentí. De cerca era una lindura: un joven esbelto con tersa piel color caramelo, nariz chata y los ojos achinados, negros como la endrina.

—Yo siento, señorita Biddy. Yo debía estar aquí y eso. Primera vez que...

—Oh, no se preocupe usted. No lo delataré.

—¿Usted no dice?

—Claro que no. No sé ustedes los londinenses, pero por aquí arriba cerramos filas... contra ellos. —Señalé con una inclinación de cabeza la puerta de Lady Carinna. Vi que él intentaba entender lo que le decía—. Somos leales. Como amigos —expliqué—. Unos con otros.

Bueno, al menos eso pensaba yo antes de romperle el corazón a la señora Garland.

Por fin me comprendió.

—Eso es muy amable, señorita Biddy. Usted buena mujer.

—No lo sé. Soy una rematada imbécil, a decir verdad. Mire.

Le enseñé el plato de confites y refunfuñé:

—Me he esforzado cuanto he podido por complacer a su señoría, pero no han quedado ni miaja como deberían ser... ¡No! —grité cuando él alargó la mano para probar una—. No quedará usted tan elegante con los dientes todos hechos astillas.

Se rio a carcajadas.

—Sí, ríase, que no es usted quien va a perder el salario de un cuarto de año.

—¿Por usted hace pastillas de su señoría demasiado dura?

Avergonzada, asentí con gesto abatido.

—Usted puede no viene —dijo en tono amable—. ¿Quizá ella olvida?

—Yo nunca haría eso —respondí, indignada—. Sería como si le tuviese miedo.

—O quizá usted mujer lista. Señora quiere todo justo así, sí señor. —Meneó la cabeza—. Usted escucha —susurró en tono de conspiración—. Señorita Jesmire va a por mucha esas mismas pastillas anoche. Ella da moneda de guinea a señora de ciudad de Bath. ¿Qué usted parece yo va y yo birla puñado para usted? Nadie ve a mí.

—¿Haría usted eso?

Me dirigió otra amplia sonrisa e inclinó levemente la cabeza, tocada con una peluca blanca.

—Como usted dice, nosotros amigo.

Llamó a la puerta de su señoría y lo oí mascullar algo sobre cambiar las sábanas. Al cabo de unos momentos volvió con una brazada de ropa de cama que escondía una docena de rechonchas y pequeñas gemas de violeta y azúcar. Me metí las antiguas en los bolsillos y dispuse en su lugar las preciosidades compradas en Bath. Le habría dado un beso a aquel lacayo. En lugar de eso le pregunté cómo se llamaba y sonreí ante lo acertado del nombre.

—Señor Loveday, es usted un don del cielo. Le prometo que le devolveré el favor algún día.

Él me hizo callar y me escoltó hasta dentro.

El aposento de su señoría estaba aún más desordenado. De las paredes colgaban un montón de vestidos rojos, verdes, amarillos y azules; parecía una mercería revuelta por un vendaval. En el suelo había paquetes de encaje, zapatos sueltos y guantes desaparejados. Aquel perro cascarrabias perseguía una pluma rota. La propia Lady Carinna estaba levantada, sentada ante el escritorio y garabateando algo allá al otro extremo de la habitación..., aunque sin vestir. Una holgada bata de seda se le abría por el blanco seno. Se le veía el cobrizo cabello entre los polvos como un bistec asomando por un enharinado. Rodeé de puntillas todo aquel desorden y le tendí la bandeja de golosinas.

—*M’Lady* —dije, haciendo una reverencia.

—Ah, Biddy Leigh.

Estaba animada hoy, y el buen ánimo se le traslucía en los brillantes ojos. Despacio, los finos dedos con las puntas en carne viva salieron del encaje para coger una pastilla. La masticó, pensativa. El recuerdo de que podía haber mascado uno de aquellos durísimos caramelos hizo que se me secase la boca.

—Y la cena de anoche era comestible también. Un pasable puré de ciruela. Nos gustó, ¿verdad, Bengo, mi pequeñín?

Cogió el detestable perro y le juntó las patas delanteras. El bicho me echó una feroz mirada de odio con aquellos ojos saltones de rana. Incliné la cabeza un poco e hice una reverencia.

—Gracias, Señoría —respondí entre dientes.

—Estoy ordenando mis vestidos —anunció, después de quedárseme mirando a la cara tanto tiempo que me pregunté si llevaba una mancha de grasa del horno—. Y me complace ser generosa con las personas que me agradan. —Sus ojos pasaron rápidamente por la colección de atavíos—. Creo que te mereces una recompensa, Biddy Leigh.

—Yo no, Señoría —murmuré, haciendo una gran reverencia mientras retrocedía poco a poco—. Una no ha hecho más que su deber.

Había salvado mi salario y deseaba no volver a ver a aquella extraña mujer jamás.

Ella se volvió de lado en la butaca y señaló con el dedo.

—Ese vestido, el de seda rosa. ¿Qué opinión te merece ése?

Yo no tenía el ojo de una muchacha de ciudad para distinguir la *Française* de la *Indienne*, pero conocía un traje bien hecho cuando lo tenía delante. Era un hermoso vestido, como un gran ramo de seda abullonada en flor.

—Es...

Me callé y tragué saliva. El canesú de tafetán rosa oscuro estaba cosido con diminutos volantes y lazos que debían de haberle costado a una modista muchas semanas de trabajo lleno de pinchazos.

—Pruébalo.

—No podría.

Retrocedí como si el vestido fuese a golpearme. En verdad era la señora más rara que había conocido nunca.

—Te lo ordeno. Quiero verte con ese vestido puesto.

—*M’Lady* —respondí—, no puedo...

—¡Póntelo!

Tenía la cara contraída de enfado, un ceño fiero en las oscuras cejas. Con los ojos bajos, me acerqué al vestido y lo quité de la percha. Al tacto era de una esponjosidad satinada, y tibio como la masa recién subida. Las faldas arrastraban por el suelo y recé para no estropear la valiosísima tela.

—Allí, muchacha.

Con un movimiento de muñeca me mandó a un rincón más oscuro donde, esparcidos sobre una mesa, estaban todos los elegantes artículos del tocador de una dama.

Para cuando me quité de un tirón el canesú de lana, ardía de vergüenza. Mi camisa estaba parda de sudor y grasa de cocina. La falda, que con tanto orgullo me había cosido de un corte de tela de lana, ahora parecía más basta que una manta de caballo. Una nube de perfume se soltó al ponerme unas maravillosas enaguas color rosa que bailotearon sobre mis piernas como espuma batida. Cuando me metí en el ceñido canesú éste me tiró de los hombros. El trabajo duro cambia el cuerpo de una mujer, yo lo sabía. Por un instante le eché una ojeada a mi señora y le envidié los hombros estrechos y los finos brazos de quienes apenas levantan sus propios platos de sopa.

—Bueno. Estás muy cambiada.

Volvía a reír de nuevo, echándose hacia atrás para soltar una ronca risilla sofocada. Luego avanzó hacia mí y se me quedó mirando tan fijo que me ruboricé.

—Mírate —me ordenó mi señora.

Me cogió del brazo y me llevó hasta un enorme espejo con un marco. «Ten valor», me regañé, «no es más que un vestido». Me sentía como una mendiga impostora con túnicas de reina, y cuando llegué al espejo esperaba tener un aspecto tan ridículo como una muñeca de barro y contaba con que mi señora se mofaría de mí.

De manera que me quedé la mar de sorprendida al ver mi reflejo. Vi que una hermosa mujer me devolvía la mirada de asombro, alta y derecha, con el pelo castaño suelto de la escofieta de cocina y con una pálida cara de mejillas coloradas como camuesas recién cogidas del árbol. Una viva admiración brillaba en los ojos color del vino de ciruelas claudias. Y el traje..., vaya, me sentaba mejor que a muchas esposas de comerciantes que pasean de un lado para otro vestidas de encaje por los Rows de Chester. Clavé la mirada en una encantadora desconocida que, erguida y elegante, resultaba agradable a la vista de cualquiera.

—¿Se te curarán alguna vez?

Lady Carinna estaba con el ceño fruncido junto a mí. Seguí su mirada y alcé los antebrazos de manera que los volantes de encaje cayesen hacia atrás. Unas rayas de carne fruncida iban desde las puntas de los dedos hasta los codos. Algunas eran viejas cicatrices plateadas y otras, coloradas y nuevas.

—No —contesté—, mientras cocine.

Estaba a mi lado en el espejo, y por un momento las dos observamos nuestras imágenes gemelas. Me daba cuenta sólo a medias de que mi señora me miraba fijamente, pero estaba demasiado embelesada por mi propio reflejo como para mirarla. Con rosas rojas en el pelo sería la novia más linda que nuestro pueblo había visto nunca. Vaya, le haría a Jem una estupenda casaca de brocado viejo para hacer juego. Seríamos la pareja más elegante que se hubiese casado en Mawton. Después, por supuesto, lo vendería. Un vestido así valdría cinco libras en un puesto de ropa usada.

—Llévatelo —dijo Lady Carinna de pronto.

Yo no me hartaba de arquearme en el espejo para ver la airosa parte de atrás, que caía como un manto plisado hasta el bajo.

—Gracias, señora —farfullé— por dejar que me lo pruebe. Pero no puedo llevármelo. Es demasiado fino para mí.

Sus ojos se entornaron en el espejo.

—No seas lerda, muchacha —respondió, al tiempo que se apartaba—. No pienso ponérmelo ahora que lo has tocado. Ya pensaré en cómo me correspondes. Vete ya. Llévatelo. Tengo que escribir una carta.

Me lo quité mientras ella volvía al escritorio. Tenía la cabeza confusa de pensar que el vestido era mío. Cuando me puse mi falda de estambre picaba como si estuviese hecha de cardos tejidos. Recogí el vestido color grana en un bulto bien gordo que pesaba como un niño.

—Gracias, *M’Lady* —repetí, con la voz empañada de gratitud.

Con un gesto de la mano me indicó que me fuese sin levantar siquiera la cabeza de sus papeles, tan rápido garabateaba. Nunca habría adivinado yo que lo hacía inspirada por la escena que acababa de ver en el espejo, pues mientras yo, toda ingenua, clavaba la mirada en aquel espejo y nos veía a mí y a Jem besándonos ante la puerta de la iglesia vestidos con nuestras mejores galas, mi señora había visto un futuro completamente distinto para su ayudante de cocinera, tan agradecida que resultaba penosa.

Dicen que la Noche de Ánimas las almas muertas andan sueltas y causan problemas al mundo, que libera a los espíritus para que gasten bromas crueles, dejando presagios en los espejos y mensajes vislumbrados en los pozos iluminados por la luna. Aquella noche a mí no me llegó ningún mensaje fantasmal, pero en cuanto a los problemas que me caerían en suerte, ay, Señor, de éstos se avecinaban muchos.

La sala de los criados estaba atestada de tantísimos juerguistas que apenas si podíamos pasar entre ellos al llevar la comida. Un violín y una flauta soltaban estridentes canciones y el Viejo Ned las acompañaba entre gorgoritos, con el pichel chapoteando en la mano. Los jóvenes gritaban y bailaban, mientras Teg reía a carcajada limpia en medio de ellos, con las téticas dando saltos. Yo sólo miraba a medias, porque mi nuevo vestido me ardía en la cabeza como el incendio de un almiar. Lo suyo era que la ropa

que desechaba mi señora pasase a Jesmire, y yo sólo tenía la palabra de Lady Carinna para demostrar que lo había conseguido de manera honrada. Si lo encontraba alguien y ella se echaba atrás, me ahorcarían.

Llegó nuestro administrador, el señor Pars. La multitud le abrió paso y se llevó las manos a los gorros, aunque él no les hizo caso ninguno. Se quedó aparte, comiendo empanada de carne de venado con encurtidos y queso. Un pedante, lo llamaban algunos, y esta noche parecía estar particularmente desabrido, con la canosa cabeza baja y los carrillos fofos. Una mucama dijo que había oído a la nueva señora gritarle tras la puerta, pero eso me sonó a monserga. Aunque cualquiera veía que estaba preocupado. Masticaba como si su cena fuese serrín, con la mirada puesta en otro sitio lejano que no lo dejaba en paz.

Mientras tanto Jem andaba haciendo eses con sus amigotes, trasegando vasos de cerveza. Sentí una repentina punzada de recelo al mirarlo. El cabeza hueca llevaba bebiendo todo el día. «Al menos se mantiene en pie», me dije para mis adentros, suspirando. Debía tener paciencia y dejar que la cerveza se le bajase a las botas.

Cuando yo y Sukey recogimos los pocos restos de comida sobrantes, por fin pude ver la obra de Ánimas. Nuestro cochero, George Stapleforth, era el rey Jorge vestido con un tabardo manchado de rojo. Era un gusto verlo pinchado en la punta de una espada de madera. El matasanos trataba de levantar al muerto rey Jorge con su poción cuando reparé en el señor Loveday, que estaba completamente solo al lado del tablado. Nadie se había hecho amigo suyo. Todo el día los chavales se habían divertido gritándole: «¡Eh, brocha de alquitrán!» y «¡Morros de hollín!» mientras él se ocupaba de sus cosas. Juré que correspondería a su amabilidad de algún modo, aunque eso significase aguantar fanfarronadas de los demás.

Mientras yo lo observaba, los tristes ojos del señor Loveday se volvieron hacia un lugar situado detrás de mí, y de pronto se puso tieso como un centinela. El señor Pars alzó la vista y también se sobresaltó. Al darme la vuelta descubrí el objeto de su interés. Muy cerca de mí, en la parte de atrás de la sala, estaba Lady Carinna, la mar de vistosa con un vestido azul que brillaba como el halo de un ángel.

Al señor Pars le costó mucho trabajo llegar hasta ella. Tenía ganas de pelea, pues quitó de en medio a golpes a unos cuantos remolones.

Su actitud era fría y correcta cuando se inclinó ante ella.

—Lady Carinna, si hubierais hecho sonar la campanilla...

—¿La campanilla? Maldito sea usted, Pars. Pero si nadie acude a mis llamadas...

Su voz sonaba con fuerza, y quienes estaban cerca empezaron a volverse y a mirar. Entonces la obra se detuvo también, pues el viejo George se había perdido. Por un instante se formó una barahúnda, hasta que se hizo el silencio y Lady Carinna se fijó en que todos mirábamos la mar de atentos.

—Señor Pars —dijo en tono crispado, tan fuerte como el silbido de una fusta—, he de hablarle de nuestra partida inmediatamente.

Se dio la vuelta con un rápido rebrillar de seda azul, y nuestro administrador fue trotando tras ella.

Al cabo de un momento de silencio todo el mundo se puso a cotorrear, lleno de curiosidad.

—¿Y adónde se irá, pues? —me preguntó la gorda Nell, la lavandera, que estaba cerca de mí—. ¿De vuelta a Londres, te parece a ti?

—Eso espero —respondí, perpleja y preocupada—. Creo que aquí no hace más que traernos problemas.

VII

MAWTON LODGE

La correspondencia del señor Humphrey Pars

Día de Difuntos, 1 de noviembre de 1772

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

CORRESPONDENCIA PRIVADA

North Lodge

Mawton

1 de noviembre de 1772

*Sr. Ozias Pars
Marsh Cottage
Saltford*

Ozias:

Hermano, no tengo tiempo para cortesías, pues la noticia aquí en Mawton es tan extraordinaria que he de contártela enseguida. Hace dos días llegó la reciente esposa de Sir Geoffrey sin previo aviso. Y casi al mismo tiempo que la noticia de que el propio Sir Geoffrey se ha retirado a sus propiedades irlandesas, tras el escarceo de no más de diez días con su esposa en Londres. ¡Oh, la locura de los viejos!

En cuanto a la muchacha, no llevaba aquí ni un día cuando yo ya sabía que era corrompida y superficial como un charco. Sin embargo no carece de cierta astucia de raposa, como verás. Anoche me confió que antes de finales de mes saldrá para Francia y más allá, para Italia, donde su tío es dueño de una finca. Le pregunté si su esposo la acompañaría. «No, no, padece demasiado del hígado para viajar en esta época del año», me dice ella, «pero insiste en que yo debo ir por mi salud, que decae con este frío norteno. Y quisiera que usted dirigiera mi pequeña expedición, Pars, porque me hace mucha falta un hombre sensato que se encargue de todo.

De hecho», me dice, «él me escribe que tiene completa confianza en que nombrará usted a un sustituto competente mientras esté fuera».

Sí que le han llegado cartas, eso lo sé, pero con la insistencia de ella en mandar siempre a su criado a la estafeta yo me había quedado sin mi información de costumbre. La dejé con la promesa de que tomaría en consideración el asunto.

He estado estudiando la situación con gran minuciosidad de pensamiento. He obtenido garantía del joven John Strutt de que hará todo lo posible por supervisar mis funciones de administrador de fincas, la granja y la casa. Pero anoche, la Noche de Ánimas, mi señora forzó el desenlace al interrumpir la fiesta para decirme que deseaba con urgencia reunir los fondos para el viaje. Apenas abierta la cómoda de Sir Geoffrey, se puso a rebuscar en ella, rápida como un repartidor de naipes de una sala de celebraciones. No tardó en haber cerca de mil cuatrocientas libras sobre la mesa.

«Esto no basta», dijo ella. «Mire, traigo conmigo una carta de crédito firmada por Sir Geoffrey en persona. Debe usted ir mañana a ver al banquero de Sir Geoffrey en Chester y retirar mil libras más para el viaje». Examiné la carta y me pareció redactada con mucha propiedad, con el sello y la firma del mismo Sir Geoffrey; un poco temblorosa, claro está, pero yo juraría en un tribunal de justicia que era de su puño y letra. Hermano, ¿ves cómo estas damas de ciudad consumen una fortuna?

«La rapidez es esencial», me dijo en tono de súplica, «pues debemos salir para Londres y llegar a Dover antes que las borrascas de invierno». Luego me indicó quiénes debían ser de la partida, qué lujo debía tener su carruaje, etcétera. «Y voy a elegir las joyas que me gusten», añadió, «pues no debo avergonzar el buen nombre de Sir Geoffrey».

Entonces me ordenó que le diera la joya de Lady Maria, la Rosa de Mawton. Oh, con cuánta reticencia le entregué aquella preciosa piedra. Si yo fuera hombre dado a la imaginación, diría que la gema proyectó un brillo funesto en la codiciosa cara de su nueva dueña. Ésta insistió en que se la pusiera al cuello, y mientras mis dedos manejaban torpemente el cierre me atormentó mucho el recuerdo de la dulce Lady Maria.

Sólo cuando yo salía de la habitación preguntó ella: «Y bien, ¿quiere usted sumarse a mi pequeña aventura?». Miré los bonos, y la joya, y su estrecho y taimado rostro, y contesté: «Ciertamente, My Lady».

En mi beneficio, creo que me tiene por una especie de siervo estúpido, pero velaré y estaré a la expectativa y aguardaré el momento oportuno.

Aun así, hermano, el corazón me late tan rápido como el toque de retreta de un soldado ante tan repentino cambio de mi situación. Tengo mapas que conseguir, cajas de caudales que encargar, caballos que inspeccionar y horarios de barcos que tramitar. Iré, Ozias, y protegeré los intereses de mi señor. Te juro que haré todo cuanto esté en mi mano para proteger la fortuna de Mawton, aunque tenga que viajar de aquí a Italia o alrededor del mundo y vuelta. Te escribiré cuando pueda desde el camino y de ese modo te daré instrucciones como tu infatigable hermano,

Humphrey Pars

VIII

MAWTON HALL

De Todos los Santos a la fiesta de San Martín, noviembre de 1772

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Una sopa portátil para viajeros ~

Toma tres patas de ternera, una de venado, dos manos de cerdo o cualesquiera buenas carnes de que dispongas. Ponlo en un caldero con mantequilla, cuatro onzas de anchoas, dos onzas de macis, cinco o seis apios, tres zanahorias, un haz de hierbas aromáticas, añade agua hasta cubrirlo bien y ponlo al fuego durante cuatro horas. Pásalo por un tamiz muy fino y ponlo al fuego a hervir otro día hasta que esté espeso como la cola. Viértelo en platos llanos de barro y déjalo reposar hasta el día siguiente. Córtalo como una moneda de una corona y ponlo al sol. Mete las pastillas en una caja de hojalata con papel de escribir entre ellas. Ésta es una sopa muy útil para viajeros, pues al añadirle agua hirviendo hace un buen tazón de caldo o combina bien con potajes, estofados o salsas de carne.

*Martha Garland, 1750, una receta utilísima
que me dio la señora Salter de Chester*

OceanofPDF.com

La Noche de Ánimas estuve todo el rato pendiente por si veía al señor Pars para mandarle a Jem con la noticia de nuestra boda. Pero cuando por fin volvió se subió rápidamente al tablado donde se representaba la obra de Mummer.

—He de dirigirme a vosotros con gran pesar —dijo, levantando las manos para calmar a la gente—, pues acabo de enterarme de que ni nuestro señor ni nuestra señora ocuparán la casa el año que viene. En consecuencia la propiedad no precisará emplear a tantos de vosotros. Primero están las personas que se quedarán en Mawton con sueldo reducido. Son los mozos de cuadra y los demás que se necesitan para ocuparse del ganado.

La respuesta fueron gritos de que todos debían cobrar el salario entero para vivir.

—La segunda lista —tronó el señor Pars por encima del vocerío— son las personas que quedarán despedidas a final de mes.

—Pero eso es mandarnos al asilo de los pobres —se lamentó una voz chillona que levantó un coro de abucheos.

Eché una ojeada a Jem, pero él seguía con la cabeza metida en un vaso.

—Por último está la lista de los que acompañarán a su señoría al continente. —Al oír esto, silencio—. Y, como esa lista es tan corta, la daré en este momento —añadió—. Primero, yo mismo. Viajaré a Europa en calidad de guía y protector de Lady Carinna.

«De manera que es eso», pensé. «Está todo ufano porque ella lo ha elegido para viajar al extranjero».

—Y la señorita Jesmire, desde luego, al ser la doncella personal de su señoría. Y también Loveday, el lacayo de su señoría.

Le lancé una mirada a mi nuevo amigo, que asintió despacio con la cabeza.

—A continuación, hasta Dover con el coche de Sir Geoffrey, George Stapleforth.

Aquello provocó un clamor, pues George nunca había salido del condado.

Luego el señor Pars clavó la mirada en la multitud y, para mi sorpresa, sus ojos se posaron en mí.

—Y por último, para que no tengamos que comer esas fruslerías extranjeras, su señoría llevará a Biddy Leigh.

Aquello era demasiado disparatado. Yo no era ninguna criada londinense, hábil para allanarle el camino a una dama en tierra extraña.

—¡No, señor! —grité sin pensar—. Yo no me pienso ir a ninguna parte.

—Irás, señorita —ordenó el señor Pars—. Y muestra la debida gratitud a tu generosa señora.

Para mi propia sorpresa, le respondí delante de todo el mundo.

—No pienso ir, señor, con perdón. Porque tengo que casarme con Jem Burdett y no puedo ni quiero ir.

Al oír esto todo el mundo se puso a parlotear como los gansos. Estalló una algarabía enorme, pues no lo sabían ni mis pinchas siquiera, que dieron un chillido al oír que yo había atrapado a su favorito. Jem intentó ponerse de pie, aunque estaba casi borracho de beber cerveza, pero sí que reconoció que «Biddy quiere tenerme por marido y no me atrevo a negarme». Me entraron ganas de romperle la crisma al muy porro, y a todos los que se carcajearon.

—Los dos, venid a mi despacho. A las ocho en punto —ordenó el señor Pars.

A la mañana siguiente estábamos nerviosos en el despacho del señor Pars, mientras nuestro administrador estaba sentado a su mesa, debajo de los mapas y los libros de cuero de gran valor. Jem seguía algo borrachillo y se llevaba un trapo a la boca.

—¿De modo que estáis obligados a casaros? —empezó el señor Pars, y luego echó un hilo de humo azul hacia el techo—. Si es así, las reglas establecen que ambos perdáis vuestros puestos. —Al no recibir

contestación, pues yo me quedé asombradísima, se dirigió a mí—. ¿Has estado actuando de forma licenciosa con este joven? —me preguntó.

Jem tartajeó en el pañuelo. Yo recobré el aliento por fin.

—En eso no hay ni miaja de verdad, señor. Esos rumores son una calumnia.

—Lo que sea o no una calumnia lo decide el fallo de un juez —respondió en tono burlón el señor Pars—, y no el capricho de una fregona.

—Yo nunca le he concedido a Jem esa libertad, lo juro —contesté muy seria—. Señor Pars, señor, mire que ha de creerme cuando digo que no puedo ir, señor.

Tras dejar la pipa él se cogió las manos por encima del redondo estómago.

—Bueno, escucha, querida. Reflexiona. Sería una lástima dejar sin trabajo a un hombre recién casado.

—Ay, usted no haría eso —dije con un gemido.

Él se encogió de hombros.

—Es un trabajador externo y tal vez no sea necesario.

—Pues nos marcharemos juntos y buscaremos otro trabajo.

Agarré la mano de Jem e hicimos ademán de levantarnos.

—¡Deteneos! Aún no he terminado.

De mala gana, nos sentamos otra vez, topándonos como bolos.

—Está la prima de cinco guineas, que debéis tener en cuenta.

Al oír aquello, por fin Jem pareció despertar.

—¿Cinco guineas, señor Pars, señor?

—Sí, chaval. Le pagaré a tu prometida el sueldo entero y una prima de cinco guineas a condición de que pase el año en el extranjero. ¿Qué mejor fundamento para tu matrimonio, chaval?

Sacó una moneda dorada de su caja de caudales y la puso de canto en la repisa de la chimenea. Cómo miró Jem, boquiabierto, la gorda cara del rey Jorge, que sonreía satisfecho como una mujer grande y mantecosa. Luego mi enamorado se quitó de un tirón el gorro y dijo:

—Gracias, señor Pars, señor. Venga, da las gracias, Biddy.

—Encontraremos otro trabajo, Jem —le contesté en tono de súplica, aunque sabía que el señor Pars había ganado.

Por cinco guineas aquel chico me ponía en la calle con menos pena que si fuese un cerdo que se tiene en casa para la matanza.

Detesto cocer huesos. Día tras día hice sopa portátil echando animales muertos a la caldera, hasta que la masa de tendones hervidos olía al patio del que derrite el sebo. Para aumentar mi tristeza, me daba la impresión de que la señora Garland estaba castigándome, y con razón, pues sabía que la labor de carnicero era la única rama de la cocina que yo no soportaba.

Mientras removía la caldera recordé un día en que el señor y sus compinches de caza entraron al galope en el patio, los caballos echando vapor y resollando tras una cacería al amanecer. Los mozos de cuadra corrieron hacia ellos, pero mientras los demás desmontaban Sir Geoffrey se quedó sentado con gesto triunfante en su nerviosa montura, bebiéndose de un trago un pichel de licor. La mar de satisfecho, observó a los guardabosques descargar su premio. Entonces se fijó en mí, de pie ante la puerta.

—¡Tú, fregona! ¿Te pago para que estés mano sobre mano? —gritó como si fuese sordo—. Esa cierva que acorralamos junto al soto, me tomaré su hígado para desayunar.

Eché una ojeada a mi alrededor... No había nadie más mirando sino yo.

Esperé desde lejos mientras los hombres descargaban el animal, y Sir Geoffrey desmontó para dar una palmada en el anca de la cierva con el orgullo de un conquistador. Vi entonces que el señor tenía toda la piel llagada, hasta sus torcidos dedos parecían escaldados. Tenía un aire de matarife, en particular en su manera de medir cuernas y pezuñas. Al recordar que Sir Geoffrey era el auténtico centro del alboroto y el jaleo de Mawton, de repente todo me pareció corrompido, hasta los admirables parteluces de la casa y las torres.

De mala gana, fui tras un par de guardabosques que bajaron a rastras el animal a la despensa fría. Pero o bien la caza o bien el licor los habían puesto de un humor insensato.

—Anda, arréglatelas, Biddy Leigh —dijo el que los mandaba—. Mira que nosotros estábamos en pie y matándonos a cabalgar antes de que tú ni

pensases en levantarte siquiera. Así que destripa la pieza tú para variar. Y ándate con ojo, que su señoría aguarda el desayuno.

Y allá que se marcharon, dejándome la tarea a mí.

Miré al pobre animal colgado de un gancho, con la cabeza caída, los ojos de porcelana con la mirada fija, la herida aún roja y húmeda. Yo estaba deseando aprender y probar, aunque sólo había visto una vez la sangrienta tarea. Mientras me preparaba para cortar al animal, el tibio pelaje olía a pánico y a hierba a medio digerir. Tardé un rato en decidir dónde hacer el primer rasgón con mi cuchillo. Luego, de unos cuantos tirones, le separé la parte delantera, como dos espeluznantes puertas que se abriesen desde el cuello hasta la cola. Los apestosos intestinos acababan de caer humeando al suelo cuando una extraña cosilla me llamó la atención.

Al principio creí que era una tripa retorcida o un descolorido bazo. Miré más de cerca y descubrí una cara de largo hocico, del tamaño de la uña de mi pulgar. Lo que vi por poco me hizo desmayarme. Un perfecto y diminuto cervato estaba hecho un ovillo dentro de la matriz de su madre. Alargué la mano para sacarlo de un tirón y de pronto, a través del saco, me dio una patada con su minúscula pezuña. Ay, Señor, me fui dando gritos al patio hasta que los mozos de cuadra vinieron a arreglarlo. Yo sabía que no podía vivir, pobrecito, todo viscoso y blando con el cordón de su madre cortado como un tubo morado y soltando un chorro de sangre. Pero mucho después de mandarle al señor el hígado frito en mantequilla, lloré por la ciega criatura de patas de cera que se agitó un poquito y luego, gracias a Dios, se quedó rígida en el suelo de la despensa. Desde aquel día siempre había dejado la labor de carnicero a los que tienen aguante para ello.

De aquellas últimas y sombrías semanas en Mawton sólo dos recuerdos brillan ahora en mi memoria. Uno es mi querida señora Garland. Seguíamos sin hablarnos, pero dos días antes de mi marcha me mandó llamar a la destilería. Mientras atravesaba la oscuridad de una tarde de invierno cogí una vara y fui golpeando las zarzas espinosas que invadían el sendero. Todo lo que me rodeaba estaba muriéndose: el año dorado, mis esperanzas de boda, las costumbres que me eran conocidas. Sentía un deseo la mar de grande de darle un puñetazo fuerte a alguien.

Allí estaba mi vieja cocinera, sentada junto al fuego, más o menos como la noche que hicimos las pastillas de violeta. Y me dijo:

—Biddy, no puedo dejarte ir sin hacer las paces contigo.

Por un instante sólo oí el crepitar del fuego. Luego un gemido brotó de mis labios y nos cogimos de las manos. Las lágrimas se me caían por las mejillas y me las sequé rápido.

—No me lo perdono. Usted me ha tratado mejor que mi propia madre. Y la dejaré aquí sola del todo...

Ella meneó la cabeza y suspiró.

—Si Dios quiere, yo y Teg nos las apañaremos hasta que vuelvas sin contratiempos.

Entonces se sentó derecha, me pasó un trapo limpio para que me secase la cara y dijo unas palabras que nunca olvidaré.

—Ahora escúchame, Biddy. Si vas a hacerme caso alguna vez, que sea ahora. He estado dándole vueltas y me parece que se te abren dos caminos.

—Sus ojos relucían, brillantes como los de una chiquilla, cuando se clavaron en los míos—. Puedes vivir todo esto como un suplicio y desperdiciar un año entero quejándote...

Al oírla levanté la cabeza enseguida, pero ella no dejó que la interrumpiese.

—O puedes aprender a ser algo más que una simple cocinera como yo. Aprender a hacer esos elegantes *bonbunes* y platos *à la mode* franceses. Qué oportunidad, muchacha —dijo, estrechando mi mano cautiva—. He visto anuncios para cocineras al estilo francés, y ¿sabes lo que ofrecen? Veinte guineas al año. Serás cocinera de la nobleza.

—Pero si voy a casarme con Jem cuando vuelva.

Lo dije como un artículo de fe en el que sólo yo creyese. Ella dio un suspiro mientras su robusto seno subía y bajaba.

—Pues entonces cocina en esa cervecería de la que alardea Jem. He oído decir que hay mesones que venden comida estupendísima en Londres. Ay, si tuviese mi juventud de nuevo, me gustaría muchísimo probar lo que ofrecen. ¡Y en cuanto a París! Eso será decisivo en tu vida, con el talento que Dios te ha dado. Tú probarás comida que yo ni he soñado siquiera.

—No lo creo. —Yo estaba completamente decidida a sentirme por los suelos—. Sólo soy la que menea las sartenes, la que se llevan para que su señoría no tenga que comer cosas extranjeras. A lo mejor sólo cocinaré para ese perro-rata suyo.

No le conté que el día anterior Lady Carinna me había mandado llamar durante unos fríos momentos. Me dijo que metiese en un cofre ropa de cama, cristalería y vajilla, y que guardase viandas frías en la caja del carruaje. Pero antes de mandar que me retirase, añadió:

—Y llévate el vestido rosa.

El corazón me latió con fuerza al oír sus palabras. ¿Por qué, me pregunté, aquel vestido me hacía sentir tanta desazón?

La voz de la señora Garland interrumpió mis preocupaciones.

—Pero irás a hacer la compra por todas esas tierras extrañas.

—Sí, quizá —respondí con desaliento—. Aunque por lo que cuenta el Viejo Ned, no comeremos más que ranas y serpientes. Precisamente esta mañana le dije que había estado practicando con las ancas de rana y que le había puesto una en el potaje. Debería haberle visto usted la cara. Y vaya si lo haré, como no cierre el pico.

Los labios de la señora Garland se abrieron y luego se juntaron en un resoplido de risa.

—Ay, eso ya se parece más a la antigua Biddy —replicó resollando, cansada. Me apretó fuerte la mano y yo le devolví la sonrisa—. Pero mira que has de tener cuidado con esa lengua tuya. Pienso en Lady Carinna. Está tocada de la cabeza, pero es tu señora. Mi consejo es que cumplas sus órdenes todo lo rápido que puedas y que luego te mantengas bien lejos de ella. Jesmire también...

—Ay, Señor, no la aguanto.

—No tienes por qué aguantarla. Tú procura ser lista y mantenerte callada cuando la tengas cerca.

A regañadientes, asentí.

—Y si tienes algún problema, el señor Pars es un buen caballero cristiano por debajo de todo ese aire adusto. Muy instruido es, y cuenta con toda la confianza del señor. Si buscas a alguien que te ayude, tú habla con el señor Pars.

«Si ella supiese lo despreciativo que es», pensé. Sin embargo, lo que la señora G decía era verdad: que mi vida sería más fácil si no lo irritaba.

—Ya está bien de todo esto —dijo—. Quiero regalarte una cosa.

Me dio el cuchillo de plata que siempre llevaba a la cintura colgado de una cadena. Había sido de Lady Maria, y mi amiga lo encontró, ennegrecido y roto, detrás de un cofre viejo.

—Es el mejor cuchillo que he usado nunca. Me agradará imaginármelo picando todos esos ajos y esas frutas del paraíso.

—¿Y desollando ranas? —bromeé.

—Sí, hasta eso. Por Lady Maria.

Lo cogí, y sí que se ajustó con suavidad en la palma de mi mano.

Entonces la señora Garland se echó hacia atrás y se cruzó de brazos, al tiempo que me miraba fijamente unos momentos.

—Bueno, tal vez me tengas por una solterona, pero he visto más años de vida que tú, Biddy, de manera que atiende a lo que te digo ahora. Primero, estoy contentísima de que hayas guardado tu honra. Vamos, no me mires así. Sé que has dejado que Jem te corteje, pero toda la casa va repitiendo lo que le dijiste al señor Pars: que nunca le has concedido esa libertad.

¡Ay, Señor! Hundí la cara en las manos al pensar en toda aquella gente dándole a la lengua con mis asuntos particulares.

—Calle usted. Hace que me muera de vergüenza —respondí, mirando a hurtadillas por entre los dedos.

—Lo único que te digo, muchacha, es que cuando estés en esas posadas, durmiendo junto a esos mozos de taberna y mozos de cuadra y gente por el estilo, debes guardar tu galardón bajo las faldas.

No pude evitar reírme a carcajadas.

—¿Mi galardón?

—Tú sabes a lo que me refiero. Tu mayor tesoro..., que no vale ni miaja una vez que lo has gastado.

—Claro que iré con ojo. No soy boba.

Podría haberle dicho que llevaba guardándolo de Jem bastante tiempo durante todo aquel febril verano, de manera que no iba a desperdiciarlo ahora con un mozo de taberna fulero.

—Y por último, lo que te pido es esto: apúntalo todo para tu vieja amiga, Biddy. Cuéntame lo que ves, a quién conoces y, sobre todo, lo que comes. Escribe bien en detalle y copia las recetas si puedes. Si sólo tuviese veinte años menos, me pelearía contigo por aprovechar esta oportunidad. Así que no me defraudes. Observa, aprende y come por mí, muchacha. Ya es hora de que el libro tenga platos nuevos.

Y de esa manera mi querida señora Garland me dio este libro, *La joya de la cocinera*, escrito por tantas manos: las de Lady Maria, las de sus amigas, las de sus cocineras y vecinas. Mis guías del pasado, que habían cocinado, perfeccionado y anotado sus mejores creaciones. Y además le había cosido nuevas páginas en blanco para que recibiese los platos que yo aún tenía que descubrir.

Aquella noche fui paseando con Jem a Reade Cottage. O más bien debería decir que él me cogió del brazo y me llevó allí, pues yo estaba desfallecida de pena. Cuando llegamos al destartado edificio, sólo con ver nuestras esperanzas destrozadas me eché a llorar. Pars Fold era el valle más rico de por allí, y estaba cerca de un nuevo camino de portazgo, pero protegido por un bosquecillo de abedules. Algunos decían que había pertenecido a la familia del señor Pars desde que había memoria, pero Sir Geoffrey se lo había comprado al viejo señor Pars y lo había parcelado dentro de la propiedad de Mawton. Nuestro administrador nunca hablaba de él, pero al menos tenía el placer de supervisarlo como administrador de Mawton. Nuestro sueño era ser arrendatarios, reconstruir Reade Cottage convertido en una floreciente taberna y vivir y medrar allí.

—Es un año nada más, amor —dijo Jem, haciendo poco caso de mi pena—. Se pasará pronto. Piénsalo, ahora tenemos el porvenir asegurado. Todavía tendré mi taberna —terminó, apretando los puños de alegría.

Pensé en la señora Garland llamándolo indigno, y meneé la cabeza. Luego besó mis labios, y su lengua, toda trigo y dulce carne, se acomodó dentro de mi boca. Sin embargo yo sólo sentía dolor, tanto miedo me daba perderlo. El encandilamiento de Jem conmigo precisaba atención diaria. No podía darle de comer desde el otro lado del mar. No podía enviarle una escudilla de besos.

—Tenemos que irnos pitando —le imploré, asiéndole las manos. Le dije que nos casásemos y nos fuésemos a alguna ciudad grande a encontrar trabajo—. Yo no podría separarme de ti, Jem. No puedo irme.

Pero él apenas conseguía evitar que la sonrisa le asomase a los labios. Era un hombre al que las guineas de oro le cegaban los ojos. Y el señor Pars le había prometido trabajo fácil, además, durante el largo año de mis viajes.

Dicen que es la noche con sus desoladoras fantasías lo que arrastra un corazón a la desesperación, y que cuando llega el amanecer trae nuevas esperanzas. Eso me pareció a mí aquella última mañana en Mawton. Desperté en el rincón de la cocina con el vocerío de los mozos de cuadra. Agua fría, ropa blanca limpia y un vaso de tranquilizadora cerveza me pusieron casi bien. Me miré en un trozo de espejo y vi que no tenía la cara tan arrasada como cuando me dormí llorando.

En torno a mí relucía la cocina donde yo había trabajado a diario: las cazuelas de cobre colgadas con esmero, la rayada mesa de madera y los ordenados platos azules puestos en fila sobre el aparador. Me levanté a raspar las cenizas y de pronto me aferré a la negra piedra del hogar. ¿Cuánto hacía desde que, siendo una muchacha nueva, espeté por primera vez un ave de corral y la puse a asar allí? ¡Qué estupendas piezas de vaca habíamos preparado en el asador que movía el aire caliente de la chimenea, mientras la panceta colgaba de los ganchos y los jugos de la carne lardeaban púdines ligeros como nubes redondeadas! Nunca, en mis diez años en Mawton, había dejado yo que se apagase aquel fuego. Cada amanecer, en invierno o en verano, había cernido los rescoldos y había puesto encima leña menuda nueva. Acaricié la áspera piedra y apoyé la mejilla en su eterno calor, deseando poder llevarme conmigo aquel fuego fiel. Una tontería, lo sé, pero un fuego es el amigo más verdadero de una cocinera. Era un buen hogar el de Mawton: ennegrecido con centenares de años de humeantes almuerzos.

No creo que ningún pagano adorase nunca el fuego como una cocinera. De manera que le di un beso a la manchada pared y, en lugar de ella, me llevé mi pequeño yesquero para encender fuegos nuevos, no sabía dónde.

IX

DE MAWTON A NANTWICH

La fiesta de San Martín, noviembre de 1772

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Un posset de brandy ~

Se lleva un cuenco junto al fuego y se cascan y echan nueve huevos mezclados con media botella de brandy, un palo entero de canela, tres hojas de macis. Ahora se ralla y se añade nuez moscada durante medio minuto y se pone cerca del fuego teniendo cuidado de que no cuaje. Se calienta un cuarto de nata con un tazón de azúcar y se vigila con atención hasta que esté a punto de hervir y se rice por los bordes. Se levanta y se vierte desde cierta altura en el vino y los huevos. Se deja reposar junto al fuego hasta que se asiente y luego se espolvorea por encima azúcar de la mejor calidad.

*Como lo daban en la posada de la Estrella, Nantwich,
servido en una posetera de loza azul y estaba tan
bueno como el mejor del mundo, Biddy Leigh, 1772*

Deberíamos haber salido a las nueve en punto aquella mañana. El señor Pars echaba humo como un cacharro de agua hirviendo, preocupado por los caballos que piafaban entre el tintinear de los arreos. Yo estaba con mi hatillo atado al lado, nerviosa como si me hubiese tragado una bandada de pájaros vivos. Hacía un tiempo malísimo además, pues no terminaba nunca de hacerse de día y las nubes eran tan pesadas como gachas grises llenas de grumos.

Al cabo de tres aburridas horas se acercó Jesmire con mucho faldeo detrás del señor Loveday, que le llevaba el cofre. Entró toda afanosa en el coche y luego, cuando se apeó, la oí decirle al señor Pars:

—¡No estará usted sugiriendo que mi señora comparta carruaje con una... moza de cocina!

Las mejillas me ardían como los hierros de una parrilla. Pero yo no podía hacer ni miaja. «Espera y verás, señorita cobista», me repetí en silencio, «el día que te prepare el almuerzo».

Entonces oí un frufrú de seda y allí estaba su señoría, toda espléndida vestida con una capa gris guarnecida con plumón de cisne, mirando desde la puerta.

—¿Qué ocurre?

El señor Pars se adelantó como un toro.

—La señorita Jesmire me informa de que no resulta elegante que Biddy Leigh viaje dentro. Así que debemos hacerle sitio con el cochero.

Mi señora se volvió para mirarme fijamente y yo hice una profunda reverencia.

—No, Biddy debe viajar dentro. Pars, usted dirige esta expedición. ¿No ve qué hora es? Cargue mi equipaje y, por Dios, vámonos. Jesmire, cálese.

Le lancé una taladrante mirada a Jesmire, que hizo una mueca como si acabase de beber áloe del Cabo. De manera que yo sí le resultaba simpática

a mi señora, me dije, orgullosa, y si no le gustaba a aquella vieja arpía, que se aguantase. Por fin me metí en el suave nido del coche y descansé los pies. Dentro estaba oscuro y el aire estaba cargado, pero se estaba seco del todo. Entonces las ruedas dieron una sacudida y nos pusimos en marcha. Cuando los caballos comenzaron a trotar era mil veces más cómodo que un carro descubierto.

Aquella separación de Mawton fue un pesar tremendo para mí. Yo iba mirando hacia atrás, y tuve que ver cómo la carretera se achicaba hasta convertirse en una cinta detrás de nosotros. Al atravesar el parque vi una cuadrilla que desbrozaba setos en los campos, y una rubia cabeza entre ellos. Y antes de poder evitarlo me levanté de un salto del asiento y murmuré «¡Jem!» junto a la ventanilla llena de goterones de lluvia.

—Por el amor de Dios, cállate —gritó mi señora—. Ya es bastante malo tener que aguantar este vaivén. Siéntate.

—Cuando yo era muchacha —dijo Jesmire como quien no quiere la cosa—, una criatura como ésa no se hubiera atrevido a proferir un sonido en mi presencia.

Entonces recordé mi promesa a la señora Garland de que tendría cuidado con la lengua y no me enzarzaría con ninguna de las dos. Gracias a Dios, en menos de una hora ambas se habían dormido, de manera que yo sola presté atención al camino. Dejamos atrás una larga fila de vendedores ambulantes detenida en una colina, y vi los caballos, lustrosos con la lluvia, descansando con los arreos puestos como solemnes estatuas. Más tarde pasamos traqueteando por delante de dos encorvados viajeros que arrastraban fardos por el barro de un páramo inmenso y desamparado. Aquellos dos viajeros podríamos haber sido yo y Jem, tirando de nuestros bienes materiales hacia un azaroso futuro juntos. Ojalá nos hubiésemos ido pitando a casarnos, me dije con un silencioso gemido. Y entonces me calé la escofieta y lloré, como una bolsa de suero que gotease sin fin.

Cuando desperté el brillo cobrizo del atardecer llenaba el coche. Jesmire aún estaba dormida, con la barbilla colgando floja hacia el huesudo pecho. Pero mi señora estaba despierta, ya lo creo. La veía en la rojiza penumbra, observándome con ojos brillantes.

—Y bien, Biddy —dijo—, ¿de dónde eres tú?

—¿Yo, Señorita? Quiero decir, Mi Señoría. —Me quedé muy sorprendida de que hablase conmigo—. De ningún sitio en especial.

Su cara no era más que un óvalo color crema, pero aquellos ojos como de cristal seguían brillando.

—De algún sitio serás, me parece a mí.

—Un sitio llamado Scarth, *M’Lady*. No hay ni miaja por allá.

Ella resopló muy fuerte.

—No hay nada digno de mención, es como debe decirse.

—No hay *na* de miaja digno de mención, como debe decirse.

Se rio de mí al oírme, aunque no estoy segura de que fuese una risa agradable.

—Tendrás familia. Háblame de ellos.

Esta vez hice algo más que devanarme los sesos, en verdad me los restregué.

—Bueno, como haber, no hay mucho que contar, señorita... *M’Lady*. *Na* más que mi mama, que es mi madre, y mi hermana Charity.

—Charity es un nombre muy curioso.

—Sí, *M’Lady*. Mi padre tenía ideas raras en lo que tiene que ver con los nombres.

—Biddy. ¿Eso viene de Bridget?

«Ay, Señor, ya estamos», pensé.

—Obedience.

Lo mascullé demasiado bajo para que Lady Carinna lo oyese.

—¿Cómo dices?

—Obedience, *M’Lady*.

Y ella se rio con aquella ronca risa y dijo:

—Muy apropiado, estoy segura. Obedience, tienes una familia muy corta. ¿Y tu padre?

—Dice que es sanguijuela de vacas. Arregla el ganado. Pero vagabundea por ahí como quiere, *M’Lady*.

Se quedó callada un minuto y me alegré, porque nunca me ha gustado hablar de mi papa. Fue él quien me puso el nombre por su madre, que era una voceadora de la Biblia. Se creía un tremendo disidente, pero con lo

único con lo que yo lo vi estar en desacuerdo era con un duro día de trabajo. Venía a casa a gorronear a mi mama, dejaba otro niño encargado y luego se volvía al camino. Una dama como Carinna no tenía ni idea de que existiesen semejantes borrachines.

—¿Y hermanos? —preguntó de repente.

—Antes sí. Todos han muerto. —Conté con los dedos para comprobar la cantidad—. Hermanos y hermanas. Siete, que están con Dios.

—La muerte proyecta una larga sombra, ¿verdad? —respondió ella—. Yo tengo un hermano. Junto al lecho de muerte de mi madre prometí que lo amaría y que cuidaría de él toda la vida.

Entonces guardó silencio, y lo único que pude ver fue el borroso subir y bajar de su cara en la tarde.

—Así que sabes contar —dijo de pronto—. ¿Y sabes leer algo?

¿Cómo iba yo a hacer un almuerzo para treinta si no supiese contar? O leer, si a eso vamos. ¿Por dónde empezar? Le hablé de la viuda Trotter, que vivía en la última casita de Scarth, la mar de bonita. Desde que yo era un comino cargaba con su fardo las cuatro millas que había hasta el mercado cada semana a cambio de un poco de comida caliente. La primera vez que probé su estofado de conejo con hierbas aromáticas estuve a punto de desmayarme de placer. Después de eso hice el camino hasta su casa todos los días para ayudarla a fregar y a guisar y a hacer cerveza. Mi mama decía que yo tramaba robarle a la viuda el dinero que tenía escondido, pero que su hijo me ahuyentaría.

—¿Y tú no le ponías ojos tiernos al hijo? —me interrumpió de repente mi señora.

—Vaya, pero si sólo era una simplona de cría —contesté.

«¿Y por qué iba yo a querer traicionar a la buena viuda?», estuve a punto de añadir. Un marido no era ni miaja lo que yo andaba buscando. La mayoría de las tardes, cuando el peltre estaba reluciente y la cena del hijo hervía despacito al fuego, la viuda Trotter sacaba el libro de las letras.

—¿Qué salario era mejor que eso, la posibilidad de leer? —pregunté, y mi señora se quedó callada otra vez.

—¿Y qué es lo que leías? —quiso saber.

—Leía *Santita Dos Zapatos*.

—Oh, esa inaguantable historia cargada de moralina. ¿Qué te pareció?

—Bueno, pues yo tenía a Margery Meanwell por una picaruela la mar de astuta.

Entonces le eché una rápida mirada de soslayo a mi señora, pero no vi su expresión.

—Ya lo creo. Ciertamente, tuvo el buen sentido de buscar un marido rico que la sacara de la nada. ¿Y qué otros tesoros poseía aquella generosa viuda?

—Pues leí *Robinson Crusoe*... Bueno, eso sí que es una historia. Y *Pamela* también.

—¿Y tu preferido?

—Pues la señora Haywood es mi escritora preferida. *Fantomina* —respondí en voz baja.

Su señoría se rio entre dientes.

—¿No es ésa la dama que persigue al señor Beauplaisir en diversas intrigas amorosas?

—Sí, *M'Lady*. —Las dos compartimos una súbita sonrisa de complicidad, pues es una historia atrevidísima—. Pero el que más me gusta es *Regalo para una sirvienta*, de la señora Haywood. Contiene excelentes consejos sobre todas las formas de preparar y condimentar los alimentos. Es una maravilla lo que sabe esa dama.

Entonces mi señora se rio, pero con un sonido no tan cruel como antes.

—Tienes buena formación para la posición que ocupas en la vida, Obedience. Pero ¿por qué dejaste a la estimable viuda?

Le conté cómo el hijo de la viuda Trotter se había casado y que ella quiso mudarse al pueblo y dejar que él se quedase con la casita de campo..., y cómo me afligí yo, pues con doce años me había evitado bastante tiempo el acompañar a mi mama y a Charity a recoger carbón para ganarme la vida. Fue como si un hada me concediese un deseo cuando la viuda Trotter me dijo que en Mawton Hall necesitaban a una muchacha.

—De manera que me escapé de los campos de carbón y de mi familia —dije al final, y en ese momento volví a mis cabales y recordé que tenía intención de tener quieta la lengua.

—¿Para verte en aquel horrible caserón? —preguntó ella con desdén.

A eso no le contesté, porque no estaba de acuerdo, ni una pizca. La primera vez que vi aquel batiburrillo de torres y ventanas con parteluces se me figuró el final feliz de un libro de cuentos. Sólo ahora, al hablar en voz alta de todo mi aprendizaje y mis ganas de avanzar, lo que yo había hecho hasta entonces con mi vida me pareció una menudencia. Mi señora era más o menos de la misma edad que yo, y sin embargo tenía todos aquellos vestidos y sus modales de Londres además. Y, al igual que *Santita Dos Zapatos*, había atrapado a un viejo rico. El meollo de aquello era que yo no era ni miaja a su lado. Pero ella no era *Santita Dos Zapatos*. De eso yo estaba ya bien segura.

Unas voces nos despertaron. Linternas relucían ante las ventanillas, los mozos de cuadra se ocupaban de los caballos y los criados se amontonaban para llevar nuestros baúles.

—Pasen adentro, buena gente —nos dijo en tono enérgico el posadero.

Y, con mucho trajín, nos condujeron hasta el fuego bien caliente donde humeaban pichetes de cerveza para todos, menos para mí y los demás criados vulgares.

Aquella noche mi señora dijo que yo debía servir la mesa en el salón particular. Estuve muy desmañada mientras el estómago me sonaba al oler el cordero, el asado de falda de ternera y el pato. Tan pronto como mi señora, Jesmire y el señor Pars se marcharon, yo y el señor Loveday atacamos los trozos de comida. Las sobras resultaban aún más sabrosas por estar medio frías. El cordero era fragante y rosado y estaba salpicado de saladas alcaparras.

—¿De dónde es usted, señor Loveday? —pregunté entre dos bocados—. ¿De la China o del África?

Se lamió los brillantes dientes.

—Usted nunca viaja, señorita Bidy, eso seguro. Yo viene de isla más allá de Batavia, blancos no tiene nombre mi isla. Isla de fuego.

Más tarde, al repartir lo que quedaba del queso, me miró con timidez.

—Señorita Bidy, ¿usted dice nosotros criados es amigos?

Le contesté que eso era verdad.

—Yo vuelve a casa un día —dijo, alzando los ojos negros como la endrina—. Yo vuelve con esposa y hijo.

—Debe usted tener cuidado con lo que dice —le aconsejé en tono muy bajo—, pues ahora Lady Carinna es la dueña de usted.

—Ella dueña —respondió él con gesto bien abatido—. ¿Pero quizá ella pierde a mí, señorita Biddy? ¿Usted cree una vez alguien pierde a hombre y olvida?

—Puede ser. Pero sería un delito si usted se perdiese adrede. Sería robar una propiedad de valor. Lo ahorcarían a usted por eso.

—¿Qué significa?

De manera que le hablé al pobre chico de la horca, y de cómo las multitudes van en tropel a ver cómo un cuerpo da sacudidas y se muere. Se quedó tan asustado al oírlo que le estreché el brazo.

—Ahora vaya usted con ojo, señor Loveday —dije—, y confíeme sus ideas a mí antes de hacer cualquier boba tontería.

Hizo un gesto afirmativo y lo dejamos así, pues el señor Loveday era mi único amigo ahora y teníamos que cuidarnos el uno al otro.

Más tarde vi que un camarero anciano preparaba un *posset* de *brandy* junto a la chimenea del salón y me aprendí de memoria la receta entera, pues su señoría dijo que le gustaba. Probé un poco de los posos cuando me ofrecí para llevar la posetera de vuelta a la cocina. Era ligero y dulce, y calentaba el cuerpo como un calentador de latón calienta una cama fría. Y al no tener más obligaciones aquella noche, me fui a mi cuarto, desaté mi hatillo y me di el triste placer de echar un vistazo a mis bienes. Como aún no estaba segura de lo que debía anotar, empecé con esta lista de todo lo que tenía en el mundo:

Un peine

Una enagua

Un vestido de franela

Mi escofieta de dormir y otra escofieta de día

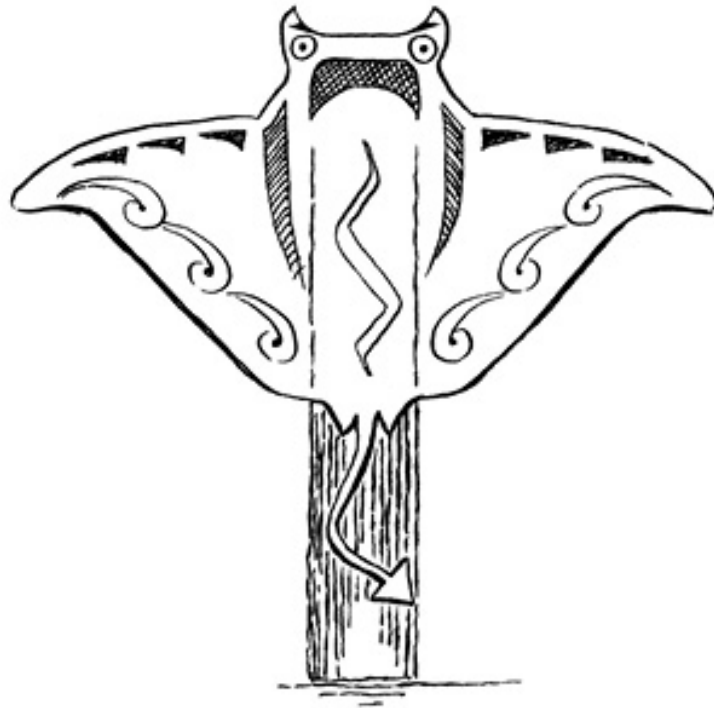
Una camisa

Una cinta que me regaló Jem en la feria de Chester

*El cuchillo de plata de Lady Maria en una cadena
Un devocionario con dedicatoria de la viuda Trotter
Un dibujo recortado de un periódico que me recuerda la cara de
mi madre
El libro de casa llamado La joya de la cocinera envuelto en un
trozo de fustán
Plumas y tinta regalo de la señora Garland
Mi bolsa de costura, que contiene preciados rizos de pelo
envueltos en un paño de lino
Medias y cordeles
Una libra, tres chelines y tres peniques y medio
El vestido de seda roja y una enagua que me dio Lady Carinna*

A continuación apunté cómo se preparaba el *posset* de *brandy*. Luego, tras acostarme, pensé en Jem, allá tan lejos al final del camino envuelto en oscuridad, y deseé con todo mi corazón haberme ido llevándonos mejor. Pero al cabo de unos instantes nada más ya estaba yo dormida como un lirón.

X



Loveday parpadeó y luego cerró los ojos, sintiendo el agua que le caía por las mejillas como lágrimas incontenibles. Estaba encaramado en el estribo trasero del coche, sacudido por todos los surcos y piedras del accidentado camino. La lluvia se le colaba por el cuello de la casaca irritando su antigua herida, de modo que le dolía una enormidad. Éste era el lugar más frío que había conocido. A veces estaba seguro de que no tardaría en morir, pero los huesos no le fallaban ni el pelo se le volvía blanco. Por alguna extraña razón, sus antepasados lo mantenían vivo en este espantoso lugar.

Ya se había empapado al esperar, en posición de firmes, junto a la portezuela del coche mientras los demás andaban de acá para allá. Sus únicos instantes de cordialidad eran los que pasaba con Biddy. Ella no lo insultaba, sino que hablaba con él mirándolo a los ojos como una amiga o

una prima. Ciertamente que sus ojos eran espantosamente descoloridos, pero no tenían, como él creía antes, el poder de adentrarse en su cráneo y llenarlo de peligrosos espíritus. Y se reía con él, tomándole el pelo cuando él hablaba de su patria.

—En mi país lluvia es caliente como té —le confió, mientras se pegaban uno al otro bajo el alero de un tejado, esperando a su señora.

—Ande y no intente engañarme, señor Loveday. ¿Cómo va a ser caliente la lluvia?

Él le contó cómo arrancaba una hoja de palmera, del tamaño de una bandeja, y se la ponía sobre la cabeza para resguardarse de la lluvia caliente como el té. Ella volvió a hacer un gesto de duda.

—No sé cómo se inventa eso, señor Loveday. Resguardarse debajo de una hoja... Debe usted de creer que me chupo el dedo.

Señor Loveday. A él le gustó aquello. Por un momento lo hizo sentirse un hombre con cuerpo y no un revoloteante fantasma. Entonces ella alargó la mano y le rozó el brazo. Al recostarse en el chorreante carruaje, de repente a Loveday le ardieron los ojos. Era la primera vez desde que cruzó a este extraño mundo que alguien alargaba la mano para tocarlo en un gesto de amistad. Aún sentía los dedos de Biddy en el brazo, y eso lo hacía entrar en calor más que un millar de hogueras. Ojalá lo hubiera conocido como era antes: ¡un cazador, un guerrero, un hombre!

Mientras el coche temblaba y se balanceaba, el espíritu que vivía dentro de Loveday, su *manger*, se sentía como un pájaro cogido en una red. Tras ordenar a sus miembros que se mantuvieran en equilibrio sobre la estrecha tabla, dejó ir su espíritu para que fuera adonde le pareciera. Al cabo de unos instantes en algún otro lugar había lluvia, dolor y sufrimiento...; aquí, en la cristalina agua color turquesa, las olas se retiraban y rompían con el rítmico sonido del latir del océano.

Estaba cazando con su clan. De pie en lo alto de la plataforma del arponero, una ráfaga de aire cálido le refrescaba el cuerpo cada vez que la barca coronaba una ola. Iban deslizándose por el agua justo detrás de una enorme bëlelā, una negra raya del diablo de bordes rizados, que corría a toda velocidad bajo el agua. El miedo y la emoción se mezclaban en las venas de Loveday. Era un monstruo, tan largo como tres hombres altos y

con unas alas más anchas aún. El golpe no era difícil: levantó el brazo derecho y lanzó el arpón con fuerza hacia el lomo del animal. El duro arpón se quedó bien clavado en la carne negra y reluciente.

—¡Hincad otro gancho! ¡Aprisa, aprisa! —gritó con júbilo mientras sujetaba la cuerda que se movía con violencia.

Pero entonces, por el rabillo del ojo, vio a su hermano pequeño, Surti, bajar de un salto desde la plataforma al lomo del animal, garfio en mano. Muy rápido, antes de que pudiera pronunciar unas palabras de advertencia, el animal se puso en acción. La inmensa bēlelā alzó sus dos grandes alas y rodeó fuerte con ellas el cuerpo de Surti, tumbándolo y atrapándolo como una ostra en una concha. El niño dio un grito ahogado, y Loveday vio que su aterrado rostro quedaba pegado a la piel del animal, negra como la noche. Después, con un estremecimiento de despedida, la bēlelā tiró con toda su fuerza y desapareció debajo del agua.

Asombrado, Loveday miró a su alrededor. La boquiabierta tripulación se apiñaba tras él con la vista clavada en la espuma blanca donde la bēlelā se había hundido llevándose al niño dentro de sus alas. Alguien tenía que hacer algo. La cuerda que Loveday tenía a los pies se desenrollaba más deprisa que una serpiente al meterse como una flecha en el matorral. Tras echar mano a un segundo arpón, Loveday corrió a la parte delantera de la plataforma y se zambulló detrás de la cuerda que desaparecía. En un hirviente estallido de espuma encontró el sedal del arpón y lo agarró con fuerza. La cuerda lo abismó alocadamente en el agua, arrastrado por la monstruosa bēlelā que tiraba y se sumergía al otro extremo. «Sin duda el arpón se soltará», pensó él. Pero el arpón se mantuvo firme. Descendía rápidamente desde los bajíos calentados por el sol hasta las heladas profundidades color añil. «Debo morir», se dijo Loveday, «antes que perder a mi hermanito. Jamás soltaré esta cuerda».

Pero necesitaba aire. El pecho le chirriaba de dolor y sentía la cabeza gorda como una sandía. El tiempo se alargaba lentamente, como una red estirada en torno a una enorme pesca. La bēlelā bajaba más y zigzagueaba, tratando de huir del tirón de la cuerda. Una espantosa oscuridad empañó los ojos de Loveday. Después, como un niño que naciera al mundo, sintió que el sol le calentaba la espalda. El aire y el sol estallaron ruidosamente a su

alrededor. Dio un grito ahogado y parpadeó, jadeando hasta que disminuyó el dolor de su pecho. La cuerda seguía tirante en su mano. Miró a su alrededor. Loveday vio la silueta de la bēlelā temblar por debajo del oleaje, con las alas moviéndose libremente. ¿Dónde estaba Surti? Había desaparecido. «Ahogado, seguro que ahogado», respondió la severa voz del interior de su cabeza. Habían salido a la superficie en el territorio de pasto de la bēlelā, donde ahora el animal pacía en el plancton. Detrás de ellos, no muy lejos, avanzaba la barca, con una fila de hombres amontonados en la proa.

El honor llameó en la mente de Loveday. Debía vengar a Surti. Como un voraz tiburón, se lanzó fuera del agua y sobre la cabeza del animal. Fue cuestión de un instante clavar el arpón en lo hondo del cerebro de la bēlelā y matarla. Disfrutó de un momento de intensa satisfacción: odiaba a aquella criatura, quería hacerla papilla por haberse llevado al niño inocente.

Poco después la tripulación llegó y levantó el animal desde el denso océano, llevando la bēlelā al aéreo mundo humano. Loveday observó mientras los hombres abrían la hueca vejiga del cuerpo y no encontraban dentro de ella sino plancton. ¿Por qué le hacían esto los dioses?, pensó.

Se sentía débil y confuso. El sol se ponía y las olas se movían inquietas. Miró más allá de las agitadas aguas, obsesionado por la pálida cara del niño.

—Tenemos que irnos —dijo el capitán Koti.

Esas palabras provocaron a Loveday una dolorosa angustia dentro de su ser.

—No —insistió—. Esperad.

Así que esperaron mientras el sol se escondía en el mar convertido en una mancha roja. Rezó, ofreciéndole al dios padre, Bapa Fela, cualquier cosa, cualquier ofrenda, cualquier sacrificio. Tenía que encontrar a Surti vivo. Si no, su feliz vida había acabado.

Como si despertara de un trance, oyó un alboroto a sus espaldas y un grito agudo. Los hombres tiraban de algo por encima de la barandilla. La esperanza casi lo cegó mientras se abría paso a duras penas entre la apiñada tripulación. Y en ese instante de entre los hombres salió tambaleándose Surti, desnudo y tiritando, con el brazo sangrándole... ¡pero vivo! Loveday corrió hacia él y lo sacudió por los hombros.

—Niño idiota —dijo—, estás vivo, aunque no es gracias a tu majadería. Sólo gracias a los dioses.

Y abrazó al niño y se maravilló al sentir la vida que palpitaba en el interior de su carne.

Después de tomar un sorbo de savia de palmera, el chico les contó que la bělelā lo había soltado tan pronto como empezó a descender. Él había subido nadando hacia la luz, pero en su aturdimiento se había enredado en las cuerdas. Allí se había quedado, golpeándose contra el casco mientras la barca iba como un rayo tras su presa.

—Os llamé, pero nadie me oyó —dijo.

—Te equivocas —contestó Koti con un gesto muy serio en el arrugado rostro—. Los dioses te oyeron y presenciaron el gran valor de tu hermano. Lo han recompensado con la victoria sobre la bělelā y sobre la misma muerte.

El desmembrado cuerpo de la bělelā se deslizaba por el suelo de la barca, arrastrando cuajarones de sangre y limo. Tenía un tamaño gigantesco: alimentaría al pueblo entero. El niño estaba sano y salvo, y dejaba ver una amplia sonrisa mientras los hombres mayores le daban cariñosos tortazos. Todos querían tocar a Surti y a su hermano, tomar para sí un poco de la magia del niño que había sobrevivido al abrazo de la bělelā y la del hombre que se había vengado de ella. Loveday se mantenía firme en la proa, un hombre que inspiraba respeto a los otros hombres, y a quien las mujeres admiraban.

Aquel día la luz de su *bapa*, el sol, había brillado dentro de su musculoso pecho. Había brillado en su mente como una bola de fuego. Él no sabía entonces que sería su última victoria. Que pronto llegaría el buque extranjero. Que pronto su valor se apagaría como una almenara en una tormenta.

De pronto su cuerpo fue dando vueltas por el aire. Loveday cayó con un golpe sordo y se encontró con la boca metida en el barro. ¿Qué lugar era éste? La lluvia, el dolor y las preocupaciones regresaron. Miró a su alrededor y vio que estaba tendido en la carretera, que había salido despedido del coche para caer en un bache de tierra y piedra.

Incorporándose con esfuerzo vio que el carruaje se inclinaba como no debía, que la rueda trasera colgaba de forma extraña. ¿Iban a empeorar más sus problemas? El señor Pars y George trataban de tranquilizar a los relinchantes caballos. De repente la portezuela del coche se abrió y su señora exigió saber qué demonios pasaba. Loveday escudriñó la creciente penumbra y dio un gemido.

OceanofPDF.com

XI

LOS GRANDES PANTANOS DE LAS MIDLANDS

Por la fiesta de San Martín, noviembre de 1772

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Un rabbit de queso inglés ~

Se tuestan las rebanadas de pan y luego se vierte sobre ellas vino suficiente para empaparlas. Se corta un plato de queso, muy fino, y se cubre con él el pan en una capa gruesa. Se pone delante del fuego y se dora la parte superior con una pala de hierro calentada al fuego. Se sirve enseguida caliente.

Biddy Leigh, su mejor receta, 1772

Nuestro rescate fue lamentable cuando llegó. La única posada que encontró el señor Pars era un sitio propio sólo para vagabundos, de manera que tuvimos que usar nuestra comida y nuestra ropa de cama. El señor Loveday se había dado un golpe en la cabeza al volcar el coche, y la magnífica librea se le quedó toda hecha un embarrado desastre, pobrecito. Pero mientras yo montaba, nerviosa, detrás de George en uno de los caballos, la puesta de sol dio un súbito estallido de esplendor carmesí reflejado en la lluvia que hizo brillar espejos por los campos. Cuando dejó de llover fue un hermoso paseo por una tierra de aguas resplandecientes y misteriosos bosques oscuros.

La posada era en verdad una ruina echada a perder, pues la esposa del dueño se había escapado con un oficial de gremio y lo había dejado a él entregado a la bebida. Nos habíamos desviado cuatro largas millas del camino real y la negra posada estaba hundida en los pantanos invernales. Pero tuvimos que bendecir nuestra suerte, pues el tejado sólo tenía goteras en algunas habitaciones, y un par de chimeneas sí que dieron un poco de calor después de mucho batallar con mi yesquero.

Mientras Loveday aireaba las sábanas de mi señora yo me puse a apanar una cena. Sin tiempo siquiera para quitarme la empapada ropa y cambiarme, en media hora tenía un té humeando que vino muy bien, y *brandy* caliente para preparar un ponche. Nuestro menú fueron los restos del pastel de Yorkshire de la señora Garland, aún firme y sabroso, panceta frita y un cerro de *rabbits* tostados que desaparecieron tan rápido como yo los hacía. Lo que quedaba de la torta de alcaravea también nos lo comimos, con un golpe de *brandy* rociado por encima para que entrásemos en calor.

—Ella no querrá comerse esas miserables sobras —dijo la bruja rencorosa de Jesmire cuando llevé una bandeja de comida a la puerta de mi señora.

Sin embargo yo vi desaparecer una rebanada de torta empapada en *brandy*. A estas alturas conocía a mi señora bastante bien, y era una golosa sin remedio.

Después de cenar el señor Pars se levantó para atender un asunto con mi señora. Y justo cuando los demás nos acomodábamos para echar un sueñecito ante la chimenea del salón, oímos levantarse tal vocerío en el aposento de mi señora que todos nos sobresaltamos como ovejas asustadas. Tan pronto oíamos al señor Pars hablando en un grave retumbo, como a su señoría lanzando un grito capaz de reventarle los pulmones. Deseosa de escuchar bien, fingí que me ponía a ordenar y me quedé por el pasillo. No pude oír palabra de lo que decía el señor Pars, sólo que parecía estar quejándose con aire descontento. Pero la voz más clara de mi señora llegaba desde el otro lado de la pared, gritando: «¡Desde luego que lo hará usted!» y «¿Que no puedo? ¡Ya verá si puedo!». De nuevo las palabras del señor Pars no hubo manera de entenderlas, y entonces ella chilló: «¡Márchese! ¡Fuera!». La puerta se abrió de golpe y yo apenas tuve tiempo de escabullirme.

Cuando volví al salón el señor Pars había regresado a su hondo sillón junto al fuego y hablaba en tono de queja con los otros.

—Dice que todos vamos a perder el puesto. Tan pronto como esté reparado el coche he de llevaros a todos de vuelta a casa mientras ella va a Londres sola.

Cuando le ofrecí el pichel lo agarró tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos.

—Bueno, pues yo por mi parte estaré encantado —dijo George—. Ella es peor que la mismísima madre del zorro.

Se había puesto justo encima del hogar como un gran cerdo rosado, con las botas quitadas y las mojadas medias soltando nubes de vapor.

—Ten cuidado con lo que dices delante de una dama, George. —El señor Pars miró hacia donde estaba Jesmire. Luego tomó un buen trago y entornó los ojos un instante. Yo nunca lo veía con aspecto más enfadado que cuando se pasaba la mano por las quijadas cubiertas con una sombra de barba y miraba fijamente el fuego—. ¿Y si te quita tu antiguo puesto de cochero de Mawton también?

Escupió a las llamas y le echó una mirada feroz al viejo cochero. George se quedó confuso un momento, y luego un ceño de borrachín le arrugó la frente.

En cuanto a mí, ¿qué más me daba perder el puesto? Vaya, así yo y Jem encontraríamos trabajo en la ciudad y podríamos casarnos pronto. Pero ¿qué pasaba con mi prima de cinco guineas? Se produjo un largo silencio mientras el fuego crepitaba.

Fue Jesmire quien habló primero, con una afectada sonrisilla de sabelotodo en la cara.

—Señor Pars, le ruego que no se ofenda si afirmo tener algo más de conocimiento en esta cuestión. ¿Me permite decirle que en ella la palabra *despido* es una especie de estribillo? No está en mi naturaleza el chismorreó, pero ella tiene muy poco dominio de la conducta elegante. Los caprichos pasan por su cabeza como el tiempo variable. La realidad es que sin nosotros no tendría la más remota idea de cómo continuar. Sin duda antes de que amanezca habrá olvidado sus precipitadas palabras.

El señor Pars lo admitió con una inclinación de cabeza, aunque aún tenía la cara casi cárdena de ira.

—*Asín* que a lo mejor más vale que lo olvidemos nosotros, pues, señor Pars, señor —dijo el viejo George pacíficamente.

Poco después los demás fueron a acostarse y yo empecé a recoger la habitación. Pero nuestro administrador se quedó, con el gordo cuerpo repantigado en el sillón, la quijada encajada y el labio inferior sacado, sumido en sus pensamientos. Cuando cogí su pichel me miró a los ojos.

—Un asunto raro —dijo—. Tu señora me ha dicho una cosa muy extraña. No he querido contarle delante de todos.

Hablaba farfullando por el licor, pues había bebido mucho de lo que había en la posada.

—¿Y qué es ello, señor? —pregunté, con los dedos acalambrados por el montón de asas de taza que intentaba llevarme.

—Que nos despedía a todos... menos a ti. —Soltó una columna de humo y me miró fijamente—. Y llevo toda la noche preguntándome por qué haría tanto por nuestra Biddy Leigh.

En verdad yo estaba demasiado cansada para reflexionar sobre aquello.

—Señor, pues si yo supiese la respuesta, sería la primera en entenderlo.

Al oír eso se puso en pie de un salto y empezó a sacar ceniza de la cazoleta de su pipa golpeándola la mar de fuerte contra la repisa de la chimenea. Luego se quedó allí, muy corpulento y altísimo a mi lado. Su expresión estaba en verdad llena de odio, como si prefiriese verme pudrirme antes que darme las buenas noches.

—Estoy vigilándote, Biddy Leigh. Las mujeres creéis que podéis esconder vuestros asquerosos secretos donde no se vean. Pero yo te desenmascararé.

—Señor, no hay ni miaja...

—Cierra esos descarados labios, muchacha. Y ordena el cuarto antes de acabar.

Y, dicho esto, cogió la temblorosa vela y se fue con aire resuelto hacia su aposento.

Pasaron unos cuantos días hasta que el herrero del pueblo arregló el coche y volvimos a ponernos en ruta. El señor Loveday estaba desconcertado y su casaca aún seguía manchada, pero, menos a mí, a nadie le importaba un bledo. En cuanto a mí, no olvidaba lo del señor Pars diciendo que estaba vigilándome.

Traté de quitármelo de la cabeza cuando nos instalamos en nuestro siguiente alojamiento en la posada de la Estrella, donde me puse a preparar los nuevos cuartos recogiendo la basura que había en una papelería. Al quedarme sola en la silenciosa escalera de servicio, por pura costumbre, la saqué y birlé unas buenas hojas de papel que tenían el dorso en blanco. Metida entre ellas había una hoja de papel secante que también me eché al bolsillo.

Aquella noche saqué los papeles para examinar lo que había conseguido. Fue el secante lo que me llamó la atención, pues escritas en él una y otra vez, con las letras al revés, había unas palabras que me resultaban familiares, aunque no podía leer aquellos extraños bucles. Entonces recordé que junto a la escalera de la posada había un espejo, de manera que cogí la vela y salí sin hacer ruido al descansillo, donde no tardé en ver reflejada mi pálida figura acercándose.

Despacio, levanté la vela y vi cómo mi propia cara se adelantaba para mirar, y el brillo de mis ojos que me preguntaban a su vez. Tras sacar el secante lo acerqué al espejo y lo leí al derecho. Decía una y otra vez, como si alguien lo hubiese ensayado con interés:

Sir Geoffrey Venables, Baronet

En ese instante oí un crujido de advertencia en las tablas del suelo, detrás de mí.

—Biddy Leigh, ¿qué haces aquí?

¡Ay, Señor! Estuve a punto de dejar caer la vela y pegarme fuego a las faldas. En el espejo vi al mismísimo señor Pars, que se acercaba por el descansillo.

—Sólo limpiarme un tiznón de la cara, señor —dije rápidamente, y me froté la mejilla con el borde del secante—. Yo no tengo espejo, señor.

Para entonces él estaba justo a mi lado, de manera que me di la vuelta, rezando todo el rato para que no me pidiese ver el papel que tenía agarrado dentro del puño.

—¿Espejo? Una fregona no necesita espejo, muchacha. Dame esa candela. La corriente acaba de apagarme la vela.

De manera que tuve que doblar el secante y meter la punta en la llama de mi vela. El nombre de Sir Geoffrey parecía destacar ante mis ojos tan a las claras que pensé que el señor Pars me preguntaría dónde lo había encontrado. Pero en vez de eso lo cogió y no se dio ni miaja de cuenta. Hice una profunda reverencia y le di las buenas noches, y él volvió a su aposento con el papel consumiéndose deprisa. Era un susto tremendo el que me había dado. Pero ¿quién era el que practicaba el nombre de Sir Geoffrey?

El día siguiente, mientras el coche avanzaba por el camino de portazgo y Jesmire y mi señora dormitaban, yo escuchaba el fuerte golpeteo de la lluvia en el techo. Entonces me dio por recordar la vieja lección de la viuda Trotter:

*No puede ser
robar un alfiler,*

*mucho menos, algo mayor distraer.
Más vale ser pobre y vagar
de puerta en puerta y el pan mendigar.*

¿Más vale ser pobre? Ni con diez años creía yo que eso fuese así. Cuando la viuda Trotter me dejaba sola con mis faenas, yo acariciaba su inmaculada ropa blanca bordada a mano y jugaba con sus mejores cucharas de plata. Las llamaba *mis bonitas señoras*, y me imaginaba que los rizados mangos de plata eran el pelo y los cuencos, redondas faldas de satén. Todas las noches tenía que dejar aquella ordenada casa y volver a la mía, donde me esperaban gusanos en el saco de la avena y un buen tortazo en la oreja. ¿Más vale ser pobre? ¡Pamplinas!

En cuanto a los que nos dedicamos a servir, págale poco a un criado y ya se pagará él mismo, según dicen. Claro que con nada demasiado importante, sólo los posos de una botella, una vela de sobra o incluso unas cuantas hojas de papel. Eso era algo muy distinto a falsificar el nombre del señor. No sabía qué pensar.

El señor Pars me había tomado antipatía, eso era seguro. ¿Y por qué había dicho mi señora que se quedaría conmigo si despedía a los demás? Les di vueltas a estos asuntos en la cabeza, aunque respuesta no me llegó ninguna.

XII

STONY STRATFORD

La correspondencia del señor Humphrey Pars

29 de noviembre de 1772

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

CORRESPONDENCIA PRIVADA

*La posada del Gallo
Stony Stratford
29 de noviembre de 1772*

*Sr. Ozias Pars
Marsh Cottage
Saltford*

Mi querido Ozias:

Le pido a Dios que te encuentres con buena salud y más animado que tu pobre hermano. Éste se hospeda esta noche en la posada del Gallo de Stony Stratford, una cueva de ladrones sureños donde el posadero me ha presentado una cuenta de tres libras, siete chelines y seis peniques por el alojamiento de una noche para tres personas y sus criados. ¡No bromeo! Cuanto más nos acercamos a la gran metrópoli, más descaradamente nos despluman. Sólo en una semana de viaje he entregado más de veinticinco guineas a esos buitres.

Poco más de un día tardaron nuestras familiares granjas de ladrillo y nuestras suaves praderas de Cheshire en dar paso a las Midlands de este país, un lugar mucho menos bello, desfigurado por desoladas irregularidades del paisaje y no apto para el cultivo. En verdad no hay tierra como Pars Fold, aunque siempre intento quitarme esa pérdida de la cabeza.

Gracias tan sólo a mis diligentes esfuerzos, avanzábamos con rapidez por los caminos hasta que mi deficiente mapa causó que nos extraviáramos cerca de Stone, y, como resultado, a nuestro coche se

le rompió el eje de las ruedas. Temí contraer una fiebre por la mojadura pero, gracias a la misericordia de Dios, no he sufrido ninguna consecuencia. Tras las tediosas reparaciones volvimos a encontrar el camino y continuamos por malas posadas hasta Lichfield, y allí la mujerzuela exigió que nos hospedáramos precisamente en el lugar más lujoso, a saber, el célebre George, ya que afirma necesitar un respiro de los bamboleos del carruaje y las posadas de baja estofa. Apenas me había acomodado en la magnífica sala de los periódicos cuando me interrumpió un hombre con una carta que me había seguido por los caminos esta pasada semana. Se me encogió el corazón al ver que la enviaba el criado de Sir Geoffrey en Wicklow, y que estaba escrita dos semanas atrás. Hermano, esto me decía:

«Son graves noticias las que he de comunicarle, Pars, que Sir Geoffrey llegó aquí en pésimas condiciones, tras caerse al sufrir un ataque durante el viaje por mar hasta la bahía de Dublín. Al parecer el capitán de la nave había enviado a su criado a informarse en vista de que su señoría permanecía mucho tiempo en su camarote, y lo encontró tendido en el suelo hecho un desastre. Al principio se planteó la cuestión de qué habría comido Sir Geoffrey ya que había vomitado mucho, pero se averiguó que no había tomado nada desde que llegó a bordo. Ahora, después de un completo reconocimiento por parte del propio médico de Sir Geoffrey, se ha descubierto que ha sufrido una apoplejía. Pars, he de informar a usted muy a mi pesar de que nuestro señor ni habla ni mueve los miembros y no está en absoluto en condiciones de que lo trasladen. Lo atendemos lo mejor posible aunque el reblandecimiento cerebral lo deja insensible a cuanto lo rodea».

Me temblaba la mano mientras lo leía, atormentado como estaba por una sola pregunta: ¿está mi señor próximo a la muerte, y, de estarlo, cuáles son las consecuencias?

Fui a buscarla. La moza estaba jugando a las cartas, afeada por la pintura y luciendo más gorduras por encima del canesú que una cantonera de medio penique.

—My Lady —dije—, traigo graves noticias de Irlanda. Sir Geoffrey tiene una apoplejía y tal vez no se recupere.

—¿Sir Geoffrey? —contestó despacio—. Mi pobre esposo. —*Trató de remedar una mueca de tristeza, pero no me engañó—. Imagino que no tendrá demasiada importancia. Los ancianos se ponen malos a menudo.*

—*Está más enfermo de lo habitual, My Lady. Es un reblandecimiento cerebral.*

Miró a su alrededor, temerosa de que la oyera alguien.

—¿Quiere usted decir...?

Había un gesto de atención en su levantado rostro, una expresión que no quiero recordar. Daba vueltas a la Rosa de Mawton que llevaba sobre el pecho, y de repente éste se le encendió de inquietud.

No pude responderle, pues en verdad no sabía lo mal que estaría mi señor.

—Dígame enseguida si hay más noticias.

—¿Y debo alterar nuestros planes, My Lady?

Me fijé en su desvergonzado semblante. Ella respondió con aire retador.

—*Estoy segura de que no es nada de importancia. Proseguiré hacia Italia como hasta ahora.*

Fíjate, hermano, qué despiadado carácter el de la mujerzuela. Juré entonces que ya no sería su protector. Sí, cumpliré mi deber, estaré al mando del pequeño grupo. Pero ella no es digna de llevar el nombre de mi señor.

Como el día siguiente era domingo, reuní a mi pequeño batallón de criados y les conté con mucha seriedad el infortunio de su señor. Juntos nos dirigimos a toda prisa a la vetusta catedral de la ciudad, donde se celebró dignamente un oficio religioso anglicano como Dios manda, y rezamos muy sinceramente por el restablecimiento de Sir Geoffrey (hasta el negro cerró los ojos con decoro).

Sin embargo, mientras aguardo aquí en Stony Stratford y considero la enfermedad de Sir Geoffrey, graves reflexiones me atormentan. Al leer de nuevo la carta deduzco que mi señor sufrió el ataque el mismo día que se alejó de su esposa recién casada. Que Dios la perdone si le ha hecho daño a mi anciano e inocente señor. ¿Alguna vez has oído una historia tan lamentable?

Te ruego que no dejes de guardar estas verídicas relaciones mías en lugar seguro en tu arqueta, Ozias, pues temo mucho los problemas que todavía puedan avecinarse. En realidad, tal vez algún día se requiera la declaración de un testigo inocente y debes tener mi correspondencia a salvo bajo llave.

Escribiré una vez más desde la gran metrópoli.

Soy tu decidido y estoico hermano,

Humphrey Pars

OceanofPDF.com

XIII

DE STONY STRATFORD A LONDRES

Del último domingo antes de Adviento a Adviento de 1772

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ *Aceite de sasafrás* ~

Destilado a partir de la corteza de raíz de sasafrás, debe conservarse en una botella bien tapada lejos de la luz del día. Es soberano remedio para los lobanillos y se emplea mucho como friega para el reumatismo y otros dolores. Dado en dosis de cinco gotas en azúcar, ha resultado beneficioso en casos de sífilis y flujos mórbidos derivados de ella y para aliviar el sobrepeso y la obstrucción menstrual. Una cucharadita del aceite produjo vómitos, estupor y colapso en un hombre joven.

Un remedio recetado por el Dr. Trampleasure por el cual pagué cinco chelines, Lady Maria Grice, 1744

En un lugar llamado Stony Stratford yo y el señor Loveday nos escabullimos a una feria. No se podía comparar con la feria de Chester, pero aun así era una alegre reunión. Había dorado pan de jengibre, un tiiovivo para los niños y bufones que llamaban a gritos a todos para que vieses sus cerdos que sabían contar y sus reinas de las Amazonas y qué sé yo cuántas cosas más. Gracias a unos pocos peniques que el señor Loveday encontró en el bolsillo le echamos un vistazo a una sesión de fantasmas. Estaba la mar de oscuro dentro de la tienda de lona y el aire apestaba a humo de carbón disimulado con incienso. El bufón nos dio una larga charla llena de monsergas sobre cómo todos debíamos tener muchísimo cuidado de no mirar a los ojos a los espíritus si no queríamos caernos muertos. Luego por fin, con un relámpago de luz, la figura de un diablo salió temblorosa del humo. Todo estaba hecho con la mar de ingenio. El pobre señor Loveday hundió la cara en las manos y no consintió en mirarlo. No fue el único, pues muchas más personas gritaban de pánico y algunas se apresuraron a huir en tropel. Aunque yo le dije que era un artilugio como una linterna que hacía sombras, el señor Loveday no entendió ni miaja del truco.

—Yo siento mucho piensa cosas malas —contestó castañeteando los dientes—. Ahora diablo viene coge a mí.

Algunas veces a aquel chico le daba miedo hasta su propia sombra, de manera que lo convidé a un trago, y cuando bebió un poco de cerveza se tranquilizó. Yo llevaba todo el día inquieta por la noticia del señor Pars, que Sir Geoffrey había perdido la facultad de hablar y de moverse. La mar de raro me parecía aquello a mí. Como es natural, George se mofó de la enfermedad y dijo que no era sino lo que los viejos debían esperar si se casaban con jóvenes damas. Desde luego a mí me pareció raro que mi señora no dijese ni una palabra de ello y siguiese igualito que antes. En cuanto al señor Loveday, él estaba seguro de que un espíritu había entrado

en el señor, aunque yo no me lo creía. Yo había leído una gran lista de remedios en *La joya de la cocinera* y había descubierto que la apoplejía la provocaba un exceso de sangre en el cuello. Purgas y sangrías era lo que Sir Geoffrey necesitaba.

Entonces le pregunté al señor Loveday cuándo había entrado a trabajar con nuestra señora.

—Primero trabaja lacayo en casa de señor Quentin. Luego Lady Carinna quiere lacayo para ella ahora que casada y eso.

—¿De manera que estuvo usted allí el día de la boda?

—Yo va en coche. Yo queda puerta de iglesia.

—El día de la boda, ¿cómo estaba ella?

—¿Que cómo está? Como está.

Ay, Señor, aquello era como arrancar muelas.

—Quiero decir, ¿estaba contenta?

—Antes... parece que llora. Y después ella cara tranquila.

—Y Sir Geoffrey, ¿estaba contento?

El rostro de Loveday se plegó en una amplia sonrisa de dientes blancos.

—Él bebe mucho licores. —Se rio—. Señor Quentin, él viste a él, él pesa como piedra vieja. Cabeza duele muchísimo.

En ese preciso momento un chaparrón de granizo nos hizo volver como un rayo a la posada con la ropa llena de salpicaduras y el pelo de rata. Allí tuve la mala suerte de toparme de frente con mi señora y con Jesmire en el pasillo de la posada.

—¿Dónde has estado escondiéndote? ¿Y qué demonios es esa pinta que traes?

Jesmire meneó despacio la canosa cabeza. Era cierto que tenía la cara pelada por el helado granizo.

—El cutis se te echará a perder —se quejó mi señora mientras yo tiritaba delante de ella con el traje empapado—. Yo creía que las criadas del campo tenían el rostro lozano. Eso es lo que dicen todas las baladas. Muchacha, tengo agua de prímula en mi estuche de viaje, muy apreciada para mejorar el rostro. Te doy permiso para que vayas a mi aposento y cojas una taza de ella para que te la pongas en la cara. ¿Qué te parece?

Hice una reverencia y le di las gracias farfullando. En cuanto a Jesmire, pareció quedarse tan ofendida por la amabilidad de mi señora que aquello me alegró una barbaridad.

Una vez seca, me dirigí al aposento de mi señora mientras ella aún estaba abajo jugando a las cartas. El agua de primula estaba en el cofre de viaje de mi señora, un curioso estuche lleno de toda clase de cepillos, borlas de polvos y botes de perfume y pomada. Sin dejar de admirar todas sus preciosidades, me eché una taza del agua de primula. Luego, mientras me entretenía delante del buen fuego de la chimenea, me puse un toquecito de agua de colonia en el canesú. A continuación mi mano dio con una botellita color ámbar y la levanté para olerla. Se parecía un poco a una botella de boticario, y tenía el tapón bien apretado y una etiqueta que decía *Aceite de sasafrás*. Dentro había un aceite fragante y espeso con un olor que no era el de ningún aroma que yo conociese. De pronto una corriente fría que llegó de la entrada me dio ganas de estornudar, y por mucho que intenté contenerme, los estornudos estallaron como una ráfaga de disparos. Tras cerrar de prisa el baúl de viaje, me puse en pie de un salto justo a tiempo de ver una figura junto a la puerta. Era el señor Pars.

—My Lady —me dijo cuando me volvía.

Yo hice una reverencia y le conté que mi señora me había dicho que subiese a arreglarme la cara.

—Muy bien, Biddy. Nada más —contestó él, y eso fue la amabilidad en persona viniendo de aquel cascarrabias.

Después llegué a mi cuartillo debajo del alero del tejado y pasé un rato muy agradable adobándome la cara con el agua de cutis.

No volví a acordarme del aceite de sasafrás hasta la noche siguiente, cuando estaba acostada en mi jergón leyendo *La joya de la cocinera*. Escudriñé las antiguas y temblorosas letras siguiéndolas con la punta del dedo. Allí estaba, entre una enorme lista de remedios para horribles pestilencias: *Aceite de sasafrás*. Di un bostezo, pero seguí leyendo e intenté adivinar para qué querría Lady Carinna semejante cosa. De cinco a diez gotas en azúcar para la sífilis y los flujos mórbidos. No podía ser, pues si ella tuviese una llaga, yo la habría visto. Muy bueno para aplicar a lobanillos y para el reumatismo, proseguía el remedio, y tras el parto y en la

obstrucción menstrual. Ninguna de estas cosas era probable, y en cuanto a haber parido hacía poco, su seno no tenía señales de leche. Entonces leí la última línea. «Una cucharadita del aceite produjo vómitos, estupor y colapso en un hombre joven».

Cerré a toda prisa el libro. De manera que mi señora tenía medios, si lo deseaba, para matar a su esposo. ¿Acaso sus vahídos no eran más que teatro? Al fin y al cabo, todos sabíamos que estaba gastándose alegremente el dinero de Sir Geoffrey sin pizca de conciencia. ¿Era posible que hubiese puesto una cucharadita de aquel aceite en la bebida del viejo?

La mañana siguiente escudriñé con atención a mi señora mientras ella dormitaba junto a Jesmire. A la fresca luz del día no podía creermelo que hubiese envenenado a mi señor. Era joven y testaruda, pero a mí esas cosas no me parecían delitos. Quien no tiene fallos no tiene vida, es lo que yo pienso. Y ella era generosa, además, aunque la verdad es que me sentía incómoda con lo de aquel vestido color rosa rojizo. Joven y testaruda y rara. Bueno, ya éramos dos entre aquellos viejales hipócritas. Sin embargo tampoco se parecía mucho a los nobles que yo veía en las posadas, pues se comportaba con dejadez y a veces tenía mal genio. Cuando olvidaba sus aires me parecía una muchacha bastante sencilla, que buscaba hacer fortuna, desde luego, pero no malvada.

De pronto sus ojos se abrieron, de manera que me volví rápidamente a mirar por la ventanilla.

—¿Soñando con tu casa? —preguntó.

Asentí, pues aquello me pareció lo más seguro.

—Mi verdadero hogar está lejos —continuó, suspirando mientras se incorporaba—. Un precioso lugar de Irlanda, donde nací. Pero cuando tenía cuatro años mi madre murió. La recuerdo como una dama frágil, vestida de blanco, tendida en una gran cama con dosel. Mi querido padre murió un año después, de la bebida, en las carreras de Crumlin.

Mantuve la boca cerrada, preguntándome por qué diablos me contaba todas aquellas tonterías.

De repente se echó hacia delante en el asiento y me miró como si fuese a comerme viva.

—¿Tienes buena memoria, muchacha? ¿Puedes repetir lo que acabo de decirte? Es un jueguecito al que me gusta jugar.

¿Qué clase de juego era ése? Sólo para complacerla, lo intenté.

—Nació Su Señoría en Irlanda. Vuestra señora madre está muerta, eso sí que es una triste historia, pues se murió cuando Su Señoría sólo tenía cuatro años. Y era una belleza pero frágil, ya ve.

—¿Y mi padre? —preguntó con viveza, como si no lo supiese.

—Vaya, pues se murió de la bebida en las carreras de Crumlin.

En ese preciso momento Jesmire empezó a moverse y a pasarse la mano por la babeante boca.

—Muy bien —repuso mi señora por lo bajo, y se echó hacia atrás para jugar con Bengo.

Entonces las dos se pusieron a hablar y, en cuanto a mí, me puse a soñar un rato con Jem.

Olí Londres antes de verlo. Lo llevaba la brisa, el olor a los excrementos que se recogen de noche para usarlos como abono y el olor a humo de carbón. Cuando nos acercamos más, llegamos a una gran colina y nos detuvimos en la cumbre. Tras bajarme de un salto me empapé del panorama para que no fuese a olvidárseme nunca. Ante nosotros estaba la inmensa capital de Inglaterra, desplegada como un centenar de ciudades unidas extremo con extremo, salpicada de torres que atravesaban los tiznados ventisqueros de humo. «Aquí», me repetí a mí misma, «está nuestra capital, la sede de la más alta sociedad y del rey Jorge y la reina Carlota de la Gran Bretaña en persona». Me pareció que jamás vería una vista más hermosa, ni en Francia, ni en Italia ni en todo el mundo.

Tardamos en entrar en el camino de Londres, tanta era la masa de carros, carretas, carruajes y caballos. Por encima de nosotros colgaba un centenar de letreros puestos en las fachadas de los edificios: *Aquí se venden licores extranjeros*, o *Comerciante de té y géneros ultramarinos*, o *Aceite, productos italianos y encurtidos*. Cafés, enseñas de tabernas, muestras de tiendas..., por todas partes se veían palabras pintadas que se referían a la comida y a la bebida.

El viejo George tuvo que hacer milagros para que nuestro coche pasase por los pelos entre los carros cargados y las carretillas callejeras que llenaban por completo la orilla del camino. Por fin entramos en una ancha calle llamada The Strand y vimos librerías, mercerías, tiendas de mapas, sombrererías y toda clase de comercios, todos haciendo resaltar su mercancía tras los escaparates, que parecían gabinetes de maravillas.

La casa del tío de Lady Carinna estaba en Devereaux Court, y no era ni de lejos tan grande como Mawton, pues no era más que una casa de ciudad con todo apilado en seis plantas de techo alto. El señor Pars me mandó a la cocina, y me dio mucha pena ver al señor Loveday desaparecer en el piso de arriba con su señoría.

El aire viciado, con tufo a grasa vieja y desagües tapados, que subía por la escalera me indicó todo lo que necesitaba saber sobre la cocina. Como hombre de buen tono, el señor Tyrone tenía un cocinero, desde luego, de manera que me produjo cierta satisfacción verlo sufrir por ello. El señor Meeks era un gordo seboso, tramposo y holgazán que le robaba todo lo que podía a su señor. Siempre que el señor Tyrone quería recibir, la cocina se llenaba de cestos y paquetes de mercancías, todos traídos de las pastelerías y las tabernas. Lo único que él hacía era emperejilar la comida con sus dedos ribeteados de negro y disponerla en los platos del señor Tyrone como si la hubiese cocinado toda él mismo. En cuanto a las monedas de plata que pasaban a la palma de la mano de aquel pillo, era como si el fulano las acuñase. Pero aunque Meeks no sabía guisar, yo al menos aprendí lo que sus proveedores preparaban. Una noche vi un enorme pudín transparente todo cubierto de naipes hechos de manjar blanco endurecido, un maravillosísimo capricho. El chaval que lo trajo me contó cómo se hacía y de esa manera conseguí una refinada receta de Londres. Meeks nos oyó y se acercó anadeando para admirar los naipes tan bien pintados.

—Anda, pero si no había visto ese dulce desde la noche de juego que le preparamos al borrachín de Sir Geoffrey —dijo en tono fanfarrón, y se rio de ver que yo volvía al instante la cabeza al oír el nombre de mi señor—. Anda que no arreglamos el salón como un club de primerísima... —añadió, mofándose—. El viejo picó como un pardillo. Tú conoces la historia, ¿eh, joven Biddy? ¿Cómo le endilgaron la señorita Carinna a tu señor?

No le di la satisfacción de contestarle, pero el pensar en mi viejo señor metido en aquella cueva de ladrones hizo que me avergonzase, aunque no sabía por qué.

Por fin, una noche el señor Loveday asomó la cabeza por la puerta de la trascocina, donde yo estaba fregando un montón de platos alto como una montaña.

—¿Cómo usted, señorita Biddy?

Me sequé las manos en el delantal y tomé su mano en la mía, tanto me alegró el verlo.

—Estoy lista para salir, señor Loveday. ¿Por qué demonios esperamos aquí día tras día? Creía que teníamos que coger un barco en Dover.

Sin hacer ruido, mi amigo cerró de un tirón la puerta tras él.

—Usted escucha, mañana todo el mundo aquí va a desfile real. Yo va tiendas. Usted viene conmigo, ¿usted no cuenta?

Le habría dado un beso por acordarse de mí. Y a pesar de que era casi medianoche cuando me metí, cansada, en mi jergón del cuartillo de la cocina, apenas pude dormir pensando en el día siguiente y en mi libertad.

—Antes de irnos —le pedí al señor Loveday la mañana siguiente, cuando vino a por mí después de que los otros se hubiesen marchado—, hágame el favor de dejarme echar una ojeada a la casa. Desde que llegué aquí no he visto más que corredores oscuros. Si alguien vuelve, diremos que estoy ayudándolo a usted.

Mi amigo vaciló, pero yo sabía que no tenía valor para negarme ni miaja. Y qué alegría subir la escalera de servicio y encontrarme en el alto y espacioso vestíbulo del señor Tyrone, admirando la escalera dorada, el enorme farol y el bonito suelo enlosado. Aunque la casa era vieja, la decoración era mucho más hermosa que la de Mawton; las paredes estaban pintadas de azul cielo y tenían lindas figuras de adorno que parecían moldeadas en azúcar.

Subimos de puntillas al comedor. Sobre la larga mesa de caoba había una inmensa ponchera de cristal, y la plata brillaba a la luz de la mañana. Me imaginé aquella mesa bien puesta, las velas bailoteando en los espejos, la

porcelana llena de mi mejor comida... Juré que algún día prepararía un elegante almuerzo con todo el esmero que semejante mesa se merecía.

—¿Qué habitación es ésa? —pregunté al ver otro aposento con cortinajes de terciopelo, corridos aún para no dejar pasar el día. En él había varias butacas acolchadas que debían de ser como nubes al sentarse, dispuestas alrededor de unas delicadas mesas de juego con tablero de piel —. ¿Es el salón donde recibieron a Sir Geoffrey?

Mi amigo pareció disgustarse.

—Usted acompaña a mí, señorita Biddy. Nosotros va.

Pero yo no pude detenerme: entré en la habitación, que olía a tabaco rancio y a polvo acumulado. Tras alzar la gruesa cortina, abajo en la calle no vi indicio de que volviese nadie.

—¿Qué pasó cuando Sir Geoffrey estuvo aquí? ¿Estaba usted trabajando esa noche?

A regañadientes, el señor Loveday me siguió hasta dentro.

—Nosotros va ya. No permitido. Yo no recuerda.

—Sí que lo recuerda usted. Se lo veo en la cara.

Con gesto abatido, miró a su alrededor.

—Vamos, cuénteme —insistí, animándolo.

Entonces, de muy mala gana, respondió:

—Sólo porque usted mi amiga. Yo cuenta.

XIV



Loveday habría querido hablar con Biddy tan libremente como lo había hecho por el camino, sentir su roce en el brazo y disfrutar del consuelo de sus bondadosos ojos. Ahora se sentía atrapado en aquella habitación mal ventilada, con el espíritu ahogado por los gruesos tejidos y las ventanas acristaladas. Casi nunca reflexionaba sobre lo que veía u oía cuando desempeñaba su trabajo, pero la pregunta de Biddy le inquietaba. Parpadeó, recordando que la habitación parecía muy distinta cuando Sir Geoffrey estuvo allí: entonces las velas titilaban en los candelabros de pared y la vajilla plateada brillaba en la penumbra. Durante muchos días los criados se habían preparado para su visita bajo la severa dirección del mayordomo, el señor Tusler.

—Y ni una palabra a nadie sobre los tejemanejes de esta noche, ¿eh, negro? O desearás no haber nacido. ¿Comprendido?

El señor Tusler le había dado un golpe fuerte en el pecho. Aquello fue poco después de su llegada a este frío reino, cuando aún despertaba cada mañana sumido en la desesperación al encontrarse con que era propiedad del señor Quentin Tyrone. De todas formas Loveday no conocía a nadie con quien hablar, de modo que asintió mirando con aire sumiso al mayordomo y siguió con su tarea. Pero eso fue antes de conocer a Biddy. Ahora quería agradar tanto a su amiga que dejó que todos los recuerdos salieran en tropel.

—Sir Geoffrey viene. Yo lleva a él arriba. Él sienta ahí. —Señaló una butaca de terciopelo granate puesta junto a la mesa de juego—. Señor Quentin, él sienta allí.

La butaca de cuero la habían acercado a la mesa, frente a la de Sir Geoffrey.

Biddy hizo un gesto afirmativo. Loveday casi sentía en la boca el sabor del humo flotando en una neblina azul, y le parecía oír el chocar de los vasos.

—Yo sirve bebida. Señor Tusler dice: «Da a Sir Geoffrey de botella grande, da a señor Quentin de botella otra». —La vergüenza le encendió el rostro—. Yo no piensa eso, esa noche no. Yo sólo cuenta a usted ahora, yo comprende yo emborracha a viejo.

—Usted no lo sabía —dijo Biddy con dulzura—. Era cosa de ellos, no de usted.

Con una inclinación de cabeza, le indicó que prosiguiera.

—Ellos empieza a jugar *hazard*.

Loveday señaló el cubilete que había sobre la mesa.

Biddy lo cogió y tiró dos dados de marfil. Un seis y un uno.

—Sir Geoffrey gana y gana. Yo echa sin parar licor de botella grande. Sir Geoffrey, él cara contenta. Él tiene gran ganancia.

—¿Y el señor Quentin? —preguntó Biddy, mirando hacia la suave butaca de cuero.

—Él cara triste. Él pierde todas partida, muchísimo desesperado. Sir Geoffrey gana todo su dinero. Señor Quentin dice: «Yo hombre arruinado. Yo juega otra vez. Yo juega otra, otra vez, yo apuesta diez mil libra».

—¿De manera que perdió? ¿Tuvo que pagar lo que debía?

—Él dice él no tiene tan grande dinero. Juega última, muy última partida, él trata de él gana. Dice que si Sir Geoffrey gana, él da a señorita Carinna a Sir Geoffrey.

Biddy meneaba la cabeza despacio.

—A ver si lo entiendo bien. ¿El señor Quentin perdió tantísimo que ofreció a su sobrina como premio?

—Ella viene esa puerta. —Loveday señaló con la cabeza hacia una baja puerta interior.

Ahora recordaba que Lady Carinna estaba distinta aquella noche. El pelo, habitualmente recogido en alto, le caía por debajo de los hombros, y vestía un sencillo traje blanco.

—Yo cree... ella hace ella parece niña.

—¿Y qué le pareció a usted Lady Carinna?

—Ella no habla. Hace lo que tío dice.

—Bueno —respondió Biddy—, quizá la obligaron a hacerlo. Pero Sir Geoffrey, ¿qué pensó de aquello?

—Ojos de él arden. Él gusta niña, yo cree. Señor Quentin dice Sir Geoffrey debe casar con ella y él dice sí. Viejo muy borracho, dice cualquier cosa. Ellos juega última partida. Sir Geoffrey, él sigue saca siete de suerte. Él gana otra vez.

—¿Ah, sí? Cuánta suerte.

Durante unos instantes Biddy le dio al cubilete una buena sacudida. Los dados volvieron a rodar en un uno y un seis.

—Estos dados siempre marcan lo mismo.

Loveday probó, y era verdad. Cogió uno y lo miró de cerca, atentamente.

—¿Entonces éste, dado mágico?

—Dados cargados más bien, amañados para que caigan en esos números.

Loveday tiró, y de nuevo salió un perfecto siete. Sin embargo recordaba la triste cara del señor Quentin mientras no dejaba de perder.

—Pero, señorita Biddy, ¿cómo señor Quentin no gana siete también?

—Apuesto a que tenía otros dados en la manga. ¿Había una vela sobre la mesa?

Loveday cerró los ojos y sólo recordó los brazos de luz encendidos en la pared y un candelabro en el aparador. Negó con la cabeza. Bidy se sentó en la butaca granate de Sir Geoffrey y movió la cabeza aquí y allá, como si tratara de ver a su imaginario contrincante.

—Parece que el señor Quentin quedaba bastante en sombra, y las manos se las tapaban la mar de bien el borde de la mesa y los brazos del sillón. Se esforzaron mucho por...

—¿Qué eso?

Loveday se puso alerta al escuchar un ruido que se oía abajo en el vestíbulo. En silencio, le hizo señas a Bidy y volvieron con sigilo al comedor. Cuando los pasos en la escalera sonaron más fuertes, ambos fingieron estar apilando platos.

Aunque habían tenido unos momentos de advertencia, Loveday dio un respingo cuando una grave voz de hombre preguntó con acento cansino:

—Loveday, ¿pero *dónde* está todo el mundo?

El hermano de su señora bostezaba junto a la puerta, vestido con una casaca de trencillas y una camisa en desorden. Loveday hizo una profunda inclinación, encogido al pensar que lo sorprendieran con Bidy junto a él.

—Señor Kitt, señor. Nadie aquí. Todos va a desfile real.

Bajó la mirada al suelo, esperando que el hombre se marchara.

—¿Incluso Carinna?

—Sí, señor Kitt, señor.

Loveday le hizo señas a Bidy para que siguiera amontonando la loza.

—¿Y quién eres tú?

Bidy alzó la vista, muy sorprendida.

—¿Yo, señor?

El señor Kitt estaba bien firme en la entrada.

—Sí, tú.

—Bidy Leigh, señor. Ayudante de cocinera de Mawton Hall. Aquí con mi señora, Lady Carinna, con permiso de usted.

Pareció turbarse mientras hacía una torpe reverencia.

—Loveday... —El señor Kitt se detuvo un momento a bostezar una vez más—. Baja corriendo y tráeme café.

—Yo lo ayudo —dijo con voz crispada Bidy, al tiempo que hacía amago de ir tras él.

Pero, cuando llegó a la puerta, el joven caballero dejó pasar al señor Loveday y luego detuvo la salida de Bidy con el brazo extendido.

Loveday corrió escaleras abajo hasta la antecocina, donde vertió agua tibia sobre una cucharada de café. Estaba muy alarmado al pensar en Bidy sola con el hermano de su señora. Justo el día anterior había estado en el aposento de Lady Carinna mientras ésta sermoneaba al señor Kitt. Sentada ante el espejo, se ponía cosas de todos los tarros y cajas que había esparcidos alrededor. Tenía uno de sus días alegres y endemoniados.

—Vamos, creo que hasta tú puedes encontrar nuevas amigas —le dijo, tomándole el pelo, al señor Kitt, que ganduleaba delante del fuego vestido con una larga túnica chinesca de color negro.

Él siguió echando migas de pan a las llamas con poco entusiasmo.

—Ay, hermanita, ya te lo he dicho antes. No quiero. —A Loveday le pareció que gimoteaba como una muchacha perezosa—. Y no se trata sólo de tener amigas, ¿verdad?

Ella le echó una mirada feroz por el espejo.

—Inténtalo, hazlo por mí —insistió, esta vez en tono menos cariñoso—. Hay muchas muchachas más bonitas en los jardines de recreo.

En ese momento Loveday había levantado la mirada de su tarea de encerar. ¿Más bonitas que quién? Se preguntó si hablarían de Bidy, porque estas últimas semanas siempre le parecía que la gente hablaba de Bidy.

Al instante la mirada de Lady Carinna se cruzó con la suya, y su señora le dijo que sacara a Bengo al jardín.

Mientras cogía en brazos aquel puñado de carne de perro que no paraba de retorcerse, se preguntó de qué iban a hablar cuando estuvieran solos. Entonces Bengo le mordisqueó la mano con sus afilados dientecillos. Donde mejor estaría Bengo, pensó Loveday mientras bajaba con estruendo la escalera, era ensartado en un palo y asándose encima del fuego, aunque la carne resultaría muy correosa de comer.

Bidy era su amiga, y tenía que protegerla de hombres como el señor Kitt. La bandeja con el café tibio le sonaba en las manos mientras subía

corriendo otra vez hacia el comedor. Desde el descansillo oyó el murmullo de las voces.

—¿Algo más usted desea, señor? —preguntó en tono de desafío, blandiendo la bandeja de café.

El señor Kitt dio un gran bostezo mezclado con un gruñido.

—Sólo mi cama. Procura que nadie me moleste hasta la cena, chico.

Loveday lo vio subir la escalera con rencor en el corazón, agarrando aún muy fuerte la bandeja.

Por fin estuvieron fuera, al frío aire que sabía a carbonilla y a helada temprana.

—¿Quién era ése? —preguntó Biddy.

—Ése, hermano de Lady Carinna, señor Kitt. ¿Qué él dice a usted, señorita Biddy?

Ella meneó la cabeza como si fuera algo sin importancia.

—Me preguntaba por el viaje. Por qué Lady Carinna me llevaba con ella. No he sabido darle respuesta.

Loveday sospechaba que el señor Kitt había hecho mucho más que eso. Mientras recorrían The Strand Loveday se rezagó con gesto triste detrás de Biddy al tiempo que ella miraba a su alrededor cautivada por todas las cosas que había en los escaparates, con los ojos nublados de deseo. Comparado con el señor Kitt, tan rico y de tan alto rango, Loveday se sentía un inútil don nadie.

—Está muy vieja y seca y consumida —replicó cuando Biddy le alabó la fruta de los vendedores del mercado. Se moría por ofrecerle dulces mangos, bananas y guayabas.

—Pero si son preciosas —respondió Biddy, admirando una enorme pirámide de naranjas que había en un puesto.

—En isla nosotros recoge fruta día cuando fruta madura.

Se esforzó porque Biddy lo oyera por encima de los gritos, del rechinar de ruedas en el empedrado y de las campanas que repicaban en la iglesia de la plaza. Al fin llegaron al tranquilo límite de la plaza y pasaron por delante de las sillas de mano estacionadas y de los caballeros que estaban

reunidos bajo los carteles de teatro. Biddy le agarró fuerte la mano cuando se acercaron a la tienda.

—Aquí está por fin, señor Loveday. El Árbol del Cacao, nada menos.

Una vez dentro de la confitería se quedó embelesada con las frutas azucaradas que colgaban en guirnaldas y las botellas de vidrio que resplandecían llenas de pedacitos de azúcar. Mientras Loveday hablaba con la dependienta, Biddy rastreaba los estantes despacio, mirando dentro de los tarros de vidrio, moviendo en silencio los labios mientras leía las palabras del menú.

—Mire, señor Loveday: *Macarons – Como se hacen en París* —dijo con un suspiro, al tiempo que observaba fijamente un montón de galletas de todos los colores, desde el azul hasta un reluciente dorado.

Con esmero, Loveday hizo su pedido, que le sirvieron de los tarros de hierbas puestos detrás del mostrador. Primero el paquete de fáfara del señor Pars, que éste fumaba para aliviar el pecho. Luego una bolsa de hojas de consuelda para el estómago de su señora. Por último, como siempre, las cajas de pastillas de violeta.

Biddy se le acercó por detrás mientras la muchacha ataba el paquete con cinta.

—Perdone la pregunta, señorita. ¿Es verdad que venden ustedes esa crema helada real?

La joven se encogió de hombros.

—Eso es lo que dice en el tablón, si puedes leerlo.

—Sí, lo he examinado bien, ya lo creo. Hasta ahora sólo leí que había helados, de manera que la probaré.

Cuando la muchacha volvió a aparecer Biddy olisqueó el pequeño cuenco de vidrio y luego lamió con cautela el helado de la diminuta cucharilla.

—Vaya, es flor de azahar. —Parecía a punto de estallar de felicidad—. Y algo más, una nuez fragante... ¿Le ponen ustedes pistacho también?

Mientras ella hacía un centenar de preguntas a la dependienta, Loveday iba de un lado para otro, inquieto y deseando que se marcharan. Había anhelado salir un día con Biddy, pero algo iba mal.

Un olor repentino y peculiar lo detuvo, dejándolo petrificado. Aunque el aire estaba lleno del intenso aroma a jarabe de flores, reconoció enseguida aquel matiz almizclado. Junto a él había un cuenco sobre una diminuta mesa plateada y dentro, inconfundibles, unos trozos de la piedra gris que se encontraba en lo más hondo de las ballenas de su tierra natal.

ÁMBAR GRIS DE PRIMERÍSIMA CALIDAD, leyó, aunque ya sabía lo que eran aquellos trozos moteados. El fuerte dulzor salobre le hizo sentir náuseas. Allá en su isla había sido una de las partes más felices de su vida, el familiar telón de fondo del sagrado cobertizo de las barcas. Pero habían sucedido tantas cosas desde entonces... Aquel olor... era como veneno en el aire, un hediondo vapor de muerte.

—Nosotros va ya —le dijo en tono áspero a Biddy.

Cuando ella se apresuró a acercarse para preguntarle qué pasaba, él señaló el cuenco.

—Oh, ámbar gris fresco, es una rareza. —Biddy bajó la cabeza para olerlo, con los párpados cerrados—. Por favor, señor Loveday, sólo unos minutos más.

—Eso es por qué mata a mi pueblo —masculló él tirándole del brazo—. Nosotros va.

Y al fin se vio fuera, al aire frío, inspirando hondo para quitarse aquel pegajoso aroma de la cabeza.

—¡Nosotros va ya! —exclamó, haciendo caso omiso de la desilusión de Biddy—. No permitido llega tarde. Si ellos pilla a nosotros, nosotros castigado.

XV

LA COCINA, DEVEREAUX COURT

Adviento, diciembre de 1772

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Todas las naciones ~

Una tosca composición de todos los distintos licores que se venden en una taberna, reunidos en una vasija dentro de la cual se vacían los restos de las botellas y de los vasos de a cuarto.

Una noche alguien estaba armando ruido en la cocina, de manera que encendí una vela y salí de mi alcoba. Era aquel señor Kitt, un guapo mozo, tanto que cuando me hizo preguntas en el comedor yo me había puesto toda nerviosa. Ahora hurgaba en las malas canastas que había junto al mugriento sillón de Meeks.

—Señor, ¿necesita usted alguna cosa?

Él alzó la mirada con sobresalto.

—Ah, eres tú, Biddy. ¿Dónde guarda Meeks el licor?

Abrí las puertas de hierro del fogón donde Meeks escondía las botellas medio vacías que guardaba para su propio disfrute. El joven caballero me miraba fijamente, igual que la primera vez que lo vi. Ay, Señor, ojalá hubiese tenido tiempo de peinarme y ponerme algo más que la camisa, que apenas tapaba mi recato. Cuando le busqué un vaso, me dijo que cogiese otro yo también.

—Huy, ni miaja para mí, señor.

—Vamos, Biddy —insistió con voz suplicante—. He pasado una noche infernal. He perdido todas mis monedas en la mesa de juego. Tómame una copa conmigo, ¿quieres?

Su ofrecimiento me convenció, pero primero fui a por un mantón y me lo puse en torno a mi persona. Cuando volví él me había servido un vaso colmado, y me hizo señas para que me sentase a la mesa frente a él.

—No puede resultarte agradable, Biddy, estar aquí abajo con Meeks.

Me pregunté si estaba burlándose de mí, pero me miraba con gesto muy simpático.

—Pues sí que eso es muy cierto, señor.

—Por que nos cambie la suerte —dijo rápidamente alzando su vaso, y yo alcé el mío también. Después vació el suyo y lo llenó otra vez—. Bueno,

así que te vas a esa excursión a Italia con mi hermana. Debe de ser toda una mejora de tu fortuna, ¿no?

Yo sabía que él debía de tenerme por una mentecata de campo, de manera que respondí:

—Yo creo, señor, que por muy estupenda que sea la fortuna de alguien, siempre puede mejorarse.

Durante unos instantes me dirigió una mirada pensativa.

—Brindo por eso.

Se bebió el vaso de un trago y volvió a llenarlo.

—¿Sabías que mi hermana y yo hemos pasado muchas horas en esta cocina? La casa la han reformado, pero cuando vinimos aquí el cuarto de los niños era frío como una tumba e igual de alegre. Carinna sólo tenía cuatro años, y yo apenas empezaba a andar. Era un lugar horrible.

A la luz de la vela sus ojos eran muy transparentes y la mar de agradables y bonitos. Y con su trato cercano me dio la curiosa impresión de que deseaba ganarse mi confianza.

—Nuestro tío no era ni mucho menos hombre de corazón tierno, ni siquiera entonces. Estoy seguro de que los criados debéis de hablar de él. Juro que nunca seré como él.

Pronunció estas últimas palabras en tono tan feroz que pensé en lo niño que era de espíritu, mucho más joven que yo y que Carinna. Acostumbraba a hacer estas pequeñas pruebas de hombría que a mí me parecían un poco tristes y dulces.

—Una noche —prosiguió— el tumulto era tan fuerte que Carinna y yo bajamos con sigilo y miramos a hurtadillas por esos mismos balaustres, vestidos con nuestros camisones de dormir. Aquí abajo había una gran reunión de criados que cenaban las sobras de mi tío en una marmita de todas las naciones, cantando y brindando delante del fuego. Así que imaginanos a mí y a Carinna comiendo pastelón de ciruelas y bebiendo nuestras primeras copas fuertes, bien llenas, con dedos que apenas podían sostener un vaso.

Se rio en voz baja al recordarlo. Yo dije que sí con la cabeza, atraída en verdad por su voz educada y melosa.

—Fue aquí donde aprendí los grandes juegos de azar con los mejores profesores: el *catch-dolt*, el *tick-tack*, el *hazard*. Incluso bailábamos para ellos cuando se recogía la mesa, dos chiquillos brincando al son de un flautín. Cuando yo saludaba con una inclinación y Carinna hacía una reverencia el clamor casi levantaba el tejado.

Se calló un instante y acarició la tosca mesa, como si invocase a aquellos pequeños fantasmas. Luego abrió una segunda botella y se sirvió más, pero yo sólo me puse una pulgada. El licor no tardó en volver a soltarle la lengua mientras clavaba la mirada en la oscuridad.

—Nos trajeron aquí desde la propiedad familiar de Irlanda. Carinna se acuerda un poco de Ormond, mil acres perfectos con una magnífica casa de piedra. Antes hablaba de ella, de lo imponente que era. Es un renombrado territorio de caza. Es donde nací y donde juro que daré mi último suspiro. Ahora mi tío, maldito sea, la tiene arrendada. Pero yo la recuperaré.

Se quedó en silencio, con la vista clavada en el fuego.

Yo pregunté:

—¿Y eso cómo va a ser, señor?

Alzó de prisa la mirada.

—Oh, las fortunas pasan de mano en mano cada día. Mi suerte en el chaquete cambiará. Y cuando cambie, tendremos Ormond de nuevo.

Volvió a encorvarse y miró fijamente el vaso. De pronto, sin venir a cuento, preguntó:

—¿Has averiguado ya por qué mi hermana se va de Inglaterra?

Me miró con los ojos entornados entre el pelo que le caía en la cara, y luego se lo peinó hacia atrás con los dedos crispados.

Meneé la cabeza.

—Señor, es que ella no me hace confidencias.

—¿Me lo dirías si lo supieras?

Sonrió con gesto vacilante.

—Con perdón de usted, señor, pero ¿de veras no sabe por qué su hermana se dirige a Italia?

Hizo una mueca, confuso.

—¿Acaso para escapar de su marido?

—Pero si está enfermo en cama, allá en Irlanda. Ella no tiene necesidad de viajar, señor.

Él asintió con una leve inclinación de cabeza y luego se mordió el labio inferior.

—Creía que los criados lo sabíais todo.

—Por lo visto no, señor.

—Pero tú sí que tienes medios para saberlo. Escuchar tras las puertas. Y registrarle las cosas.

No me moví ni una pulgada.

—Biddy —insistió muy serio—, ¿sería un pecado tan grande echar una miradita? ¿Para que me quede tranquilo?

—¿Qué le hace pensar que yo haría semejante cosa?

—¿No te gusto un poco? —Me dio una palmadita en la mano y luego dejó la suya encima—. Me parece que nos llevamos bien. Tú me gustas. Mi hermana ha hecho bien en traerte.

Entonces volvió a callarse. Yo estaba allí la mar de confusa, con su mano aún sobre la mía. Me sentía halagada, ya lo creo, pero pensaba en el peligro también.

—Hace frío —dijo con voz inexpresiva, conteniendo un escalofrío como si volviese a recordar una calamidad.

—Le atizaré el fuego, señor.

Me levanté para coger el atizador, y la llamarada de anaranjado calor lo despertó. Se puso de pie y me rodeó flojito los hombros con el brazo. Yo me quedé rígida de alarma. Luego trató de acercarme a él mientras cerraba los ojos y me susurraba al oído:

—¿Me ayudarás, Biddy?

Retrocedí para apartarme y choqué contra la mesa. Él me agarró por detrás mientras yo me retorecía intentando soltarme, sintiendo que con el brazo me rozaba los saltarines pechos.

—No, señor. ¡No!

Era retozón como un potrillo. Pero yo era fuerte y le di un buen codazo en las tripas. Se quedó doblado. Con otra sacudida, me vi libre.

—No seas tan coqueta —dijo jadeando—. Creía que yo te gustaba.

Me volví para mirarlo de frente, con la camisa toda torcida.

—Me gustaba usted más cuando no se me echaba encima.

—Oh, Biddy, anda, sé buena. Nadie te castigará. —Trató de cogerme la mano—. Te juro que no voy a hacerte daño.

—Sí, y los burros vuelan —le espeté, retrocediendo hasta las sombras.

Era más rápida que él y en tres pasos había llegado a la oscura entrada de mis dependencias. Me persiguió dando traspiés, pero en un instante yo ya le había echado bien el cerrojo a la puerta. Mientras escuchaba sus aporreos no pude evitar reírme al pensar en que él, el señorial Kitt Tyrone, hubiese venido corriendo tras de mí.

OceanofPDF.com

XVI

DEVEREAUX COURT, LONDRES

La correspondencia del señor Humphrey Pars

17 de diciembre de 1772

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

CORRESPONDENCIA PRIVADA

Devereaux Court
Londres
17 de diciembre de 1772

Sr. Ozias Pars
Marsh Cottage
Saltford

Mi querido Ozias:

Sin duda te sorprenderás al encontrarme aún languideciendo en la capital. Te aseguro que el retraso no es obra mía. Mi supuesta señora continúa divirtiéndose y malgastando la fortuna de mi señor en este afrancesado encaje o en aquel manguito de piel... y no le da vergüenza presentarme cuentas de cinco, diez o incluso veinte guineas por semejantes perifollos.

Mi alojamiento no es en absoluto de mi agrado. El aposento es amplio pero está lleno de polvo, la cama es húmeda y la chimenea suelta humo por falta de mantenimiento. El señor Quentin Tyrone tal vez sea rico, pero es un hombre peculiar e inmoral, y evito su compañía. Da empleo a un encargado que se ocupa de su negocio (importación de géneros orientales, heredado de su difunto padre) y pasa las noches en burdeles y en esos hamames orientales donde me parece que el baño no es sino una pequeña parte del negocio. Es un sujeto gordinflón y calvo, muy dado a los gorros bordados y a una especie de manchado batín de estilo chinesco. Hay algo blando en sus modales que un hombre correcto y formal no puede sino aborrecer. En cuanto a los demás miembros de la familia, el

hermano de ella es un joven perezoso de expresión abatida y buen gusto en materia de casacas doradas.

Respecto a Londres en sí, la muchedumbre y el alboroto son de lo más increíble, y el humo de carbón, tan denso que las efusiones de flemas salen completamente negras del hollín. Asistir al teatro es meterse en un tumulto diez veces peor que la feria de Chester. Las naranjas se venden a seis peniques (¡cada una!) y se utilizan como proyectiles desde una parte del teatro hasta la contigua. En cuanto al aspecto alechuguinado del público..., como el joven Tyrone, los jóvenes exceden a las damas en brillo y en almizcle. Vamos, ¡a mí hasta me preguntaron en la barbería si quería que me peinasen el pelo todo alborotado con hierros calientes!

Al haber evitado con perseverancia al resto de la familia mediante el recurso de tomar la cena en un respetable asador de carne (pues en Devereaux Court se come peor que en ninguna casa de caridad del norte), creía que no tendría nueva información que darte sobre esta ramera y sus ardides. Sin embargo un día que me encontraba algo cansado después de pasar fuera toda la mañana, decidí tomar el té junto al fuego en el salón creyendo que la casa estaba por lo demás desierta. Después de que un pícaro de criado me sirviera té aguado (sin ni siquiera una rebanada de pan con mantequilla) me acomodé en mi sillón para redactar un memorándum de mis visitas del día siguiente.

Poco después oí voces pertenecientes a Lady Carinna y a su tío que me llegaban de la habitación contigua. Procuraré poner por escrito, literalmente, la conversación que me tomé la licencia de escuchar:

—Pero, Carinna, ¿estás jugando limpio? —dijo el tío con su grosero resollar—. Si viajas a alguna parte debería ser al lado de tu esposo.

—Yo no pienso acudir junto a él. Ya te lo he dicho, se niega a verme.

—Entonces, ¿cuál es el atractivo de Italia? Reunirte con un amante, ¿eh? Si es así, debes tener sumo cuidado.

A lo cual la sobrina, con voz hastiada y sarcástica, replicó:

—Por Dios, tío, ¿eso es todo lo que se te ocurre? Y además, ya sé tener cuidado.

—Y entonces, ¿por qué te vas?

—No me encuentro bien, tío. ¿No he sufrido bastante representando esta farsa para ganarme mi recompensa por fin? ¡Como si a ti te importara! En su momento me prometiste que, como mujer casada y con título de nobleza, viviría con libertad. Y eso es lo que tengo intención de hacer.

—Esta indisposición tuya... —repuso él despacio—. No estás preñada, ¿eh?

—Ojalá lo estuviera.

—Porque si lo estuvieras...

—Lo sé. Todo estaría arreglado.

—Me juraste que el matrimonio se consumó.

—Eso te dije, ¿verdad? No es un acontecimiento al que me apetezca volver.

El bellaco se rio entre dientes. Ella respondió con el silencio y luego dando un fuerte suspiro.

—Lo cierto es que Sir Geoffrey y yo no podemos ni vernos. Y, querido tío —añadió con aire de verdadera súplica—, he hecho lo que me dijiste, al pie de la letra. ¿Cuándo te he pedido un favor?

—No estoy cómodo cuando se enredan las cosas. Tú y tu marido no os separasteis en buenos términos. ¿Y si se recupera y empieza a preguntar?

—Dile que estoy en el extranjero por cuestiones de salud —suspiró ella, exasperada—. No creo que pregunte siquiera. Le sirvo para guardar las apariencias. Que me escriba a la villa si quiere.

—Ah, sí, la villa... Si dijeras que necesitabas una temporada en Roma o en un balneario, lo comprendería. Pero aquél es un lugar sumamente tranquilo.

—Qué agradable suena eso. Y bien, ¿tienes la llave?

—No, es Carlo quien guarda la llave. Debes ir a verlo para recogerla.

—No puede ser. Tú debes de tener tu llave, ¿no?

—No la tengo. Debes visitar a Carlo. Le escribiré para decirle que te espere. No pongas esa cara. O la recoges o duermes en una

cuneta.

—Pues no pienso pasar ni un minuto más de lo necesario en su vulgar y extranjera compañía.

Tyrone se rio.

—Es una persona de modales absolutamente impecables. Te aseguro que te costará considerable esfuerzo subir hasta su nivel.

—Será otro viejo asqueroso, estoy segura.

—Pues entonces confiésaselo: tienes una cita secreta —repuso él en tono de acusación jocosa—. Carlo lo respetará.

Un repentino estrépito de vidrio hecho añicos llegó a mis oídos, seguido por el chillido de Carinna.

—¡Maldito seas, mira lo que me has obligado a hacer! No lo soporto más.

Para gran consternación mía oí el frufrú de su vestido que se dirigía justo hacia donde yo estaba. Temiendo que me descubriera, dejé caer la cabeza sobre el pecho y cerré los ojos, fingiendo estar dormido. No creo que me viese siquiera, porque oí a su tío llamarla, «¡Carinna!», desde la sala, en tono de advertencia. Ella estaba tan cerca de mí que yo oía el resoplar de su aliento. Debía de estar justo detrás, sólo el gran sillón ocultaba mi figura.

—Haré lo que mandas —respondió gritando en tono agrio—. ¡Putañero! —añadió luego, en un susurro muy bajo y con rencoroso sentimiento.

Un instante después se había marchado y yo estaba solo. Al cabo de un rato fingí que me desperezaba y subí la escalera hacia mi aposento, sin que nadie me viera y muy contento con la información recogida en el campo enemigo.

Bueno, ¿qué te parece, mi sensible hermano? ¿Quizá la muchacha planea un encuentro con algún joven galán? Se trata de una vileza, eso sí que es seguro.

Qué pena, la vela se apaga y mañana salimos hacia los puertos de Kent. Su presunta señoría por fin ha decidido partir, y hay mucho a lo que atender. Escribiré antes de que zarpemos hacia Francia.

Deséame fuerzas y salud para el viaje que me espera.

Soy siempre tu diligente hermano,

Humphrey Pars

OceanofPDF.com

XVII

DE LONDRES A DOVER

Pascuas, diciembre de 1772

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Pastel de Navidad ~

Haz una corteza que se tenga de pie con veintidós libras de la mejor harina, seis libras de mantequilla, media libra de sebo derretido y levántala en forma ovalada con paredes muy gruesas y fondo fuerte. Deshuesa un pavo, un ganso, una gallina, una perdiz y una paloma y mete uno dentro de otro junto con macis, nuez moscada, sal y pimienta. Luego ten preparada una liebre estofada en trozos junto con su salsa de jugo de carne, chochaperdices, más caza menor y todos los pájaros salvajes que consigas. Ponlos lo más juntos que puedas y añade al menos cuatro libras de mantequilla al pastel. Haz la tapadera bien gruesa y pega encima de ella todas las formas de Navidad que quieras. Píntalo todo bien con yemas de huevo y átaló alrededor con papel. Tardará cuatro horas en hacerse en un horno de pan. Cuando lo saques, derrite dos libras de mantequilla en la salsa de jugo de carne que salió de la liebre y viértela caliente por el agujero dentro del pastel.

*Lady Maria Grice, de una receta antiquísima
que le dio su abuelita, 1748*

[OceanofPDF.com](https://oceanofpdf.com)

Me cantaba el corazón al abandonar la ciudad. Los caballos iban veloces al trote por el llano camino de portazgo que salía de Londres. En cuanto al hermano de mi señora, Kitt, ¿qué le parecería a su señoría que me persiguiese? Era un fulano la mar de guapo, con su chaleco de lentejuelas y sus fruncidos volantes de batista. El mismísimo aroma de la alta sociedad se pegaba a su voz melosa y a su palidez de ciudad. No es que yo hubiese olvidado ni miaja a Jem, sólo era que me sulfuraba que en Londres no hubiese noticias de él en una carta. Y Kitt Tyrone era en verdad el primer hombre de posición que se fijaba en mí. Cada vez que miraba la cara de mi señora veía las distinguidas facciones de él pintadas allí.

—¿Qué demonios miras, muchacha? —me soltó bruscamente mi señora, interrumpiendo una ensoñación que podía haber escrito la atrevida Eliza Haywood en persona.

—Ni miaja, *M’Lady*.

—Pues sí que... Cuando te dirijas a mí, Biddy, debes decir *My Lady* correctamente.

Hice todo lo posible por darles forma a mis labios, aunque los sentía como una tiesa vejiga estirada sobre un bote de mermelada.

—*Ma Lady*.

—¿Tú estás segura de que sabes leer?

—Sí, pues claro está que sé —respondí, alzando la barbilla. En ese momento recordé quién era—. *M’Lady* —rezongué.

—Bah. Y encima, embustera —intervino Jesmire entre dientes.

Mi señora rebuscó por el asiento del coche y de pronto me metió un periódico en la mano.

—Pues adelante. Lee.

—*Un sombrero, una casaca, un zapato* —pronuncié con esmero—, *considerados aptos para que los lleve únicamente un bisabuelo, apenas los*

viste un dictador de las modas... —Alcé la vista y la señora me instó a continuar con un aleteo de sus largos y blancos dedos—, *lo adoptan por igual desde el primer lord del Tesoro hasta el aprendiz de Houndsditch.*

De aquello no se rieron, pues lo había hecho sin falta ninguna. Mi señora me arrebató de un tirón el periódico.

—Y entonces, ¿por qué has leído eso tan bien? Se entendía perfectamente.

Eso tuve que pensármelo. Yo no quería explayarme contándole cómo la viuda Trotter me ayudó a imitar su refinada voz. Me decía siempre que yo tenía un don natural.

—Es que no son palabras de las mías, *M’Lady*. Cuando leo algo de un papel lo digo como una maestra de escuela, toda remilgada.

Lady Carinna se apoyó en el respaldo, con un frunce entre las cejas.

—Así que si te escribo lo que tienes que decir como el texto de una obra de teatro, ¿lo recitarás de forma correcta?

—Eso espero, *M’Lady*.

Y de esa manera pasó una hora en una especie de juego, en el que ella me escribía unas líneas al dorso de un viejo almanaque y yo las hacía sonar de manera bien correcta. Y la verdad es que no era un plan ni miaja malo, tampoco, pues a ambas las sorprendí con mi sagacidad. Cuando oscureció fuera yo anuncié con perfecto acento londinense: «Señoras y señores, la cena se servirá en la sala».

Jesmire se quedó la mar de molesta al oírme leer tan maravillosísimamente. Entonces me vino la idea: Jesmire pensaba que mi señora me instruía para que yo ocupase su puesto. ¡Como si yo fuese a abandonar alguna vez los placeres de la cocina por una vida de agujas y horquillas! De manera que todo el rato, mientras la vieja murmuraba hojeando las páginas de su gaceta de Londres, me sentí orgullosa de que mi señora estuviese contentísima con todo lo que yo hacía. No me paré a preguntarme si no estaría más segura manteniéndome bien lejos de ella.

Lo siguiente fue que todos atrapamos unos resfriados tremendos, de manera que a partir de entonces continuamos nuestro camino entre resuellos y moqueos hasta Dover. Habrías pensado que mi señora estaba muriéndose

por la manera en que se quejaba de los baches que sacudían el coche y de los horribles dolores de cabeza que soportaba. El señor Pars estaba de mal humor también, y maldecía a los posaderos que imponían enormes precios a quienes no podían tomar otro camino para ir a los puertos. A las mismas afueras de Dover nos detuvimos en una posada, y probé a la carrera unos deliciosos pescados fritos llamado eperlanos y unos arenques servidos con las colas en las bocas. Después yo y el señor Loveday salimos a ver el océano. El viento soplaba tan fuerte que me silbaba por entre los dientes, y el mar estaba horroroso: una inmensa llanura de agua que no paraba de chapotear como una olla hirviendo a fuego lento. Por fin el resfriado se me había pasado lo bastante como para sentir el sabor del mar en la lengua. Tenía un extraño regusto a verdura salada.

Los dos nos quedamos mirando el sombrío horizonte, donde no había ni rastro de aquellas famosas costas de Francia. Entonces el señor Loveday me dio un suave codazo y señaló dos figuras que se enfrentaban al viento allá al extremo de la playa. Entorné los ojos y vi que las siluetas se parecían mucho al señor Pars y a mi señora..., aunque sería raro que aquellos dos diesen alguna vez un paseo juntos. Parecían estar peleando como el perro y el gato, y la dama, vestida con su ondeante capa, alzaba los brazos furiosa. Cada pocos pasos el hombre meneaba la cabeza y se detenía a pronunciar palabras que no llegaban hasta nosotros. Al cabo de unos minutos él se alejó con paso trabajoso y desapareció. La mujer se quedó sola en la playa, observando las olas grises que le buscaban las faldas. Estaba demasiado lejos para poder asegurarlo, pero habría apostado a que era mi señora, pues su capa gris era del mismo tono, aunque tenía la capucha subida para taparse la cara.

—Si son ellos, ¿por qué salen aquí en lugar de hablar junto a la chimenea del salón? —le pregunté al señor Loveday mientras volvíamos deprisa a la posada.

Mi amigo se ajustó bien la delgada casaca por los codos sin dejar de andar con aire desgarrado. Cabizbajo, dijo una cosa que no acabé de oír.

—¿Cómo?

—... el viento, demasiado difícil oye...

Yo fui detrás de su encorvada espalda y no volví a pensar en ello.

La intención del señor Pars era encontrar posada en Dover y desde allí comprar pasaje en el paquebote que iba a Francia. Pero todas las posadas adonde llegábamos hervían de viajeros, alojados de manera temporal hasta que cambiase el viento y los barcos pudiesen zarpar. Para empeorar las cosas sólo estábamos a dos días de Navidad. Fui a ver las confiterías y todas las escarchadas maravillas de tartas de Epifanía y frutas en almíbar que llenaban hasta el último cuadrado de vidrio de los escaparates.

Cada vez que regresaba de sus pesquisas el señor Pars traía la cara abatida y meneaba la cabeza. En el hotel York cenamos sin saber dónde iríamos a dormir. Era un lugar ruidoso y destartado, y el vendaval silbaba por entre las persianas con un continuo gemido. Nuestro grupo estaba arriba en el salón, mientras que yo y Loveday bebíamos cerveza matarratas en un cuarto de abajo. Yo estaba harta de patear el mundo y añoraba el viejo fogón de Mawton y tomarme un plato de té, con los dedos de los pies puestos en el guardafuego.

Fue el viejo Pars quien nos salvó, pues conoció a cierto señor Harbird, un caballero de Dover que le ofreció a mi señora alojarse en su propia casa hasta que saliesen los barcos. Casi a medianoche seguimos al mozo de cuadra del señor Harbird por un sendero oscuro como boca de lobo, todos bostezando ruidosamente y bendiciendo al caballero por su espíritu navideño.

El día siguiente todos despertamos en Waldershore House, una gran casa solariega de piedra gris con tejado a dos aguas y labrados sombreretes de chimenea. Allí no había ni miaja del moderno enlucido blanco y adornado, sólo paneles de roble de pliegues y descoloridas alfombras puestas en las paredes para no dejar pasar el frío. El señor Loveday me dijo que a Lady Carinna no le gustaba aquella ruina vieja, como la llamaba ella, pero a mí me pareció una mejora la mar de grande comparada con las desvencijadas posadas.

Entonces, para mi deleite, el señor Harbird dijo que yo debía ayudar con los platos de Navidad, pues andaban escasos de personal experto. Cincuenta personas estaban invitadas: la reunión más grande para la que yo había cocinado nunca. «A ver quién me lo impide», me dije. Ay, si la señora

Garland hubiese estado conmigo, habríamos estado las dos más contentas que unas pascuas.

La cocina de Waldershore tenía un hogar tan alto como para meterse dentro de pie y, delante de él, tres grandes asadores giratorios que salían de las paredes. Estaba abarrotada con una variada cuadrilla de una docena de mujeres y niños, algunas viejas reviejas y otras, mozas jóvenes que reían con risitas tontas y hacían bobas muecas. Me temblaban las piernas bajo las faldas cuando les dije quién era yo tratando de hablar con claridad, pues mi habla nortea las confundía. Me dieron la bienvenida con bastante amabilidad, pues precisaban gente diestra; el ama de llaves de la casa estaba fuera con una hija enferma.

Por suerte, había algunas mujeres versadas en materia de Navidad. Una de pelo entrecano, llamada Nanny Faggeter, era quien las mandaba. Ella hizo los pasteles de Navidad mientras otras desplumaban aves de corral y preparaban tartas y púdines. En cuanto a los niños, los pusieron a vigilar los fuegos y a lavar las ollas. Pasé una mañana feliz haciendo los rellenos, los pasteles finos y las masas. Después del almuerzo, un par de jóvenes solteras la emprendieron con *I Saw Three Ships*, y pronto todo el mundo las acompañó en coro. Yo cantaba y tarareaba sin dejar de trabajar, todo el tiempo calculando tiempos de cocción y evocando los caprichos navideños que había en las páginas de *La joya de la cocinera*. Para las tres en punto teníamos diez grandes tableros llenos de montones de comida hecha, y *All Bells in Paradise* resonándonos en los oídos. Cinco pares de los brazos más fuertes sacaron del horno los dos primeros pasteles de Navidad, y yo vertí mantequilla derretida bien hondo por los pitorros, rezando para que quedasen succulentos y firmes.

Luego mezclamos el pudín de ciruelas, y todas las jóvenes se apiñaron en torno a la tina para pedir un deseo. Cuando terminaron yo agarré el palo de madera y di la vuelta alrededor, pensando en Jem y en Mawton. Al menos uno de mis deseos se me concedió, pues poco después llegó el señor Loveday dando golpecitos a la puerta.

—Usted trabaja mucho, señorita Biddy. —Miró con una amplia sonrisa las mesas de los asados—. ¿Usted cree un ejército viene, y eso?

Me sequé la frente con un trapo.

—Nada está más atareado que los hornos ingleses en Navidad. Es el único día del año en que todo el mundo ha de comer hasta hartarse.

Entonces me pasó una gran caja de madera que llevaba días esperando en la casa de postas de Dover. Era un queso que me mandaba la señora Garland y que desprendía todo el intenso aroma de aquellos dulces prados de Cheshire. También había una carta que sólo abrí cuando estuve en mi cuarto y que leí, hasta la última palabra, con gran atención.

Mi queridísima Biddy:

Pido a Dios de corazón que esta carta te encuentre bien segura en Dover y con buen ánimo y que el queso no haya sufrido daño en el camino pues será un buen aperitivo de Navidad y el señor Pars tomará una loncha estoy segura.

Esto está muy solo desde que te fuiste y rezo para que no te sentase mal nuestra despedida pues yo siempre deseo estar a buenas contigo querida, pues hemos sido amigas mucho tiempo y tú mi fuerte mano derecha. La lluvia y el frío han molestado mucho desde que te marchaste y mis dolores no mejoran, pero no debo quejarme pues los hay peores que yo estoy segura ahí por esos malos caminos. Preparo una Navidad menguada pues nuestra casa se ha achicado mucho, pero sigo haciendo el pudín y los pasteles aunque no haya esperanza de grandes jaranas pues queda muy poca gente joven. Teg es mi única ayudanta ahora que han despedido a Sukey y hace lo menos que puede como no la regañe. En cuanto a este señor John Strutt que se encarga ahora del trabajo del señor Pars, no le tenemos ningún aprecio, es un fulano entrometido y tornadizo que ve maldad en todas nuestras viejas costumbres, que nosotros sabemos que son las mejores. En cuanto a lo que dice del señor Pars, este señor Strutt no sabe lo que es la gratitud si quieres que te diga la verdad.

Jem está igual, aunque he de decirte que se ha gastado tus cinco guineas un centenar de veces en planes mentecatos de manera que has de prometerme guardarlas bien y gastarlas con prudencia como sé que harás. Biddy, no quiero chismorrear de nadie pero mira que él aún ronda por la puerta de la cocina, sólo que ahora es Teg la

que le da de comer. Al ser tu amiga te lo digo con toda la suavidad que puedo que no deberías estar pendiente de él, querida amiga y ya te he dicho yo lo que pienso...

¿Que Jem recibía comida de Teg? A ver si se atragantaba con ella, si es que no estaba envenenada primero. Yo ya veía el juego de Teg. Ay, Jem, ¿es que no tenía luces suficientes para acordarse de mí? La mar de enfadada, seguí leyendo.

Hablamos de ti y de mi señora casi todas las noches junto al fuego y la carta que me mandaste desde Londres la comentamos mucho pues muestra la maldad de la capital y a mi juicio a ese fulano Meeks deberían azotarlo hasta dejarlo en carne viva. Pero mira que me alegra el corazón saber que has escrito en el libro y unas recetas tan estupendas además. Yo hice el posset cuando tuve un poco de licor y hacía entrar en calor la mar de bien y fue como tenerte a ti en la habitación preparando un plato historiado igual que hacías en otros tiempos más felices, en esta estación fría es un don del cielo. Biddy querida mira que se me olvidó pedirte un rizo de pelo de manera que cuando escribas la próxima vez te ruego que me lo mandes. Estoy la mar de preocupada al pensar en ti cruzando el océano uno de estos días y mira que rezo muchas oraciones por tu seguridad en el mar.

Hazme el favor de darle mis felicitaciones de Navidad al señor Pars y también, si está contigo, a George y por aquí esperamos que mandes una carta con él considerando que no hay método más seguro y fiable. Te he contado todo por la presente de manera que he de pedirte que recuerdes a tu querida y sincera amiga,

Martha Garland

Fue una suerte que estuviésemos a centenares de millas de distancia, pues yo habría puesto los menudillos de aquel Jem sobre carbones encendidos. ¡Vaya con los planes mentecatos! No por primera vez pensé en aquella moneda de cinco guineas brillando dentro de la caja de caudales, y en cómo el señor Pars nos había tendido la mar de bien una buena trampa.

Cómo hablar del día de Navidad... Para una cocinera es el día de gastar más sebo, de chamuscarse más en el fuego y el día de más trasiego y alboroto de todo el año. Sin embargo el trabajo de preparación estaba acabado y de esa manera sólo nos quedaba por preparar aún el rosbif, las aves de corral, los asados de carne, los púdines y los postres. Malditas sean las brótolas, en aquella cocina hacía tanto calor como en el horno ardiente de la Biblia cuando los tres asadores empezaron a dar vueltas. Tuvimos los contratiempos de costumbre: a una muchacha se le prendieron las faldas en el hogar, pero escapó sin miaja de daño, nada más que un humeante agujero en la tela cuando sus compañeras le apagaron el fuego a golpes. Peor fue la grasa caliente que se derramó por las losas del suelo: un par de mujeres se resbalaron y cayeron de rodillas hasta que se le echó arena.

Para las once estábamos en el sudoroso punto culminante de nuestros esfuerzos: yo tenía el lomo de buey dando vueltas la mar de bien y el otro ojo pendiente de los pasteles de Navidad puestos en fila junto a la puerta del horno.

Un golpecito en la manga me sacó de este feliz reino de la cocina y me vi frente al señor Loveday, que estaba allí con el rostro la mar de preocupado.

—Lady Carinna quiere ve a usted. Enseguida.

—Pues que espere sentada —respondí, soltando el cuchillo de un golpetazo—. Estoy hasta las cejas... Mejor dicho, estoy hasta lo alto de la cabeza y ni así abarco este montón de trabajo.

Le eché una mirada feroz, pero no había manera de zafarse. Ni siquiera me sequé la cara ni me quité el delantal tieso de harina, pues Lady Carinna tenía que aceptarme tal y como estaba. Sin aliento, irrumpí en el aposento de su señoría.

—Con perdón y con vuestro permiso, *M'Lady*. Tengo toda una Navidad por cocinar en este preciso instante.

Tendida en la cama con los zapatos quitados de un puntapié, mi señora miraba a su alrededor, en las nubes del todo. Jesmire, sentada ante una mesita, se distraía jugueteando con su costura.

Lo intenté de nuevo, acercándome más y haciéndole una profunda reverencia.

—Perdonad, *M’Lady*. Mirad que todo el almuerzo se va a quemar y se va a echar a perder.

—Oh, cállate. —Se incorporó y me miró detenidamente—. ¿Qué demonios pareces? Un deshollinador.

Intenté quitarme con el dedo la tizne de la cara, aunque lo más seguro es que me la dejase peor.

—Por favor, *M’Lady*... —empecé a decir.

—Mira, aquí Jesmire está convencida de que eres demasiado torpe para aprender ningún idioma extranjero... salvo ese dialecto norteno con que nos confundes.

La vieja arpía murmuró con la nariz pegada a la labor:

—Estáis perdiendo el tiempo.

—¿Qué dice usted, Jesmire?

Ésta levantó la cabeza y escupió las palabras como si fuesen pequeñas flechas.

—Este marimacho de campo jamás hablará una lengua extranjera. No ha tenido educación para ello, *My Lady*.

—Pues yo creo que puede. —Lady Carinna clavó los ojos en mí otra vez mientras que yo seguía con los brazos cruzados, lanzándole una ceñuda mirada—. Oh, pero ponte bien, Biddy. Pareces un espantapájaros.

Levanté los hombros y dejé colgando los dedos, inútiles del todo, como hacen esas damas.

—Ahora repite conmigo: *Bonjour, monsieur*.

—¿Y eso qué es?

Oí a Jesmire mofarse y le lancé una mirada capaz de hacerla trizas.

—Significa: «Hola, señor».

—Muy bien. *Bonchú mesié*.

—Sí, pero intenta hablar con un poco más de delicadeza.

Me aprendí los *bonsuá* y las *madam* y las *mamuasel* tan rápido como una ardilla cogiendo nueces. Aquello no tenía mucha complicación, la verdad.

—Una absoluta pérdida de tiempo —dijo Jesmire, toda picada.

Estaba cosiendo como si les clavase alfileres a los caracoles de mar, levantando un instante la picuda cara después de cada pinchazo. Mi señora

bostezó y pensó un momento.

—Hemos de recordar que tiene que ir a hacer la compra si no queremos comer cosas francesas. Repite conmigo: *Petit déjeuner*.

Eso era «desayuno».

—¿Y qué clase de cosas hay ahí?

Más condenadas risitas entre dientes. Como si alguien no quisiese saber qué es lo que iba a comer.

—Pues habría *le*.

—¿Cómo? ¿Tengo que tomarle algo? ¿Y a quién? ¿Es que he de comerme a alguien?

Los labios de Lady Carinna esbozaron un amago de sonrisa al oírlo.

—Se escribe *l-a-i-t*. Leche.

Vi que la había hecho reír. Y a Jesmire le sacaba de quicio el que yo le hiciese gracia. Lo cierto era que yo y Carinna teníamos edad de divertirnos y bromear.

—¿Qué más?

Vimos lo de *café*, y *pen* y *berr* y todo eso. Si no hubiese tenido un almuerzo de Navidad a punto de convertirse en cenizas, aquello habría sido muy interesante. Menos mal que mi señora empezó a impacientarse.

—Ya es suficiente, muchacha. He demostrado que yo tenía razón —dijo, y le dirigió una desagradable sonrisa de satisfacción a Jesmire.

—Un loro parlanchín. Eso es lo que es. Dudo de que se acuerde de nada ya.

Yo iba a mitad de camino ya cuando mi señora me indicó que me fuese con un gesto de la mano. Pero no me resistí a lanzarle una pequeña pulla a Jesmire al tiempo que abría la puerta para salir.

—*Orvuá, medam* —dije con una descarada sonrisa burlona, mientras hacía una reverencia.

Mi señora se echó a reír a carcajadas, pero Jesmire gritó como una gallina cuando ya me marchaba:

—¡Para ti soy *mademoiselle*, mona de imitación!

Cuando llegó la hora del almuerzo de Navidad yo tenía la cabeza de cerdo humeando en un plato, y se había asado de maravilla. Toda la mañana una

hilera de gente había pasado por delante de la ventana de la cocina: jóvenes familias con bebés envueltos como fardos y chiquillos traviesos que llamaban con los nudillos a la ventana y dibujaban siluetas desvergonzadas en la neblina de su aliento. A enfermos y ancianos, a todos los sacaban de unos carretones o los llevaban por el sendero cargados a las espaldas de sus fuertes hijos y nietos. Toda la ruidosa multitud se reunió en la larga sala para aplaudir con calor mi cabeza de cerdo cuando la llevamos en alto sobre una fuente. Y, Dios mío, a los ancianos se les pusieron los ojos redondos como canicas al ver los montones de comida que había sobre las mesas, tan altos como los del banquete de Baltasar: crema de ciruela, pasteles de picadillo de fruta, rosbif, pavo con salvia y salsa de vino tinto..., y eso no era más que el primer plato. Yo estaba satisfechísima sobre todo con el segundo plato, pues junto a las lenguas, la carne de cerdo en gelatina, las anguilas enrolladas, los patos y el cordero había puesto unas bonitas bolas de nieve hechas de manzanas escarchadas con azúcar blanca, todo sacado de una receta escrita con letra de Lady Maria en *La joya de la cocinera*.

A continuación se retiraron los bancos hasta las paredes y llamaron a los músicos, que habían estado dándole a la cerveza. Hubo baile, y tales vaivenes y topetazos y golpeteos que tenías que reírte mientras intentabas librar los dedos de los pies de las grandes y estrepitosas botas de los muchachos.

Estaba descansando un momento con un vaso colmado de *brandy* cuando otro criado me empujó en el hombro.

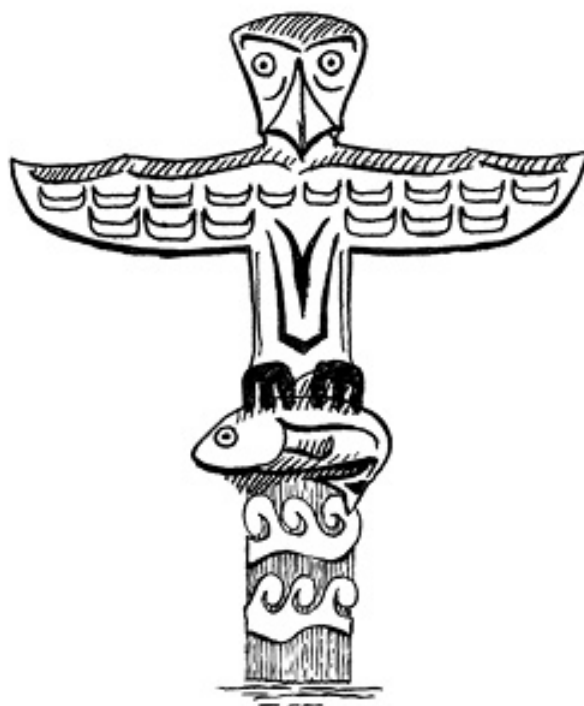
—¿Y ahora qué? —dije bostezando. Estaba más que harta de organizar cosas.

Me contestó que acababa de llegar un mensaje de la compañía de paquebotes. El viento había cambiado y zarpábamos a las cuatro en punto. No tardé nada en tener preparado mi hatillo y en despedirme de mi cuarto. Dios lo bendiga, el señor Harbird me llamó antes de irme y me dio un aguinaldo de nada menos que dos guineas. Vaya, más que mi propia señora, pues ni ella ni el señor Pars me habían dado ni un ochavo siquiera, los muy roñosos. Juré no hablarle a Jem de mis dos guineas tampoco, pues aquel porro nunca se había levantado con el canto del gallo para afanarse sobre el fuego como yo. Jem Burdett podía irse al diablo. Y que las otras limpiasen

la cocina llena de manchas de tizne y salpicaduras de grasa. Yo zarpaba hacia Francia, el mismísimo paraíso de las cocineras.

OceanofPDF.com

XVIII



Loveday se quedó en la proa del barco y sintió que la helada lluvia lo despabilaba a tortazos como un impaciente compañero de caza. Los demás estaban todos bajo cubierta, entre arcadas y gimiendo, metidos en el hedor del camarote de madera, pero él era libre, con las apretadas botas quitadas y los pies descalzos agarrándose a la cubierta como mejillones. ¿Cuánto tiempo llevaba sin sentir la deliciosa vibración del espíritu salvaje de un barco en las plantas de los pies? Mientras veía las olas de un gris verdoso subir, bajar y ondear en torno a él, se sentía como un ave surcando los tormentosos cielos. Y ésta era la dirección correcta, estaba seguro. Por fin estaba haciendo el camino de vuelta a casa.

Allá en Dover había conocido a un viejísimo marinero que le preguntó de dónde había zarpado.

—Batavia. —Loveday utilizó la palabra que los holandeses empleaban para la plaza fuerte de los blancos—. ¿Dónde ese lugar?

El viejo marinero se animó y se puso en pie de un salto para coger una cosa de un petate. Pero cuando volvió Loveday se quedó desilusionado al ver que sólo era un papel. Y cuando el viejo lo desplegó en la mesa allí ni siquiera había escritos de verdad, sólo líneas serradas como las dibujaría un loco.

—Aquí está, chaval.

Con un torcido dedo el marinero señaló una palabra en medio de un montón de alocados trazos. Y allí estaba en letra pequeña. *Batavia*. Loveday tardó mucho en comprender lo que le decía el viejo: que la silueta llena de bultos donde estaba escrito *Batavia* era un dibujo diminuto-diminuto de la gran isla por la que él había caminado en su día.

—Ahí están las montañas —dijo el viejo, señalando unas jorobas manchadas de tinta salpicadas por la isla.

¿Era posible? Tras agarrar rápidamente el papel Loveday se lo acercó a la cara, entornando los ojos para ver a las personas que recordaba que vivían allí. Pero no había personas, ni árboles, ni pueblos; sólo era un dibujo. Seguía sin comprender.

—¿Cómo esto es Batavia? —preguntó, mientras la congoja se le agriaba en el pecho.

Los lacrimosos ojos del viejo le sostuvieron la mirada.

—Es lo que lee el capitán de un buque para orientarse por el mundo. Mira, esto es Inglaterra. Y esto es el mar.

Inglaterra estaba al otro extremo del papel, pero poco a poco Loveday comenzó a entender. Allá en Lamahona a veces los cazadores garabateaban dibujos en la arena húmeda para mostrar un arrecife o una corriente rápida.

—¿Y cómo va a Batavia?

No pudo evitar que le temblara la voz.

Tardó toda la tarde en comprender lo lejísimos de la patria que había llegado, después de que el bondadoso padre Cornelius muriera de la enfermedad y a él lo vendieran en el mercado de Batavia. Durante muchas lunas había navegado hacia este frío reino, y ahora veía lo tremendamente largo que sería el trayecto de regreso. Con ayuda del anciano encontró

París, el siguiente lugar de destino de su señora. Para su decepción, no estaba muy lejos en su gran viaje.

—¿Italia? —preguntó.

—Pues mira aquí, hijo. *Italia*. Por lo menos está en la buena ruta.

Así era. Si seguía con su señora, tendría cómoda travesía durante parte del camino de vuelta. Por último le preguntó al hombre:

—¿Dónde Lamahona?

Pero lo único que encontraron fue un millar de puntos y rayas en el océano. Ojalá aquello fuera magia de verdad, refunfuñó Loveday para sí. Ojalá pudiera acercar un catalejo al papel y encontrar el pueblo y las minúsculas presencias vivas de Bulan y Barut en persona. Pero aquello no era magia; tendría que atravesar con mucho trabajo esas tierras de tinta y esos emborronados océanos para abrazarlos de nuevo.

Loveday se agarró a la barandilla un poco más, retrasando el momento de volver abajo. Al mirar con los ojos entornados por entre la espuma, una franja más oscura de tierra osciló ante sus ojos. Así que esto era Francia, el primer nombre que debía atravesar. Se puso a pensar en la carta que el señor Pars había escrito desde Dover, al tiempo que trataba de entender cómo sería este nuevo lugar:

Mi querido Ozias:

Escribo de prisa desde Dover, tras recibir en este preciso instante tu advertencia y justo cuando preparo el equipaje para tomar el barco que sale a primera hora de la mañana hacia Francia. Hermano, rezo para que no des muestras de alarma ante John Strutt, ya que tal conducta acaso te señalara de forma errónea como culpable. No hay por qué preocuparse, hermano, debes mostrarte tranquilo, te lo ordeno. Ese insolente me debe por entero el puesto de administrador delegado, y me sorprende mucho que te interrogara de forma tan poco caballerosa. Hermano, hiciste bien en decir que no sabes nada del asunto. Los bonos que busca no son asunto suyo, y ten por seguro que no son asunto de nadie sino de su condenada señoría Lady Carinna. En cuanto a la joya, fue la esposa de Sir Geoffrey quien la cogió, como bien sabes. No me dices si el

propio Sir Geoffrey o su apoderado irlandés han movido a Strutt a hacer esta pesquisa. Cuéntame en tu próxima carta si te enteras de algo. Tenía entendido que a Sir Geoffrey lo había abatido por completo una apoplejía... Entonces, ¿quién da estas órdenes de husmear en mis asuntos privados?

En cuanto a mí, me alegra mucho comunicarte que el barco parte a la hora exacta para Francia y que estaré en él con mi caja de caudales bien cerrada con candado. Creo que Francia será mi pequeño paraíso de paz hasta que todo este galimatías haya acabado y se olvide. Tú reza por mi buena travesía al otro lado del océano.

*Tu hermano,
Humphrey Pars*

De modo que para el señor Pars Francia era un paraíso. Loveday sabía lo que era el paraíso, porque el padre Cornelius había hablado mucho de ese otro mundo, tan distinto de Lamahona como este frío lugar. Era el reino del dios sol, ya que los espíritus de allí tenían alas y volaban por encima de las nubes. Era donde el padre Cornelius estaba ahora, puesto que el anciano sacerdote le había dicho que las personas santas entraban por una puerta que guardaba un hombre llamado *señor Pedro*. Mientras recordaba las irisadas aves de su patria, Loveday volvió a escudriñar las agitadas olas grises y las aves carroñeras de voz áspera. Tan sólo vio una llana masa de tierra que llevaba a otras tierras que tardaría muchos millares de días en atravesar.

No faltaba mucho para el anochecer cuando el viento permitió hacer un intento de desembarcar a los pasajeros. Mareados y con las caras grises, los otros subieron a cubierta y deambularon haciendo eses, patizambos como cachorrillos recién paridos.

—¿Por qué bebí de esa manera antes de que saliésemos? Ay. —Biddy se llevó una mano a la boca—. Mire que las piernas apenas me sostienen.

Loveday la tomó del brazo afablemente y la hizo mirar a la lejana costa para que mantuviera el equilibrio.

—Es olas, Biddy. Usted no ya borracha.

—¿De veras? No me gustan estos bamboleos por todas partes. —Le agarró fuerte el brazo —. Ay, señor Loveday, que a lo mejor debería haberme vuelto a Mawton con George.

—¿Y por qué usted no vuelve? —dijo él con afecto.

Biddy arrugó la cara para protegerse del viento e inspiró bien hondo.

—No lo sé. Algo. Francia, Italia. No sé por qué, pero esas palabras hacen que me dé un salto el corazón.

Loveday sabía que saltar era un tipo de juego. De modo que el corazón de ella jugaba.

—Eso bueno, Biddy. —Le dio un afectuoso achuchón en el brazo—. Yo alegre usted viene conmigo a Francia y Italia. Nosotros cuida uno a otro, ¿seguro?

Sonrió y entonces se fijó en un diminuto bote de remos que se dirigía cabeceando hacia ellos, escondiéndose a cada momento tras las gigantescas olas.

Biddy asintió pero luego, al divisar el bote que se acercaba, preguntó con voz quejumbrosa:

—Que el Señor nos asista, no tendremos que saltar a ese tapón que no para de menearse, ¿verdad?

La noche caía rápido mientras bajaban a duras penas la tambaleante escalera de mano hasta el bote. La señorita Jesmire sufrió tal ataque de pánico que se quedó paralizada de miedo y hubo que bajarla por la escala sobre los anchos hombros de un marinero. Aquello hizo reír a Loveday, ya que el viento le levantó las faldas dejando al descubierto sus flacas canillas. Mientras tanto, y tras atarse las botas en torno al cuello, él correteaba arriba y abajo por la escalerilla, descalzo, cogiendo los grandes cofres cuando los marineros los bajaban. Una vez todo cargado, el grupo, calado hasta los huesos y con el ánimo por los suelos, se apelotonó en los estrechos bancos del bote, que se movía con violencia. Dando un grito, los remeros empezaron a alejarse del barco rumbo al puerto. «Así que esto era Francia», se dijo Loveday al divisar las ventanas iluminadas con faroles y al oír el guirigay de voces que llegaban desde el muelle. Esperaba de corazón que aquí vendieran licores tonificantes.

OceanofPDF.com

XIX

HÔTEL D'ANJOU, PARÍS, FRANCIA

Fiesta de la Epifanía, enero de 1773

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ *Rôties soufflées* ~

Se machaca una pechuga de pollo asado con tuétanos de vaca, queso parmesano y cinco yemas de huevo y luego muy suavemente se añaden las claras batidas a punto de nieve. Se dispone sobre trozos de pan cortados como tostadas y fritos en mantequilla, que en Francia se llaman crutons. Se adorna con migas de pan y de queso parmesano mezcladas, se hace en el horno y se sirve sobre un bouillon bien sustancioso.

Un plato notabilísimo por su delicadeza y sabor, Biddy Leigh, París, 1773

Llegamos a París y todo era igual y sin embargo raro: las casas de tejado puntiagudo, la pasión por los perifollos, incluso el sabor de la cerveza y el pan rugoso y duro... Todo era la mar de francés, es la única forma que tengo de explicarlo. Nos alojamos en un lugar llamado el Hôtel d'Anjou, que no era una posada en absoluto, sino una casa gris de siete plantas situado en el mismo corazón del empedrado laberinto de París. Todo era muy afranchutado: los muebles eran de esos con las patas todas retorcidas, y las paredes estaban llenas de espejos y cuadros de frutas brillantes que no se dan en la misma temporada, todas amontonadas juntas.

Tan pronto como llegamos allí solté el hatillo en mi aposento y abrí de par en par la persiana de mi ventana. El hedor de los desagües franceses casi me impidió respirar. Mi cuarto daba a un patio y resultaba extraño oír a la gente fuera hablando un idioma extranjero, chillando y riendo. Yo creía que los franchutes serían lentos y serenos al hablar con sus *bonjour* y sus *monsieur*, pero era un contento oírlos parlotear como grajillas, cotorreando tan rápido que no se entendía nada.

La mañana siguiente mi señora me mandó llamar. A la puerta de su aposento había una manada de modistas y dependientas con brazadas de sedas y de muestras. Mi propia señora estaba sentada, envuelta hasta la barbilla en telas, mientras que un fulano con cara de comadreja le acicalaba el pelo. Hacía días que no tenía apetito. Ni siquiera la pintura de rostro francesa le hermoseaba la cara, que tenía un aspecto hinchado y empachado. Observé cómo el peluquero le cardaba un rizo hasta dejarlo tan alto como el gorro de un soldado. Aquello debió de dolerle, pues vi que se quedó toda crispada.

—Ah, eres tú, ¿verdad? —empezó, mirándome ceñuda—. Ya es hora de que hagas algo de trabajo en lugar de haraganear todo el día.

Bajé la cabeza e intenté quitarme de la comisura de la boca unas cuantas migas del desayuno.

—Sí, *M’Lady*.

—¡Por Dios! —gritó—. ¿No puedes decirlo bien?

—Sí. *My Lady* —le espeté en tono muy feroz, de manera que a continuación se produjo un desagradable silencio.

Oí que el cascaliendres chasqueaba delicadamente la lengua en señal de desaprobación mientras alargaba la mano para coger las tenacillas. Un súbito siseo, un olor a pelo chamuscado, y mi señora estuvo a punto de caerse del asiento.

—Tenga cuidado, granuja. ¡Maldita sea, que es mi cuero cabelludo!

—*Madame...* —contestó él, más suave que la miel—. *Valdgá la pená hasta la ultimá punsaditá, se lo asegugó.*

—Que el diablo te tueste, torturador francés.

Mi señora cerró fuerte los ojos mientras él enrollaba otro rizo en sus hierros.

—Basta, basta —le soltó Lady Carinna a *monsieur* al cabo de un instante—. No puedo pensar con claridad con usted quemándome el pelo por las raíces.

Él fue bailoteando al rincón y se puso a revolver sus pomadas y sus chismes, aparentando tener un semblante muy apenado.

—Mañana quiero un almuerzo inglés —me dijo mi señora—. Platos ingleses como Dios manda, carne de vaca y eso.

Debería habérmelo olido. Todos llevaban quejándose de las fruslerías francesas desde Calais.

—Así que almuerzo para cuatro. Mi hermano comerá con nosotros.

¿Kitt? Malditos sean los retortijones. Y yo pensando que estaba lejos en Londres... Mientras ella hablaba un centenar de obstáculos bullían en mi cabeza.

—Pero *M’Lady* —contesté—, ¿dónde guisaré ese almuerzo? ¿Y cómo voy a comprar las cosas? Todos hablan el idioma demasiado rápido.

Me fulminó con la mirada.

—¿Cómo voy a saberlo? Vete y hazlo.

Meneé la cabeza y salí en busca del señor Pars.

Estaba inclinado sobre el escritorio en su aposento, con un montón de papeles delante. Todo el mundo sabía que su amado sistema de economía se había ido bien al garete.

—Si es dinero lo que buscas, casi todo se ha gastado —refunfuñó.

Intenté leer los papeles al revés y vi que eran facturas. Una era de veinte libras por el chaleco floreado que yo le había visto puesto al señor Pars, de manera que era como lo de la sartén que le dice al cazo: apártate, que me tiznas. Me pregunté entonces qué historia contaban en verdad todos aquellos números. Aunque por ahora lo que me preocupaba era la nueva tarea.

—Pues eso va a ser, señor. Lady Carinna quiere que cocine un almuerzo al estilo inglés y necesito dinero francés.

Al oír aquello pareció animarse un poco más.

—Bueno, a lo mejor encuentro algo para eso. ¿Y qué vas a comprar, eh? ¿Carne de vaca? ¿Unas chuletas?

—Sí, señor. Lo que se le apetezca a usted.

Se relamió y enumeró sus platos preferidos: pudín sencillo, encurtido de limón, rosbif. Luego pidió sus cosas: tabaco y fárfara para su pipa, y más consuelo para el té de su señoría.

—Y nada de aceites verdes. Compra un buen pedazo de pringue y guiso como siempre.

Era cierto que la comida en Francia había sido un gran revoltijo de cosas buenas y malas. Una noche nos sirvieron en el camino una verdadera mezcolanza de menudillos, ancas de rana que olían a pescado y queso viejo y mohoso. Pero en Chantilly el fricasé de ternera estaba tan tierno que no estoy segura de cómo lo ablandaron. Podría haberme comido la olla entera de lo bueno que estaba, pero en vez de eso tuve que ver a Jesmire quitándole la salsa mientras lloriqueaba todo el rato por un poco de jamón cocido.

—Señor Pars, señor —respondí—, aquí hablan el idioma demasiado rápido para mí. Muchas palabras son distintas del todo.

—Tonterías, muchacha.

—Pues entonces, ¿cómo se dice encurtido de limón?

Al menos se pensó aquel misterio un instante y luego meneó la cabeza, impaciente.

—Hablaré con la patrona. Por todo lo que le pago debería echarle una mano. —Después me dirigió una mirada bien enfurruñada, pero me dejó caer dos monedas en la palma—. Ojo, que quiero una lista al detalle de todo lo que gastas, hasta el último *sou*. No se puede confiar en ninguno de vosotros.

Y volvió a hundir la cabeza en sus dichosas cuentas otra vez.

Me juntaron con Florence, o *Floráns* como la llamaban allí, una muchacha pizpireta de diecinueve años que trabajaba en nuestra cocina y a quien mandaron para ayudarme. Primero la seguí hasta una carnicería donde del techo colgaban salchichas gordas como cadenas de regidores, y elegí los patos más rollizos y las mejores piezas de vaca y chuletas que montaban guardia como centinelas en hilera. Una vez hecho el trato, Florence pagó, me guiñó un ojo y se echó un chorrito de monedas en el bolsillo del delantal. De manera que, por lo visto, las sirvientas se pagan a sí mismas en todo el mundo.

El tamaño del mercado de París hacía que Covent Garden pareciese una chuchería. Y nunca antes había visto tanta limpieza: los pasteles dispuestos por colores, rosas, amarillos y verdes como un bordado, y los quesos, más bonitos aún, algunos diminutos como dedales y otros como grandes y macizas ruedas de carro. En cuanto a las tartas de Reyes que los franceses hacían para la fiesta de la Epifanía, los aromas a almendra y azúcar caramelizada eran para mí mucho más fragantes que ninguna agua perfumada. Con los cestos cargados seguí a Florence hasta un patio donde brotaban chorros de humo de media docena de chimeneas. «*Mon frère*», me dijo, y recordé haber oído decir a mi señora que la palabra significaba «hermano». Dentro había una cocina, con neblina del vapor que salía de dos brillantes fuegos. A la primera ojeada vi cuatro cocineros con las cabezas bajas, inclinados sobre su trabajo. Uno mezclaba picadillo de relleno, otro removía el caldo y un tercero preparaba los aderezos. Comprendí enseguida que cada uno se encargaba de una parte del plato y que más tarde todo se

combinaba. Era la primera vez que veía a los cocineros trabajar de esa manera y me quedé llena de admiración.

—*Mon frère*, Claude —dijo en tono urgente Florence, mientras me llevaba hasta un joven igualito que ella en la corpulenta figura y en el semblante.

Claude se puso a hablar deprisa con Florence, todo el rato pendiente de una minúscula cacerola de cobre. Entonces interrumpió la charla, alargó la mano para coger una cucharilla de té y, con toda la veneración de un sacerdote ante un altar, probó el brillante caldo con el rostro sin expresión, atento sólo al sentido del gusto.

—*Quintessence* —susurró Florence, olisqueando con temerosa admiración el vapor que subía—. Durante muchos días la carne se reduce para crear el alma de la salsa.

Entonces, con preciso esmero, él cogió un limón y exprimió en la cacerola cuatro gotas cabales.

El nombre del plato era *soufflé*, como lo escriben los franceses. Anoté todos los detalles, pues era un plato de lo más mágico. ¿Quién hubiese adivinado que las claras de huevo batidas un buen rato hacían subir un plato como una nube? Cuando el *soufflé* subió en el horno Claude lo adornó con un aro de melosa *quintessence*. Se quedó temblando en un bonito plato de porcelana como un bejín que humease suavemente.

Mis sentidos estaban tan encandilados que apenas reparé en que el cocinero jefe irrumpía por la puerta. El gordo entrecano y seboso hizo que nos llevásemos un susto tremendo con sus bramidos. Escupió la palabra *fam* y nos señaló, y luego con sus dedos de salchicha rellena nos hizo señas para que nos fuésemos. ¡Valiente cubo de fango! Éramos mujeres y nos odiaba, eso lo comprendí sin necesidad de los gestos de Florence.

Salimos a hurtadillas por la puerta trasera, pero me negué a marcharme hasta ver quién se comía aquellas cosas. La fachada de la casa era mucho más imponente que la parte de atrás, con blancas paredes enlucidas en las que había grandes letras doradas: RESTAURANT — MAISON DE SANTÉ. Las ventanas eran muy grandes, y cuando me acerqué bien vi una habitación puesta con muchísimo lujo. Sin embargo, a diferencia de una posada, no había ninguna mesa larga para los comensales. Estiré el cuello y divisé

pequeñas mesas redondas, cada una con unas cuantas sillas, algo parecido a un café de caballeros sólo que mucho más elegante. Y lo más extraño de todo: sólo había un comensal, una mujer de mediana edad sentada sola, vestida con una escofieta blanca de volantes y un traje floreado. Bebía a sorbos de una diminuta taza puesta en equilibrio sobre un plato pintado.

—*Restaurant* —susurró Florence.

Esa palabra me cambiaría la vida.

Me dijo en voz muy baja que la *quintessence* servida en una tacita minúscula se llama *restaurant*, porque restaura las fuerzas con sus propiedades salutíferas; en particular restaura los nervios de los débiles y agotados. También me enteré de cuánto cuesta cenar en un *restaurant*, o casa de salud: cinco libras de plata, más de lo que yo ganaba en una quincena.

Por el reloj de la iglesia eran las nueve de la mañana bien pasadas, pero a mí me daba igual. Había perdido el interés por cocinar carne de vaca como siempre, pudín como siempre, jamón como siempre. Yo ansiaba confeccionar un *soufflé*, una *quintessence*, un soplo de aire batido... Pero no fue por eso por lo que eché a perder el almuerzo de Kitt.

Al pasar por delante de la estafeta que había en el vestíbulo me fijé en una carta que llevaba mi nombre. Le eché mano rápidamente, esperando una dosis de las consoladoras palabras de la señora Garland. En vez de eso leí un poco, busqué a tientas una silla y me dejé caer en ella.

Mi querida Biddy: debes prepararte para recibir malas noticias. Vete a tu cuarto querida, y siéntate pues siento muchísimo escribirte esto pero no me queda otro remedio. Ya antes de Navidad Jem y Teg iban haciendo muchas amistades...

Bajé la página y me tapé los ojos, apretándolos tan fuerte que sentí palpar la sangre. Con sombría resolución, volví a abrirlos y seguí leyendo:

... y por lo visto hicieron de las suyas a mis espaldas. Luego me viene Teg y me dice que está encinta de Jem y que no sabe qué hacer. Le di una zurra lo más fuerte que pude, pues es una criatura

malvada y despreciable y te ha robado a Jem cuando él estaba obligado contigo. Pero el perro hambriento se come un pudin sucio y no te digo más y Teg ha recibido la mar de buenos puntapiés en el suelo cuando le ajusté las cuentas.

Y ahora querida, no te pongas demasiado triste pero ya he de contártelo todo. A los dos los llevaron delante del sustituto del señor Pars, el señor Strutt, y él ha dictaminado que Jem debe casarse con ella para ahorrarle la carga a la parroquia. También ha dicho que como no tengo otra moza de cocina, Teg se queda en Mawton donde será útil. Todos estamos asombrados por esta decisión pero el señor Strutt es un hombre moderno que dice que sólo se rige por normas prácticas y que mientras Jem trabaje en la propiedad no sacarán de la parroquia. De manera que ya ves que no tiene conocimiento de cómo se hacen las cosas como Dios manda aquí en Mawton ni de la moralidad tan alta que mantiene el señor Pars. En verdad ha expresado opiniones tan injustas del señor Pars que corre peligro de que le hagamos un desaire todos los criados fieles. Ahora Biddy, he de decirte que se casaron el viernes pasado en el templo de Mawton...

Tiré la carta y la hice pedazos. Florence me llamaba desde la cocina, pero yo sólo quería correr a mi aposento y sollozar tirada en el suelo. Sin embargo no podía librarme de guisar aquella dichosa comida. Le habría dado una paliza al señor Kitt con una sartén por todos los problemas que este almuerzo me estaba causando. En cuanto a Jem Burdett, desollarlo, sacarle las tripas y ensartarlo vivo en un asador era demasiado poco para él.

De manera que la carne de vaca quedó carbonizada por un lado y chorreando sangre por el otro. El pudin habría sido una estupenda bala de cañón. La mitad de lo que tenía planeado se quedó sin hacer. Fue Florence quien me descubrió, regando de lágrimas las chuletas. Me señalé el corazón e hice el gesto de un cuchillo apuñalándolo fuerte. «*Mon amie*», dijo en voz baja Florence..., y el que me llamase amiga me hizo llorar todavía más. Entonces cogió un delantal y empezó a guisar a mi lado. A ella le debía las partes comestibles de aquella comida.

Lo más triste fue que mis comensales casi ni lo notaron. Creo que el señor Pars sí que hizo un comentario el día siguiente sobre las chuletas ennegrecidas, pero nadie más se dio cuenta. De manera que aquélla era la comida inglesa, pensé. Podía despellejarme las puntas de los dedos hasta que se me viese el hueso y nadie distinguiría la diferencia. Recordé la delicadeza con que se controlaba el tiempo y se probaban las cosas en la *maison de santé* y supe que junto a ello nuestros platos ingleses en verdad sí que eran toscos.

En cuanto pude avisé que estaba mala y me escondí en mi aposento tres tristes días. Me tiré en la cama y volví a imaginarme la alegría de cuando conocí a Jem, nuestras primeras palabras tiernas y amorosas, nuestro primer beso de verdad. «Ay, Jem, que yo te amaba a ti más de lo que ella te amará nunca», les susurraba a los empapados huecos de mi almohada. Veía de nuevo nuestra amarga despedida y deseaba haber sido más amable con él. Imaginaba nuestro cortejo de boda hasta el templo de Mawton, Reade Cottage vuelto a edificar como nuestro hogar, los bebés aún por nacer que ya jamás tendría... Me regodeé en un verdadero pozo de tristeza. Día tras día dejaba mi cama sólo para ir pesadamente hasta la puerta a coger la comida que me dejaba Florence y para vaciar el orinal en el patio.

Pero todas las noches tenía visita. Alguien daba con los nudillos en mi puerta, muy bajito y muy en secreto.

—Biddy —susurraba a escondidas una voz de caballero—. Abre la puerta.

Cada vez que lo oía me volvía de cara a la pared. Pero no podía quedarme mirando la cuarteada pared amarilla para siempre. A la tercera noche me había quedado seca de llorar y un joven corazón palpitaba en mi pecho otra vez.

—¿Quieres salir conmigo? —preguntó la voz—. París es una auténtica preciosidad a la luz de las estrellas.

Mi amor por Jem había muerto. «Eres libre y estás en París», me dije, «y tienes un admirador que es un caballero». Yo lo dejaba esperando y él siempre volvía. Por entre las tablillas de las persianas el cielo había

oscurecido y los faroles estaban encendidos. Sonreí como una raposa y le grité a Kitt Tyrone que esperase a que me vistiese.

—No, señor, no puede usted entrar.

Abrí la puerta apenas una pulgada. Él tenía una vela delante de la cara y los ojos clavados en la estrecha cama que había detrás de mí.

—Vamos, dale a un mozo su premio. Es mi última noche en París.

—Entonces deberíamos echar un vistazo por la ciudad —respondí, completamente firme en mi decisión—. En realidad, señor, tengo pensado un sitio concreto.

Terminé de abrir la puerta y su mirada dejó mi cara y bajó por la abullonada majestad del vestido color rosa rojizo. Yo sabía que el canesú grana me hacía la cintura delgada y esbelta coronando las faldas, que eran un montón de magníficos volantes y frunces. Me sentía una señorita de una elegante lámina de modas, y los ojos de Kitt me indicaron que él también veía el cambio en mí.

—Como gustes —contestó, ofreciéndome el brazo.

XX

MAISON DE SANTÉ, PARÍS

El primer domingo después de Epifanía, enero de 1773

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Restaurant ~

Una comida o remedio que tiene la propiedad de restaurar las fuerzas perdidas a una persona enclenque o cansada. Una destilación de los jugos de carnes, ligera y sabrosa. Conservas, bouillons y demás ingredientes buenos y de agradable olor que tienen poder estimulante. De la misma manera, el establecimiento de un restaurateur o restauratrice: alguien que tiene la habilidad de hacer restaurants.

*El notabilísimo método del restaurant
Maison de santé, Biddy Leigh, París, 1773*

Dejamos que la muchedumbre nos llevase hacia el río. Por todas partes nos rodeaba, imponente, la gran ciudad de París iluminada por verdosos faroles de aceite colgados por las calles. Pasamos por delante de los armatostes de las iglesias papistas y de las siluetas de enormes palacios, todos recortados en el cielo violeta. En el puente del Pont Neuf nos vimos apretujados en medio del gentío que paseaba entre los concurridos puestos callejeros. En el puesto de un mercero el señor Kitt se detuvo a comprarme una cinta.

—Elija el color usted, señor —le dije.

Sonrió con indulgencia mientras rebuscaba en la bandeja de las sedas.

—Ésta hace juego con tus ojos.

Era de un verde suave y musgoso. Toda la noche la tuve entre los dedos, acariciando su brillante satén.

Entonces el fanfarrón lo estropeó todo al preguntar:

—Biddy, ¿has echado un vistazo en el aposento de mi hermana? Me lo prometiste.

«Ya estamos», pensé, y con aire muy dócil respondí:

—No es que se lo prometiese a usted exactamente, señor.

—Y bien, ¿has descubierto algo?

Yo sabía que el aceite de sasafrás no era un asunto del que pudiese hablar.

—No, señor.

Me miró sin pestañear y yo le devolví la mirada con los ojos muy abiertos.

—Entonces, ¿por qué se va mi hermana a Italia?

En eso al menos no había que fingir.

—Sí que la he oído decir que se iba a Italia por su salud.

Él meneó la cabeza en un gesto de impaciencia.

—A mí me parece bastante sana. Esta noche ha ido a su perfumista o a un sitio así. Tomó el coche, además. No, a mi hermana no le pasa nada.

El estampido de los cohetes nos interrumpió, y nos trasladamos a la orilla del río. Mientras paseábamos él deslizó su brazo en torno a mi cintura y yo no hice ademán de detenerlo. Con un tremendo estallido, una lluvia de fuegos de artificio iluminó el cielo, blanqueando la ciudad como si fuese una pintura en un teatro. Nos apoyamos en la balaustrada, respirando el frío aire de invierno que sabía a pólvora. Entonces los cielos se encendieron de nuevo con las estrellas plateadas que caían despacio a tierra.

—Jamás en toda mi vida olvidaré esta noche —le dije bajito al oído.

Desde el instante en que el portero de librea abrió la puerta de la *maison de santé* me encontré en el cielo de una cocinera. El problema era que al señor Kitt no le hizo ni miaja de gracia cuando vio adónde lo había llevado.

—Santo Dios, no será uno de esos ridículos sitios de salud, ¿no?

Examinó con atención a los hombres de rostro empolvado y a las lánguidas mujeres que estaban sentados a las mesas. La anfitriona, vestida con un traje de seda azul, nos llevó rápidamente a un rincón iluminado con velas. Al cabo de un momento nos había dejado mirando una gran tarjeta escrita en francés.

—Es el colmo del buen tono —respondí con vehemencia mientras examinaba la lista de refinados platos franceses que había en mi tarjeta— y la cocina más adelantada que se encuentra en París. Por favor, será como un sueño probarla. Gracias, señor —me apresuré a añadir.

La dama regresó y se dirigió al señor Kitt con mucha gentileza.

—*Monsieur*, ¿me permite que le hable un poco de mi *carte de menu*? En mi profesión de *restauratrice* se me autoriza a juzgar a mi clientela. —Eché la empolvada cabeza a un lado y lo valoró con dos penetrantes ojos color azul pálido—. Creo que... a menudo no se le apetece a usted nada más que una reconstituyente *eau de vie*. Es usted sensible como un duque, pero quienes lo rodean, ah... —se encogió de hombros con gesto elegante—, desean que usted atienda a asuntos más burdos. Así es que le prescribo a usted una cena nutritiva y saludable para calmar su agotada fisonomía.

En vista del encantador análisis, Kitt no pudo sino estar de acuerdo.

—¿De verdad crees toda esa monserga? —preguntó cuando estuvimos solos de nuevo.

Les eché una buena mirada a los acaudalados comensales, al espléndido reloj dorado y a la pesada cubertería de plata.

—Lo que yo me creo es que es una mujer la mar de lista.

Después de beberse media botella de coñac, hasta el señor Kitt admiró a regañadientes las arañas de frutas de vidrio y los maravillosos espejos que iban desde el techo hasta el suelo. Cuando llegaron los platos afirmó que el exquisito *potage de santé* no era sino agua de fregar, aunque yo noté el sabor de los champiñones y el tomillo en el reluciente caldo. Para él las delicadas raciones de palomino y de pescado eran vergonzosamente pequeñas, pero yo apenas lo escuchaba, concentrada en saborear hasta el último y tierno bocado.

Mientras tomábamos un reconstituyente de crema de azahar yo observaba a los demás elegantes comensales, las damas charlando y meneando los abanicos, los caballeros conversando tranquilamente.

—Ser uno de ellos sería como vivir en el país de las hadas.

—Es sólo el dinero lo que les compra una apariencia elegante, Biddy. —La boca del señor Kitt hizo un encantador y enfurruñado mohín cuando alargó la mano para coger el coñac—. Tú vales por una docena de cualquiera de ellos.

—Me temo que le ha dado demasiado a la botella, señor —repuse riendo—. Soy yo, Biddy Leigh, con quien habla usted. Oh, señor, pruebe estos *biscuits* Palace Royal. Son una maravilla.

Sus oscuros ojos estaban turbios, pero aún parecían sensatos.

—No, Biddy. Fíjate en cómo estás esta noche. —Busqué una expresión de burla en su cara, pero no encontré ni rastro—. Eres bonita, tienes buen juicio... La condenada lástima es que en un mundo mejor me rescatarías.

—¿Rescatarlo a usted de qué, señor?

Se rio amargamente.

—Da lo mismo. Pero de veras que eres buena y práctica además de bonita.

—Vamos, ande, señor. Pronto se casará usted con una rica señorita fina y ya no volverá ni a fijarse siquiera en gente como yo.

—Ése es el problema, Biddy. Todas las personas que conozco cambian la felicidad por dinero en metálico. La mayoría de ellas ni siquiera sabe lo que es el amor.

—¿Y usted sí, señor?

Estaba tomándole el pelo, pues me parecía que sólo tenía en la cabeza las más bobas ideas de colegial.

Él sonrió con torcida sonrisa.

—No lo sé. Pero estoy seguro de que mi tío tiene planes para mí también.

—¿No puede usted labrarse su propio camino en la vida, señor? —pregunté con afecto.

Puso un gesto triste y clavó la mirada en su copa.

—Yo nunca he emprendido nada. Incluso Carinna tiene más conocimientos que yo. Y no soy valiente, Biddy. No puedo ganarle a mi tío. Maldita sea, procuro fingir un aire despreocupado, pero todo es confusión. —Se rio sin alegría—. Debes de pensar que soy un tipo raro.

Me encogí de hombros.

—Huy, si todos piensan que yo soy un rato rara también.

—Entonces ahí estamos —respondió, alzando la copa con una sonrisa tensa—. Por nosotros dos, que somos *un rato raros*, unidos por casualidad en esta ciudad cautivadora.

Alcé mi copa. Y el caso es que él me gustaba, ése era el problema. Me devolvió la mirada con cariño.

—Es una triste realidad —añadió—. Olvida toda esta cháchara. Ésta es la mejor noche que he pasado en muchísimo tiempo.

Tomé un sorbo de coñac y sentí que algo me ardía detrás de los ojos.

—Y para mí también, señor. La mejor de toda mi vida, me creo.

Cuando dejamos París y fuimos danzando por los caminos de Francia yo no podía evitar soñar con el guapo Kitt Tyrone. Y no era sólo aquel hombre gentil el que me perseguía en mis sueños, sino la visita al maravilloso *restaurant*. Después de que el señor Kitt por fin se echase sobre la mesa,

embotado por la borrachera, hablé mucho rato y la mar de seriamente con aquella lista dama *restauratrice*. Los secretos que me contó fueron como el oro para mí. Aprendí que la comida no era simple comida, si es que eso tiene sentido.

—Los clientes pagan todo esto —dijo, al tiempo que, entre un tintinear de pulseras de camafeo, señalaba con su airosa mano la dorada habitación, las mesas privadas y a los comensales que jugueteaban con los tenedores de plata.

La comida debía ser perfecta, desde luego, pero la comida podía ser perfecta y, aun así, trasegarse gaznate abajo por medio penique. La *idea* de una cosa es lo que la convierte en un artículo de buen tono. Y esa lección yo no la olvidaría jamás.

En cuanto al caballero, yo sabía que era un tahúr y un soñador. Pero en los aposentos particulares de mi corazón sí que me agradaba Kitt Tyrone. A menudo volvía a mí aquel momento del *restaurant*, cuando hablamos con toda libertad. No era más que un chiquillo solitario y confuso bajo todas sus maneras de ciudad. Creo que durante un rato nuestras dos almas sí que se acompañaron una con otra, no como una criada y un caballero sino como hombre y mujer, sin más.

Y además me alegraba ver que Kitt Tyrone había expulsado del todo a Jem de mi corazón. Vaya, que se quedase Teg con aquel porro holgazán. Y, para satisfacción mía, yo había escapado con mi mercancía intacta. Aunque sabe Dios que hubo un instante en que pude forzar al guapo hermano de mi señora y desabrocharle la ropa y ver su cuerpo blanco como la azucena. Estábamos solos del todo en la bamboleante oscuridad del coche de alquiler y él, dormido, con las pestañas como oscuras plumas y los labios apenas entreabiertos y húmedos. Cuando me incliné sobre su persona inconsciente me llegó olor a licor y a pomada mezclado con otro, penetrante, a carne oculta. Sus gruesos labios estaban flojos, y cuando bajé los míos hasta su boca, sabía a coñac y a dulce piel de bebé. Durante un tremendo instante se despertó y respondió a mi beso con ávida pasión. Alarmada, me aparté y, por suerte, él continuó durmiendo. Ay, aquel beso robado me pareció el bocado más delicioso que yo había probado nunca.

—¿Pensando en las musarañas otra vez?

La voz de mi señora me sobresaltó.

—*Non, non, ma maîtresse* —me apresuré a responder, pues el que hablase en francés le parecía menos molesto que mi dialecto nortño.

Y además a Jesmire le ponía nerviosa oírme hablar el idioma.

—*Bon*, Biddy. Bien hecho. ¿Y en italiano?

Ésa era la última ocurrencia de Lady Carinna, enseñarme italiano, que hasta yo comprendía que no era muy distinto del francés.

—*No, no, signora* —contesté rápidamente.

Me dirigió una mirada de orgullo y dijo:

—Pero sigues sin saber nada de modales. A ver, imaginemos que tuvieras que ir a ver a un caballero. ¿Qué dirías?

Malditos sean los retortijones, ¿me había descubierto con el señor Kitt? Miré con atención su cara, que a pesar de ir cubierta de polvos estaba cansada e hinchada. En verdad, tenía un aire aborregado que ni siquiera las sedas más elegantes y el tontillo ocultaban.

—No me atrevería, *M’Lady*... —murmuré.

—Por Dios, sólo te pido que te lo imagines —dijo en tono de queja—. ¿No tienes imaginación, Biddy? ¿Es cierto que las sirvientas sólo pensáis en cazos y en ollas?

—No, *M’Lady* —respondí bruscamente—. *Ma maîtresse*, perdón. Dadme una idea de qué decir.

—Cuando llegas a casa de una persona de posición has de saludarlo cortésmente. Puedes decir: «Buenas tardes, Excelencia. Espero que se encuentre usted bien»... Madre mía, imagino que tenemos que emplear el viejo método.

Sacó su librito y lo garabateó. Lo leí en voz alta y sonó muchísimo mejor.

—¿Y qué dirías si te invitase a almorzar con él?

—¿Qué están guisando? —pregunté esperanzada.

Ella puso los ojos en blanco y Jesmire soltó un resoplido.

—Eres una pesadez de criatura —me regañó su señoría—. Dilo como Dios manda.

—Excelencia —dije en un suspiro, con voz falsa y altanera—, es inmensamente amable por su parte.

Esperaba que mi señora soltase una cruel carcajada, pero batió palmas la mar de contenta.

—Así que sabes hacerlo, descarada.

¡Como si no pudiese yo hacer cualquier cosa si yo quería!

—¿Y sabes que has de esperar a que te ayuden a sentarte? —preguntó ella.

—Pues claro está, si lo veo todos los días.

—¿Y alzar tu copa en cada brindis con una suave inclinación de cabeza?

—Sí, *M’Lady*.

—¿Y esperar hasta que te ofrezcan cada plato?

Resoplé ruidosamente por el labio inferior.

—Sí, si es que no me he muerto de hambre para entonces.

—Biddy. —Mi señora agitó el dedo—. Compórtate.

Pero vi que contenía un farfullar de risa.

En ese preciso momento el rostro del señor Pars surgió de pronto mirándonos por la ventanilla. Las dos habíamos estado tan interesadas en nuestro ensayo que no nos dimos cuenta de que el coche se había detenido.

—*My Lady*, ¿esta muchacha se porta mal? —vociferó el administrador.

—Es un jueguito nuestro —respondió mi señora al instante.

—Me parece —insistió él, observándome como si de todo lo malo tuviese yo la culpa— que ya hace un tiempo bastante bueno como para que Biddy se siente fuera, con el cochero. —Y se quitó el sombrero dirigiéndose a mi señora—. Así que no es necesario que os moleste su impertinencia.

—No —replicó ella—. Biddy se queda aquí. Me entretiene.

El señor Pars la miró con el ceño fruncido, con una mirada que era un carbón al rojo.

—Puedo prestaros unas guías interesantísimas si es distracción lo que...

—Quite de en medio.

Mi señora estaba de pie, lista, en el peldaño. Por un momento el señor Pars no se movió, se limitó a clavar los ojos en ella con su odiosa mirada. Luego se apresuró a alejarse con aire enérgico y todas nos apeamos ante nuestro nuevo alojamiento.

OceanofPDF.com

XXI

LYON

Por San Pablo, enero de 1772

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Té de pan quemado ~

Se toma tanta corteza de pan duro como la parte de arriba de un pan de a penique y se pone delante del fuego hasta que la corteza quede negra como la carbonilla. Se vierte por encima agua hirviendo y se deja en remojo hasta que esté, luego se pasa por un colador y se aplasta bien. Beber mientras esté caliente. Si la primera taza no proporciona alivio, beber otra.

*Biddy Leigh, un remedio buenísimo
para las náuseas de estómago*

Había un olor nuevo en el aire de Lyon, a cosas tostadas por el sol sureño, a fuerte vinagre rojo y a hojas de romero. Y menos mal, pues algunas calles eran conejeras hediondas y los mendigos me dejaban casi asfixiada del olor. La mendicidad no era por falta de caridad, pues aquello era un montón de iglesias y conventos papistas que repicaban las campanas cada cuarto de hora. Pero gracias a Dios nuestros nuevos alojamientos eran la mar de estupendos, con ventanas de vidrio, y la ropa de cama estaba perfumada con azahar.

Menos mal que nos hospedábamos con comodidad, pues mi señora había empezado a protestar más que nunca a medida que nos acercábamos a Lyon. Yo oía al señor Pars mofarse de lo que él llamaba sus fingimientos, pero yo la juzgaba por lo que comía, y ni siquiera la saboyana cargada de azúcar que antes devoraba le apetecía ya. Una mañana, cuando yo y mi señora estábamos solas en nuestro alojamiento, hizo sonar la campanilla tan fuerte que maldije a Jesmire por haber salido y corrí a la puerta de su aposento. La encontré desplomada en la cama y enseguida vi que estaba enferma de verdad. Cuando me acerqué bien, ante mis ojos se presentó un espectáculo rarísimo, pues tenía la boca manchada de un color negro tan desagradable que temí que hubiese atrapado una horrible plaga francesa.

—*My Lady!* —grité, al tiempo que la ayudaba a sentarse derecha. Entonces reparé en el plato que tenía junto a la cama, en el que había migajas de reluciente carbón negro—. Dejad que os limpie —dije, tratando de que no se me trasluciese la sorpresa en la voz.

Se quedó mansa como un cordero mientras yo le cambiaba la camisa sucia, pero todo el rato mis pensamientos eran un torbellino. Yo sólo conocía un motivo por el que las mujeres tuviesen antojo de comer carbón. Desde el principio sentía el pálpito de que en este viaje había algo que no estaba claro, y ahora tenía la prueba. ¡Pues vaya si viajábamos por su salud!

Todo el cuadro era demasiado ridículo para que me quedase callada, de manera que dije lo que pensaba con franqueza.

—*My Lady*, el té de pan quemado es el mejor de los remedios si tenéis náuseas por las mañanas.

Ella no contestó pero entendió lo que quería decirle, pues se dejó caer hacia atrás en la cama y se tapó la frente con la mano. Cuando levantó la cabeza tenía los ojos llenos de lagrimones.

—¿Lo sabes?

—Debería haberlo adivinado antes, *My Lady*.

Me miró, muy desconsolada en verdad, mientras estrechaba a Bengo contra su pecho. El perro llevaba puesta la última extravagancia de mi señora, un collar de plata con las palabras: *Bengo. El corazón de Carinna está en este ser de cuatro patas*. Yo me había mofado de aquello, aunque en ese preciso instante me pareció algo menos bobo que trágico.

—Yo os ayudaré de cualquier manera que pueda, *My Lady*. Quiero decíroslo antes de que vuelvan los demás.

—Gracias, Biddy —contestó ella con voz ahogada—. Sé muy poco de estas cosas, pero tengo un antojo tremendo de sabores negros. No hay error posible, ¿verdad? Mira.

Echó atrás las mantas y vi lo que debería haber visto en el último mes por lo menos. Allí estaba su tripa, muy hinchada bajo la fina camisa de estopilla. Clavó la vista en ella con gesto triste, hundiendo la barbilla en el pecho.

—Ahora crece rapidísimo. Y a menudo siento náuseas, como si algo extraño me corriera por la sangre. ¿Es así como tiene que ser, Biddy?

—Puede ser, *My Lady*. Las náuseas, la pesadez... —respondí con un suspiro, intentando no saltarme nada—. Debemos darnos prisa en llegar a Italia.

—Sí, hemos de viajar lo más rápido que pueda aguantar. —Volvió a echar la cabeza en la almohada. En sus ojos había una expresión ardiente e intensa—. Te necesito, ¿entiendes? Y al señor Loveday. ¿Comprendes que no puedo confiar más que en vosotros dos?

Las lágrimas le caían por las mejillas, de manera que le pasé un pañuelo. Después, reuniendo todo mi valor, le pregunté lo que tenía tantas ganas de

saber.

—¿Sir Geoffrey lo sabe, *My Lady*?

Se quedó callada un instante y meneó la cabeza con gesto asqueado.

—¿Él? Esto no tiene nada que ver con ese tonto viejo y sifilítico. —Me echó una mirada feroz con súbito desdén—. ¿Cómo, tampoco lo sabes? Dejaron que me enterase en mi noche de bodas. ¿Qué te parece el detalle de cariño? El camisón de dormir se le abrió y las costras de su carne eran como las cicatrices del infierno. No dejé que aquel demonio llagado me tocara. Pensé que era la última en saberlo, que llevaba enfermo de sífilis casi toda su vida.

Me quedé mirándola boquiabierta. Sin embargo todo aquello sonaba a verdadero: el arrebolado rostro de Sir Geoffrey, su extraño mal humor que algunos llamaban enloquecido... No era de extrañar que mi señora huyese de él.

—Pero ¿no se lo contasteis a nadie? —exclamé, pues la habían engañado cruelmente—. *My Lady*, cualquiera se habría compadecido de vos.

—¿Cómo? —gritó—. ¿Y seguirían compadeciéndose de mí mientras mi hijo se hace más grande cada día? —Lloró un poco en su retorcido pañuelo—. Nos despedimos enfadados. No quiere volver a verme más. Dijo que si yo hablaba de su grave estado, se divorciaría de mí en el Parlamento. ¿Y si supiera lo del niño además? Necesito tiempo. Y dinero. Tengo que escaparme. —Se quedó en silencio un instante y yo aparté la mirada—. ¿Crees que los otros escribirán a Sir Geoffrey? —preguntó con la voz trémula, como una niña rogando que no le peguen.

—No sé deciros, *My Lady*. —Yo estaba muy confundida. Quería ayudarla, pero apenas sabía cómo—. Os traeré el té, *My Lady*. Vamos, ¿por qué no descansáis un poco?

Alargó el brazo y me dio unas palmaditas en las manos.

—Gracias, Bidy. Te agradezco muchísimo que estés aquí.

Lo cierto era que sus palabras amables me conmovieron también. Como tonta que era, habría hecho cualquier cosa por mi señora, todo lo que me ordenase, en cualquier parte del mundo.

Volví a la cocina y allí rehíce la triste historia de mi señora lo mejor que pude.

Por empezar desde el principio, debía de haberse acostado con un fulano en verano, y cuando el período del mes se le cortó se llevaría un susto tremendo. Luego sin duda el bribón se negó a poner la cara y darle su nombre al nene. A ella le vino la mar de bien, pues, tener la oportunidad de casarse con Sir Geoffrey en octubre. Puse una rebanada de pan en un tenedor de tostar delante del fuego y la quemé hasta dejarla tan negra como las botas del conde del infierno.

Incluso después de enterarme de que Sir Geoffrey estaba sifilítico, ahora estaba segura de que ella no había intentado envenenarlo. Mi mente volvió a repasar la lista de males que *La joya de la cocinera* decía que se curaban con aceite de sasafrás y esta vez algo repicó en el último rincón de mi memoria. Dejé la tostada puesta a remojar en agua y volví de nuevo a mi aposento. Hojeando *La joya de la cocinera* lo encontré: «Obstrucción menstrual». Me acordé de un boticario que llamaba al período de la mujer un *menstro* o una palabra parecida. ¿Qué era lo que obstruía el período del mes de una mujer sino un bebé? ¡Malditos sean los huevos, ella había comprado el aceite para intentar deshacerse del bebé! Pues sí que era una criatura desesperada. Cuando la vi por primera vez en Mawton debía de estar sufriendo todas las molestas señales de la preñez. Ay, Señor, había interpretado su papel mejor que una actriz en el teatro. Aterrada por si la descubrían, había planeado este viaje. Y, temiendo sin duda que la comida extranjera le diese más náuseas todavía, me había arrastrado consigo también.

Yo había estado todo el tiempo reventando de ganas de contarle a alguien mi descubrimiento, y de esa manera, después de dejar a mi señora instalada, llamé a gritos al señor Loveday cuando lo oí volver. Llegó a la cocina y yo me levanté de un salto y le agarré fuerte la mano.

—¿Puedo contarle un secreto, como hacen los amigos? —pregunté.

Al verlo asentar con interés, bajé la voz y dije:

—No se lo creará usted, mi señora va a tener un hijo. Eso es lo que hay detrás de todo este viaje.

—¿Hijo? ¿Cómo usted sabe?

Le hablé de todo lo que me había enterado y seguí divagando.

—Pero no es el hijo de Sir Geoffrey —concluí—, de manera que ¿quién es el verdadero padre? Señor Loveday, ¿hubo algún hombre al que ella tuviese especial simpatía, allá en verano?

Él frunció el ceño y miró fijamente al techo; luego meneó la cabeza.

—Algunos caballeros lleva a ella a Jardines Vauxhall y eso. Yo cree quizá un tipo, ella siempre pregunta si tarjeta deja a puerta. Señor Napier, yo cree. Él casa con otra mujer para coge mucho dinero, yo oye decir.

¿De manera que acaso este Napier fuese el canalla que la había desgraciado? Recordé la emborronada carta que ella había estado intentando escribir, aquel primer día que la vi en el aposento azul. No hablé de ello, pero ahora sabía que desde luego no estaba escribiendo de Sir Geoffrey. ¿Y a quién le escribía aquellos fogosos garabatos? Aquel *ardor de la pasión...* Vaya, a lo mejor yo era una criada, pero conocía lo suficiente mis propias llamas y mis deseos interiores para saber que un joven lleno de vida debía de estar en el meollo de aquello. Sin duda había conocido a este Napier en un sarao de Londres y él la había convencido de que cumpliría con ella. Malditas sean las ligas, en verdad era la historia más vieja del mundo.

Después de aquello, casarse con Sir Geoffrey no era ni miaja de mal plan: convertir la vergüenza de una muchacha en un título de nobleza, y luego coger y marcharse por ahí y venir aquí, a tierra extraña, para que nadie se enterase. Yo tenía claro que Lady Carinna se lo había ocultado hasta al señor Kitt y a su tío. Y, para colmo, estaba gastándose el pasmoso dineral de Sir Geoffrey además.

—Bueno, la compadezco por casarse con el sifilítico de Sir Geoffrey, pero mi señora encinta... Ay, no puedo creer que no me haya dado cuenta antes —exclamé, llevándome con fuerza la mano a la boca.

—Ni yo —dijo una voz cortante desde la puerta.

El señor Loveday y yo nos pusimos de pie de un salto como dos muñecos de resorte. Jesmire estaba allí, a menos de cinco pasos de distancia, con su redicha cara la mar de contenta. Me pregunté cuánto tiempo llevaba escuchando, pues yo y el señor Loveday habíamos estado chismorreando tanto que tal vez hubiese oído todas las palabras.

—Tenía que haber sabido que desenterrarías todo lo más inmundo —me espetó.

—No es más que la verdad —repliqué, cruzándome de brazos y haciéndole frente—. ¡Al menos yo he tenido luces para descubrir lo que inquieta a mi pobre señora, que es más de lo que usted ha hecho nunca!

—Sí, sí, pues vaya con la pobre señora —soltó ella—. Bien, veremos lo que el señor Pars opina de estos engaños.

No había ni miaja que yo pudiese hacer para detener a la vieja chivata, que dio media vuelta y se fue, dejándome la mar de preocupada.

Aquella noche el señor Pars me ordenó que me presentase ante él. Estaba sentado detrás de la mesa de roble que había en su aposento, muy en su papel de solemne juez. Si me hubiese regañado, aquello habría despejado el aire, pero en lugar de eso el viejo Pars estaba extrañamente tranquilo y amable.

—Siéntate un momento y deja que hable contigo, Biddy —dijo, haciéndome señas para que me sentase. Me observaba con una expresión dulce, como si yo fuese más una niña traviesa que otra cosa—. Biddy, la señorita Jesmire me ha contado lo que has descubierto. Me entristece que mientras estás a mi cargo te hayas visto expuesta a semejante libertinaje. Debe de haber sido una enorme sorpresa para ti. ¿Qué dijo tu señora?

No vi nada malo en contárselo, pues el estado de mi señora no tardaría en resultar evidente para todos.

—Está la mar de desconsoladísima, señor. Abrumada en verdad con todo ello. Y temerosa de que le escriba usted a Sir Geoffrey, señor.

Con aire pensativo, el señor Pars dio una chupada a su pipa y soltó dos grandísimas bocanadas de bienoliente humo gris.

—Quizá sea lo mejor que Sir Geoffrey no se entere de esto. Es un hombre muy enfermo. La mala noticia sería el golpe definitivo para mi querido señor. —Tamborileó con los dedos en el borde del tablero de la mesa—. ¿Y te dijo algo más, Biddy? Venga, muchacha. Di la verdad. ¿Qué más dijo?

Miré fijamente al suelo y deseé estar a mil millas de allí.

—Dijo que Sir Geoffrey, disculpe usted que hable tan mal de mi señor, estaba enfermo de sífilis cuando ella se casó con él. —Alcé la mirada deprisa. El señor Pars me observaba con atención, pero no parecía ni miaja sorprendido—. De manera que eso les impidió, vamos que... que ella no puede hacer pasar el niño por suyo.

—Ah. —Él asintió con gesto grave—. ¿Dijo algo más? ¿Habló de alguien más?

—No, señor. Sólo me pidió que la ayudase, y yo lo haré de mil amores, no hay ni que decirlo, señor.

—Crees que le agradas, ¿eh? —Meneó la cabeza como si estuviese muy afligido, y luego esperó a que yo lo mirase—. Sé que te ha metido en la cabeza todas esas absurdas ideas de tu propia importancia. Sí, es cierto, ¿verdad? Te engaña con sus lisonjas y sus palabras amables. Pero usa el ingenio, muchacha. Pregúntate, ¿por qué iba ella a interesarse por ti?

En el silencio del cuarto me devané los sesos buscando una respuesta.

—No lo sé, señor.

Él me miraba con gesto sagaz, con los ojos la mar de entornados y penetrantes.

—Siempre creí que eras una muchacha muy honrada. La señora Garland te aprecia como a una hija.

Con todas las peripecias del día yo no aguanté que me recordase a la buena señora Garland. Sentí que las lágrimas se me agolpaban detrás de los ojos sólo al oírlo nombrar a mi querida amiga. ¿Qué era lo que ella me había dicho? Que confiase en el señor Pars, pues era un caballero y un cristiano temeroso de Dios además. De manera que mi voz sonó ahogada cuando contesté:

—Intento ser buena, señor. De verdad, lo intento.

—Entonces dime... —Acarició los papeles cubiertos de tinta que se apilaban en el escritorio—. ¿Qué pretende tu señora al favorecerte?

Quise responderle con sinceridad. Quise demostrarle que era buena.

—¿Que yo le agrade, señor?

—¡Tonterías! —Su puño engarabitado golpeó la mesa con un porrazo que me sobresaltó—. Claro que no le agradas, imbécil. ¿Qué está pasando? ¡Dímelo!

Negué con la cabeza, perpleja con todo aquello.

—Ojalá lo supiese, señor.

De repente me sentí como una mosca con las alas estropeadas, metida en una horrible telaraña de malentendidos. Y me di cuenta entonces de que no tenía ni la mínima idea de lo que el señor Pars, ni tampoco Lady Carinna, querían de mí en realidad.

OceanofPDF.com

XXII

DE LYON A SABOYA

La Candelaria, febrero de 1773

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Pudín de farcement ~

Se ralla una veintena de patatas y se deja que escurran el agua una hora, luego se secan con un paño. Se pone al fuego un cuarto de costado de panceta cortada en trozos y se le saca la grasa hasta que se dore. Se forra una cacerola alta con lonchas de panceta cortada fina que cuelguen por los bordes y mientras tanto se bate media docena de huevos con media pinta de buena leche, se añade un cuarto de libra de harina de maíz, la panceta, dos puñados de pasas de Corinto, peras secas troceadas y las patatas, y sal y semillas de alcaravea y nuez moscada al gusto. Se aprieta bien y se ponen dos docenas de ciruelas pasas por encima y luego se cierra la panceta sobre la parte de arriba. Se cuece en la cazuela durante siete horas y se sirve con un jamón y una paletilla de cerdo.

Un plato para una boda preparado según los recuerdos de las ancianas en las montañas de Saboya, Biddy Leigh, 1773

Desde Lyon fuimos todos apiñados en un solo coche de alquiler, pues el camino por las montañas de los Alpes era demasiado peligroso para que el señor Pars fuese a caballo siquiera. De manera que nuestro administrador se apretujaba todo enorme y agrio de sudor junto a mí, con los párpados a medio caer bajo las peludas cejas y sus pensamientos tan cerrados como un ataúd. Al señor Loveday lo metieron dentro también, y eso lo agradecí, pues se habría muerto congelado allá pegado a la trasera del coche. Nunca lo vi más muerto de frío. Se pasaba el día en cuclillas en un rincón del suelo con la cabeza entre las manos, sufriendo mucho. Mi señora había dicho que no dejaría que nos helásemos todos por no gastar, de manera que, a regañadientes, el señor Pars nos proporcionó pieles de oso a todos. Pero hasta atrapado dentro de un abrigo de piel el pobre señor Loveday temblaba y tiritaba, con los dientes castañeteándole cada vez que abría la boca.

Ahora llegamos a un lugar llamado Saboya, una tierra salvaje de altos peñascos que atravesaban las mismísimas nubes. Era en verdad el espectáculo más temible que había visto jamás en mi vida. Nos aventuramos a subir por un angosto camino de apenas seis pies de ancho, que por un lado era una empinada montaña cubierta de curiosos árboles puntiagudos y por el otro, un barranco que caía en picado hasta un río que corría con estrépito. Dentro del coche todos teníamos los nervios a la mar de tensos, pues habíamos visto inmensas rocas redondeadas caer de las cumbres de las montañas a la infernal sima de abajo. Hora tras hora fuimos traqueteando, todos con náuseas y temiendo por nuestras vidas. Luego, para empeorar las cosas, entramos en una tierra de cegadora nieve blanca. El coche empezó a virar bruscamente y a balancearse de un lado a otro del camino de manera horrible, y maldije el día en que salí de mi cocina de Mawton Hall.

Se ponía el sol cuando nuestro triste cortejo llegó a la posada, encaramada tan alto en la montaña que parecía seguro que acabaría resbalando por el nevado risco hasta el valle de abajo. Justo cuando paramos la nieve empezaba a caer en un gran montón de copos, tan bonitos que me reí al sentir que me hacían cosquillas en la cara. Ante nosotros teníamos una extraordinaria vista: las ventanas de las casas de madera tallada echaban una ojeada color de oro al atardecer. Y los árboles, el suelo y los bajos tejados estaban todos escarchados de nieve como pasteles glaseados. Allá en lo alto el firmamento brillaba rosa y lila, y los preciosos tonos se reflejaban en las cristalinas laderas de la montaña. Nunca había visto un lugar más asombroso y más extraño.

La gente de la posada salió lentamente de sus sofocados hogares como topos enfardados para meter nuestros efectos dentro. El interior era como una cueva oscura, provista de pocas comodidades salvo un buen fuego en torno al cual nos amontonamos y nos pusimos a soltar vapor. Éste era el salón, y en la pared había una gran cruz de madera y un montón de reliquias papistas: pinturas de toda clase de vírgenes, santos y monjas, como un ejército de títeres. Los muebles eran de madera toscamente tallada y el único adorno eran unos tiestos con flores. De la habitación trasera llegaba el olor y los continuos mugidos de las vacas, pues en aquel lugar desesperado una casa también ha de servir de establo cerrado. Al ser la fiesta de la Candelaria, que es como nuestras carnestolendas, la patrona se puso a freír una cena de tortitas, primero con queso y luego con miel. Era comida de campesino pobre, pero no tomamos nada más, pues nuestras elegantes empanadas y pasteles de Lyon ya nos los habíamos comido todos. Y luego ya no hubo ni miaja más que hacer sino subir como pudimos por la escalera de mano a nuestros jergones de paja, que estaban en el desván.

El día siguiente el cochero pasó para decir que las nubes de tormenta presagiaban una fuerte ventisca. Hubo mucho refunfuñar al oír la noticia, pues en la posada no había manera de escapar de las caras de murria de los demás. Durante dos días esperamos a que el tiempo dejase de ventisquear para poder proseguir nuestro camino. Fue un momento extraño, pues nunca me sentí más lejos de Inglaterra; el silencio era tan extraordinario que se oía un pájaro dejando caer una ramita. Las cimas de las montañas empujaban el

cielo como mellados dientes de hielo, y por la noche las estrellas relucían como si fuesen brillantes. Me habría encantado enviar a casa una pintura de aquel paisaje, pero no creo que ningún pintor viajase nunca allí. Jamás en toda mi vida olvidaré aquel curioso lugar.

Quizá el motivo de que nos quedásemos fue que el cochero sabía que Cécile, la hija de la patrona, iba a casarse aquel domingo. Su prometido era un soldado al que habían tardado mucho en dejar regresar para el casamiento. Vi cómo vestían a Cécile la mañana de la boda y, como cualquier solterona, me emocionó su poco atractiva cara tan prodigiosamente heroseada. Maldito aquel Jem Burdett, pensé. El ánimo se me estremeció al pensar en mi tarta de novia, que estaría convirtiéndose en polvo dentro de la despensa de Mawton, y en toda la mala suerte que eso me traería. Ver la cara de Cécile, toda radiante cuando vino su guapo soldado, hizo que se me afligiese el corazón al pensar que yo nunca tendría a nadie que me calentase la cama.

El vestido de novia de Cécile era la obra de muchos años de labor de aguja, con el canesú bordado con un millar de primorosas puntadas que mostraban todas las flores de un prado. La toca y el delantal eran del encaje blanco más fino, que ella había labrado con sus propios bolillos. Le presté a Cécile el espejo grande de plata de mi señora para que se viese toda ataviada con sus mejores galas. A ella le dio la risa, se tapó la cara con las manos y se apartó, la muy tontona.

Como una bendición, la nevada se detuvo para el cortejo de boda, y un débil sol brilló mientras íbamos con paso pesado detrás de una multitud de aldeanos todos vestidos con la ropa de los días de fiesta, y las mujeres con aquella misma ropa bordada y sus tocas de encaje. En verdad no me hizo mucha gracia la misa de boda, pues la iglesia era un sitio repulsivo adornado con calaveras que echaban miradas malignas y con huesos. El señor Pars se quejaba mucho de las supersticiones de los católicos, y al ver semejantes horrores yo me puse de su parte. Sólo el señor Loveday parecía curiosamente atraído por ellos, y eso me hizo temer que las historias de que los negros capturaban las cabezas de sus víctimas quizá sí que en verdad fuesen ciertas.

Cuando volvimos al calor de la posada, a mí y al señor Loveday nos ordenaron que ayudásemos a servir la comida. El pudin de *farcement* era la principal preocupación del mujerío. No tenía receta, pues se hacía según lo que recordaban las viejas, y era una especie de enorme pudin bien liado en una envoltura de panceta, todo humeante y del tamaño de la rueda de un carro.

Después del convite de boda comenzó el baile, y daba gusto ver a los jóvenes: los muchachos con medias blancas y las muchachas con sus mejores tocas de encaje.

—¿Usted oye eso? —preguntó el señor Loveday, al tiempo que se ponía a mi lado y señalaba al techo.

Yo apenas oía los pequeños ladridos con el chirriar de los violines.

—¿Bengo?

—¿Usted quiere yo va, señorita Biddy? Yo sólo lleva tazas a friega, y eso.

Eché un vistazo por la habitación. El señor Pars estaba bien adormilado, con la cabeza inclinada sobre el pichel. También Jesmire cabeceaba en un rincón con la boca abierta, pero a mi señora no la vi por ningún lado. Era una pena salir del cálido salón, pero si el desgraciado animal necesitaba ir al patio, alguien tenía que sacarlo.

Subí por la tosca escalera al desván y encontré a Bengo arañando detrás de la puerta. Mi señora no estaba allí. Lo llevé afuera y lo dejé husmear y orinar mientras yo miraba con curiosidad los finos rastros de los pájaros, delicados como marcas de tenedor en la nieve. Entonces me fijé en otros rastros: la huella del tacón de una dama se hundía más que la suela delantera. Las saboyanas sólo usaban recias botas de cuero, de manera que ¿adónde había ido mi señora? Volví a llevar a Bengo al aposento de arriba, cogí mi capa y salí tras ella por la nieve.

El sol había bajado mucho y las sombras eran largas y moradas en las blancas láminas de nieve. ¿Qué diablos estaba haciendo mi señora? Yo sólo conocía el sendero de tierra que iba al pueblo, y no este camino solitario. No tardé en encontrarme en una estrecha senda junto a un riachuelo, donde los arbustos tenían trocitos de hielo que brillaban como lentejuelas. No me apetecía nada estar allí fuera, y me pregunté si no debería haber ido a por el

señor Loveday, o incluso si no tendría que haber despertado al señor Pars. Pero todo el rato las pisadas me hacían ir hacia delante, pues parecían muy recientes, como si fuese a toparme con mi señora justo al doblar la siguiente curva. A estas alturas estaba helada, en particular los dedos, que los tenía rojos como un cangrejo. Si ella se había marchado a hacer una peligrosa excursión, ¿qué me importaba a mí que le sucediese una desgracia? Pero no olvidaba que estaba encinta, ésa era mi preocupación. Sólo con que resbalase en esta nieve no me lo perdonaría nunca. Entonces, con una repentina y fuerte ráfaga de viento, la nieve comenzó a caer de nuevo. O debería decir, a estrellárame derechamente en la cara. Era como una plaga de abejas blancas, viva en verdad, y arremolinándose tan espesa en el aire que apenas veía un paso por delante de mí. Dando un gritito, sentí que se me resbalaba el pie y di un tumbo para echar mano al alto terraplén que estaba a mi lado. Mientras el corazón me latía con fuerza, me agarré bien a un helado tocón de árbol y traté de quitarme la nieve de los ojos parpadeando.

El camino que tenía delante acababa al borde de un precipicio que caía desde una temible cornisa hasta el valle de abajo. Y allí, sólo a unos pasos de distancia, mi señora estaba de pie, quieta como una estatua, toda cubierta de nieve.

—*My Lady*. —El viento se llevó mis palabras. Me deslicé unos cuantos pasos hacia ella y le tendí la mano—. ¡Aquí estoy, *My Lady*!

Tenía el rostro mojado, aunque yo no sabía si de lágrimas o de nieve. Entonces, como un rayo, se me ocurrió que mi señora había venido a este lugar dejado de la mano de Dios para quitarse la vida. Una ráfaga de viento despejó por un instante el panorama que tenía bajo sus pies. El abismo era tan hondo que los árboles estaban esparcidos como pizcas de musgo y el camino era un simple hilo. El corazón me latía fuerte. Fui despacio hacia ella.

—Tengo noticias —grité—. Partimos mañana. He oído que lo decían. El cochero sólo se ha detenido por el casamiento.

Lentamente, avancé otra pulgada hacia ella y le agarré la mano. Estaba fría como el hielo, pero sentí un débil apretón que me oprimía los dedos. Al instante traté de frotarle la mano para calentársela y tiré de ella hacia mí.

—Pronto estaremos en Italia. Unos cuantos días —grité—. Pronto todo estará bien.

El pelo se le agitaba en el aire, suelto de las horquillas, y las cintas de su capa aleteaban como veloces serpientes. Poco a poco, la vida volvió a su rostro. Con una inclinación de cabeza, me miró y dejó que la llevase despacio de regreso.

Cuando llegamos a una loma resguardada dijo en tono mortecino:

—Experimento tantos arrebatos de pavor...

Yo sabía cómo las mujeres sufren en su hora de peligro, y lo achaqué a eso. Me parecía, también, que Lady Carinna no estaba hecha del metal más fuerte. Tenía un aspecto enfermo e hinchado, y el pecho le hacía un áspero sonido al andar. Mi mama había parido apenas sin dar un chillido, recogiendo carbón hasta el último momento antes de los partos. Mi señora era más delicada: parecía tan frágil que, como dice el dicho, se partiría el dedo en una cuajada de *posset*. Imaginé que no era más que el miedo lo que la tenía inquieta, eso y estar sola aquí sin más compañía que nosotros.

Llegamos a la posada, pero no quiso seguirme adentro. Cerca de la pared dijo:

—No puedo verme frente a esa chusma. Ven conmigo, Biddy. Por favor.

Como tonta que era, fui tras ella igual que un cordero corto de luces que sigue al lobo desde el redil. Tomó mi brazo y fuimos por el sendero de tierra de vuelta a la iglesia. Entre el frío y mis pies mojados me dieron ganas de maldecir a mi señora, pero pensé en lo que había dicho de no verse frente al gentío del casamiento. Como a mí, a ella debió de saberle a amarga bilis el ver la felicidad de Cécile. Mi pobre señora probablemente no habría sentido mucha alegría al casarse con Sir Geoffrey, y ahora tenía este bombo que esconder, además. Llegamos a la iglesia y allí se detuvo con gesto suplicante.

—Tengo que hablar contigo a solas, Biddy.

El calor de la gran estufa negra aún se mantenía dentro y ambas nos juntamos al lado, estirando los rojos dedos hacia el rescoldo. Le lancé una ojeada y vi que reflexionaba profundamente, al tiempo que se pellizcaba los descamados labios. Eché un vistazo a la iglesia, tan pintada con santos de colores chillones, y sin embargo puestos por allí entre ellos estaban todos

aquellos huesos que daban repelús. Me estremecí y pensé en la alegre habitación que había dejado. A estas alturas Cécile ya se habría marchado con su esposo para echar una buena noche de acostamiento. Yo estaba deseando volver a estar entre cuerpos cálidos y bulliciosos para sorber un poco del *brandy* que hubiese quedado y comisquear las sobras.

Por fin Lady Carinna habló.

—Necesito tu ayuda, Biddy. —Se detuvo, tragó saliva y prosiguió—. La suerte me ha dado un golpe brutal. ¿Me ayudarás?

Entonces se volvió para mirarme de frente. ¿Qué podía decir yo? Me daba mucha pena, aunque el sentido común me decía que probablemente iba a verme metida en algo malo.

—Sí, *My Lady*. Ya os dije que os ayudaría.

La vi estremecerse.

—Quiero decir más de... Más de a lo que te obliga tu trabajo.

—¿Y a qué, entonces? —El nene casi tenía todo su tamaño. Ahora que mi señora se había aflojado la cotilla, se notaba muy bien—. No querréis decir echarlo fuera, ¿verdad? Porque no creo...

—Oh, no. No, eso no, Biddy. ¿Crees que mataría a mi propio hijo?

Su mirada penetrante me hizo avergonzarme.

—Era sólo por lo del aceite de sasafrás, *My Lady* —mascullé.

—¿Sasafrás? —Mi señora se sorprendió de verdad—. Eso es de Jesmire, para su reumatismo. No, tú eres una muchacha lista. Tú sabes que lo eres, por supuesto. Y con el atuendo adecuado pasarías por...

Apoyó la barbilla en la mano y se tapó la boca como si ésta fuese a traicionarla. Había despertado mi curiosidad, ya lo creo. Me devané la sesera. ¿Quería que me emperejilase para traerle algo de una tienda elegante?

—No, es demasiado estúpido. Antes pensaba que podías ayudarme. —Meneó la cabeza deprisa como para librarse de una fantasía—. Es demasiado ridículo.

—Contadme —le pedí.

Puse mi mano en su manga. Mi señora estaba hecha una sopa y yo sabía que debía estar allá en la posada, bien metida en la cama. Pero yo tenía que saber.

—Os ayudaré —dije, imprudente. Estaba pensando en su hermano, en cómo yo había pasado por persona de mejor calidad en París. Si tenía que ir a comprar algún perfume o un vestido nuevo, al menos aquello me distraería—. Yo lo haré. Si es una especie de remedo lo que queréis, yo soy la muchacha que buscáis.

—Eres sumamente despierta. Sí, es un remedo lo que necesito que hagas, Biddy.

Entonces me contó cuál sería mi tarea.

—Cuando lleguemos a Italia quiero que vayas a la casa de un tipo y me traigas la llave de la villa. Nada más. Que te hagas pasar por mí ante este conde Carlo. No me ha visto en su vida. Y, desde luego, sí que las dos tenemos cierto parecido.

—¿Ah, sí?

Me quedé sin habla. ¿Yo, hacerme pasar por ella entre gente noble? Estaba intentando darle vueltas en la cabeza, pero lo único que sacaba en limpio era un revoltillo de ideas que iban y venían como flechas igual que aquella nieve de la ventisca.

—Así que, ¿lo harás? Tú has dicho que lo harías.

En ese momento había un eco de orden en su tono, como si me pinchase con el dedo. Por la manera en que lo dijo, parecía una verdadera minucia lo de ir a pedir una llave.

—¿De veras no os ha visto nunca? —pregunté despacio.

—Nunca. Y sabe muy poco de mí. Tal vez pregunte por su amigo, mi tío, de modo que ya te aleccionaré en eso.

Un espasmo de náuseas me oprimió el ánimo. ¿Cómo iba yo a sentarme? ¿Cómo iba a dirigirme a él? ¿Y si se reía de mi bobo intento?

—En verdad, *My Lady*, no sé exactamente si... si me saldrá.

—Escucha, tú lo único que tienes que hacer es ir a verlo. Después por fin me quedaré tranquila. —Me miraba fijamente. Dos manchas rojas brillaban como fiebre en sus mejillas—. Me lo has prometido.

Me llevé a los labios los dedos llenos de sabañones y deseé que todas nuestras palabras no se hubiesen pronunciado nunca. Pero se habían pronunciado y, como tonta que era, yo había accedido a esta comedia.

Entonces probé mi mejor tono, el más propio de una dama y el más afectado.

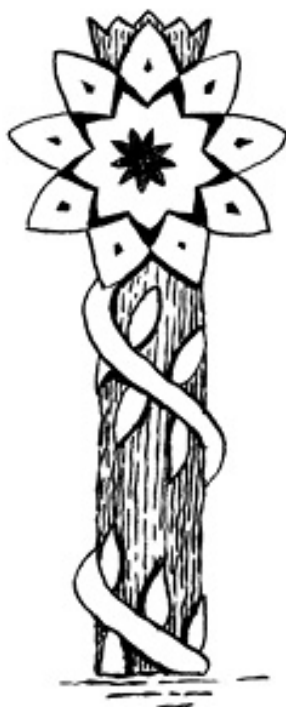
—Vaya, si tal os place, sí, querida.

—Eso es, Biddy. No tienes que hacer nada más. Muy bien.

Me dio unas palmaditas en el brazo como si yo fuese Bengo y acabase de hacer una gracia. Luego se levantó y salió, y yo, con paso desganado y afligido, fui detrás, siguiendo sus huellas emborronadas por la nieve, de vuelta a la posada.

OceanofPDF.com

XXIII



El camino que había por delante serpenteaba entre riscos astillados como dientes rotos, bordeados por vertiginosas hendeduras. Nunca en su vida había imaginado Loveday un lugar tan espantoso. Las estaciones las tenía atrapadas alguna brujería. La lluvia se cuajaba blanca como las plumas de gallina, ahogando los cultivos y helando los lagos. Con abrumada impotencia, había visto cómo desmontaban el carruaje, como una enorme res muerta despiezada en trozos para asar. Ahora Loveday viajaba en una curiosa silla de madera que cargaban cuatro fuertes hombres de la montaña. No se atrevía a mirar a su alrededor. Por el rabillo del ojo pasaban, como un parpadeo, los árboles, las puntiagudas rocas, la nieve con una costra de hielo. Sus sentidos se cerraron para no percibir aquella sucesión de

horrores. Pasarían muchas horas hasta que se detuvieran en la cima de la montaña. Tras ordenar a sus miembros que se estuvieran quietos en la estrecha silla, liberó a su espíritu para que fuera adonde se le antojara.

Estaba de pie en la playa de Lamahona. Hacia él navegaba una mala barca sin pinturas rituales ni velas. Tres desconocidos. Dio media vuelta para correr hasta el pueblo, para golpear el tronco hueco del *tong-tong* en señal de advertencia. Pero de pronto miró otra vez sin moverse del arenoso sendero.

Detrás del pequeño bote de remos, allá lejos en mar abierto, había algo inmenso y espléndido. Loveday intentó dar con las palabras... Una torre de árboles adornada con colgaduras, un palacio de banderas, una jaula de ondeantes sudarios. Era la primera vez que veía un navío del hombre blanco.

Loveday se abrió paso a empujones entre la alborotada multitud hasta llegar delante y miró fijamente a los desconocidos. Los tres hombres que estaban de pie en la playa de Lamahona tenían ojos redondos, como de pez, y gordas narices como las vacas marinas *juru*. Su piel no era completamente blanca, sino clara y deforme, marcada con cicatrices y horribles bultos. El más corpulento de los blancos hacía sonidos de animales. Un pálido y dentado costurón le cruzaba la cara. A Loveday le pareció muy viejo, arrugado como los lagartos comedores de carne de la isla de Komodo. Igual que los otros, llevaba puestas unas extrañas telas color de barro y un plano tocado de cuero. El hombre blanco levantó una sarta de cuentas que eran tan azules y transparentes como el océano solidificado. Tras una larga pausa el jefe Korohama les echó mano y las mostró en alto. Un estremecimiento de alivio recorrió la multitud. Estos feísimos seres querían ser sus amigos.

Más tarde el hombre que Loveday llamaba *Cara Cortada* volvió a sacar un fardo, pero lo único que les enseñó fue un trozo gris de *ámbar* de piedras de ballena. Loveday se había reído al verlo, aquel vulgar terrón envuelto con tanto esmero en un paño. Entre nerviosos y alborozados, él y sus amigos llevaron a los blancos al cobertizo de las barcas para enseñarles cómo se utilizaba aquella sustancia. Los extranjeros habían hecho unos

bajos sonidos susurrantes al pasar por delante de la repisa de los cráneos sagrados, pero, por cortesía, la multitud no tomó en cuenta su falta de respeto. Montículos de olorosas piedras de ballena se apilaban en torno a las barcas. Uno de los de la tripulación les mostró a los blancos cómo se diluían para sellar los barcos. Era el regalo de las ballenas a los cazadores y siempre había sido así.

A eso del atardecer los blancos fueron a por una linterna al botecito. Se quedaron en la playa y levantaron y bajaron una puertecilla dentro de la linterna, y los del pueblo intercambiaron murmullos de comprensión. Ellos hacían lo mismo cuando los peces no acudían: llevar velas de coco encendidas junto a la orilla del mar para llamar a los espíritus de los peces. Loveday miró el prodigioso barco que seguía flotando en el horizonte, ahora sembrado de diminutos puntos de luz mientras el cielo se oscurecía. Sólo durante un momento fugaz consideró que, si él veía el barco alumbrado con faroles, quizá la tripulación viera el brillante idioma de la linterna de sus camaradas, llamándolos desde la playa.

Los ojos de Loveday se abrieron de golpe, despiertos. Muchas horas habían pasado desde el gran banquete celebrado para los extranjeros, pero su espíritu *manger* aún insistía con la pregunta: ¿quiénes eran estos blancos? Con suavidad, liberó sus miembros de la cálida carne de Bulan y escuchó la respiración lenta y regular de su hijito. Junto a la entrada de la cabaña cogió el arpón, sintiendo su equilibrio y su peso para fortalecer su valor. Tras salir con sigilo se orientó usando sus pies descalzos y su nariz. Humo de leña subía de las piedras del fuego en el centro del pueblo. Un tufo a carne de perro quemada flotaba por donde estaba la cabaña del jefe. El mar surgió de pronto, una inmensa y salobre bocanada marina. En su llanura de temblorosa noche los rayos de luna proyectaban un sendero fantasmal. El barco de los blancos no se veía.

Loveday se apartó del mar y hundió los pies en la blanda senda de arena. No tardaron en llegar a sus oídos unos murmullos guturales procedentes del claro que tenía delante. De puntillas, avanzó despacio. El haz amarillo de una linterna flotaba detrás de los oscuros árboles. Su primer temor fue por la seguridad de los cráneos de los ancestros, pero la luz no estaba ni mucho

menos en la repisa sagrada. Luego temió por las barcas, los espíritus vivos que llevaban a los del pueblo por el océano. Pero no. Estaban cargando algo en sacos. Piedras de ballena. Había muchísimos blancos más, debían de haber venido a escondidas desde el alto barco. Toda la escena era tan increíblemente estúpida que soltó un desdeñoso resoplido en voz alta.

La linterna giró de pronto. Sonó un grito y dos hombres corrieron hacia él. La impresión de ver que lo descubrían fue como un porrazo que lo dejó aturdido. El primer hombre estaba ya tan cerca que vio su monstruosa cara. Actuando por puro pánico, Loveday se adentró en el soto de árboles más tupido, corriendo todo lo que le permitían las piernas. Tras él se oía el estrépito de fuertes pisadas y gritos de persecución. Pero él les llevaba ventaja. Ésta era su tierra, había jugado en este bosque de niño. Incluso en la más absoluta oscuridad sabía dónde dar un buen salto sobre los enmarañados arbustos y cuándo agacharse por debajo de las sanguinarias ramas. Se dirigió a la charca de agua salobre que había en mitad del soto, donde la tierra y los árboles se hundían en el pantano. Sus pies no tardaron en reducir la marcha, metidos en pegajoso barro, y utilizó el arpón para saltar como una rana por el agua. Al llegar a la otra orilla entró gateando en un matorral. Sin aliento y asustado, se puso en cuclillas apoyado en el tronco de un árbol, con el pecho jadeando rápido.

Oyó a los hombres avanzar con estrépito detrás de él y luego hablar con premura. «*Mata-ro*», parecían decir, y las palabras significaban menos para él que el ladrido de un geco. Esperó, con la espalda bien pegada al árbol, mientras sus oídos se esforzaban por captar el precipitado chapoteo de los pies que cruzaban para apresarlo.

En ese instante Fula, la descarada luna, inundó el bosque con sus rayos. A su descolorida luz Loveday vio a un hombre que lo apuntaba con un palo a veinte pasos de distancia. Aquello era una verdadera estupidez pues, aunque le arrojara el palo, nunca le daría desde el otro lado del agua. Entonces, para asombro de Loveday, del palo brotó un cegador destello. Sonó un trueno que sacudió la tierra. Un puño invisible le golpeó el pecho. Y cuando quiso darse cuenta estaba tendido en el suelo, lanzado boca arriba como si le hubieran arrancado la vida entera. Un humo amargo le llenaba la nariz. Notaba los miembros insensibles como una piedra.

Durante largo rato sus pensamientos dieron vueltas aquí y allá, como un pez arponeado que sacude la cola. Cuando recobró el sentido estaba aferrado a una raíz de árbol como si ésta fuera la única ancla que lo unía a la vida. Una herida abierta en el hombro era un latigazo de dolor. Tenía los miembros doloridos y entumecidos. Lentamente, los sonidos del bosque renacieron. Pero lo primero que pensó fue que los aterrados gritos de los pájaros que oía a lo lejos no eran pájaros. Amortiguados por la distancia, eran alaridos y gritos humanos. Sin previo aviso, un chillido como el de un cerdo sacrificado desgarró el cielo nocturno. Loveday se acurrucó más aún en la tierra.

Apenas rebasado el lindero del bosque, cosas horribles estaban sucediendo. Imaginó el sufrimiento de Bulan y de Barut y se retorció de odio hacia sí mismo. Él era un cazador, un valiente, un marido, un padre. Sólo que no era ninguna de esas cosas esta noche. Mientras yacía en el suelo del bosque la llama de su valor osciló y murió. Aquellos blancos hombres-brujo lo habían maldecido. Lo habían encogido hasta transformarlo de hombre en alelado cobarde.

Por fin se obligó a ponerse en pie y fue tambaleándose de árbol en árbol. Agarrando el astil del arpón, echó a andar con trabajo igual que un viejo apoyado en un bastón. Se quedó un buen rato a las afueras del pueblo, con los puños apretados de miedo. Temblaba de frío y de náuseas.

El árbol baniano del pueblo, los tejados de las cabañas, todo se perdía en las tinieblas. Jadeante por el esfuerzo, se dirigió haciendo eses y andando como un cangrejo hacia la cabaña del jefe. Apenas había dado unos cuantos cautelosos pasos cuando su pie chocó con algo tibio y compacto, como un perro dormido. Empleando el astil del arpón para no perder el equilibrio, Loveday fue agachándose muy despacio y le dio unas palmaditas al perro. Era lampiño y manso. Mientras se deslizaban lentamente por una gruesa extremidad, sus dedos se hundieron en algo caliente y viscoso. Cuando intentaba levantarse un sonoro chasquido metálico surgió de la oscuridad. Entonces se abrió una linterna y Loveday parpadeó mirando la luz dorada de la lámpara de los blancos.

«Soy un cazador», se repitió a sí mismo. «Me mantengo firme». Tras la luz de la lámpara estaba el hombre Cara Cortada, que tiraba de un grupo de

mujeres del pueblo, todas amarradas por el cuello con una cuerda. Una de las mujeres que se esforzaba por verlo era Bulan. Su precioso rostro era una máscara aterrorizada. «¡Marido!», le gritó, «¡ayúdame!». La mirada desesperada de Loveday se dirigió un instante hacia el suelo, donde una docena de cadáveres yacían retorcidos en el claro del pueblo. El cuerpo que tenía a sus pies era el del jefe Korohama, degollado y con los muertos ojos clavados en las estrellas. Mientras él se encogía de miedo entre los árboles, todos estos hombres honorables habían luchado para salvar el pueblo.

Aún medio cegado por la luz, Loveday procuró alzarse con la misma gracia majestuosa que cuando iba en la veloz proa de su barca. Trató de levantar recto el arpón y apuntar con él al hombre blanco. Las palabras de su *bapa* volvieron a él: «Mantente firme». Aunque el brazo le temblaba como una vela en medio de la tormenta, apuntó con la lengüeta del arpón justo al cuello del hombre. Se alegró mientras echaba atrás el brazo para acumular su fuerza. El hombre estaría muerto antes de que el corazón le latiera otra vez.

La llamarada de fuego lo golpeó de nuevo, lanzándolo fuerte contra la pared. Para su asombro volvía a estar tendido en el polvo, desplomado sobre el cadáver del jefe Korohama. Fue tal su vergüenza que no quiso volver a despertar ni a vivir. Dio permiso a su espíritu para que abandonara su cuerpo y buscara a sus antepasados. Bulan y Barut estaban vivos y sufrían, y él no los había salvado. No quería volver a verse frente a otro ser humano jamás.

Los dioses le negaron su sincero deseo. Había despertado en un barco de los damong, atado con hierbas anudadas a un viejo que no paraba de lamentarse. Luego se enteró de que los blancos habían vendido a todos los hombres del pueblo a sus más crueles enemigos. De las mujeres y los niños no había ni rastro. Vislumbró su patria por encima de la barandilla del barco. Su isla surgía a la luz del amanecer, con el cono del volcán atravesando una corona de esponjosas nubes. El agua era azul y reluciente, la playa, una curva de arena de un blanco nacarado. Pero desde donde estaba su pueblo se alzaban franjas de un humo gris. El humo flotaba por

encima de los árboles igual que una nube de tormenta, muy amenazador, como no debía.

Más tarde llegaron a la isla de Damong, donde los postes de madera ostentaban los astados cráneos de las bestias de sus sacrificios. A Loveday se le encogieron las tripas de miedo. Junto a él, el viejo gimoteó y perdió el control del vientre en un caliente hedor. El valor, descubrió Loveday, no era un compañero leal que acudía a su llamada cuando se lo ordenaba. Era un amigo por interés que aquel día lo dejó desamparado y estúpido.

Loveday apretaba fuerte la boca contra el borde de madera de la silla. Se levantó al descubrir que había llegado a una plana llanura de nieve. Se quitó el sombrero y sintió en la desnuda mejilla la caricia del sol. En lo alto, una enorme ave de color pardo planeaba airosa en el cielo, con las puntiagudas alas desplegadas por completo para flotar en una brisa ascendente. Aquella gran ave, tan noble y grácil, con las alas tan anchas como una raya del diablo, seguro que era un augurio favorable, ¿no? Loveday miró hacia donde viajarían a continuación. Allí, apenas una legua por debajo, había una ribera de fértil verdura donde terminaba la línea de nieve. Jamás había creído que el verde fuera un color tan hermoso y tan vivificante.

Cuando partieron de nuevo Loveday se dedicó a observar, asombrado, mientras los montañeses de pies ligeros lo bajaban por el sinuoso camino. Pasó por delante de una cascada de agua helada como un instante en el tiempo, con sus salpicaduras de cristal centelleando igual que diamantes. Arrancó un carámbano lleno de bultos y dejó que se le derritiera en la palma de la mano hasta que sólo quedó un guijarro de hielo, en cuyo centro había una hoja perfecta del tamaño de la uña de un dedo. Al doblar una curva se encontraron frente a una masa de hielo retorcido como un río congelado, que caía centenares de pies hasta unas cuevas de un azul verdoso. Jamás volvería a ver semejantes maravillas. Rezó para que un día pudiera contarles a sus hijos hasta dónde había viajado su *bapa* cuando anduvo vagando más allá del borde del mundo.

Por fin vio unas verdes hojas de hierba que brotaban valientes por entre el hielo parecido al encaje. El verdor no tardó en extenderse delante de él y entonces, con un gesto, indicó a los hombres que se detuvieran y lo dejaran

apearce. Tras dar la última docena de pasos en la nieve Loveday notó que el suelo se ablandaba hasta convertirse en hierba bajo sus pies. Aquí había un valle limitado por redondeadas y herbosas colinas y en medio, un pueblo de piedra con curiosas torres y tejados rojos. Se quitó a toda prisa el grueso abrigo de pieles y, al pasar, cogió unas perfumadas flores blancas de un árbol. Los frágiles pétalos olían a vida y a creciente esperanza.

OceanofPDF.com

XXIV

DEL PIAMONTE A MONTECHINO

Del día de San Valentín al Miércoles de Ceniza, febrero de 1773

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ *Manus Christi* ~

Primero toma el azúcar clarificada y derrítela en agua de rosas. Hierve estas dos hasta que el agua se haya consumido y el azúcar esté dura, añade cuatro granos de perlas y piedras preciosas machacadas, en polvo fino, luego ponlo en panes sobre una piedra de mármol ungida con aceite de rosas y echa por encima el oro.

*Una defensa sin par contra todas las enfermedades, dolores
y heridas que de cotidiano acometen a la humanidad,*

*escrita en
La joya de la cocinera,
con letra de escribano muy antigua, 1523*

Desde el día que prometí ayudar a mi señora todo parecía mancillado. Era como si hubiese horneado un pastel con sal en lugar de con azúcar: todo tenía una apariencia bastante buena, pero ni todos los intentos del mundo volverían a arreglarlo ya. Y la lástima era que, ahora que habíamos dejado atrás aquellos temibles Alpes, no había lugar más precioso que el Piamonte. Verdes praderas subían en pendiente ante nosotros como la tierra de leche y miel, las colinas estaban cuajadas de vides y el cielo era de un azul de porcelana y resplandecía como una joya. Yo debía estar contenta como unas pascuas al verme libre para pasear fuera del coche con el sol calentándome la espalda, pero todo se me había agriado.

—¿Cree usted que por eso me ha arrastrado hasta tan lejos, sólo para utilizarme? —le pregunté una vez más al señor Loveday.

Todo este tiempo me había hecho ilusiones de que a lo mejor yo le agradaba a mi señora por mí misma. Pero no, me había escogido para representar un papel en una superchería. Me sentía tan maltratada como un albero que llevase diez años usándose.

—Usted sólo va a este tipo, trae llave y luego eso acaba, amiga.

Sin aliento después de subir la colina, le agarré el brazo y me puse delante de él, mirándolo con gesto fiero.

—Ella me dijo que nos parecemos. ¿Eso es verdad?

El señor Loveday echó hacia fuera el ancho labio inferior y me miró con atención la cara.

—Usted y ella dos mujeres, dos pelo castaño. Ese hombre nunca sabe usted no mi señora.

Tuve que reírme.

—¡Eso es lo que usted se cree! No tengo más que abrir la boca y sabrá que soy una verdadera patana. —Seguimos andando y cogí una baya negruzca y mate de una rama, una especie de uva dura—. Una cosa es

imitar como un loro a la señora, pero otra es hablar de manera educada con ese fulano del conde.

—Cuando mi señora ve tipo de categoría ella dice cualquier cosa sólo.

Meneé la cabeza. Yo iba a tener que ser Lady Carinna, esposa de Sir Geoffrey, sobrina de aquel señor Quentin Tyrone. Le di un bocado a la baya y estaba tan amarga que la escupí en la polvorienta carretera.

—Dice que le escribiré cuando lleguemos allí. Lo que daría por leer su respuesta.

El señor Loveday se quedó callado un rato, levantando el polvo con las botas. Luego me miró y, en voz baja, dijo:

—Si yo dice usted secreto, ¿usted no dice otros?

Alcé la mirada rápidamente.

—¿Qué quiere decir?

En un instante se lo saqué todo. Que abría el correo y luego lo lacraba otra vez. Me contó que sólo era para practicar la lectura, pero consideré que era su manera de entrometerse un poco en los asuntos de quienes lo amedrentaban. Eché una ojeada al coche, pero estaba muy por detrás de nosotros, con los caballos esforzándose por subir la colina llena de recodos y revueltas. Aunque hice todo lo posible por averiguar qué había en aquellas cartas, era como sacar carbón de la tierra con las manos. Por lo visto en sus cartas nuestra señora casi siempre se quejaba, más o menos como se quejaba todos los días a cualquiera que la escuchase.

—¿Y ha mirado usted en alguna de las cartas del señor Pars? —pregunté con voz entrecortada.

—Señor Pars sólo escribe hermano. Casi siempre yo veo a él escribe muchos, muchos número, pero no manda en carta.

—Sí, yo también. Sólo son sus cuentas, señor Loveday. ¿Y Jesmire?

—Ella escribe para trabajo sólo. Pero no respuesta, no una vez —respondió, y se echó a reír de pronto.

—Señor Loveday —dije—, ¿me haría usted el grandísimo favor de dejarme ver cualquier carta que pase entre mi señora y este conde Carlo?

El chico hinchó las mejillas y meneó la cabeza despacio.

—No permitido, señorita Biddy. Mejor yo solo.

—Por favor... —le supliqué.

Levantó la mirada con expresión afligida.

—¿Usted promete amiga siempre? ¿Usted no dice ellos yo abre carta?

—Prometo no contarle nunca. Por la salud de mi madre. Los criados cerramos filas, ¿eh? —Le rocé el brazo y volví a mirar el coche, justo cuando éste llegaba a la cumbre de la colina y los caballos comenzaban a trotar hacia nosotros—. Cuando llegue el momento adecuado, procuraré que se escape usted sin peligro —le susurré muy bajito.

Él vaciló aún, frotándose la boca con los dedos. Por fin asintió y dejó ver una amplia sonrisa.

—Yo cree usted, señorita Biddy. Usted única hace promesa que verdad. Yo siento espíritu libre de mal pensamiento ahora. Pero usted tiene cuidado, amiga.

—Haré todo lo que pueda. Iré a por esa llave, nada más. No tendré nada que ver con ninguno de ellos.

Esto lo pongo tan sólo para demostrar cómo puede una equivocarse.

Llegamos a Turín muy tarde, pues mi señora se quejaba mucho de las sacudidas del coche y nos hacía detenernos cada pocas millas para medicarse y tomar el aire fresco. Cuando por fin atravesamos las puertas de la ciudad, los caminos estaban abarrotados con un gran desfile de soldados, todos vestidos como el marido de Cécile con galoneadas casacas azules y blancos calzones hasta la rodilla. El panorama era tan festivo que le subió el ánimo a mi señora hasta ponerla toda atolondrada. Bajó los vidrios del coche para ver mejor.

—¡Espera! En la posada he oído decir que veríamos al rey Carlos Manuel pasar revista a las tropas. Es nieto de nuestro rey Carlos, el que murió decapitado. ¡Detente! Maldito seas, quiero ver —dijo, aporreando el techo.

Como desde el coche no se veía bien, se le antojó unirse a la multitud y le ordenó al señor Loveday que la ayudase a bajar. Él y el señor Pars le abrieron paso por entre la gente, y poco después Jesmire fue bamboleándose tras ellos con Bengo dando tirones de su cinta. Al tener el carruaje todo para mí, me colgué de la portezuela para disfrutar de los vibrantes tambores y los vítores de los habitantes de la ciudad.

Apenas había comenzado el desfile cuando se formó una gran barahúnda y, para mi asombro, enseguida vi que mi señora se había desvanecido y se había caído al suelo. Me bajé de un salto y no tardé en encontrarme con el señor Loveday y el señor Pars, que se esforzaban por llevarla en brazos. Cuando llegaron al coche, gracias a Dios, Lady Carinna había empezado a recobrar el sentido. Sin embargo aún estaba pálida como el papel y brillaba de sudor. El señor Pars dijo que debía de ser el calor, y mandó a Jesmire que le diese toquecitos en la cara con agua de colonia. Sólo yo tuve el seso de aflojarle la cotilla y abanicarle la cara cuando empezamos a movernos otra vez. Incluso al llegar a la posada, mi señora seguía bien indispuesta y le costaba andar sin un brazo en el que apoyarse. Apenas le quedaba aliento para decirle al señor Pars que llamase a un médico, algo que me pareció muy valiente en un lugar tan desconocido. De manera que mandaron llamar a uno, aunque todo el rato el señor Pars no paraba de burlarse y de decir que mi señora estaba fingiendo unas elegantes fiebres y que sin duda malgastaría una cantidad inmensa de dinero.

No vi al médico cuando llegó, pero al ser la que mejor se las apañaba con el idioma fue a mí a quien enviaron a por el medicamento de mi señora aquella tarde. Para entonces era justo antes del atardecer, una hora en la que todos los de allí habían salido pavoneándose a pasear. Turín era una ciudad grandísima, de construcción muy moderna con elegantes soportales y hermosas plazas con enlosado de piedra. Aproveché para dejarme ir entre las muchachas de pelo negro que pasaban contoneándose y las familias que, con severa modestia, andaban sin prisas en grupos, mientras las arrugadas viejas nos observaban a todos con el ceño fruncido desde las puertas de sus casas. Escuché atentamente la charla de las calles, pues hacía todo lo posible por practicar el italiano con cualquiera que me hablase, desde nuestro rudo cochero hasta las criadas de las posadas. La verdad es que no era tan distinto del francés: allí buenos días se decía *bonyur* y aquí, *bonyorno*, y pan se decía *pane* y mantequilla, *burro*.

En la casa del médico éste me hizo pasar a lo que él llamó la *farmacia*. Era una habitación oscura con paneles de madera en las paredes, que contenía una enorme colección de botellas y potes todos bien etiquetados

con nombres raros. Mientras un criado preparaba un brebaje para mi señora decidí comprar, con mi dinero para los gastos de la casa, ámbar gris, que es muy poco común, agua de rosas y almizcle. Y mejor aún, cuando me entretenía ante un mueble vitrina se me iluminó la mirada al ver un viejo nombre familiar: *manus Christi*. El dulce no tenía en absoluto la forma de la mano de Cristo, como yo y la señora Garland nos imaginábamos, sino que era un tarro de tabletas transparentes con motas de oro y perlas machacadas. Claro que no era barato, y tuve que dar una de las guineas de oro del señor Harbird para comprar una pequeña porción, pero fue un grandísimo placer mandarle por correo un paquete a la señora Garland a Inglaterra. El andar viajando significaba que no tendría noticias suyas hasta que llegásemos a la villa, pero le pedí a Dios que para entonces aquel curalotodo hubiese aliviado a mi amiga.

De nuevo en la posada, le di a mi señora el remedio del médico. Él la había sangrado antes, y su brazo color de cera aún estaba vendado con un paño. Tras la primera toma de las gotas volvió a dejar caer la cabeza en la almohada y me miró con ojos apagados.

—Señor, pero qué injusto es esto. Estaba deseando ir a la ópera.

Hice un gesto afirmativo pero no me arriesgué a decir nada, pues seguía estando la mar de enfadadísima con ella por tenderme una trampa para que fuese a ver al conde. Sentía náuseas también, de miedo a que no me saliese bien.

—Dentro de unas cuantas semanas vamos a llegar a la villa, y tú aún actúas como un marimacho de campo —me dijo, y dio un bostezo tan grande que casi le vi el desayuno—. Aún no sabes casi nada de cómo se comporta una dama. Venga, intenta prestar más atención, Biddy. Mírame a mí. Hay que ser descarada para sobrevivir. Yo apenas pasé un año en una academia de damas y luego tuve que usar mi buena apariencia y mi ingenio. En este mundo has de tomar lo que necesitas. Nadie va a luchar tus batallas.

Después se durmió profundamente y yo me quedé sola con la tarea que ella me había impuesto. «Cómo se comporta una dama»... Aquello me resonaba como una campanilla. De manera que durante los largos y tranquilos días que Lady Carinna estuvo en cama en Turín, yo analicé las

partes de *La joya de la cocinera* que se ocupaban de «El comportamiento de una auténtica dama». Había muchos consejos sobre tener quieta la lengua, que allí llamaban ese *escurridizo miembro que llevaba al vicio*. Esto al menos me hizo reír a carcajadas, pues desde luego la fina escritora no sabía ni miaja de bromas de taberna, si así es como se refería a una simple lengua. Luego me enteré de todo lo que una dama no debía hacer: que no debía ser una muchacha impetuosa y soltar risotadas, ni quedarse mirando boquiabierta una mesa bien surtida, ni hacer chanzas de machota. Vaya, pensé, aquello se parecía tanto a mí como si fuésemos salivazos de la misma boca. Entonces recordé que de esa manera era como una señora de buena familia no debía ser, y me desesperé un poco.

Dejé que mi mirada vagase hacia la «Guía de la dama para el amor y la afición», y me irritó descubrir que la dama tiquismiquis siempre había de enmudecer frente a los cumplidos y quedarse pasmada en absoluta inmovilidad ante cada pretendiente. Aunque a lo mejor había buen sentido en lo de aconsejarle *mirar bien antes de querer*, pues yo sabía, con la sabiduría de haberlo vivido, que no había mirado con demasiada atención a Jem Burdett. El libro decía que una dama debía estudiar bien los compartimentos del corazón de un hombre antes de darse en matrimonio, pues éste era un gran paso en el laberinto de la vida. Se alababa mucho la virtud, la amabilidad y la camaradería en un hombre, lo cual eran ideas la mar de raras para mí. Cavilé si había oído hablar alguna vez de un hombre así en toda mi vida.

Mientras leía estas cuestiones elegantes en *La joya de la cocinera* me acordé de que había llegado el día de San Valentín. Esa misma noche, después de prender con alfileres cinco hojas de laurel a mi almohada y decir la cantinela para soñar con mi amor verdadero, me acomodé, expectante, en mi diminuto aposento. Para mi asombro sí que tuve un sueño: que estaba en una casa desconocida y al despertar me encontraba en los brazos de un fulano que yo sabía que era justo aquel dechado de amabilidad, virtud y camaradería. No veía bien a mi compañero de cama, pero sentía sus firmes brazos ceñirme fuerte la cintura mientras yo ponía mi cabeza muy tiernamente sobre su pecho. Y en el sueño yo estaba la mar de contenta, era como si hubiese encontrado mi casa de verdad mientras escuchaba su

corazón latir justo debajo de mi oreja. Pero cuando desperté y vi que sólo era un producto de mi imaginación me sentí bien abatida al descubrir que mi verdadero amor no vivía en este mundo cruel. Sé que fue una tontería boba, pero estuve a punto de echarme a llorar al pensar en que aquel dulce amante sólo vivía en mis sueños y que estaba condenada a no encontrarlo nunca.

Cuando partimos de nuevo todos estábamos de malas. Las casas de postas nos retrasaban con caballos agotados, los caminos iban por dificultosos puertos de montaña, los mozos de cuadra contratados eran unos bellacos gorriones. Mi señora se detuvo para ver la famosa Torre Inclinada en Pisa, que era en verdad cómica en su estilo caído, pero allí perdió su cepillo de plata y no quiso volver a por él, tan agobiada estaba por llegar al final de su viaje. En cuanto al señor Pars, iba poniéndose cada vez más raro en su comportamiento. Para empezar estaba su manía por el dinero. Todas las noches se encerraba con llave en su aposento y procuraba resucitar su dichoso sistema de economía. Y al día siguiente discutía conmigo por unos cuantos peniques gastados en un pollo fiambre o en unos huevos duros.

Me llamó una noche después de cenar. Su cuarto parecía una contaduría, lleno de fajos de facturas en tambaleantes montones, con un manoseado ábaco sobre el escritorio, y todo ello manchado de ceniza de pipa. Levantó la vista de sus papeles con mirada feroz.

—No te quito ojo de encima, Biddy Leigh. Y veo las confianzas que te tomas con tu señora.

Los globos de sus ojos tenían un tono amarillento y su aliento, un tufo agrio. Yo había leído en *La joya de la cocinera* que los beneficios calmantes del tabaco eran inútiles para quienes tenían naturaleza colérica. Al mirarlo me temí que fuese a tener una piedra en las tripas o algo peor.

—No es que yo lo provoque, señor Pars. Yo sólo hago lo que me mandan.

—¡Basta! —Dio un manotazo en la mesa y los papeles temblaron—. Siempre tienes lista una frescura para responder, ¿no es así, muchacha? Siempre tienes que decir la última palabra.

Intenté pensar en una contestación, pero de esa manera diría la última palabra otra vez. De manera que bajé la cabeza un momento y esperé a ver qué más venía.

—Veo claramente que tú alientas las confidencias de tu señora con todas tus bromas infantiles.

¿Bromas infantiles? Otra vez tenía aquella sensación de albero y me sentí utilizadísima.

—Y no pienso consentir que te enseñe a hablar como los que son superiores a ti. Tú eres una fregona, ¿entiendes?

«Ayudante de cocinera», pensé yo.

—Sí, señor Pars.

Ay, Señor, aquello era como estar delante de un maestro de escuela fingiendo que me arrepentía.

—Estás a mi cargo y me preocupo continuamente de ti... por miedo a que te echen a perder sus codiciosas costumbres. ¿Eso te sorprende, Biddy? ¿Que sólo yo lo vea?

Su expresión era la mar de seria, pero yo pensé que era de sí mismo de quien tenía que preocuparse.

Quise decirle que yo tenía que hacer lo que me mandaban. Que cualquier día de éstos, cuando se enterase de la representación que tenía pensada mi señora, iba a reventar de rabiosa bilis negra.

—Sí, señor Pars, señor. Pero si usted...

—No hay ningún *pero si*, Biddy. ¿No lo comprendes? Yo sé ya qué maldad nos rodea. Lo veo cada día.

Me mordí el labio. A veces pensaba que me gustaría contárselo todo al viejo Pars. Pero en ese instante cogió su papel y con un gesto de la mano me indicó que me marchase.

Jesmire también adivinó que alguna intriga se tramaba. Seguimos cruzando pesadamente la Toscana, aunque mi señora tenía tantas náuseas que, como decía la señora Garland, apenas si íbamos más rápido de lo que gatea un pudín. En cada posada, siempre que nuestra señora no estaba a la vista, me encontraba a Jesmire observándome como una lagartija con sus ojillos

como cuentas. Una noche, cuando le llevaba un té inglés como Dios manda a mi señora, me cerró el paso en la escalera.

—¿Qué es eso? Ya le he dado a mi señora su infusión de consuelo —me dijo, crítica—. Imagino que tienes intención de bebértelo tú, ¿no? Todos vemos cómo andas siempre metida en la caja del té.

—Eso es mentira —contesté.

Estaba hasta la coronilla de aquella mujer. A mi alrededor no paraban de pasar pequeñas cosas: los panecillos del desayuno se caían en la batea de la ceniza y los huevos recién puestos se resquebrajaban. Eran cosas menudas, pero yo tenía mis sospechas y todas se dirigían a ella.

—Sé lo que traes entre manos —añadió en tono crispado, un pie por encima de mí en la escalera.

Tenía en la cara aquella sabihonda sonrisa de adulación servil que tanto me irritaba.

—¿Y de qué se trata?

—Intentas ganarte poco a poco su estima —dijo con voz severa—. El señor Pars y yo vigilamos todos tus movimientos.

—Entonces verán ustedes que soy inocente.

—¿Tú? —soltó a gritos—. Veo tus trucos plebeyos, cómo tratas de ser su amiga. Se urde alguna confabulación, lo sé.

Aunque la miré fijamente como si acabase de salir del manicomio de Bedlam, ¿qué podía decirle yo? Dentro de unas cuantas semanas verían a ciencia cierta que en verdad sí que yo era la marioneta de mi señora, bailando al son de la música de su pantomima.

Por fin el temido día llegó y nosotros llegamos a Montechino, que se encontraba bastante cerca de la finca del conde. Mi señora echó una sola mirada a la concurrida posada que estaba junto a la casa de postas y gritó por la ventanilla al señor Pars que tenía que buscarnos alojamiento fuera del pueblo. La casa que encontramos era húmeda y oscura, llena de telarañas, y la patrona, una sucia criatura cejijunta. Sin embargo la tomamos, pues estaba retirada y era grande, y no era probable que otros huéspedes fuesen por allí. Yo sólo rezaba para que toda esta farsa terminase rápido, y me alegré cuando mi señora me dijo que había escrito al conde sin demora. Vi

al señor Loveday desaparecer con la carta, trotando en una yegua gris por el sinuoso camino que se perdía entre trigales. El sol, las flores, la primavera, todos los esplendores de Italia..., todo aquello me lanzaba reproches.

Ya se había puesto el sol cuando regresó el señor Loveday. Había accedido a verse conmigo en el patio, donde me silbó para que me acercase a un ruinoso cobertizo. Me metió la carta en las manos y la abrí con torpeza. Para gran consternación mía, a aquel fulano del conde no le había dado un ataque, ni se había muerto de repente, y sí que aguardaba mi llegada.

—«Queridísima Carinna —leí en voz alta—: Estoy encantado de saber que se encuentra usted en las proximidades de mis humildes posesiones. Mi queridísima niña, hace mucho que albergaba la esperanza de que nos conociéramos, ya que su cariñoso tío me ha hablado a menudo de los encantos de usted. Carinna, querida, le ruego que no piense ni un solo instante en retirarse a la villa de su tío, que lleva tanto tiempo descuidada. En cualquier momento del día o de la noche daré a usted la bienvenida con júbilo a las comodidades más lujosas de mi propia finca. Se lo ruego, hágame feliz y alójese aquí conmigo hasta que mis criados hayan dejado la villa más cómoda para una dama de su noble posición y título. Por favor, venga a verme mañana a las dos. Espero el momento con creciente alegría. Reciba los afectuosos abrazos de su amigo. Carlo».

Aquello era peor de lo que jamás hubiese imaginado. El hombre hablaba el inglés con más soltura que cualquiera de nosotros, y sobre todo, que yo. ¡Y qué florido! Malditas sean las guirnaldas, sabía hilar una carta queapestaba a rosas. Se me revolvieron las tripas.

—No puedo hacerlo —dije, al tiempo que me llevaba con fuerza la mano a la boca. Luego miré a mi amigo—. ¿Nos escapamos al puerto de Livorno, señor Loveday? Tengo reservada una guinea de oro para facilitarnos las cosas.

—¿Pero dónde nosotros va? —El pobre chico parecía aterrorizado—. Quizá hombres-asesino agarra a mí y cuelga mi cuello.

—No sea bobo. Usted se vuelve a su isla. Y yo iría... —Me devané los sesos y al final me encogí de hombros—. ¿De vuelta a París? ¿O a las colonias? Sé cocinar. Si nos separásemos, a lo mejor no podrían seguirnos.

Él me agarró fuerte la mano y yo miré con atención su franco rostro.

—O usted coge llave mañana. Entonces nosotros escoge día bueno para nosotros va. Este tipo parece que boca siempre habla, nunca para. Usted sólo mueve cabeza que sí y coge llave. Usted mejor dama que ella, Biddy. Usted mejor actriz que Covent Garden. Yo susurra usted en oreja si usted hace cosa equivocada.

Mi señora me mandó llamar a las ocho la mañana siguiente, la mar de temprano para ella. Me había pasado dando vueltas en la cama toda la noche y sólo me dormí cuando los pájaros cantaron su coro de alborada. Ella aún estaba acostada, con la cara abotagada por el sueño pero alerta.

—Agua caliente, Jesmire —ordenó—. Quiero hablar con Biddy.

No me atreví siquiera a mirar a la solterona mientras salía dando saltitos, furiosa.

—He tenido noticias del conde —dijo mi señora agitando la carta en el aire, sin darse ni miaja de cuenta de que el lacre estaba abierto y luego arreglado—. Tienes que salir poco después de la una. Elegantemente tarde será mejor.

—*My Lady*, ¿puedo saber lo que dice?

Lo cierto es que me proporcionó un pequeño placer poner a prueba su sinceridad.

—No es nada de importancia. —Bostezó nerviosa, cogió a Bengo y lo estrechó contra sus pechos repletos de leche—. Y tú no debes dejar que te mangonee. Parece que mi tío ha descuidado avisar que preparen la villa. Pero si el conde quiere que te hospedes en su casa, dile, por ejemplo, que estás demasiado exhausta y prefieres estar sola.

—*Exhausta* —repetí, probando aquella palabra.

—Porque no quieres alojarte con él, ¿verdad?

—No, por Dios, Señora. Que se vaya al diablo.

—Así me gusta. Pero intenta decirlo con un poco más de cortesía.

—Excelencia, permítame confesarle que estoy demasiado exhausta...

En ese preciso instante Jesmire entró con estruendo y mi señora se distrajo dándole indicaciones.

—¿Para qué es eso, *My Lady*? —pregunté al ver una gran jarra de agua caliente.

Me contestó que debía lavarme el pelo y mi persona. Eso no me dejó nada contenta, pues todo el mundo sabe que el lavado deja entrar la pestilencia, en particular el lavado de la cabeza.

—Y además necesito que los sesos me funcionen con rapidez —respondí, indignada—. Y que conste que me la lavé hace tres meses.

—Necesitas que tu bonito pelo lo distraiga de tu mala boca —contestó mi señora desde la cama.

Pero ella aún no lo había tratado con Jesmire, que había estado parlotando por lo bajo y dando pisotones con sus piecitos mientras iba de acá para allá llenando la bañera.

—Vamos, Jesmire. Lave a la muchacha —ordenó Lady Carinna.

—No pienso hacer semejante cosa. A lo mejor me pega algo.

—Empieza tú, Biddy. Jesmire, quédese aquí.

Me fui y miré detenidamente la bañera que estaba en el cuarto de vestir. No me apetecía poner en peligro mi salud dejando que me entrasen miasmas en la piel, de manera que mojé una manopla y empecé a frotarme los brazos. Aquello me resultó frío y desagradable. Estaba segura de que los males estaban entrando en mí. En el otro cuarto oí a mi señora decirle a Jesmire que, por ella, como si se volvía andando a Inglaterra. Dejé de lavarme, pues frotarme el brazo era lo más que había hecho, cuando Jesmire llegó resoplando a la habitación.

—Tú, entra en esa bañera —me espetó. Y me metió de un empujón sorprendentemente fuerte.

Ahora me tocó a mí quejarme.

—¡Mire que me voy a morir, maldita sea! —chillé.

En verdad aquello estaba tan caliente que me sentí como un cerdo escaldado. Entonces Jesmire le dio a mi pelo una buena zurra, tironeándolo como si fuese una madeja de lana llena de nudos y frotándolo con aceite. Yo estaba débil como un becerro recién nacido cuando salí a duras penas. Sólo Dios sabía si iba a sobrevivir. Gracias al cielo, por lo menos me esperaba una camisa calentada, que me puse enseguida.

El peinado fue lo peor. Yo había visto con mucha frecuencia cómo daban tormento a mi señora, pero ahora era yo la que tenía los rizadoros de arcilla siseando, y era de las raíces de mi pelo de las que tiraban. Francamente, si

de veras Jesmire buscaba trabajo podía presentarse para un puesto de torturadora principal del rey. Luego me infló y me cardó la cabeza hasta que creí que iba a echarme a llorar como un niño de pañales. Todo el rato mi señora dirigía la operación desde la cama, y por fin mis labios quedaron cubiertos de carmín y tuve un lunar negro pegado en lo alto de la mejilla, justo debajo de un ojo.

A continuación mandó a una aturrullada Jesmire a que fuese a mi hatillo a por mi vestido color rosa rojizo. La cara de aquella marrana era el mismísimo pasmo en persona cuando volvió. Pero antes de ponérmelo tuve que dejar que me atase dentro de la cotilla nueva: de satén color rosa era, armada con ballenas, con moñas azules en el pecho.

—Aguanta la respiración —dijo en tono de queja Jesmire, esforzándose por tensar los cordones.

Lentamente, las tripas se me estrujaron como si fuesen queso de cerdo metido en una prensa. Estaba tiesa como una baqueta de fusil. Tenía la cintura delgada como un atizador, y las teticas se me salían como dos melocotones justo debajo del cuello. Luego me ató a la cintura el tontillo con una funda de lienzo. El vestido tardó una barbaridad de tiempo en quedar bien, pues hubo que sacarle las costuras de las mangas para que ajustasen en mis musculosos brazos.

—En tiempos mi tío me mandaba vestirme con... con trajes así de bonitos para que me admiraran sus amigos —dijo mi señora con voz abatida—. Eso halaga a una muchacha, a una jovencita por lo menos.

Después, volviendo a su aire de costumbre, me ordenó:

—Deja que te vea. Levántate las mangas.

Hice lo que me mandaba.

—Eso parece una cicatriz nueva.

Era un verdugón de un rosa amoratado, brillante como el tafetán, justo debajo del codo.

—Muchacha estúpida, te dije que te mantuvieras sana. ¿Es que tengo que pensar por todo el mundo? Jesmire, ve a por mis mitones blancos.

Me puse aquellas largas cosas de seda, como finas medias sólo que con agujeros para los dedos. Me sentía como un cerdo en un saco, pero imaginé que eso impediría que menease las manos. Mi señora dio instrucciones

sobre unos cuantos adornos finales: una cinta de seda rosa con volante de encaje al cuello, y un bolso que contenía un abanico de marfil y un tarrito de bermellón para retocarme los labios.

Al fin permitió que me viese en el espejo. Y la verdad era que estaba completamente transformada como por arte de magia. Había algo en los dedos picados de aguja de las corseteras lionesas, algo en la viejísima habilidad del zapatero que había cosido mis zapatos de lazo, algo en los volantes y en la preciosidad y el brillo de mi atavío..., porque allí estaba otra mujer estirada y airosa, envuelta en seda y en distinción y en dinero. Mi propia mama se habría tirado de cabeza a una cuneta para dejarme paso.

Miré a mi alrededor, completamente aturdida. Mi señora me observaba con gesto la mar de engreído y ufano. Sólo me di cuenta de que Jesmire se había escabullido cuando oí un atronador estruendo en la escalera.

Las botas del señor Pars retumbaban más fuerte a cada peldaño. Retrocedí hacia la ventana cuando llamó a la puerta y luego la abrió de un empujón.

—*My Lady*, un momento, por favor...

Tenía la cara oscura de ira.

Entonces el viejo Pars me vio. Varias expresiones pasaron por su semblante: primero de disculpa, mientras hacía amago de inclinarse y decía «Señora, perdonadme» en tono pesaroso. No me conocía. Luego se quedó mudo y receloso, al tiempo que entornaba los ojos y miraba fijamente mi cara, tratando de descifrar mis facciones. Por último, me reconoció.

Se volvió hacia mi señora, con aspecto de poder estrangularla con toda tranquilidad en la cama.

—*My Lady*, permitidme... ¿Esto es una broma?

—Ella va a ir a por la llave —respondió Lady Carinna, más fresca que una lechuga.

—¿*Ella*? Vaya, pues yo...

La voz de mi señora lo interrumpió, muy decidida y firme.

—Él la espera a ella. A mí. A una mujer.

—Acaso, *My Lady*, si le dijerais que estáis indispuesta...

—Vendría él a verme.

Al señor Pars se le habían subido los colores desde el mentón. Se tensó como un toro, a punto de estallar de cólera.

—Biddy no, *My Lady*. No irá usted a mandarla a *ella*, ¿no?

Y apuntó con el dedo hacia mí como si yo no fuese más que un montón de estiércol.

Mi señora se encogió de hombros.

—Pasará la prueba, usted lo sabe.

El señor Pars, mientras tanto, tenía un ataque de furia, aunque se veía sujeto, con mucho esfuerzo, por la necesidad de al menos parecer cortés con mi señora.

—Escuche, el conde me espera a las dos —le dijo Lady Carinna en tono enérgico—. Le aseguro que Biddy es una imitadora asombrosa. E incluso a usted... —y al decir esto se mofaba cruelmente— lo ha engañado durante todo un minuto.

Él volvió a mirarme con gesto severo y dio una vuelta a mi alrededor, escudriñando hasta la última uña y el último volante. Luego se me acercó mucho y jugueteó con el encaje que yo llevaba al cuello.

—Pensaba que había una persona en quien podía confiar —murmuró, tan bajo que las otras no lo oyeron.

—Pero señor Pars, señor... —empecé a decir, deseando explicarle que esta impostura no tenía ni miaja que ver conmigo.

Pero él se apresuró a mirar de nuevo a mi señora, hizo una profunda inclinación hacia donde ella estaba y salió dando grandes zancadas antes de que yo pudiese añadir una palabra. La puerta se cerró y todas nos quedamos mudas de sorpresa.

Por fin mi señora bostezó y dijo:

—Ya casi es la hora, Biddy. Ahora ve a por esa llave, ¿comprendes? Ni se te ocurra siquiera hacer payasadas.

—Querida mía, jamás desearía decepcionaros —contesté con mi voz de más alto rango.

Y sin hacerle siquiera una reverencia, me limité a bajar la escalera tiesa como un palo y a pedirle al señor Loveday que me subiese al coche.

XXV

VILLA MONTECHINO

Cuaresma, marzo de 1773

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ *Vino viperino* ~

Para hacer un potente licor con el fin de prolongar la vida y fomentar la vitalidad es menester ahogar varias víboras en el vino y beber según se necesite.

Una receta del conde Falconieri de Montechino, 1773

Cuando la villa se perdió de vista di unos golpes en el techo y le dije al cochero que se detuviese. En un abrir y cerrar de ojos el señor Loveday había bajado gateando de su estribo y había entrado a sentarse conmigo.

—Tengo que hablar con alguien —dije cuando el coche se puso en marcha de nuevo—. Porque me parece que el señor Pars cree que ando tramando algo contra él o algún disparate semejante.

El señor Loveday asintió y contestó:

—Señor Pars, él no paz dentro de él.

—Sí, me dijo en voz baja al oído una cosa horrible.

Miré por la ventanilla y vi que íbamos a buen ritmo. No había manera de parar en seco mi destino ya, pues el coche empezó a meterse por un camino sin baches y a ambos lados de nosotros se descubrían muestras de una propiedad bien cultivada. Comencé a tirarme del elegante vestido y de los cordones. Me daba la impresión de que no volvería a respirar mientras aquella cotilla me dejase sin miaja de vida a fuerza de estrujarme. Demasiado pronto doblamos rápidamente la curva de una avenida de entrada y vi un edificio la mar de historiado puesto en la cima de una colina, con las ventanas que parecían mirarme desde montones de hojas de vidrio. Bajando en desnivel delante de la villa había tramos de escaleras todas adornadas con estatuas que se retorcían y fuentes que echaban chorros y otras zarandajas. Todo era muy lujoso y muy elegante y muy aterrador.

—Ay, señor Loveday, debe usted ayudarme —dije.

Pero al instante nos detuvimos con una sacudida, y un empelucado lacayo abrió la portezuela del coche.

Me las arreglé para seguir al fulano hasta un enorme vestíbulo que parecía una iglesia, y la súbita penumbra me dejó aturdida. El tontillo de la falda me incomodaba también, pues yo no estaba acostumbrada a tener dos condenados y enormes cestos colgando de la cintura, que no paraban de

chocar con las puertas y las barandillas. Aun así, me las arreglé para subir la escalera con cierto trabajo y, mientras respiraba boqueadas de miedo la mar de cortas, me hicieron entrar en el salón del conde. Él esperaba al otro extremo de la habitación: un viejo vivaracho y arrugado, vestido con una casaca dorada y zapatos de lazos, que se puso de pie para recibirme con una empalagosa sonrisa pegada a la cara.

El lacayo detuvo al señor Loveday, de manera que me quedé completamente sola. Creo que esos pasos por aquel suelo inmenso y reluciente y llevando aquel bamboleante vestido fueron los peores que he dado en toda mi vida. Veía al conde al otro lado de la dorada habitación, de pie con los marchitos brazos tendidos para... ¿qué? ¿Para estrecharme los dedos? No podía pensar con claridad. Por fin llegué junto a él y él se llevó mi mano a los labios. Su beso fue tan húmedo y resoplante como el de un lechón. Sentí un enorme deseo de limpiarme el hormigueo de saliva en las faldas, pero logré contenerme.

—Carinna —dijo, con una voz que rebosaba encanto zalamero—, siéntese, siéntese. Querida niña, qué alegría contemplarla. ¿Tomará usted un pequeño refrigerio?

Tocó una campanilla de plata y el lacayo se acercó, y luego se marchó haciendo una inclinación. El conde tal vez fuese viejo, pero su rostro era vivaz como un arrendajo mientras él se regalaba la vista pasando sus brillantes ojuelos por toda mi persona.

—Excelencia, es usted demasiado amable.

Incliné la cabeza un poco. Ay, Señor, bajo su intensa mirada de pronto me acaloré como un horno bien cebado, y supuse que debía de hacer juego perfectamente con mi vestido color grana. De manera que metí la mano en el bolso para buscar el abanico, pero estaba tan aturdida que no supe abrir el complicado cierre.

—¿La ayudo a usted?

Empezó a enredar con él, todo el tiempo rondando muy cerca y dándole a mi mano un frío y húmedo estrujón.

—Oh, da igual. —Aparté el abanico de un tirón y entonces recordé que debía ser cortés—. Vaya, gracias, señor.

—Señor no —repuso en tono alegre—. Mientras esté usted aquí yo hago las veces de su amado tío. —Dio un par de sacudidas al abanico y éste se abrió, de manera que entonces tuve que menearlo un poco—. Vaya, si casi me parece conocerla, *carissima*. Sólo que Quentin no me dijo que era usted una criatura tan... tan adorablemente sencilla. Bueno, sé que ustedes las damas hablan un idioma con los abanicos. ¿Cuál es el mensaje que transmite usted con tanta vehemencia?

Paré en seco el abanico.

—Placer —respondí en tono animado—, porque nos conozcamos por fin.

Y solté el abanico como si fuese un hierro caliente y crucé las manos.

Un lacayo puso las cosas del café en una mesita. Había una cafetera de plata envuelta en un paño blanco y una bandeja con las tazas, de porcelana de flores, fina como el papel, y pensé: «Que Dios me asista, ¿es ésta mi primera prueba, servir un refinado plato de café?». Entonces, por supuesto, el criado se ocupó de ello y yo sólo tuve que quedarme sentada allí, tesa como el peltre de Londres, y dejarme atender.

—Ah, el fruto árabe —exclamó el conde—. ¿No adora usted esta vivificante ambrosía?

Estuvo parloteando sobre el café durante un rato, de manera que yo me dediqué a mirar los paneles de marco dorado que cubrían hasta la última pulgada de las paredes y el techo. Casi todos estaban pintados con cuerpos desnudos, mujerzuelas de grandes ancas y hombres peludos. Asentí con la cabeza y di un sorbo al café. Estaba tan fuerte que casi me dejó la boca en carne viva. Prefiero mil veces una taza de té como Dios manda.

—¿Lo encuentra estimulante para los nervios? —dijo mi anfitrión, con mucho cabeceo de la arrugada carilla—. Ah, Carinna, qué placer me proporciona darle la bienvenida aquí. He preparado el cuarto rosa para uso de usted.

—Pero, señor... Excelencia...

—Queridísima niña, llámeme Carlo.

Me apretó la mano con los dedos y los dejó allí, atrapándomela del todo.

—Yo no puedo... Carlo. —Meforcé por bajar la voz, de pánico de verdulera a dama fina—. Una de mis pobres sirvientas está enferma. No

puedo dejarla toda la noche.

—¿Una criada? —Se estremeció—. No se preocupe de las criadas, Carinna. Deshágase de ella. Coja otra.

Y eso sí que en verdad me desconcertó. De manera que las cosas eran así de sencillas, y dicho por él mismo. Les importábamos lo mismo que una taza rota, que se tira a la basura y se sustituye.

El señor Loveday tenía razón al considerar que el conde hablaría de manera florida, pues de mí sólo necesitaba risillas tontas y sonrisas. Después de haberme soplado un buen montón de sandeces sobre su carísima villa y lo tremendísimamente noble que él era, empezó a mover las chinelas de brocado rojo que le bailoteaban en la punta de los pies y dijo que debíamos dar una vuelta por el parque. De manera que tuve que tomarme de su flaco brazo, aunque eso suponía darle empujones con el tontillo, algo que casi me hacía resoplar de risa. Me pareció más seguro andar detrás de él, observando sus torcidas piernas metidas en las medias dar apresurados pasitos, y la parte de atrás de su peluca blanca oscilar aquí y allá mientras él señalaba con el dedo todos sus tesoros. A continuación tuve que subir y bajar penosamente por las terrazas y entrar en el *grotto*, una especie de cueva donde las gotas se quedaban colgando en el techo como tripas petrificadas. Aquello por lo menos era interesante, pues en el interior había unos cuadrados de hielo lo bastante grandes para cenar en ellos.

—¿Son para helados? —pregunté.

—En efecto. Son la *specialité* de mi cocinero, Renzo. —Y aprovechándose de que yo estaba medio atascada en la estrecha cueva, de repente me ciñó la cintura con el brazo—. Tengo en preparación una cena de lo más deliciosa para usted, Carinna —me murmuró al oído, con un aliento que olía a humedad como un cofre mohoso—. Y después de eso, un lecho de suaves sedas...

—Señor —dije, y me zafé para mirarlo de frente—, si quisiese darme la llave... He de despedirme de usted.

El viejo se mantuvo firme, con los ojos igual de centelleantes.

—No puede usted vivir en aquel lugar inhóspito —respondió con energía, haciendo una mueca como un niño mimado—. Yo la agasjaré

aquí. Y le aseguro a usted —añadió en un repulsivo tono mimoso— que conservo todo el vigor necesario para agasajar a una joven dama.

Y el fulano canijo me miró directamente a los levantados senos.

—Me parece que no —respondí, sacudiéndomelo de encima—. La llave, si me hace usted el favor.

—Ah, Carinna, la resistencia no hace sino fortalecer mi resolución.

Dejó ver una amplia sonrisa, como un cachorro pesado. Luego levantó el dedo para dibujar una atrevida raya que subía derecha por el fruncido canesú hacia mis teticas. Le di una palmada al instante.

—Veo que será usted una amante cruel —dijo, como si se alegrase del reto.

Me aparté de un vaivén e hice todo lo posible por levantarme las enormes faldas para volver a subir los escalones del *grotto*. Resultaba que aquel condesillo era un puñetero calavera en verdad.

Lo siguiente en el paseo fue la cocina del conde, una enorme y blanca mazmorra que quedaba por debajo del suelo. Las paredes relucían con hileras de cuchillos de acero y ganchos donde colgaban cadáveres color carmesí. Me pareció la cocina más horrible que había visto nunca, todo lo contrario de una acogedora cocina llevada por una mujer. Una docena de criados se inclinaron ante el conde y luego volvieron a sus tareas con evidente entusiasmo. El jefe era un fulano joven y corpulento cuyo orgullo era tal que apenas se dignó levantar la mirada de su fino trabajo de cortar. Ciertamente que la vista apenas podía seguir el movimiento del cuchillo mientras él rebanaba y picaba como un espadachín en una feria.

—La más grande sabiduría de la era clásica es el tratado de Plinio acerca de la carne de víbora —dijo el conde, enseñando sus pardos raigones—. Su criada enferma de usted haría bien en beber mi vino viperino. Es un cordial muy beneficioso. Renzo, prepara una botella para su señoría.

Para mi sorpresa el cocinero asintió con un hosco movimiento de cabeza, y me pregunté si nos había comprendido.

El conde volvió a sonreír.

—Ah, Renzo también habla algo de inglés. Le ofrecí un enorme soborno y se lo quité al duque de Clathemore. Te hice un favor, ¿verdad, Renzo?, al

rescatarte de aquellos primitivos asadores ingleses y aquellos paños de pudín...

El cocinero alzó la vista con una torcida sonrisa. Estaba claro que los bribones estaban acostumbrados a bromear con la comida inglesa. Hice un impaciente recorrido por la cocina y divisé varias máquinas ingeniosas. Pero antes de poder preguntar para qué servían oí que el insufrible cocinero se mofaba en tono de escolar:

—... ingleses. He de recordar cómo se quemaba la carne.

¡Qué *bombastinado*! En ese momento el conde me llamó para que examinase una enorme tina metálica. En el interior estaban unas repugnantísimas serpientes que se retorcían y se enredaban dando horribles saltos para huir de su prisión.

—¿No le dan miedo mis voluptuosas bestias, querida Carinna? —preguntó el conde con una jadeante risa aguda.

—¿Miedo? No, estoy decepcionada —contesté rápidamente—, si ésa es la idea que tiene su cocinero de la buena comida.

Sorprendí al rufián del cocinero dirigiéndome una mirada descarada y pensativa. Me pareció el pillo más presumido que había conocido nunca.

—¡Renzo! Esta noche no olvidarás servirme mis víboras, ¿verdad? —dijo el conde cuando nos marchábamos.

—Las tengo muy presentes, excelencia —exclamó el cocinero con súbita energía—. Nunca las habréis tomado aderezadas de modo más exquisito.

«¿Y yo?», pensé. «¿Me gustarán a mí también esas resbalosas serpientes?». Pero sin la llave no tenía más remedio que probarlas.

Nuestra cena *íntima*, como la llamó el conde, se sirvió en un aposento sin ventanas todo adornado con un florido jardín hecho de cera de colores. Para gran consternación mía, justo cuando apareció Loveday el conde volvió a ordenarle que se fuese.

—Qué plaga son los criados —dijo—. No necesitamos que nadie nos observe. Dígame, ¿le gusta a usted mi último juguete?

Señaló el montaplatos, una especie de ventana condenada que tenía dentro una repisa giratoria. «El colmo de la perfección», añadió, «un lacayo mudo». Me limité a esbozar una afectada sonrisa, pues me pareció un

insulto hacia todos nosotros, los criados, que hemos recibido la bendición del don del habla. Cuando él tocaba una campanilla de plata la bandeja se retiraba mediante una cuerda al sótano y, minutos después, volvía cargada de comida.

Confieso que estaba la mar de inquieta en la mesa. «Siéntate derecha, no te quedes callada como un pasmarote ni desmenuces la comida, actúa de manera cortés», me repetía recordando *La joya de la cocinera*. El decorado era estupendo: cubertería de oro, incienso quemándose y unas ingeniosas cajas metálicas con velas escondidas para mantener la comida caliente. Malditas sean las guirnaldas, casi estaba a punto de tomar un sorbo de un plato de agua que estaba junto a mi copa cuando el conde se enjuagó los dedos en el suyo y se los secó en un paño de lino.

No tardé mucho en descubrir cuál era el tema de nuestro menú. El primer plato eran ostras, crudas del todo y en las conchas, con la primera copa que me tomaba en mi vida de vino de Champaña, que me burbujeaba en la nariz. Mi acompañante hizo comentarios subidos de tono sobre los fríos besos de las ostras y su desnudez sin aderezar, mientras se relamía el salado jugo de los labios y se ofrecía a hacer lo mismo con los míos. ¡Pero qué papanatas! Luego vino una sopa de tortuga servida en una enorme sopera con forma de muchacha desnuda, después un esturión. Como cualquier zote habría entendido enseguida, el banquete pretendía tener lo que se llama un efecto provocativo... Y qué cuentos son tales ideas, pues jamás me había sentido más casta.

—Por fin, la carne de víbora —dijo el conde, al tiempo que comía con buen apetito las redondas y rosadas lonchas de carne.

—¿Víboras? —repliqué, masticando tan tranquila. Habría apostado a que era un ave disfrazada con una fuerte salsa—. Están buenas —dije, mientras me servía otro pedazo de la fuente.

—Por lo que su tío contaba de usted, me sorprende ver que come usted con tanta... energía. Y, sin embargo, qué fascinante es el gusto por la comida en una mujer. Su esposo, eh, apuesto a que no tiene energía para seguirla.

Boquiabierta, alcé la vista del plato de mi cena. Ay, Señor, se me había olvidado que yo debía ser una mujer casada.

—En mi opinión tiene energía suficiente —farfullé.

Él alzó las cejas al oírlo.

—¡Ja! Entonces, ¿por qué abandonarlo tan rápido? ¿Ha probado usted por primera vez la carne... pero aún no está del todo satisfecha?

Sus ojos claros de color del *brandy* se clavaron en mí y me desconcertaron una barbaridad.

—Estoy segura de que esto es alguna clase de ave —contesté, confiando en distraerlo.

Pinchó un trozo, se lo metió en la boca y masticó despacio.

—Maldito sea el canalla, tal vez tenga usted razón. Oh, tener que soportar a semejante cocinero gentilhomme, tan lleno de su propia grandeza.

Se levantó y gritó «¡Renzo!» por la trampilla.

—¿Dónde están mis víboras? —preguntó en tono imperativo el conde minutos después, cuando el cocinero se inclinó ante él—. No puedo comer estas cosas femeninas.

Con hastío, empujó el plato a un lado.

El cocinero se puso tenso y luego dejó muy quieta la cabeza de cuadrada mandíbula. Yo conocía aquel gesto: era el que yo empleaba cuando Lady Carinna o el señor Pars me reprendían. Pero el cocinero al menos tuvo el valor de protestar.

—Excelencia, siempre me esfuerzo por experimentar, por mejorar vuestros platos. Con éste he intentado...

—¿Intentado qué? ¿Desobedecerme? Malditos seáis tú y tus experimentos. Te pago mucho dinero para que pongas fuerzas vitales en mi comida. ¿Qué me importa a mí el sabor?

El *signor* Renzo volvió a componer el semblante, de sorprendida afrenta a rígida ausencia de expresión.

—Ahí están las víboras —respondió con frialdad, señalando los discos de carne color rosa.

Me quedé mirándolo boquiabierto, pues la carne no tenía ningún regusto parecido al pescado. Había leído en *La joya de la cocinera* que las serpientes saben como las ranas, que yo recordaba bien de Francia.

—¿Está usted seguro? —pregunté—. Éstas son pechugas de palomino, creo. Y sin duda el sabor de la salsa es algo distinto por completo. Lo tengo en la punta de la lengua. ¿Qué es?

El *signor* Renzo parpadeó, pero no cambió su vacía expresión.

—*My Lady*, el mayor tesoro de un cocinero son sus secretos.

No daba crédito a aquello, el redomado bribón se negaba a decirme su receta.

—¡Olvidas, Renzo, que los secretos de un cocinero pertenecen a su señor! —vociferó el conde.

Mientras los dos discutían pinché con el tenedor otro bocado del plato desechado del conde y le di vueltas con la punta de la lengua. Había un fragante aroma en la salsa, que menguaba y crecía con un ligerísimo sabor a mar. Entonces recordé mi visita a la confitería de Londres con el señor Loveday. ¿Qué había dicho él? «Todo mi pueblo destruye estas cosas». ¿Cómo había podido olvidarlo?

—Señor, creo que sé lo que es.

El cocinero me dirigió una mirada la mar de ofendida. El conde no se lo quiso creer tampoco.

—Mi querida niña, ustedes los ingleses tienen muchas virtudes, pero me temo que la gastronomía no es una de ellas.

Aquel curioso sabor no dejaba de florecer en mi lengua, intenso y extraño como una flor del océano. Yo lo había olido de nuevo en la farmacia de Turín. El cocinero me echó una mirada de contenido desdén.

—¿Su secreto es el ámbar gris? —pregunté con la más dulce de las sonrisas.

Fue un placer ver que el fanfarrón hacía una pequeña y cabizbaja inclinación.

—Señoría, me rindo a vuestro paladar.

—¡Ja! No te enfurezcas tanto, Renzo —lo aguijoneó el conde con regocijo—. Lady Carinna es demasiado cortés para mofarse de ti. ¡Pero te ha pillado! Vivirás para lamentarlo.

Fue entonces cuando me di cuenta de las consecuencias de haberle tomado el pelo al cocinero. A pesar de toda su vanidad era un criado como yo, y lo había metido en un lío.

—Un ámbar gris tan fuerte —añadí— que enmascaraba por completo lo que ahora noto que es el sabor de las víboras.

El cocinero se inclinó ante mí con una chispa de complicidad en la mirada.

—Bah —dijo el conde, y soltó un resoplido—. Lo dudo. Mi querida Carinna tiene un corazón extremadamente blando para con los criados.

Tras recibir la orden de marcharse el cocinero nos dejó, pero después de interrogar con vehemencia a un lacayo que estaba junto a la puerta, se volvió a mirarme con expresión perpleja.

—*Signor Renzo* —lo llamé, haciendo que se pusiese firme de un salto—. ¿Está preparado el licor de víbora? He de partir pronto.

Aquello hizo que el fulano frunciese el ceño y trotase de vuelta a su cocina. Y de pronto se me ocurrió un pensamiento travieso: que no tardaría en aficionarme a decirles a otros que cumpliesen mis órdenes.

Cuando se hubo marchado, el conde me agarró la mano y empezó a soltarme irritantes súplicas.

—Carinna, no puede usted dejarme...

Y al hacerlo me rodeó la cintura con sus brazos y trató de darme un beso.

Yo retrocedí para apartarme.

—¿No conoce usted el dicho —respondí en tono pudoroso— *No me hagas besar, y no me harás pecar?*

Sus párpados se entornaron, de manera que se le puso cara de oveja con mal de amores.

—Qué idea tan deliciosa. ¡Pecar de nuevo! En cuanto a sus lindos deditos...

Y cogió una de mis manos, dura como una muela de molino, y se la puso en el muslo, que parecía el de un pollo.

De pronto me harté de aguantar toda aquella falsa afectación.

—Es usted un verdadero viejo verde, ¿no es así? —dije.

Aquel malicioso centelleo le iluminó los ojos otra vez.

—¡Pero tan fácil de contentar!

Lo siento, pero no pude evitarlo. Como la boba que era, me eché a reír a carcajadas, olvidando todos mis acentos estirados. Qué triste bribón viejo

era aquel fulano del conde, igual que cualquiera de los que pellizcaban el trasero en una taberna de pueblo.

—Carinna, fíjeme usted el precio. Se lo pagaré —dijo con un vivo resuello.

Le aparté el brazo de una palmada.

—Déjeme en paz.

—Imposible. Y además tengo...

—La llave —lo interrumpí—. Y además ya estoy muy exu... exhausta. Y le aseguro que no tengo intención de alojarme aquí con usted —añadí, muy firme.

—Bien —contestó en tono arrepentido—, acaso sea un poco pronto. Lo cierto es que bastarán unos cuantos besos en presencia de otros ojos. Mi hermano llega aquí la semana próxima. Mi orgulloso y engreído hermano menor.

Suspiré, comprendiendo por fin algo de la vanidad de un viejo.

—¿Quiere usted decir que un poco de parloteo delante de la gente servirá?

Él asintió con entusiasmo.

Puse mi cansada sesera a trabajar y la cosa me pareció la mar de inocente.

—Muy bien —le dije con cautela—. Accedo a coquetear con usted en público. —Él asintió muy animado—. ¡Pero ojito, que no serán más que apariencias! Y si me da la llave ahora mismo.

El conde cumplió lo prometido. Y cuando su lacayo se presentó con una gran llave de hierro y una botella de vino viperino de aquel presuntuoso cocinero, sólo pensé en llegar a la villa mientras confiaba en que Carinna jamás tuviese que enterarse del pequeño precio que yo había pagado.

XXVI

VILLA OMBROSA

Cuaresma, marzo de 1773

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Pastel de maqueroni ~

Se cuecen los maqueroni hasta que están bien tiernos y se ponen en un colador para que escurran. Luego se ponen en una sartén con un cuarto de pinta de nata y un pedazo de mantequilla envuelto en harina y se dejan hacer unos cinco minutos. Se añade una picada de hojas de salvia si se desea. Se vierten en un plato y se cubren con queso parmesano y se tuestan con una placa de hierro bien caliente hasta que estén. Se sirve en un plato calentado porque se enfría enseguida.

Como lo hace Biddy Leigh a la manera italiana, 1773

Todos estaban levantados esperándome cuando volví a la casa de huéspedes. ¿Qué podía decir, sino afirmar que el conde había mantenido la llave fuera de mi alcance?

—¿Has estado bebiendo licor? —preguntó el señor Pars después de olisquear ruidosamente cerca de mi cara.

—Bueno, nadie me dijo que debía beber sólo té —rezongué yo.

—Ahórrate las palabras, Biddy —me espetó con brusquedad mi señora al tiempo que se dirigía hacia la puerta—. Pars, llame al cochero. ¡Venga!

De manera que, todavía vestida con mis elegantes trapos, tuve que volver a meterme toda apretada en el coche. Luego nos marchamos, trotando por negros caminos con la única luz del farol del carruaje para vislumbrar por dónde íbamos.

Eran las tres de la madrugada cuando llegamos a la villa, y yo estaba a punto de desmayarme de cansancio. Lo primero que vimos fue una portada de hierro alta como una casa que chirrió como un gato al que estuviesen torturando cuando el señor Pars consiguió abrirla. Ante nosotros había un largo camino de entrada que a ambos lados tenía árboles envueltos en la oscuridad. Mientras pasábamos entre ellos sus hojas secas parecían inclinarse a susurrar como dos hileras de chismosos bisbiseando. Al mirar por la ventanilla por poco me muero del susto al ver un pálido cuerpo agachado en la hierba, pero cuando el farol lo iluminó vi que sólo era una estatua, un feo vigilante picado de viruelas que no tardó en volver a hundirse en la noche.

Por lo que yo veía, era una casa imponente, con la fachada lisa y blanca a la luz de la luna y ventanas con persianas de madera. Después todos salimos pesadamente a la grava, y alguien descolgó el farol. Durante un buen rato el señor Pars bregó con la llave y maldijo la enmohecida cerradura. Por fin la forzó y se abrió la puerta y todos entramos en tropel.

Al primer golpe de vista no me gustó el sitio ni miaja. ¿Habíamos venido hasta tan lejos para esto? Buscamos velas y, despacio, la villa fue apareciendo a trozos: un frío salón principal, un comedor que olía a humedad y a cerrado, un vestíbulo. La cocina resultó la mar de decepcionante. Había un hogar y un horno desvencijado, pero ni rastro de las modernas hornillas de carbón de leña a las que me había acostumbrado en Francia. También había rastros de sabandijas, y no tardé nada en sentir el leve cosquilleo áspero de una cucaracha subiéndome por la fina media. Era preciso frotar y restregar todo aquel pozo hediondo antes de que me plantease siquiera guisar allí. Buscando a tientas en la antecocina sólo encontré dos sartenes, y las dos estaban negras de grasa rancia.

Luego no hubo más remedio que descargarlo todo para dejar que el cochero se fuese a su alojamiento antes de que nos durmiésemos todos de pie. Yo seguía sin estar contenta, aunque me quedé con un pequeñísimo aposento de la parte trasera que daba justo al huerto, con paredes encaladas y encaje grisáceo en la ventana. Dormí mal, despertándome cada tres horas para asustarme con las sombras que proyectaban los baúles amontonados y los muebles cubiertos de sábanas. En la confusión de la duermevela me pregunté cómo había escogido Carinna este malsano lugar para tener a su hijo.

La mañana siguiente todo tenía un aspecto menos siniestro, pero también más puerco. Luego estaba la peste, que mi olfato de cocinera me indicó que era mugre enconada en las mismas tablas del suelo. Encontré una bomba de agua clara en el patio de la cocina y encendí un fuego, de manera que al menos tomamos té caliente. Después de servir unos cuantos panecillos correosos, yo y el señor Loveday le dijimos al cochero que nos llevase a comprar al mercado de Ombrosa, que era un pueblo singular construido con antigua piedra gris. Para llegar allí tuvimos que tomar una larga carretera blanca hasta una viejísima capilla con una torre ruinosa y luego, un camino empedrado que iba ladera arriba.

En la cumbre de la colina había una puerta tan vieja que las esculturas de la piedra estaban casi borradas por el tiempo. Más allá entramos en un laberinto de callejuelas, llenas de ventanas con persianas y puertas de dos

hojas de madera, estropeadas y medio podridas. El pueblo me pareció la mar de silencioso y alerta. Éramos forasteros, desde luego, y no pasamos desapercibidos con el oscuro rostro del señor Loveday, que recibió muchas miradas de curiosidad. Pero cuando por fin encontramos el mercado, en una plaza empedrada, era mejor de lo que me había temido. Mi imaginación no hacía más que volver a todos los estupendos platos que aquel vanidoso cocinero, el *signor* Renzo, había preparado. No, me dije, no pensaba ponerme junto a un fuego abrasador con aquel calor italiano para hacer los asados quemados tan reconocidos en Inglaterra. Quería probar la deliciosa comida italiana, y compré salchicha de Bolonia muy especiada, rosadas lonchas de jamón finas como el papel, duro pan blanco y quesos terrosos. También compré los ingredientes de un pastel de *maqueroni* que había visto hacer en una posada, y una nueva clase de verdura llamada *brocoli* que resultó ser mucho más sabrosa que la col. En cuanto a los vinos, parecían bastante buenos y no costaban más que un penique la botella.

Pero a la hora del almuerzo tanto mi señora como el señor Pars me dijeron que querían comer solos. Luego Jesmire dijo que ella almorzaría en su cuarto también. Miré desilusionada la mesa enorme del comedor, que el señor Loveday había encerado como un espejo. Me había imaginado a mí misma preparando refinados almuerzos al estilo del continente, pero me pregunté si nuestro grupo volvería a comer reunido alguna vez.

Una hora después, mientras recogía el almuerzo de mi señora en su aposento, el señor Loveday subió corriendo la escalera como un lunático.

—Lady Carinna, coche y seis caballos entra por verja. Yo cree ese tipo de conde.

Por un instante todos nos quedamos mirándonos boquiabiertos y asustados. Después, como una verdadera pazguata, entró Jesmire, que soltó la caja que llevaba y exclamó en tono regocijado:

—¡Lo sabía, ahora os descubrirán a las dos!

—¡Cállese! No puedo pensar —gritó mi señora, que estaba sentada muy derecha en la cama. Al cabo de un momento se dirigió al señor Loveday—. ¿No puedes retenerlo en la puerta?

Él se volvió hacia mí con gesto tímido.

—¿Qué usted cree, señorita Biddy?

Todos me miraron.

—*My Lady* —contesté—, tengo la horrible sensación de que insistirá en verme.

—Muchacha estúpida —me dijo—. ¿Le has dado esperanzas?

—¡No!

—Chist —dijo en tono crispado el señor Loveday, que había ido a la ventana—. Él justo abajo.

—No me da tiempo de vestirme —intervine, gimiendo.

En verdad llevaba puesto mi peor vestido, con un delantal de arpillera encima prendido con alfileres. Miré a mi señora y ella me devolvió la mirada... Creo que las dos supimos la respuesta en el mismísimo segundo.

Tras levantar las mantas se puso en pie con mucho esfuerzo y fue con trabajo hacia la puerta.

—Métete —dijo, señalando la revuelta cama.

—¿Y Jesmire? —pregunté.

—Venga conmigo, Jesmire, y cállese. Atiende la puerta, Loveday. — Luego se volvió hacia mí y entornó los ojos—. ¡Deshazte de él!

Apenas tuve un momento para quitarme el delantal y echarme una bata de seda sobre mi ropa de criada. Después me solté el pelo, pues lo tenía todo bien recogido bajo la escofieta, y me tendí como un cadáver dentro de la cama de plumas.

En un abrir y cerrar de ojos oí un estruendo en la escalera, y el conde apareció de repente por la puerta en un centelleo de satenes y frunces.

—Mi querida niña... ¿Qué le dije? ¿No le dije que se quedara conmigo? Este sitio es un cuchitril. —Se me sentó muy cerca, en el borde de la cama, y sonrió como un bobo—. Tengo un regalo para usted, *carissima*.

Intenté esbozar una afectada sonrisa y una inclinación de cabeza.

—Es usted demasiado amable.

—Mire, mire. Aquí, junto a la ventana.

Y alargó el brazo para sacarme de la cama. Di un respingo y metí deprisa los brazos bajo las sábanas para esconder los verdugones color rosa. Ay, Señor, ¿no podía dejarme en paz?

—Carlo —dije con aire afectado—, el cansancio del viaje me agobia aún. Todavía no estoy vestida.

—Sólo una rápida miradita a mi regalo, querida.

Me agarró el brazo tan fuerte como una sanguijuela sedienta de sangre. Pero aquello era imposible: si me ponía en pie, me vería la ropa de paño justo debajo de las sedas. Me devané los sesos pensando en qué haría mi señora y luego inspiré hondo. Era hora de tener un berrinche de dama.

—¡Cómo se atreve usted! —grité con mi actitud más malhumorada. La cabeza del pobre fulano se volvió al instante como un colgador de la lumbre—. Aún estoy en el lecho, señor. ¡No tiene usted modales! No estoy presentable para un caballero.

—Pero, mi querida Carinna...

—Va usted demasiado lejos con una dama casada, Carlo. Déjeme un momento, en el nombre del recato.

Fingí un lloriqueo y un secar de lágrimas. Aquello surtió efecto, pues, mascullando disculpas y haciendo infinidad de inclinaciones, retrocedió hasta la puerta y me quedé sola. Soltando reniegos, salí de la cama dando un brinco y miré por la ventana. ¿Qué era aquel fastidioso regalo, demasiado grande como para meterlo en la casa? Allí delante de la villa estaba el coche del conde, un ridículo carruaje todo cubierto de escudos y de dorados, y delante, seis caballos de gran valor. Malditos sean los que galopan, debería decir que había siete caballos, pues junto a ellos estaba una solitaria yegua blanca que un mozo de cuadra tenía bien sujeta.

—Ay, no —gemí.

¿Qué diablos iba yo a hacer con aquel animal? Sólo sabía montar a la manera del campo, a saber, a horcadas sobre un juicioso caballo de granja..., y de todo aquello de las fustas y las perillas yo no tenía ni idea.

Justo en ese momento un desastre aún mayor desvió mi atención del condenado caballo. Había estallado un buen alboroto al otro lado de la puerta y, para mi espanto, reconocí las dos voces que formaban el vocerío: el conde Carlo y mi señora. Empecé a sentir náuseas y volví a meterme en la cama. Apenas me había subido la manta hasta la mejilla cuando irrumpió el conde. Tras él estaba la pobre Carinna, que lo seguía con la cara la mar de demudada.

—¿Ésta es la meretriz que protege usted? —preguntó él, señalando la enorme tripa de mi señora—. He de decir que se trata de una enfermedad muy corriente. ¿Se la contagió un libertino en Londres o un mozo de taberna en París? —añadió en tono muy malicioso.

Gracias al cielo Carinna se quedó muda como un gordísimo barril mientras él la insultaba. Estaba blanca como el papel, pobrecilla, con la impresión de todo aquello.

—Por favor, Carlo —le rogué—. Biddy —usé el nombre, aunque me encogí de vergüenza— es una inocente.

—¡Inocente! He sorprendido a esta buena pieza escuchando por el agujero de la cerradura. Carinna, es usted la inocente. ¿No sabe que los criados son la plaga del mundo? Le implorarán a usted, le robarán y acabarán arrebatándole todo su dinero como los deje. Vaya, mírela. Se le nota en el grosero rostro que es una depravada.

Detrás de él Carinna me suplicaba en silencio.

—Déjela tranquila, Carlo.

Entonces él se encogió de hombros y meneó un poco la cabeza con gesto engreído. Pero ella aún nos oyó cuando el conde se me acercó rápidamente y me apretó la mano, diciendo:

—Carinna, es usted demasiado buena, cariño. Demasiado buena. Su corazón es demasiado tierno.

Luego, por encima del hombro, gritó:

—¡Muchacha! Trae un té inglés.

Ella me miró sin decir palabra desde el descansillo, con los hombros alzados en un encogimiento de perplejidad. Aquella chica no sabía distinguir entre un cacharro para hervir el agua y un molde de empanada.

Fue el señor Loveday quien apareció diez largos minutos después llevando una bandeja de té dispuesta como Dios manda, con leche, azúcar y tazas de porcelana. Al verlo el conde dejó de acariciarme los dedos y de pronunciar discursos empalagosos.

—Bueno, este joven vale diez veces lo que la otra —dijo, observando al señor Loveday mientras mi amigo servía el té con destreza—. Si alguna vez desea usted venderlo, le ofreceré un buen precio.

—No puedo desprenderme de él.

—Carinna, es usted demasiado indulgente. Imagino que a la tez de usted le favorece la piel oscura de él. Se dice que las azucenas lucen más en la mano de un negro. Yo sé de estas cosas.

—Para mí él es más que un adorno —respondí, bebiéndome el té lo más rápido posible para librarme del conde.

—Sí, sí, tengo entendido que su cerebro es casi tan capaz como el de un blanco.

Vi que el señor Loveday hacía un gesto de resignación detrás de la espalda del conde. Tan tensos estaban mis nervios que estuve a punto de reírme.

—Ya es hora de que se marche. Ya estoy harta de usted —dije, al tiempo que dejaba mi taza.

—¡Ah, ese acento, me encanta! ¿Es el deje de Hibernia heredado de sus antepasados?

—Huy, sí —contesté con un bostezo.

A esas alturas me importaba un rábano lo que el badulaque pensase de mí.

Antes de irse insistió en que no olvidase mi cita para aparecer ante su hermano y hacerme la coqueta el sábado siguiente.

—¿Y llevará usted el famoso rubí de su marido? Quentin presume de él de forma tan atroz que he de verlo en el hermoso cuello de usted.

Fruncí el ceño, pero tenía que acceder, ¿no? Aunque en verdad era una petición extraña, y hasta yo me pregunté cómo el viejo petimetre sabía de la joya de Lady Maria.

Por fin oí alejarse el coche y di un gemido de alivio en voz alta, pues me sentía como si acabase de interpretar un papel principal en el teatro de Londres. Sin embargo en mi suspiro también había compasión, pues el conde había dejado bien en ridículo a mi pobre señora delante de todos nosotros. Ahora que no tenía necesidad de mostrarse en público Carinna ya no se preocupaba por tener el pelo bien peinado o pintarse el bonito rostro. Y la mirada que me dirigió mientras el conde me babeaba encima no tenía nada de su antiguo fuego. Yo vi que estaba muerta de vergüenza. Me parece que aquel día fue el momento decisivo de esta historia. Yo y mi señora

habíamos jugado a cambiarnos los papeles y, sin saber cómo, nuestros falsos personajes se habían quedado fijos y ya no podían volver atrás.

Aquella misma tarde el sonido de una llamada a la puerta volvió a alarmarnos a todos. Después de que yo se lo autorizase con una seña, el señor Loveday abrió para ver a un lacayo que enviaba el conde con otro regalo. En ese momento bajó el señor Pars y, al enterarse de que era un paquete, acudió y se quedó mirando con los ojos como platos la brillante sarta de perlas que encontré dentro de una arqueta.

—Hay que ponerlas a buen recaudo en mi caja de caudales —dijo, tanteando su peso.

Casi estampé en el suelo la escoba con que había estado barriendo. El señor Pars se enrolló las relucientes esferas entre los dedos, tan amarillos del tabaco que era como si los hubiese mojado en cúrcuma. Después se apresuró a guardárselas en el bolsillo.

En mi opinión mi señora nunca vio aquellas perlas, pero dio la casualidad de que estaba abajo en el salón cuando llegó el regalo siguiente. Ya cada vez se levantaba con menos frecuencia de la cama, pues le temblaban las piernas, y a menudo se apoyaba en mi brazo mientras miraba a su alrededor con aire sorprendido. Esta vez el conde me enviaba un traje de montar del estilo más magnífico, hecho de terciopelo color verde bosque, con botones relucientes como soberanos y gruesos alamares dorados. Mi señora lo acarició cuando lo puse sobre el sofá, y pensé que jamás la había visto con una cara tan pesarosa.

Estábamos las dos solas, de manera que en voz baja le dije:

—No os preocupéis, *My Lady*. Pronto volveréis a tener figura para ponéroslo.

La pura verdad es que costaba creerlo. En aquel último e incómodo mes de la preñez se encontraba en un estado la mar de lastimoso. Las piernas se le habían hinchado como cabezales, y sus facciones parecían perderse en el abotagado rostro. En tiempos me habría dado un cachete por sugerir que compartiésemos el mismo atuendo. Ahora, mientras ella andaba a rastras vestida con una manchada camisa y una bata de casa, era yo quien iba arreglada siempre por si llegaban visitas.

—¿Y cuenta el conde con que salgas a montar con él?

—Ay, Señor, espero que no, *My Lady*. Aunque con el caballo ha mandado un chisme de esos, una silla de amazona.

Mi señora cogió el vistoso sombrero de tres picos y tal vez se lo hubiese probado, pero sorprendió su triste imagen en el espejo y lo lanzó al sofá.

—Estoy segura de que puedes fingir que, en mi instrucción, mi tío pasó por alto las artes ecuestres. Además, está claro que lo tienes comiendo de tu mano. —Me miró fijamente—. Tienes suerte de que sea un idiota sin remedio.

—Sí que la tengo, *My Lady*.

Carraspeé y me puse a doblar las distintas partes del atuendo: la casaca confeccionada de maravilla, las amplias faldas, la camisola color de perla y el plastrón.

Con gesto débil, ella se dejó caer en una butaca y empezó a morderse las melladas uñas.

—Supongo que este espanto acabará algún día, ¿no? —Se dio unas palmaditas en el vientre y me dirigió una mirada inquieta—. ¿Cuándo diablos terminará esto?

—¿No sabéis la fecha?

—No puedo calcularla.

Al decir esto se le encendió la cara, y yo bajé la vista. Estuve toqueteando el traje un rato, pero ella siguió callada.

—Yo diría que semanas, *My Lady*. Menos de un mes. ¿Llamo a un médico? ¿O a una partera?

—Dios mío, no. —Lanzó una tira de uña ensangrentada a mi bien encerado suelo—. Es un hecho muy natural, ¿verdad? En realidad deseo saber... ¿Tú has estado presente alguna vez?

—¿En un parto? Sí, los de mi madre, muchas veces. Claro que a ella no le costaba ningún trabajo. Se quedaba algún día en cama, nada más, y todo terminaba en un abrir y cerrar de ojos. Pero ella no era una dama como vos, señora. Mirad, no os lo toméis a mal, pero puedo llamar a un médico fingiendo que es para mi... para Biddy, por así decir.

Quizá fue un error decir aquello, hacer mención a que se hiciese pasar por mí. Al instante se echó atrás el grasiento pelo para despejarse la frente

y, con un eco de la antigua polvorilla Carinna, respondió:

—Acabo de decírtelo, ¿no? No hace falta. Dios mío, ¿cuándo terminará esto?

Se levantó con esfuerzo y volvió a dirigirse torpemente hacia la cama.

En cuanto a Jesmire, frunció sus labios de vinagre al ver el nuevo vestido de montar.

—¿Qué diablos vas a hacer con eso? Empeñarlo, me imagino, ¿verdad?

A lo mejor lo hubiese empeñado enseguida, si hubiese tenido la mínima ocasión. Sólo que ahora, en vez de eso, decidí probármelo. Aquella noche cuando todos dormían me levanté y, como pude, me até todos los cordones y me abroché hasta el último botón. Y he de decir que era un atuendo preciosísimo, la mar de perfectamente cosido, y que me quedó como un guante cuando me lo puse. Mientras iba y venía delante del espejo, vi que reflejaba mis ojos verdes y también, pillado en la arrogante hechura, algo de mi carácter.

Pero fue el siguiente regalo del conde lo que en verdad arrimó la chispa a la paja. A los otros no les importó un bledo, pues no podía empeñarse ni venderse. Pero lo que el conde me envió el día siguiente me cambió para siempre la vida.

XXVII



Siempre que los demás no lo necesitaban Loveday se escabullía por el patio y pasaba con cautela por entre los árboles que picaban, cubiertos de púas, hasta la enlodada ribera de un arroyo. Justo corriente arriba, oculto en los árboles, estaba el jardín de piedra. Era un lugar que bullía de vida. El primer día que fue allí encontró un saltamontes verde, con codos como palos y antenas finas como la hierba, tomando el sol en una de las piedras caídas. Por todas partes los mosquitos bailoteaban en agitadas espirales, puntos diminutos que tenía que apartar parpadeando o escupir cuando se le metían en la boca. Aunque la hierba le llegaba a las rodillas, Loveday veía que en tiempos alguien había cuidado aquel sitio. Unas cuantas losas de piedra aquí y allá, algunas derechas y otras tumbadas, le recordaban las rocas sagradas, manchadas de sangre, de su pueblo. Cuando el sol daba de

lleno en las piedras la vibración de su fuerza hacía que pareciera un lugar santo también.

Después, buscando en la exuberante vegetación, dio con una cabaña de piedra. Lo único que quedaba del puntiagudo tejado eran unos puntales entrecruzados y unas pocas tejas torcidas. Verdaderas olas de asfixiante follaje habían crecido por encima y colgaban hacia el interior en frondosos cordones de campanilla. En un rincón cuajado de telarañas encontró una piedra María de ojos ciegos, con las rosadas mejillas descascarilladas como si tuviera una penosa enfermedad. Loveday tardó unos cuantos días en hacerse un pulcro refugio, en tejer ramitas de un lado a otro de los agujeros del tejado y sacar barriendo las arañas y los excrementos de ratón. Por fin, con su guarida limpia y tranquila, empezó a prepararse para el día adecuado de su marcha, cuando el diseño místico de estrellas, vientos y corrientes se cruzara en su debido momento.

Fue a este lugar secreto adonde llevó las cartas que le dieron antes de entregarlas en la casa de postas. Jesmire fue la primera. Tan pronto como ella dio media vuelta, Loveday se escabulló hacia el frescor de su sombreada cabaña. Luego, perplejo, leyó:

Estimado capitán William Dodsley, Rtdo.:

Con inmenso deleite le escribo en respuesta a la averiguación que hizo usted con la patrona del Albergo Duomo de Pisa sobre un ama de llaves digna de confianza. He de declararme una formal solterona protestante de Suffolk, Inglaterra, una dama extremadamente diligente y, si se me permite decirlo respecto de mí misma, sumamente refinada, en busca de colocación. Mis capacidades radican en la labor de aguja, la pasamanería y en algo de colada ligera. También en el arreglo del cabello (de señora, aunque probaría con una peluca) y demás tareas personales, según se precise. Le aseguro que estoy lista para aceptar un puesto de trabajo tan pronto como sea necesario. Haga el favor de dirigir su respuesta con la máxima celeridad a su humilde servidora,

Signorina Amelia Jesmire, casa de postas, Ombrosa

Loveday se echó a reír a carcajadas y se preguntó si aquel tipo se molestaría en contestar. ¿Cuántas veces había escrito ella para pedir colocación desde que salieron de Inglaterra? ¿Siete, ocho quizá? Sólo había recibido una respuesta, y fue para decirle que la señora a quien se dirigía se había marchado hacía mucho.

Cuando volvió de la casa de postas le quedó el resto del largo día por ocupar. Su primer instinto fue hacer un objeto de poder, algo que siguiera los potentes designios de sus antepasados. Mientras limpiaba el suelo había hallado libros de Jesús cubiertos de moho y otros objetos inútiles. Después, como un milagro, encontró un mango de madera que el tiempo había pulido hasta oscurecerlo. En la punta había una delgada cruz hecha de un metal que se había puesto gris y tenía una costra de orín. Reconoció su forma de cuando estaba con *bapa*. Cornelius: la cruz, que era la señal preferida de los católicos. Pero al pasar los dedos por ella Loveday vio una forma distinta. Empleó muchas horas en martillearla, afilarla y moldearla, hasta que se dobló para convertirse en una lengüeta como una media luna. Una vez terminado, Loveday levantó el arpón y sintió placer al notar su pesado equilibrio en el brazo. Cuando se lo lanzó al torcido tronco de un árbol, salió de la palma de su mano más rápido que su propia vista. Era un buen arpón. El poder oculto que había metido en su ser era temible y auténtico.

El día después de que Loveday terminara su arpón, el señor Pars lo llamó para que llevara una carta. El aposento del viejo tenía las persianas cerradas y olía a humo rancio de tabaco y a ropa blanca sudada. El tono amarillo de los entornados ojos del administrador al empujar la carta hasta el otro lado de la mesa perturbó a Loveday. Cogió la carta tratando de no tocar la piel del hombre malo.

—¿Ha habido correo para mí? —gritó el señor Pars de repente.

—No, señor, no correo —respondió Loveday al tiempo que retrocedía y salía como una flecha por la puerta.

Contento de no estar en presencia del administrador, pasó a ver a su señora y luego, despacio, volvió a tomar el camino que llevaba al jardín de piedra para leer la carta en paz. Iba cantando tranquilamente por lo bajo mientras seguía el frondoso sendero cuando de pronto el señor Pars

apareció justo delante de él. El administrador estaba junto al borde del jardín de piedra, apoyado en su bastón.

—De modo que aquí es donde te escondes, ¿verdad? —le dijo a gritos—. ¿Qué haces aquí, si te dije que fueras rápido a la casa de postas?

Loveday clavó la mirada en el suelo para asegurarse de que no revelaría su escondite secreto echando una ojeada hacia la cabaña oculta en los árboles.

—Señorita Biddy —respondió lentamente, sabiendo que ella respaldaría su mentira—, dice a mí busca fruta.

Señaló un grupo de limoneros tempranos.

—A ver si lo entiendo bien: yo te digo que vayas a la casa de postas y tú... —en ese momento señaló el pecho de Loveday con el extremo de su recio bastón— echas a correr de acá para allá buscando a esa pelandusca de moza de cocina. Imagino que también te tiene olisqueándole las faldas, so perro negro. ¡Explícate!

Durante unos instantes Loveday se atrancó en la respuesta. Para su espanto el señor Pars le agarró la manga, se lo acercó de un tirón y trató de echarle un mal de ojo.

—Yo no sabe por qué —farfulló Loveday, y alzó la palma de la mano para protegerse el rostro de la malevolencia del viejo.

—¿No sabes por qué? ¿Eso es lo que intentas decir, animal? ¿No sabes hablar el inglés de Inglaterra?

—Sí, señor, yo habla —contestó Loveday, escapándose.

Justo cuando Loveday retrocedía hasta ponerse fuera de su alcance, el señor Pars dio un manotazo para golpearlo con su largo bastón. Loveday era demasiado ágil para que el golpe hiciera algo más que rozarle la pierna, pero mientras se iba a toda prisa aquello lo dejó temblando. Desde luego el administrador estaba poseído por malvados espíritus *nitú*. Incluso Biddy convenía en que el señor Pars tenía mal ánimo, así que no había duda. Loveday había oído por la noche a los malos espíritus ir de un lado a otro del aposento del señor Pars. Eran espíritus sedientos de sangre que no lo dejaban dormir.

Después de correr por la carretera blanca hasta Ombrosa y de entrar con cautela en el cuarto interior de una taberna, miró fijamente la carta sin estar

seguro de querer saber los pensamientos íntimos de Pars. Lo escrito en la parte de fuera estaba garabateado con desaliño, de forma muy distinta a la letra habitual del administrador. Pero aquello debía de llevar noticias, se dijo Loveday. De modo que, tras armarse de valor y cortar el lacre, abrió de un tirón la carta.

Ozias:

Hermano, si es que aún mereces ese nombre que otorga la sangre, ¿por qué no me escribes? Te pido noticias de forma expresa y sin embargo me las ocultas. Así Dios me asista, hombre, ¿no comprendes que estoy al borde de la desesperación? Juzga tú mismo, si es que no tienes imaginación suficiente: estoy a casi mil millas de Inglaterra, soy completamente incapaz de comprender cuál es mi situación en la patria y sólo necesito unas pocas palabras para liberarme de mis constantes preocupaciones. ¿Sigue Strutt haciéndote preguntas? ¿Ha llegado alguna información de Irlanda? ¿Vive aún Sir Geoffrey? Porque has de entender una cosa: estoy aquí en Italia con el cuerpo, hermano, pero tengo la mente tan inquieta que apenas si sé dónde me encuentro.

En cuanto a Italia, sólo te diré que el calor, los olores y la condenada algarabía de todo lo de aquí alterarían hasta el carácter más templado. En cuanto a quienes habitan esta casa... me he encontrado con unos traidores, todos ellos. Sólo yo veo su doblez. Mira, hermano, tiemblo al escribirlo pero sé que juntos maquinan arrebatarme con engaños todo el dinero de mi señor. Todos los días espero que un amante despótico y brutal venga a reunirse con la ramera ladrona..., ¿y cómo evitaré entonces que él se adueñe de los caudales? ¿Cuánto tiempo tardará ella en reunir la fortuna de Sir Geoffrey y en marcharse? ¿Qué será entonces de mi administración? ¿Qué será del fideicomiso de Sir Geoffrey? ¿Adónde irá a parar el dinero?

Antes creía que los demás se pondrían de mi parte contra ella, pero hasta Jesmire escribe en secreto no sé adónde, porque a menudo garabatea con la pluma y manda furtivamente cartas al correo. El negro pagano, desde luego, no es más que una bestia

inmunda, tan humano como un perro amaestrado. Sin embargo es la hermosa Bidy Leigh quien me hace sufrir de verdad. Delante de mí finge ser aún aquella sencilla muchacha de Mawton, pero he descubierto que se ha confabulado con su señora para jugar a un juego inicuo. La mala pécora la ha enseñado a decir «excelencia» y a ensayar cada día delante del espejo y a soñar con una grandeza que excede su condición. Luego, como una alcahueta, la envía a embaucar a un acaudalado lechuguino de quien obtienen toda clase de vestidos y chucherías. Extorsión, confabulaciones y amoríos, hermano, ésa es la tela de araña que me rodea.

Ahora estoy fatigado y he de acostarme.

Reza por mí, hermano..., ¡y escíbeme!

Humphrey

Loveday tiró la carta. Al señor Pars lo acosaban espíritus peligrosísimos, no cabía duda. Allá en la patria había formas de solucionar tales cuestiones: un hombre-espíritu expulsaría los espíritus *nitú* del señor Pars. Habría sido un asunto serio que se trataría con solicitud fraternal. Un instante de tristeza le oprimió el corazón al pensar en el viejo, desamparado aquí, sin ninguna ayuda ni consuelo de su familia.

Después Loveday releyó las duras palabras del señor Pars que se referían a él. *Una bestia inmunda*. Las crueles palabras hicieron que le ardieran los ojos, y su compasión menguó. El señor Pars era un malpensado que hablaba mal de Bidy y había intentado lanzarle un maleficio. Así que, jurando no revelar a Bidy las palabras del administrador, fue andando hasta la casa de postas y entregó la carta.

Bidy. Mientras atravesaba la dorada tarde, de vuelta a la villa, Loveday supo que pronto tendría que dejarla. Iba a sentir dolor, lo sabía, porque su aprecio por ella lo había atrapado por el corazón como un afilado anzuelo. Ella sola, de todos los que había conocido en este extraño reino, llevaba consigo una chispa del calor de Lamahona. Echaría de menos el modo en que su cara se plegaba de pronto al reír, sus amistosos codazos, las divertidas muecas que hacía al contarle sus bobos pensamientos junto al fuego de la cocina.

Cuando pensaba en Bulan últimamente ésta era poco más que un recuerdo descolorido por el sol. Loveday ya no se regodeaba en aquellos sueños donde las caras de su pequeña familia estaban justo como él las había dejado: una joven madre de mirada cariñosa y su pequeñuelo indefenso. Mientras trabajaba en el arpón se había atrevido a imaginárselos como esclavos de los damong, o acaso, igual que él, arrojados por la corriente de la vida a otro lugar desconocido. O quizá, y por fin pudo pensarlo con el poderoso arpón apoyado en el regazo, su esposa y su hijo hubieran ido a vivir con Bapa Fela en el cielo. Quizá. No lo sabía. Sin embargo batallaba por mantener viva la llama de la esperanza. Si algunos de los suyos habían escapado de los damong, volverían al pueblo desierto. Y, una vez que se reunieran unos cuantos, navegarían silenciosamente al amparo de la noche hacia la isla Damong en un ataque por sorpresa. Vivieran o no Bulan y Barut, aún había una posibilidad de regresar con valentía para vivir una vez más, orgulloso, como cazador de Lamahona.

Cuando volvió al jardín de piedra aquella tarde el sol poniente bañó su cuerpo mientras abrazaba el arpón contra el pecho. «Mi hermano», dijo tímidamente, y con la punta de un dedo acarició con suavidad el filo, cortante como una navaja. El arpón estaba lleno de todo el poder que había empleado al hacerlo y lo instaba a que lo probara. Tras bajar gateando y meterse en el arroyo de hielo derretido, los dedos de sus pies agarraron como manos las piedras cubiertas de algas. Loveday alzó el arpón y con su gesto se libró de todo el peso de sus preocupaciones. La vieja herida de escopeta del hombre blanco había ido sanando poco a poco gracias al sol y al descanso, y su valor había vencido a la montaña envuelta en nieve; pronto surcaría las olas de nuevo en el camino de vuelta. El día adecuado para partir se acercaba, Loveday sentía que su embrujo se hacía cada vez más fuerte.

Vio un pardo y veloz destello en el agua rápida. Apuntó y la hoja dio justo en el blanco al primer tiro. La trucha, atravesada por el abierto centro, en el acto le entregó su vida. Tras ofrecer unas gotitas de la sangre del pez a los dioses, Loveday lo limpió y lo asó en una piedra caliente a la puerta de la cabaña. La carne era de un color rosa de coral, y dulce como la miel en

sus labios, y los dos redondos ojos, al estallar deliciosos entre sus dientes, le auguraron sagacidad y buenos presagios para el viaje.

OceanofPDF.com

XXVIII

VILLA OMBROSA

Domingo de Ramos, Cuaresma de 1773

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Pastelón de higos ~

Para hacer una masa crujiente se toma una libra de buena harina con una onza de azúcar de pilón tamizada. Se mezcla con un cuarto de pinta de nata hirviendo y tres onzas de mantequilla. Se trabaja bien y luego se extiende fina con el rodillo. Se ponen los higos en una cazuela con agua justa para cubrirlos y se cuecen hasta que están tiernos, se añade especia dulce al gusto, unas cuantas pasas de Corinto y melaza. Cuando se ha montado el pastelón se pinta por encima con una pluma mojada en clara de huevo y se echa el azúcar por encima con un tamiz. Se pone al horno moderado, pues en un horno rápido se pegará y se quemará.

*Como lo hizo Biddy Leigh para recordar
el Domingo de Ramos,
Cuaresma de 1773*

Yo empezaba a echar de menos mi hogar, pues aquella villa no era el hogar de nadie. No estaba contenta con la cocina, y hasta el fuego era una calamidad. Perdía horas echándole pedazos de leña menuda. Mientras los demás ganduleaban arriba yo estaba de rodillas alimentándolo con ramitas musgosas, llenándome el pelo de humo y de tizne la cara. El patio de la cocina era bastante grande, pero era un sitio pelado y abrasador, el preferido de las moscas y los mosquitos pequeños. En cuanto al resto de la finca, era un yermo. Lo único bueno de comer eran unos limones que maduraban junto a un viejo y ruinoso cementerio. Toda la casa llevaba tanto tiempo vacía que tenía un aire melancólico y enmohecido, por mucho que yo la fregase.

De manera que me dio por pensar que era Domingo de Ramos, el día que, en Inglaterra, la gente iba a ver a sus madres. El pastelón que pensaba hacer le habría agradado hasta a mi arisca mama, pues los higos del mercado eran unas bolas la mar de aromáticas, rociadas con granos de anís que reventaban de sabor a regaliz. Me levanté con las gallinas aquel día, y estaba esparciendo harina y dando forma a la masa cuando el señor Loveday asomó la cabeza por la puerta y me dijo que un jinete se acercaba por el camino.

—Ay, Señor, no será ese sinvergüenza del conde otra vez, ¿no?

Me llevé al instante los pegajosos dedos a la cabeza para quitarme deprisa el mugriento pañuelo que me cubría el pelo. Eché un vistazo hacia abajo y decidí que mi vestido azul de franela tendría que servir. Estaba raído y gastado del viaje, pero bastante limpio una vez que me quité los alfileres del delantal de arpillera.

—No. Tipo grande, cabalga solo.

Le dije que subiese corriendo a decirle a nuestra señora que estuviese alerta, y que yo recibiría a la visita en el salón principal. Aquello era un

condenado fastidio, pues acababa de meter el primero de mis pastelones a hornear y no estaba de humor para ponerme a hablar en tono estirado con un extraño.

Pero antes de que pudiese ir hacia el salón una fuerte llamada en la puerta de la cocina me dio un susto tremendo. Y entonces, válgame Dios, nada menos que el *signor* Renzo, el bravucón cocinero del conde, se coló dando zancadas en mi mismísima cocina como si fuese suya. Al verme allí de pie se paró en seco y dio un respingo de sorpresa.

—*My Lady* Carinna. —Hizo una rígida inclinación, y cuando levantó la cabeza clavó la mirada en mí y luego en la cocina, desconcertado—. Lamento sorprenderos, *My Lady*. He venido por la puerta de los criados. Pienso cocinar... Yo... su excelencia os ofrece mis servicios mientras vuestra cocinera esté enferma. Estoy a vuestro servicio.

Me pareció que iba demasiado elegante para eso, pues estaba todo emperejilado, con una levita azul y camisa de lienzo blanco. Volvió a inclinarse mucho y luego se puso derecho esperando mi respuesta, con las oscuras cejas fruncidas en un gesto de perplejidad. Tenía una especie de curiosa actitud calculadora, echando un poco hacia atrás la poderosa cabeza para mirarme por entre los entornados párpados.

Te juro por Dios que la sesera se me paró en seco. Miré fijamente su rostro, que esperaba una respuesta, y luego los recortes de masa que había sobre la mesa, y vuelta.

—Dígale a su señor que no preciso sus servicios de usted, *signore*.

Intentó hacer otra pequeña inclinación.

—Así lo haré. Si me permitís una pregunta..., ¿es costumbre de una dama inglesa hacer... hacer pasteles en el horno?

Señaló con un gesto de la mano las pruebas de la mesa. Hablaba la mar de buen inglés con una voz retumbante de bajo, pero en la pregunta había una pizca de descaro.

Yo estaba toda nerviosa y empecé a farfullar tonterías.

—Sí, *signore*. A los ingleses les encanta hornear. ¿No ha oído usted hablar de sus excentricidades? Claro que únicamente las damas más selectas se entretienen así.

Levantó la cabeza y olisqueó el aire con su ancha nariz.

—Me temo que se os ha quemado la masa, *My Lady*. Yo la rescataré.

Y antes de que yo llegase al horno allí estaba él, envolviéndose las manos en un paño y sacando mi primer pastelón de higos. Se le había quemado un poco la rizada corteza, pero olía como una cálida brisa de Jamaica.

—No me parece frecuente —dijo, y colocó en la mesa mi humilde pastelón con tanto cuidado como si fuese la joya de la corona—, en particular siendo vos inglesa. —Alzó rápidamente los ojos para mirarme—. Bueno, lo hacéis bastante bien. Esto se vendería en un mercado de pueblo por unas cuantas monedas, desde luego.

¿Unas cuantas monedas? Ya estaba otra vez el charlatán. Se me había olvidado lo engreidísimo que era.

—En un mercado corriente quizá, aunque yo jamás sería una cocinera tan buena como usted, ¿no es así, *signore*? ¿No dijo usted que los ingleses siempre queman la comida?

Por lo menos tuvo la educación de parecer avergonzado al oírlo.

—Quizá no lo comprendáis... Semejante talento debería... debería florecer. Es que es tan... tan raro que un inglés muestre semejantes dones... Debéis reconocer que no tienen ni idea de comer bien. En verdad me sentiré honrado si me dais la receta.

¡El insolente! No se me había olvidado lo reservado que era con sus recetas. Recordaba sus palabras exactas.

—Pero, *signore* —contesté en tono burlón—, el mejor tesoro de una dama son sus secretos.

Esta vez sí que se sonrojó una barbaridad, desde los rizos negros de la frente hasta donde su grueso cuello desaparecía entre almidonado lienzo blanco.

—*My Lady*...

Agachó la cabeza y se quedó la mar de hundido. Entonces sí que sentí una pizca de lástima por el fulano, tan claro estaba que había venido sólo por orden del conde.

—No es más que un sencillo pastelón que comemos en Cuaresma con nuestras madres —dije—. Pero con la corteza estoy satisfecha.

Partí una pulgada y me metí el trozo caliente en la boca. El chamuscado lo había dejado quebradizo y crujiente como una galleta. Le hice una seña al *signor* Renzo con la cabeza y él cogió un poco también.

—Está bueno. El azúcar calentada es como... ¿caramelo? ¿Es ésa la palabra? ¿Puedo enseñaros un método italiano?

Asentí. Tras lanzar su casaca azul sobre una silla empezó a trabajar la masa con unos dedos muy elegantes para un hombre de su envergadura. Y lo que hizo fue esto: cogió un cuadrado de masa y lo dividió muy rápido en apretadas filas de manera que se abrió hasta el doble de su tamaño en una especie de delicada celosía. Rodeó con ella los higos de manera que cualquiera hubiese dicho que eran fruta envuelta en un rombo de vidrio de ventana, sólo que hecho de masa.

—Higos enjaulados.

Sonrió y les dio una mano de huevo con mi pluma antes de meterlos en el horno.

—Tiene usted auténtico talento —reconocí de mala gana.

—Me imagino cómo idear esas cosas. En casa tengo la pequeña máquina de cortar. Es un... ¿se dice rodillo, un cilindro giratorio? ¿Con dientes para hacer los agujeros todos en hilera?

—¡Qué ingenioso! —exclamé, asombrada—. Yo también pienso a menudo en todos los artilugios que harían mucho más fácil el cocinar.

—Dígame.

Me puse las manos en las caderas y empecé a contarle sólo el principio de mi enorme lista de ideas.

—Pues bien, fíjese en la tarea de remover, *signor* Renzo. Los hombres emplean el agua y el viento para hacer girar enormes piedras de molino, y sin embargo las cocineras han de usar sus débiles brazos humanos para batir la masa de las tartas hora tras hora. Y los alfareros de Inglaterra meten los cacharros en hornos con un determinado calor, pero nuestros hornos de cocina se calientan o se enfrían según lo húmedos que estén los haces de leña.

El *signor* Renzo volvía a inclinarse hacia atrás y a observarme con interés con aquellos adormilados ojos. Aunque no eran ni miaja

adormilados. Parecía un negro y robusto perro de caza, muy tranquilo pero todo el rato en guardia.

—¿Y sabe usted por qué? Porque a los hombres no les importa lo que sucede en sus cocinas, por eso.

—Pues a mí me importa, Lady Carinna.

Miró el horno, olisqueó el aire y dijo:

—Mis frutas enjauladas están hechas.

El aroma almibarado se había hecho más intenso, pero desde luego el *signor* Renzo tenía un sentido del olfato más que estupendo. Sí que era el momento perfecto para sacar los higos.

—Tienen muy buen aspecto —comenté.

Bueno, aquello no era del todo cierto, pues eran una maravilla: dos higos rezumantes de almíbar atrapados como por milagro en unas esferas de masa que parecían hechas de encaje.

Los probé. Es extraño pero, aunque se habían empleado los mismos productos para hacer nuestras dos recetas, la suya sabía mejor.

—Los postres son mi verdadero amor —contestó con entusiasmo mientras cortaba el higo que estaba comiendo en delicados trozos.

—Y el mío —respondí yo.

Nos pusimos a charlar sobre las maravillas de la labor de azúcar y de masa, y cómo con ella podía hacerse cualquier forma o asunto. El *signor* Renzo hablaba con tal animación que se me hacía cada vez más difícil disimular mi interés por cuanto decía.

—Y sin embargo al conde no le gustan los postres, ¿no? —pregunté.

—No.

Al oír mencionar al conde su expresión perdió toda la vivacidad.

—¿Y estarán estas frutas enjauladas en su menú de usted el sábado?

Él apartó la mirada para no encontrarse con la mía.

—El menú ha de ser elección de mi señor —farfulló.

Entonces se me ocurrió que debía alegrar a este fulano, de manera que, sin pensar, le pedí que me enseñase cómo hacía lo de la masa.

—Será un honor.

Acudió a ponerse a mi lado junto a la mesa y me mostró cómo hacer unos pequeños cortes en la masa estirada. Mis tentativas resultaron un

fracaso al lado de los suyos. Me reí al levantar mi trozo, que parecía el harapo desgarrado de un mendigo.

—Controlad —dijo. Con un suave roce a mi muñeca, me levantó la mano—. Imaginaos lo que queréis. Actuad con libertad.

Entonces me ruboricé yo, mientras las puntas de sus dedos, ásperas por el trabajo, guiaban mis torpes pinchazos. Aunque nuestras manos se tocaban y estábamos muy cerca, fue bastante inocente aquella pequeña lección. Y me regañé por fijarme en él, pues no era ni miaja un hombre guapo, y no me correspondía a mí entusiasmarme con intenciones tiernas. Era un fulano corpulento en verdad, de grandes hombros cuadrados, y con aquellos perezosos ojos oscuros siempre ocultos en la sombra.

Antes de marcharse limpió a conciencia la mesa y se puso su elegante casaca azul. Luego esperó y miró a su alrededor, nervioso, mientras yo me despedía deseándole un buen día. Por fin, me contó lo que le preocupaba.

—Lady Carinna, debo daros las gracias —dijo en tono serio— por no revelar mi engaño. Vos sabéis que no había puesto víboras en aquel plato.

—No hacía falta ser un *gourmet* para notarlo. Pero ¿por qué desobedeció usted al conde?

—Porque no puedo utilizar cosas tan odiosas —respondió, con tal expresión de repugnancia que, al verla, me eché a reír a carcajadas. Y, al verme reír, él sonrió también, como si ambos conspirásemos juntos—. Pero, *My Lady*, ¿por qué no se lo dijisteis?

Yo estaba deseando decirle que los criados debemos protegernos unos a otros, pero no pude. Me quedé toda confusa, de manera que el silencio pareció durar un minuto entero mientras la entornada mirada fija del *signor* Renzo se clavaba en mí. Entonces las palabras más inesperadas brotaron chisporroteando de mis sesos, como las burbujas que suben de la cerveza.

—Porque me agrada su manera de cocinar de usted.

En lugar de convencerlo aquello pareció dejarlo más intrigado, pues se quedó mirando al suelo y se frotó la sombra de barba del mentón. Por fin, mientras se despedía con una inclinación, con voz muy solemne dijo:

—Lady Carinna, es un honor que os fijéis en mí. Y a mí también me agrada vuestra manera de cocinar. Que paséis buen día.

Había pensado preparar más cosas aquel día, pues el horno estaba bien caliente, pero la visita del *signor* Renzo me dejó la mar de inquieta. No me gustaba ni miaja mentirle a un cocinero como yo. Noté que era bastante afable conmigo, aunque sin duda era porque me creía rica y muy por encima de él. No era de extrañar que me mirase como un objeto digno de curiosidad. Lo cierto era que estaba más que harta de fingir ser Lady Carinna. Y además me entristecía que el *signor* Renzo no fuese a conocerme a mí, a la Biddy Leigh normal y corriente, jamás.

Cuando llegó el sábado Jesmire volvió a vestirme y a apretarme, aprovechando hasta la última ocasión para tirarme del pelo y apuñalarme con las horquillas. Luego me condujo al cuarto de mi señora para mostrarle el resultado.

—Ah, el brocado dorado con lentejuelas color violeta —dijo mi señora entre dos bostezos.

Me recogí las crujientes faldas e intenté ocultar la emoción de llevar puesto aquel vestido, que era una verdadera lámina de París. Todos somos hijos de Adán, dice el dicho, pero la seda cambia las cosas, y eso hacía conmigo. En el espejo parecía yo la mismísima reina de la moda, con la cintura muy ceñida y las faldas arrastrándose entre frunces y volantes. Mi señora no se lo había puesto nunca. Había estado colgado todo el tiempo en el gran perchero con cara de madera que estaba en medio de su aposento.

—Debe de ser muy divertido andar siempre de sarao por ahí —dijo.

¿De sarao? ¿Quién se creía que fregaba los suelos y guisaba las comidas y lavaba la ropa de cama en la que se acostaba? Le recordé que, con perdón, el conde era un papanatas sobón y que me pasaría la mayor parte de la velada dándole cachetes para que no tocase mi persona. Eso al menos hizo que se pintase una sonrisa en sus agrietados labios.

Reuniendo valor, le dije que el conde había pedido que me pusiese la Rosa de Mawton.

—¿La Rosa? ¿Cómo demonios sabe que existe? Imagino que mi tío debe de alardear de ella. —Frunció el ceño, pero no se le ocurrió ninguna objeción—. Muy bien. Está en la caja de las flores. No queda mucho ahora que Pars se ha llevado casi todas mis joyas para guardarlas en lugar seguro.

Meneé la cabeza al oírlo.

—¿Está bien eso, *My Lady*? Son de vos.

—No irás a sospechar que el trapacero de Pars les ha tomado gusto a las joyas, ¿no?

—Es que está la mar de raro, nada más —respondí.

Encontré la caja. Aparte del rubí, en ella había poca cosa.

—¿Cuándo no ha sido raro? —repuso en tono de mofa cuando levanté la joya con su cadena para que la viese.

Con ánimo triste, me la puse al cuello. Pesaba como un grillete de la cárcel de Newgate.

—Sí, *My Lady*, pero ayer intentó pegarle al señor Loveday con el bastón sin ningún motivo.

—Quizá Loveday se merezca una paliza —respondió ella—. A menudo se marcha a hurtadillas cuando debería estar ante mi puerta.

Cuando volvió a hablar comprendí que tenía otras preocupaciones.

—Me parece que eres muy amable con el conde. Ya es hora de que le pidas un favor a cambio.

«Ya estamos», pensé.

—¿Como qué, *My Lady*?

—Él sabe que tienes una criada en... en un aprieto. Pues bien, Biddy, lo cierto es que necesito a alguien que se quede al niño hasta que yo vuelva a buscarlo. Alguien bondadoso y discreto. Porque comprenderás que no puedo llevármelo a Inglaterra, ¿verdad? De modo que si le hablaras de tu afecto por... Biddy..., podrías pedirle consejo.

Se quedó aguardando mi respuesta con aire desdichado. Los húmedos mechones pegados a su frente me hicieron preguntarme cuándo era la última vez que Jesmire se había tomado la molestia de arreglarle el pelo. Lo cierto es que yo habría hecho cualquier cosa por ella.

—Así lo haré, *My Lady*.

—Cuanto más se acerca el momento de dar a luz —me confió—, más difícil creo que será dejar al niño. A veces sueño con quedarme aquí para verlo crecer. Después pienso si no sería mejor partir rápidamente... Qué congoja siento.

Cuando me suplicó de esa manera no supe qué decir.

—Y además estoy demasiado enferma para hacer frente a mis dificultades.

Yo tenía que marcharme, aunque me costaba dejarla tan triste, con la mirada ausente, mordiéndose las roídas y enrojecidas uñas.

Entre las peticiones de mi señora y las extrañas maneras del señor Pars y todas las otras cien tareas que debía atender en la casa, cuando el señor Loveday me metió una carta en la mano aquello sólo me pareció una nueva preocupación que se amontonaba sobre mi confusa cabeza. La abrí rasgándola de cualquier manera en el vestíbulo y la leí de mal humor.

*Devereaux Court
Londres
14 de marzo de 1773*

Biddy querida:

¿Cómo van las cosas por Italia? Pienso muy a menudo en todos vosotros y siempre que sopla el viento inglés siento vanas tentaciones de tomar un barco y seguiros hasta el sol. Biddy, mira que me prometiste de verdad que me hablarías de mi hermana, así que ¿dónde está tu carta? Sólo deseo información sin importancia. ¿Se encuentra bien? ¿A quién visita? ¿Cuándo regresa? Me parece que está enfadada conmigo mi tonta hermanita, y es deliberadamente breve en su correspondencia.

Y en cuanto a ti, mi lindo tesoro, ¿estás contenta? Dios sabe que yo no. Mi tío me tortura con sus planes. Ten piedad, queridita, y mándame noticias.

*Tu amigo,
Kitt*

Apenas la hube leído la eché al fuego. Después, creyendo que tenía un asunto menos por el que preocuparme, dejé que el señor Loveday me subiese al coche.

No hacer caso de aquella carta fue la ocurrencia de una condenada idiota, ahora lo sé. Si hubiese contestado al hermano de mi señora, si le

hubiese enviado un sincero relato contándole cuál era la situación en Villa Ombrosa, ¿acaso no habrían salido mejor muchas cosas?

OceanofPDF.com

XXIX

VILLA MONTECHINO

Cuaresma, marzo de 1773

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Para hacer carne de mazapán ~

Se toman almendras escaldadas sin piel, se machacan en un mortero con un poco de agua de rosas hasta convertirlas en una pasta compacta, luego se baten y se incorporan las yemas de doce huevos apartando cinco claras. Se le agrega una pinta de nata, se endulza con azúcar, se añade media libra de mantequilla dulce derretida, se pone sobre un fuego lento y se remueve sin parar hasta que está lo bastante dura como para moldear con ella cualquier figura que se desee. Para el efecto natural de la piel se cubre con una capa de gelatina de cola de pescado, que da una blanda suavidad al tacto. Para teñir se usa una brocha fina mojada en cochinilla y azafrán. Luego se espolvorea con almidón para contrahacer el rubor de una tez juvenil.

La mejor receta como la hace el signor Renzo Cellini y que comió Biddy Leigh, Villa Montechino, Toscana, 1773

El hermano del conde, Francesco, me echó una sola mirada y frunció el ceño como un oso de mal humor.

—Se había convencido de que era usted un producto de mi fantasía —susurró Carlo, e incliné la cabeza para dejar que me besase con sus enmohecidos labios.

Cuando le ofrecí mi mano al hermano, éste fingió no verla y me apartó a un lado de un empujón... Creo que habría preferido escupir en ella antes que besarla. En lo que a mí se refiere, que el conde alardease de mí delante de su hermano me importaba un bledo. Me limité a dar gracias a Dios porque él creyese que yo era Lady Carinna.

—Y trae usted puesta la joya —dijo Carlo con un grotesco levantamiento de cejas, recién teñidas de negro.

Se había pintado la cara, y cualquiera hubiese dicho que era un pequeño mono disfrazado de ramera recién embadurnada de pintura. Acarició el rubí que yo llevaba al cuello y luego arrastró los marchitos dedos por mis pechos.

—Así que en verdad su esposo de usted es hombre rico. Seguro que pronto debe de haber noticias de viudedad, ¿no?

Me pregunté si Carlo le había contado a su hermano que yo iba a ser una rica heredera.

—No, aún soy la feliz esposa —contesté, esquivando la pregunta.

—No es eso lo que me escribe Quentin.

Hice caso omiso de él. No hacía más que decir monsergas. Estaba sentada entre ellos ante una mesa, en una habitación ovalada cubierta de sedas moradas desde el techo al suelo. Me sentía como un cerdo premiado en una feria con los dos hermanos observándome, uno como si me adorase y el otro como si quisiese pegarme o algo así.

Al menos estaba la comida. Desde la visita del *signor* Renzo me había consolado pensando que, fuesen cuales fuesen las mortificaciones que la velada pudiese causarme, las cosas de comer estarían buenas. El cocinero se ufanaba tanto de su talento que estaba segura de que intentaría impresionarme. Dicen que un buen bocado son mil desazones, y ¿acaso no lo sabíamos él y yo? ¿Qué sabían el conde y sus impertinentes dedos, o su maligno hermano, de todo el penoso trabajo y de los conflictos que había escaleras abajo?

—Cariño, usted es la inspiración de este banquete —dijo el conde en voz alta mientras, en silencio, los lacayos hacían cola a la puerta, cargados de platos—. Hasta el último bocado es en honor de usted, mi querida Carinna.

A una señal del conde los criados apagaron la mitad de las velas. Sin el dorado resplandor de los candelabros se hizo una penumbra teatral.

El *signor* Renzo no me decepcionó. El primer plato era una maravilla, pues cuando los candelabros volvieron a encenderse ante nosotros había un extraordinario espectáculo marino, hecho de relucientes arenas de colores junto a un océano de gelatina. En la arena y retozando en las olas había gambas y langostas, todas perfectamente aderezadas, mientras que en las esquinas de la mesa estaban la sopa de tortuga, un galápago en su concha y un enorme esturión del Táber. Sonreí para mis adentros mientras comía, saboreando hasta el último bien calculado bocado. Por dentro, felicité al talentoso *signor* Renzo.

—¡Ah, qué apropiado! —exclamó con entusiasmo el conde cuando retiraron el primer plato y se dispuso el siguiente arreglo—. Mi templo de Venus.

En el centro se alzaba un grandísimo templo pintado, poblado de figuras vestidas como los antiguos. Oh, era más bonito que cualquier palacio de piedra, pues cada columna y cada adorno estaban hechos de deslumbrante azúcar blanca. Las velas se apagaron de nuevo y los diminutos candelabros labrados puestos en las paredes de mármol en miniatura se encendieron. El mayor capricho fue que los platos servidos en la mesa eran un corazón de buey mechado y relleno y un acompañamiento de corazones de cordero asados con mucho picante. Hasta las verduras eran corazones de alcachofa en mantequilla derretida.

—Todos son corazones —dije riendo.

—Para simbolizar mi hechizado órgano —repuso Carlo, al tiempo que su marchita boca se estiraba en un gesto de coquetería.

Oí a su hermano dar un resoplido de desdén y dejar de golpe la copa sobre la mesa.

Inclinándose hacia mí, Carlo comentó en tono satisfecho:

—Dijo que la sobrina de Quentin me despreciaría.

—Ciertamente.

Pinché una pequeña tartaleta en forma de corazón rellena de mollejas en *soufflé*. Pues en eso el conde tenía razón. Mi mordaz señora nunca le hubiese seguido el juego así. De repente el recuerdo de mi señora me aguijoneó, y apreté los dientes para pedir el favor que ella me había solicitado.

—Carlo —dije con dulzura—, necesito que me dé usted consejo.

—Todo yo estoy al servicio de usted.

Como era pequeño, sus ojos quedaban a la mismísima altura de mis senos. Ni una sola vez alzó la vista hacia mi cara, el muy baboso.

—Mi tonta criada... —Tragué saliva—. Biddy... —Me encogí de vergüenza al decir el nombre y tomé un rápido trago de vino—. Es un misterio para mí qué hacer con el... problema que suelte.

Los llorosos ojos de Carlo se apartaron a regañadientes de mis teticas para mirar arriba.

—¿Problema?

—El niño. Necesito encontrar a alguien que lo tenga. Buenas personas. Biddy volverá a por él después.

Con una mueca de fastidio, el conde sacó su caja de rapé y se puso un cerrillo en el borde de la mano.

—Creo que el procedimiento de costumbre es consultar con el convento de Sant' Agnese. Las hermanas dan a criar esos frutos del pecado.

—¿Cómo encontrará ese lugar?

Su respuesta la interrumpió un estornudo descomunal, tan grande que una rociada de babas color naranja me llovió encima.

—Está en lo alto de Ombrosa. El sendero de montaña lleva hasta las puertas. —Con un pañuelo gigantesco se secó la gomosa punta de su

empolvada nariz—. Algo de calderilla resolverá el asunto. Pero en verdad, querida —y aquí me agarró la mano, sin darse ni miaja de cuenta de que yo trataba de limpiarme las manchas color naranja del vestido—, debe usted olvidarla. Despida sin contemplaciones a esa dejada.

—Mire, aquí llega el postre —contesté, la mar de contenta con la interrupción.

Otra vez se apagaron muchas velas cuando entraron cuatro hombres que llevaban un tablero plano tapado con un mantel oscuro. Me puse a pensar agradablemente en cuál sería el tema: habíamos admirado el mar y saboreado los corazones del amor... ¿Con que nos deleitaría el *signor* Renzo a continuación? Confieso que me puse un poco engreída al pensar que el cocinero estaba forzando al máximo su ingenio para impresionarme.

—Esto le encantará a usted —dijo Carlo, al tiempo que tiraba de mí para que me pusiese de pie y viese mejor la retirada del paño.

¿Qué me esperaba yo? ¿Un parque de recreo hecho de pasteles, o un paraíso de nubes de azúcar?

Quitaron el mantel. Me quedé mirando fijamente. Tendida ante nosotros sobre la mesa había una figura de mujer de tamaño natural. ¿Dormida? No, tenía los ojos abiertos y muy fijos, como si estuviese muerta. Entonces parpadeé y vi claro como el día que la mujer era como una muñeca de cera, de piel suave y pelo suelto. Lo asombroso era que toda estaba modelada con confites: el vestido, elaborado con esmero de pasta de azúcar, y el pelo, una especie de trenzas de gelatina con brillo de cobre. Pero el rostro, como una máscara, y compacto, tenía una apariencia la mar de carnosa, animada por unos labios carmesí y unos extraños ojos medio vivos que parecían de cristal, verdes y de mirada fija, bordeados de oscuras pestañas. Hasta el encaje que cubría el traje de azúcar estaba hecho de un millar de hilos en filigrana. Tuve un súbito recuerdo de aquel día que me vi en el espejo de Mawton junto a Lady Carinna. Aquí estaba la misma mujer... alta y de pelo castaño. Era yo.

Murmurándome al oído, Carlo dijo:

—¿Le agrada a usted?

Entonces, tras alargar el brazo hasta la mano, medio cerrada, de la figura, le retorció un dedo, se lo arrancó y se puso a chuparlo entre sus fofos

labios pintados de carmín.

Yo me quedé muy quieta, mientras mis sesos remojados en vino deshacían aquel misterio. Recordaba muy bien las penetrantes miradas del *signor* Renzo durante su visita a mi cocina. Y entonces fui acordándome, muy despacio, de cómo había llegado de improviso y me había entretenido hablando sin dejar de observarme un instante, como un halcón. Lo que yo había tomado por simpatía no era sino un remolonear para fijar mi imagen en su cabeza.

Junto a mí el conde levantó con descaro el canesú de azúcar y descubrió dos pechos de puntas rosadas. Con un hábil pellizco, partió un pezón parecido a una cereza.

—Les ruego que me disculpen —mascullé, y salí a escape de la habitación.

Mis pensamientos hervían como la leche achicharrada. Me fui corriendo de aquel comedor todo lo rápido que pude, con la garganta tensa y ardiendo. Malditos sean los retortijones, yo había interpretado mal la cordialidad del cocinero. Valiente zoqueta sin seso, me dije con reproche. Pues anda que debió de tomarme por una criatura bien boba al verme mirándolo boquiabierta y soltándole risitas tontas mientras él se grababa mis facciones en la memoria, todo a cambio de unos cuantos cumplidos rastreros. Con la cabeza gacha, pasé deprisa por delante de los lacayos del conde en busca del señor Loveday para que pudiésemos marcharnos enseguida.

Que se pudiese el conde. Y mi señora también, que me había enviado aquí, a este cubil de sahumados viejos verdes. Eran las paternales palabras del señor Pars las que sonaban acusadoras en mis oídos: debía preocuparme de mi buena reputación y no dejarme adular por mi señora. Quizá debía haber hecho caso al viejo administrador de Mawton, como me aconsejó la buena señora Garland. En lugar de eso, aquí estaba yo haciéndome la ramera... ¿Y para qué? No tenía palabras para expresar la humillación que sentía mientras corría de acá para allá por aquel laberinto de pasillos.

Tomé una escalera dorada que me imaginé que conducía a las dependencias de los criados de fuera, pero mi cabeza estaba toda confusa, y minutos después, al encontrarme un pasillo sin salida, la sorpresa me hizo olvidar mi mal humor. Ahora me había perdido y, aturdida, fui dando

zancadas de un lado a otro buscando cómo volver a la entrada de la villa. Fue entonces cuando me fijé en una escalera que iba a la cocina. Me quedé en la parte alta y oí porrazos y gritos amortiguados que llegaban de mucho más abajo. Después de comprobar que nadie me veía, me recogí las enormes faldas y bajé con sigilo sin hacer ruido. Al pie de la escalera un pasillo desnudo llegaba hasta la blanca cocina de donde procedía toda la barahúnda. Escuché con atención y oí la voz del *signor* Renzo protestar, aunque no sé exactamente lo que decía.

Un capricho de curiosidad me hizo echar un vistazo a aquel lugar. Primero me asomé a un cuarto abastecido como despensa seca. Al lado había una trascocina que se había usado hacía poco, llena de montones de cacharros sucios. Aún continuaba el estruendo de la cocina, de manera que probé una tercera puerta. Una mirada me confirmó que había acertado, de manera que entré y cerré bien la puerta de un tirón.

Se hizo un silencio repentino y denso de polvo de azúcar. Estaba dentro de un pequeño taller de confitería, un lugar curiosísimo donde el aire tenía un sabor dulce como el néctar. Ante mí había media docena de mesas, cada una con una cuerda extendida por encima. Flores, joyas y diminutos animales colgaban, sin pintar, de aquellos cordeles, como esculturas cubiertas de nieve puestas a secar. Debajo de ellas había figuras de azúcar moldeadas sobre cáscaras de huevo y, a su lado, los utensilios de confitero, pequeñísimas paletas y tenedorcillos de latón y marfil.

Al otro extremo de la habitación encontré lo que buscaba: dibujos de mi cara colgados en alto en una pared, mi retrato curiosamente formado con rayas y puntos, de frente y de lado. Debajo de ellos, en la mesa, había un par de mis manos, hechas de mazapán amarillo, en un molde de madera. Aquí había una trenza de mi pelo formada con hebras de regaliz, un bosquejo de mi boca y un plato de pestañas de algodón encerado. Me invadió una mezcla de asombro y repugnancia, pues resultaba muy curioso verme tan diestramente desmembrada. Me quedé quieta, mirando un buen rato, incapaz de apartarme.

De pronto oí abrirse la puerta con un leve chasquido y la corpulenta estatura del *signor* Renzo bloqueó la entrada. Pareció quedarse la mar de sorprendido al encontrarme allí.

—De manera que así es como me trata usted. —Di con el dedo en el dibujo de mi rostro—. Me roba usted la cara mientras finge ayudarme. Debería usted actuar en el teatro, pues tiene un talento asombroso para el engaño.

El cocinero vaciló e hizo una inclinación.

—Siento ofenderos. El conde me dijo...

Hice un gesto de hastío mirando al cielo.

—¿El conde? El conde es un badulaque. Eso lo sabemos los dos. No es el conde, es el fingimiento de usted lo que me ofende.

Tragó saliva y alzó sus grandes manos en un gesto impotente.

—*My Lady*, esperaba que os gustase. —Meneó la cabeza, desconcertado—. Un cumplido a vuestra belleza.

—Pues no me gusta. —Señalé lo que parecía un modelo a escala de un rígido y rosado pezón—. Es vergonzoso, señor. El... —intenté expresar lo que me ofendía tanto— el exhibirme como un plato.

El Señor sabe que aquello también era un gran halago. Pero el meollo era que yo había confundido sus miradas fijas con una muestra de aprecio masculino por lo que veía, y ahora tenía un arrebató de enfado de mil pares de demonios.

—Sin duda fingió usted que le gustaban mis mediocres pasteles, también —proseguí, irritada.

—No, no. Yo no fingía. No es frecuente conocer a una mujer que...

—¿Sí? ¿Que qué?

Se frotó la frente y luego se pasó los dedos por entre los negros rizos.

—Que piense como yo.

Sus palabras me hicieron callar. De manera que era cierta la vaga intuición que yo había tenido estos últimos días. Sí que pensábamos igual. Era extraño. Un caliente rubor empezó a subirme desde el seno y el cuello hasta la cara. Confusa, me hice a un lado, aparentando sentir una nueva fascinación con los dibujos.

—*My Lady*, ¿no os gusta, ni siquiera un poco? —preguntó con una pizca de atrevimiento burlón.

—No.

Pero lo dije sin fuerza. ¿Qué habría pensado Lady Carinna de todo esto? Muy probablemente, le habrían gustado las lisonjas. De manera que hice todo lo posible por ocultar mi decepción.

—Muy bien. Me gusta un poco. Pero me desagrada más.

Estaba diciendo tonterías.

—No era mi deseo ofenderos.

—No se preocupe. —Meneé la cabeza con gesto irritado—. Ha hecho usted todo ese trabajo.

Entonces el *signor* Renzo alzó la mirada. Sus ojos de párpados soñolientos centellearon de pronto.

—¿Si pudiera rectificar? ¿Qué podría hacer yo, *My Lady*?

Hice ademán de marcharme. Al pasar por delante de él, me puso su pesada mano en la manga. Le lancé un vistazo. Por encima de las hermosas manos me fijé en el rizado vello negro de sus brazos. Y entonces, tan cerca estábamos, me llegó el olor a animal joven y a sudor masculino, y me desconcertó.

—Sé que tenéis excelente paladar, Lady Carinna. Si deseáis probar una cosa extraordinaria...

—¿Probar qué?

—Oh, esto no es apropiado. Mis palabras corren demasiado rápido.

—No me ofenderé. Dígamelo.

Mis ojos escudriñaron su rostro, exploraron las sombras y la barba incipiente de sus anchas mejillas. Oh, era un fulano fornido, poco agraciado, pero algo me ponía nerviosa cada vez que lo veía. Sus ojos, oscuros como la melaza, se clavaron en los míos. Durante un vertiginoso instante nuestras miradas se fundieron, como manos que buscasen a tientas en un pozo completamente oscuro. Entonces me aparté y empecé a darme tironcitos del vestido.

—Ahora es la época de cazar las primeras trufas negras del verano —dijo muy rápido—. Para muchos cocineros satisface el deseo de toda una vida. Eso no puede... arreglarlo todo otra vez, pero si vos quisierais...

De nuevo sus palabras se interrumpieron, y él se quedó muy quieto en su postura de criado.

—¿Quiere usted llevarme a cazar trufas?

Me reí a carcajadas, pues estaba muy tensa.

—Es un prodigio de la naturaleza —afirmó en tono tentador y anhelante.

Clavé la mirada en él, incrédula. Ay, Señor, el fulano estaba tan loco por la comida como yo.

—¿Y el conde no lo sabrá?

Hizo un gesto negativo y respondió:

—No.

Y entonces me miró con tal devoción que me hice una pregunta: ¿qué me gustaría hacer a mí, a Biddy Leigh?

—Muy bien —dije con cautela—. Puede usted llevarme.

OceanofPDF.com

XXX

LA FORESTA

El día de la Anunciación, marzo de 1773

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Un incomparable helado de chocolate ~

Se toma una pinta de buena nata, una cucharada colmada del mejor chocolate rallado, éste se añade cuando la nata hierve y se remueven bien juntos, se incorporan las yemas de dos huevos y se endulza al gusto, se deja que los huevos den un hervor para que espese. Cuando esté frío se pone en la heladera de peltre y se mete en un cubo de madera. Éste se colma de hielo machacado y sal. Cuando la mezcla empieza a ponerse consistente por los lados se remueve bien con la espátula para que todo quede espeso por igual y sin grumos y helado.

*Como lo hizo para Biddy Leigh el signor
Renzo Cellini, Pascua de 1773*

Yo estaba inquieta junto a la ventana cuando vi acercarse una nube de polvo por el camino. Fui corriendo al espejo y me puse a ajustarme otra vez el sombrero de tres picos que tenía prendido al pelo, y a ceñirme de nuevo el plastrón de lienzo color crema que llevaba al cuello. Jesmire remoloneaba por la puerta con los flacos brazos cruzados, mientras observaba el ondeante color verde de mi traje de amazona.

—¿Así que ya ni siquiera envía el coche? Te ha calado, ¿no?

—No —contesté, pellizcándome los labios para darles color. Di unas cuantas vueltas, disfrutando de la vivificante libertad de la falda de montar—. Es un fastidio, pero tengo que hacer una demostración en ese caballo que me ha dado. Y ahora se comportará usted bien delante del criado del conde, ¿verdad?

Su boca se abrió de pronto, enseñando los largos dientes amarillos.

—Pero ¿quién te crees que eres para hablarme...?

Yo no podía perder el tiempo en esto. El *signor* Renzo estaba desmontando ante la puerta principal.

—Si no va a ser usted cortés, Jesmire, quítese de mi vista —le dije con voz crispada—. ¡Vamos, váyase!

Con el corazón tamborileando como si quisiese reventarme la casaca de botones dorados, me senté todo lo serena que pude en una butaca del salón mientras el señor Loveday abría la puerta.

Cuando el *signor* Renzo se quitó el sombrero e hizo una inclinación, vi que tenía la frente brillante del calor y que estaba la mar de incómodo. Y verlo tan desmañado y encorvado en nuestro salón, todo embutido en su casaca de terciopelo color castaño y sus calzones..., sólo el verlo me hizo sentirme la mar de torpe también.

—*Signor* Renzo —dije, y mi voz sonó entrecortada—, ¿desea que pida el té?

Había hecho unos bonitos pasteles en el horno para mostrarle mi toque ligero, pero ahora que lo tenía delante no soportaba la idea de que nos pusiésemos a trastear con los platos dentro de la resonante habitación.

—¿O nos vamos? Sí, deberíamos irnos ya.

Me levanté y estuve a punto de tropezarme con la larga falda, de manera que él dio un salto y me agarró el brazo. Lo retiré deprisa, no fuese a ser que entrase Jesmire de improviso y nos pillase en lo que ella llamaría un vergonzoso abrazo. Ni él ni yo parábamos de movernos como semillas en una sartén.

Fuera, un perro de caza de color bronce tiraba de una traílla junto a la puerta y se puso sobre las patas traseras para saludar a su amo.

—Os presento a Ugo —dijo el *signor* Renzo, rascándole las orejas—. El mejor perro de caza.

Menos mal que estaba el perro, que se adelantó despacio a saludarme, pues de esa manera al menos tuvimos algo que mirar que no fuésemos nosotros mismos. Cuando el señor Loveday trajo mi caballo blanco de la cuadra el estómago se me encogió.

—¿Usted de verdad quiere ir, amiga? —susurró el señor Loveday.

Observó a Renzo con desconfianza.

—Sí —respondí con voz firme, y mi viejo amigo dio un paso atrás.

—Estoy más acostumbrada a un coche que al lomo de un caballo —le expliqué al *signor* Renzo.

Cuando él pareció alarmarse, afirmé que haría todo lo que pudiese. El cocinero acarició el morro de la yegua blanca y la sostuvo muy quieta. Luego, con serena fuerza, me subió hasta la silla de amazona y me dio instrucciones: que siempre estuviese en el centro del lomo, y que apretase la fusta con suavidad contra el flanco derecho para sustituir la pierna que el animal esperaba sentir encima. Tras montar su caballo agarró mis riendas y llevó al paso los caballos uno al lado del otro, con Ugo corriendo por delante. Me volví una vez para echar una ojeada a la casa y vi que el señor Loveday había desaparecido en el interior. Sólo en una ventana había una silueta: mi señora estaba tras el visillo de su aposento. Y así nos fuimos, juntos entre las hileras de tilos que se inclinaban y susurraban por encima de nosotros.

Una vez hubimos atravesado la verja de hierro me sentí más cómoda. El caballo caminaba con paso seguro por la llana carretera, y al rato reuní valor para mirar alrededor. Pasábamos entre moteados setos, más allá de los cuales se alzaba una suave ondulación de campos separados en retales verdes y amarillos. A lo lejos grupos de árboles rodeaban los tejados color herrumbre de granjas y graneros. Allá en el horizonte se veía un distante borrrón de colinas verdiazuladas. Todo estaba muy tranquilo en torno a nosotros, salvo por una infinidad de mariposas blancas que iban y venían como flechas entre los arbustos, y las motas de los pájaros que revoloteaban en lo alto por el cálido cielo azul.

—¿Está lejos?

El *signor* Renzo me miró y contestó con calma:

—No muy lejos.

Seguimos trotando hasta llegar a la ruinoso torre de la capilla y tomamos el camino hacia la izquierda. Poco después el terreno empezó a elevarse y nos acercamos a un gran bosque de robles y álamos. En el lindero del bosque dejamos los caballos para que pastasen y continuamos a pie. No tardamos en entrar en un magnífico claro donde la luz del sol formaba enrejados dorados y verdes. Ugo corría delante, levantando hojas y tierra con las patas traseras y buscando por el suelo con el hocico. Uno junto al otro, el *signor* Renzo y yo íbamos detrás paseando en agradable silencio. Mientras caminábamos me sentía extrañamente pequeña, pues mi cabeza sólo le llegaba al mentón: un hombre grande como un oso, andando a zancadas junto a mí, todo endomingado con una camisa blanca y una casaca de terciopelo.

El perro no tardó en dar un ladrido agudo, llamando a su amo para que admirase su hallazgo. Asomando por el musgo había un grupo de colmenillas parecidas a sesos, muy claras, que olían a nueces dulces.

—*Bene*. Bien —dijo el cocinero, al tiempo que metía las setas con suavidad en el zurrón—. Pero aún lo haremos mejor.

Miré el montón de hojas y flores que se extendía a nuestro alrededor como un jardín. Cuando la brisa mecía las ramas una lluvia de motas, puntos y chispas de luz bailoteaba en mi traje color esmeralda. De pronto me asaltó una idea como un trueno: que pasaba demasiado tiempo dentro de

la casa sin más vista que el interior de las cazuelas y las sartenes. Por todas partes, en los árboles, nos rodeaban pájaros cantando su serenata, que de vez en cuando se lanzaban al suelo para picotear y revolotear. El aire olía a savia y a tierra profunda y fértil. Aunque sólo era el día de la Anunciación, el primer día de primavera, aquí la estación estaba tan adelantada que parecía pleno verano en Inglaterra.

—Qué hermoso lugar.

Él sonrió tímidamente, con aquella sonrisa medio burlona que yo empezaba a conocer y a apreciar.

—Vengo aquí cuando puedo. A recoger comida, a escuchar la música de los pájaros. A ser un hombre de la naturaleza. ¿Habéis leído a *monsieur* Rousseau?

—Un poco. —Mi señora tenía un ejemplar de *Julia*, que yo había ojeado—. Dice que debemos vivir de bayas y nueces. No le conviene a un cocinero —lo reprendí.

Nos miramos y sonreímos.

—*Monsieur* Rousseau dice que es hora de que el hombre moderno rompa con todas las viejas costumbres. En todas las artes... ¿y por qué no en la cocina? Dice que la vida nos educa para que vivamos de verdad. Es un viaje, una exploración. Y yo creo... que todo puede cambiar. Éstos son tiempos fascinantes. Todas las viejas normas cambian porque nosotros cambiamos.

Pensé en sus palabras mientras seguíamos a Ugo por el verdor, salpicado de luz, del bosque. Frenético, el perro oliscó el suelo y se puso a gañir hasta que el *signor* Renzo lo alcanzó.

—Una preciosidad —dijo, y sacó una raíz que parecía una patata grumosa—. Mirad, el color es bueno. Y el olor. —Se puso la trufa bajo la nariz y luego me la ofreció—. ¿Os gusta? Oledla. Como ajo y champiñón y miel. ¿Sí? ¿Me permitís que la cocine para vos?

—¿Aquí?

—Ya veréis.

Mientras seguíamos el paseo pensé en su idea de que todo estaba cambiando. ¿No se refería también a mi propia vida? Desde que representaba a Carinna me había visto obligada a forzar mi ingenio al

límite. Se habían dirigido a mí con palabras que antes yo apenas habría entendido, pero ahora me esforzaba por replicar de manera tan inteligente como cualquier mujer de alta alcurnia. Y estos vestidos que al principio me parecían una molestia tan enojosa, ¿no me hacían también una figura muy elegante? ¿No me convertían en una dama que obtenía respeto y atención? La comida, los paisajes y las ciudades, el lujo... Hasta esta vuelta por el bosque con el *signor* Renzo me cambiaba, como la levadura convierte la masa en pan subido. ¿Cómo iba a volver a ser la Biddy corriente que les daba meneos a las sartenes después de esto? La vida estaba educándome a mí también.

—¿Y cuál de los dos quiere usted ser? ¿Un hombre natural o un cocinero?

Mientras se levantaba del suelo con una gruesa seta color ámbar en la mano, se metió una rodaja en la boca y soltó un breve murmullo al sentir el sabor.

—Soy codicioso, Lady Carinna. Quiero las dos cosas. Quiero todo lo que pueda tener.

Su expresión ya no era cómica. Me acercó un trozo a la boca y yo, obediente, abrí los labios. Era carnosa y casi dulce. Pero fue el que me diese de comer, el que sus dedos me rozasen los labios, lo que me turbó. Apenas pude tragar, y tuve que escapar y adelantarme dando zancadas.

«Debes ser fuerte, Biddy», me regañé, pues unas ideas peligrosas se habían metido poco a poco en mis ensoñaciones, todos los días y todas las noches de aquella larga semana. Y ahora, mientras andaba junto a aquel hombre y sentía su mirada, ya no pude engañarme diciéndome que el peligro sólo estaba en mi imaginación. Jem era una semilla de diente de león al viento, y Kitt Tyrone, un simple joven lindo. Comparado con ellos, el *signor* Renzo tenía todo el atractivo de un hombre de pensamientos profundos y dueño de maravillosos talentos. «Representa tu papel», me recomendé a mí misma, pues ni en mil años Lady Carinna sentiría anhelo de este fulano. Pero yo, Biddy Leigh, apenas podía apartar los ojos de él. Mientras seguíamos paseando me moría de ganas de decirle: «Ése es mi deseo también».

—Ya es hora de cocinar —dijo cuando llegamos a otro sendero que iba ladera arriba.

Ilusionada y expectante, fui tras él por entre los árboles.

El pabellón del *signor* Renzo estaba situado en una loma cubierta de hierba cerca de la cima de la colina. Era un lugar modesto, sólo una baja cabaña de piedra ante la cual se extendía un emparrado. Mi almuerzo se cocinó en una fogata junto a la mesa. No fue ningún banquete, sino lo que el cocinero llamó un *pique-nique*, una comida que los cazadores toman al raso. Después de elegir dos gordos anadones de su despensa, Renzo los ensartó sobre el fuego. Luego preparó un plato de arroz mantecoso rematado con moteados discos de trufas, que sabían una barbaridad a la mismísima tierra de Dios.

—Venga a sentarse conmigo —le pedí, pues no quería que me sirviese.

De manera que nos sentamos juntos bajo las parras mientras yo saboreaba cada bocado e intentaba adivinar los sutiles condimentos.

—¿Ajo silvestre? —pregunté, y él alzó las cejas, sorprendido, mientras comía—. Y una hierba aromática —añadí—. ¿Salvia?

—Para ser mujer tenéis un excelente sentido del gusto.

¡Conque para ser mujer! Hice ademán, en broma, de apuñalarlo con mi cuchillo. Era muy agradable comer nuestro *pique-nique* y beber el vino tinto, que en aquella región hacen tan fuerte que lo llaman negro o *nero*. Le pedí que me hablase de sí mismo, y entre un surtido de pequeños platos de hojas silvestres, buñuelos de castañas y bizcocho de pasas, el *signor* Renzo me contó que había nacido en la ciudad y que había trabajado de niño en la tienda de un pastelero, donde no tardó en descubrir que la buena comida unida a unas manos ingeniosas alegraba a la gente y hacía que fuese generosa con los dineros. Yo le hablé de *La joya de la cocinera*, la fiel compañera de mis viajes.

—Es la *quintessence*..., es una palabra francesa que aprendí en París, de lo que dice usted. Todas esas recetas recogidas durante cien años quizá, apuntadas con tanto esmero... Es mi mayor tesoro.

Hablamos de los nuevos recetarios, y él elogió el *Cañamelero francés* de *monsieur* Gilliers, que era como su biblia.

—Explica muchísimos de los misterios del azúcar. Gracias a eso he aprendido a moldear figuras transparentes como el cristal. —De pronto se levantó y me tendió la mano—. Basta de charla. Venid conmigo.

Me llevó, todo el tiempo con su mano bien trabada a la mía, hasta que llegamos a un rápido riachuelo que caía en cascada por toda la ladera. Tirando de una cuerda, el *signor* Renzo alzó una vasija de peltre que al principio me desconcertó. Sólo cuando sacó dos escudillas de vidrio comprendí que el estuche metálico era una *sorbetière*. Dentro había un helado de chocolate de color tan intenso como la caoba. Lo probé, dándole vueltas de un lado a otro en la boca. La frialdad me entumeció la lengua y luego el sabor estalló, intenso y satisfactorio, como si el contenido más espeso y bien molido de una chocolatera estuviese hecho de nieve.

Después vinieron muchas horas de deliciosa conversación que parecieron pasar la mar de rápido, pues la siguiente vez que alcé la mirada el bosque estaba sumido en la sombra y el cielo resplandecía con un tenue color morado. Bajo la mesa dormía Ugo, con el tembloroso hocico descansando sobre las botas de su amo. Me estremecí y sentí la quietud del crepúsculo sobre nosotros. Un pájaro cantaba su solitaria canción mientras que la brisa acariciaba suavemente las parras encima de nosotros. El *signor* Renzo no era más que una sombra a mi lado. Ambos nos quedamos callados y mi cabeza empezó a armar matraca, perpleja. Él era un cocinero tan loco por la comida como yo, pero también era un hombre, y un hombre muy fuerte y lleno de vigor además. A medida que el silencio se dilataba una nueva certeza crecía dentro de mí, muy firme, y radiante y extraña. Nuestros dos caracteres sí que encajaban de manera tan perfecta como un rostro y su reflejo. Después no pude evitar volverme despacio hacia él. Levanté la barbilla y busqué el destello de sus ojos. De él no habría salido nunca el rozarme siquiera, de manera que alargué la mano. Luego busqué sus labios y nos besamos, mucho tiempo y con mucha avidez. Cuando sus brazos me ciñeron, vacilantes, sentí una calidez acogedora y me pegué despacio a su ancho pecho. Los dos nos resistimos a detenernos una vez que habíamos comenzado. Sus manos tomaron mi cabeza, me acariciaron los hombros y después, el cuello. Y yo estuve a punto de desvanecerme de deseo, al

tiempo que provocaba aquellos besos con mis propios murmullos y caricias. Muchos agradables minutos pasaron hasta que sentí su muslo sobre el mío y su peso empujando en mi centro. Entonces sentí la voz de mi conciencia y volví a mis cabales. Le dije que debíamos parar. Creo que ambos estábamos la mar de sorprendidos por el cariz que habían tomado las cosas.

—Tengo que irme —dije con el aliento entrecortado.

Tenía que atender a mi señora, pero ¿cómo contárselo? Él asintió y fue en busca de una linterna. Sola frente a su cabaña, me pregunté si no había echado a perder mi representación, pues Lady Carinna jamás habría besado al cocinero del conde, creo yo. Me puse la arrugada casaca verde para protegerme del frío. Era imposible saber si había cometido un gran error o si, en vez de eso, había dado el mejor paso de mi vida.

Entonces él regresó y me rodeó los hombros con el brazo, y todo volvió a estar bien. Rehicimos el camino hasta los caballos a la luz de su linterna. El bosque se había transformado en un lugar extrañamente misterioso, lleno de crujidos de ramitas y llamadas de animales invisibles.

—¿Qué son esas luces? —pregunté fijando la mirada en los arbustos más oscuros, donde unos pequeños fuegos flotaban y parpadeaban.

Se apartó de mí un momento y cerró los dedos en torno a una chispa de fuego. Cuando volvió, un resplandor verdoso parpadeaba dentro de sus manos.

—Ved. Una luciérnaga.

Miré entre sus dedos y vi una mosquita con la tripa hecha de luz centelleante. Nunca había visto nada más hermoso.

—¿Se puede conservar?

Él se rio.

—Sólo poco tiempo. De niño las cogía en un bote y leía de noche con su luz. Pero si se guardan demasiado tiempo, se mueren.

Cuando la soltó, volvió a ser una llama que iluminaba la noche.

—Aquí incluso una mosca corriente es mágica —dije.

Seguimos andando hasta que la raya de la carretera blanca se extendió delante de nosotros conduciendo hasta la villa. Al verla mi valor titubeó cuando recordé la antigua vida que me aguardaba. Quería quedarme entre

los brazos de Renzo para siempre, al amparo del bosque y de la noche sembrada de luciérnagas.

De repente Renzo me cerró el paso.

—Carinna, he de volver a veros. —Me puso las manos en los hombros, bajó el rostro y clavó la mirada directamente en mí—. He de veros mañana —susurró.

El brillo de la linterna era oro líquido en sus ojos.

No me quedaba ni rastro de dominio sobre mí misma.

—Sí, mañana —respondí.

Y nos despedimos con un beso junto a los inquietos caballos. Durante todo el camino de vuelta por el camino hasta Villa Ombrosa protesté la mar de enfadada contra la verdad. Y la verdad era que cualquier día de éstos Carinna daría a luz a su hijo. Y que cualquier día de éstos me vería arrojada otra vez a mi vieja vida de Biddy Leigh, la engañada meneadora de sartenes, durante el resto de mis días sin amor.

XXXI

VILLA OMBROSA

El día de Viernes Santo, abril de 1773

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Anadones en salsa de trufa ~

Se matan y se limpian los anadones y se atan con hojas de salvia metidas por los cuerpos. Se ensartan en un asador y se espolvorean con harina y se disponen con gruesas rebanadas de pan entre medio. Se lardean con la grasa y el jugo de la graseria usando una pluma. La salsa se hace con cebolla, ajo, aceite y un poco de jamón y apio picados finos. Se añaden las mollejas y las puntas de las alas, se cocina hasta que está y se añade una cucharada de harina y dos dedos de dulce vino de Marsala. Cuando espesa se añaden lascas de trufa y se lleva a la mesa con los anadones.

*Un plato muy refinado que cocinó para Biddy Leigh
el signor Renzo Cellini, Pascua de 1773*

V i a Renzo todas las noches durante dos vertiginosas semanas después de que estuviésemos en el bosque. Yo vivía para verlo. El amor me corría como zumo de adormidera por las venas. Cuando los demás se acostaban, yo salía a hurtadillas y me dirigía a reunirme con él, guareciéndome en los setos que flanqueaban el camino iluminado por la luna. Luego, por fin, la torre en ruinas brillaba ante mí como la guarida de un fantasma, con sus viejísimas piedras blancas recortándose en la negra maraña de los matorrales. Yo esperaba allí junto a los rotos muros, con el corazón como un pájaro enjaulado y la piel llena de polvo de alas de polillas. Estaba atenta a los sonidos de la noche hasta que los cascos de su caballo hacían que las lagartijas y las ranas se escabullesen por la seca hierba. Luego él desmontaba del caballo, y al cabo de un dichoso momento nos aferrábamos el uno al otro, ajenos al tiempo y al lugar. Sólo cuando la campana de la iglesia de Ombrosa daba la una nos separábamos con remisos y susurrados adioses.

La mañana siguiente me enfrentaba a otro interminable día de vivir a medias en la villa, de tareas y labores monótonas, mientras me imaginaba una vida de felicidad con Renzo. Apenas oía lo que me decían los demás. Mis ensoñaciones tenían una fuerza enorme. Todo el día estaba alerta por si oía al recadero llamar flojito a la puerta de la cocina, pues Renzo había encontrado a un chiquillo harapiento que nos llevaba y traía corriendo nuestras notas. Cuando nos veíamos yo intercambiaba a propósito pocas palabras con Renzo, salvo murmullos de cariño. Pero una noche se apartó de mis besos y me habló.

—Tengo que deciros que dejo la casa del conde. Me he peleado con mi señor por última vez, Carinna —dijo con voz ronca—. Ha dicho una cosa que no le perdonaré jamás.

—¿Qué ha dicho?

Meneó la cabeza con gesto abatido.

—Él os desea, Carinna.

Aquello me parecieron unos celos ridículos.

—No haga caso de ese papanatas. Pero ¿adónde irá usted?

—Encontraré trabajo, otra colocación.

Le agarré fuerte las manos.

—¿Dónde?

Estábamos sentados en un murete de piedra, protegidos por un árbol. Vi el brillo de sus ojos cuando apartó la mirada hacia el camino. Nunca hasta entonces lo había visto perder la paciencia.

—¿Qué sé yo? En cualquier lugar donde pueda trabajar —respondió en tono tenso—. En mi ciudad, quizá.

—En cualquier lugar... —repetí con voz pesarosa.

Entonces él me miró otra vez y me rodeó con sus brazos.

—Pero tengo una idea. Tal vez sea una tontería...

—Dígame.

—Para estar con vos haría cualquier cosa. ¿No podría ser vuestro cocinero, Carinna?

Menos mal que estaba oscuro, pues así no vio cómo la consternación me demudaba la cara. El silencio se dilataba. Busqué a duras penas un motivo, cualquier motivo, para decir que no.

—Mi moza de cocina, Biddy... —contesté con voz vacilante—. Está enferma. No sería justo.

—Sólo está encinta —repuso en tono frío—. ¿Y después del parto? ¿Qué?

—Quizá vuelva a cocinar. Lo siento.

—Debe de ser una cocinera muy buena para impresionaros.

—No, me ayuda. Me ayudaba antes.

Sus brazos se tensaron.

—Yo sólo quiero estar con usted —dije con voz crispada.

—Pues decidme cómo, Carinna. Porque intento demostraros que haré cualquier cosa para estar con vos.

—Deseo quedarme aquí —contesté, rebotante de auténtica sinceridad.

—Pues quedaos aquí en la villa. ¿O vuestro esposo quiere que volváis?

—¿Mi esposo? —Me sentí atacada—. Yo no siento ningún afecto por mi esposo.

—Sin embargo le sois muy fiel.

Lo dijo con amargura, porque yo no le concedía la libertad de mi persona. Sentí ganas de gemir en voz alta al ver que me tomaba por una esposa fiel y no por una doncella desesperada.

Poco después me dirigí al camino, afirmando que debía volver deprisa junto a Biddy. ¡Sí, sí, Biddy! Y qué idea... que él fuese mi cocinero. Imposible, por supuesto, pero aun así, me desconcertaba. Después de habérmelo preguntado mil veces, volví a preguntarme si le resultaría simpática siquiera si supiese que yo no era ni noble ni rica. Era bastante modesto cuando hablaba de su reputación, pero yo sabía que ocupaba un alto cargo en su gremio. Leía libros, era dueño de una casa y dirigía a docenas de hombres en la cocina del conde. ¿Cómo iba a amar a una vulgar criada de cocina como Biddy Leigh? De todas maneras, ¿qué importaba aquello? Carinna no tardaría en tener a su hijo, y luego todos haríamos el equipaje y volveríamos a Inglaterra.

El Viernes Santo yo estaba sentada a la puerta de la cocina de la villa desplumando un par de anadones, pues sumergirme en el duro esfuerzo era la única manera que conocía de aliviar mis revueltos pensamientos. Con todo ni siquiera sentarme al sol de la mañana haciendo una larga lista de tareas —fregar los suelos, recoger limones, hacer una jalea, batir un *syllabub*, limpiar el aposento de mi señora, asar los anadones, limpiar con arena las sartenes—, ni siquiera todo aquello evitó que mi pena burbujeara como una olla de áloe del Cabo.

Sostuve el pato encima del cubo de madera y comencé la labor de carnicero que siempre me revolvía el estómago. Primero arranqué la piel del cuerpo como si fuese flexible seda. Luego le retorcí la cabeza al ave y se la arranqué con un fuerte crujido. Por último eché en el cubo el cuerpo color rubí, atrayendo un grupo de moscas zumbadoras.

¿Qué iba a hacer? ¿Y si tenía que marcharme y no volvía a ver más a Renzo? Dejé escapar un pequeño gemido de dolor al imaginarme sola en este mundo sin él. ¿Cómo soportaría vivir?

Alargué la mano para coger la hembra que colgaba de la cerca por el estirado cuello. El macho había sido un animal reluciente como un pavo real, pero su pequeña compañera era de un castaño apagado. En un tonto gesto, le acaricié la frente y me maravillé al sentir su aterciopelada suavidad. Luego tiré del cuello de la pata hasta que se me quedó en la mano, un roto trocito de carne del que pendían unas hebras como de lana roja. Ahogué un sollozo. ¿Por qué siempre se me negaba el amor? Antes había creído amar a Jem, y me lo habían quitado. Y ahora había encontrado a un hombre respetable, un verdadero amor cuyas ideas, todas ellas, discurrían igual que las mías. Un hombre, además, cuyo arte de cocina era el mayor que yo había visto. No soportaba separarme de él.

Tras abrir con el cuchillo el cuerpo de la hembra, desenrollé el zigzag de sus tripas. Luego le busqué el corazón hurgando dentro de la diminuta cueva de su pecho. Allí estaba, un trozo de carne muerta, nada más. Con dedos pegajosos saqué el corazón, desgarrado de un balazo, y sentí que se me descomponía la cara de llanto. Así estaba mi propio corazón. Amaba tanto a Renzo que el dolor de perderlo me destrozaría para siempre. Sentí ganas de gritar mi tristeza a los cielos, pero temí que alguien me oyese. Entonces maldije el ser una criada, condenada a eterna obediencia. Quería darle un puñetazo fuerte a alguien, partirme el puño contra una dura pared. En vez de eso me enjuagué las manos y, de mal humor, me fui a buen paso a recoger limones.

Al principio tomé el sendero del señor Loveday, pues yo sabía que él iba al arroyo y a veces pescaba una o dos truchas. Me abrí camino como pude por entre una maraña de arbustos, maldiciendo las zarzas que se me enredaban en la escofieta y el vestido. Después de pasar corriendo por delante del pequeño y sombrío cementerio olí el refrescante aroma a limones y cogí una gran cosecha. Tal vez fuese el ver la abundancia de fruta, pero me pregunté si no habría sido demasiado dura con el viejo Pars e incluso pensé en buscar una receta de encurtido de limón en *La joya de la cocinera*. Me acordé de todas las reprimendas que me había echado, y eso me recordó que, si bien era un tacaño refunfuñón, quizá sí que velase por mi bien. Levanté un abultado montón de limones en el delantal y me dije que ya era hora de hacer las paces con mi viejo administrador de Mawton.

Antes de poner los anadones a asar llamé con suavidad a su aposento y dije su nombre. Me pareció oír su voz, pero cuando abrí la puerta se sobresaltó, allá sentado ante el escritorio. Las persianas estaban cerradas y el cuarto tenía un aire sombrío y emponzoñado.

—¿Qué quieres?

El aire furtivo con que puso el codo en torno a sus garabatos me hizo desear haberlo dejado en paz después de todo. Pensaba charlar tranquilamente con él, pero en vez de eso me quedé cohibida. De manera que hice una reverencia y dije:

—Cuando el señor Loveday vaya al pueblo luego, ¿le trae a usted algo, señor?

—¿A mí? A ver, déjame pensar.

Se echó hacia atrás y estiró los codos. Me fijé en el estado de su ropa, en que sus trapos de París estaban todos mugrientos y manchados.

Entonces la expresión suspicaz volvió a sus ojos.

—No será dinero lo que buscas, ¿no? —añadió con un brusco gruñido.

—No, señor. —Unas cuantas monedas no me habrían venido mal, pero no quise que pensase que había ido a mendigarle—. ¿Quizá un asado de vaca para Pascua? ¿Le apetece a usted?

Al oír esto asintió y se frotó la gris sombra de barba.

—Carne de vaca y pudin inglés como Dios manda. Nada de esas aguachirles de *maqueroni*.

—Como usted desee, señor. ¿Algo más?

Dio unos golpecitos a la pipa contra la mesa y me dolió ver la ceniza esparcirse por el suelo.

—Un rollo de tabaco. Y una onza de fárfara, si es que la tienen en este sitio infernal. Y la consuela de costumbre para tu señora.

—Sí, señor. Ya que estoy aquí, ¿le arreglo un poco el cuarto?

Dio un respingo y levantó la mano para impedírmelo. Vi que había estado escribiendo mucho, pues tenía los dedos completamente azules de manchas de tinta. Por todo el escritorio había montones de papeles desparramados, pero no distinguí nada más que hileras de números.

Aquello no tenía ni miaja de utilidad. Me despedí y consideré que habíamos hecho las paces, y luego fui derecha a mi aposento para lavarme

bien las manos.

Estaba sentada atrás en el jardín pelando cebollas cuando el señor Loveday volvió del pueblo con mis compras. Tenía una carta en la mano y por un instante mi ánimo dio un brinco.

—¿Es para mí?

Meneó la cabeza y se puso en cuclillas a mi lado, alzando la cara para sentir el calor del sol. Ay, Señor, hacía un calor abrasador a mediodía; el tiempo cocía la tierra como si fuese un horno.

—Jesmire no sabe aún, tiene noticias. ¿Usted quiere leer?

Asentí, dando gracias por aquel entretenimiento, y nos sentamos muy juntos en el banco. Era la respuesta a una de las muchas cartas que ella siempre estaba enviando para buscarse nueva colocación.

Capitán William Dodsley, Rtdo.

Casa Il Porto

Livorno

8 de abril de 1773

Mi estimada señorita Jesmire:

Con la mayor sorpresa y placer recibí su encantadora información que me remite por medio de la amable patrona del Albergo Duomo, de Pisa. Mi estimada señora, apenas imaginará usted lo oportuna que fue la llegada de sus saludos tan modestamente expresados. Le explicaré a usted que soy un caballero serio y formal que ha pasado la mayor parte de su vida navegando, un caballero de buena fama y grandes ganancias que se encuentra en un alojamiento muy espacioso en el mejor barrio de la ciudad de Livorno con ocho alcobas, cocina, sótano y etc. Ya hace dos años que resido aquí, y aunque el ambiente de la ciudad es tolerable, confieso a usted que trastear solo por una casa tan grande le produce a un viejo un poco de murria. Lo que yo preciso, como usted observaba con sagacidad, es una dama que posea el decoro, el orden y la sabiduría práctica para llevar mi casa y hacerla funcionar al estilo inglés como Dios manda. Muy

especialmente, me satisfaría que esa persona fuera una refinada dama inglesa, una mujer como usted, de edad y experiencia, que sabe mejor cómo se llevan a cabo estos asuntos. No gusto en absoluto de estas jóvenes criadas casquivanas...

Miré boquiabierta al señor Loveday.

—Nunca lo hubiese creído.

—Jesmire tiene empleo como paraíso para ella. Da órdenes a otros criados todo día, y eso.

—Es posible. Pero ¿lo aceptará ella? ¿Qué más dice?

Le arrebaté el papel de los dedos.

... cuyos modales no me agradan.

Por favor, señora, siéntase libre de tomar posesión de Casa Il Porto tan pronto como le venga a usted bien, avisando con antelación de cuándo piensa llegar. Espero poder dar a usted la bienvenida a su nuevo hogar con la buena fortuna que tan sinceramente anhelamos usted y quien espera ser pronto su amigo y seguro servidor,

William Dodsley, capitán (retirado)

—Pero seguro que ella no se marcha —dije—. Se creará demasiado fina para llevarle la casa a un caballero soltero.

El señor Loveday meneó la cabeza.

—Yo cree ella quiere ser gran dama más que nada. Y dice a Lady Carinna va a diablo.

—Pero no se irá antes de que llegue el bebé, ¿no?

—¿Usted cree bebé de Lady Carinna importa a ella bledo? No, señor. ¿Después de todo ese gritos?

El señor Loveday llevaba razón, desde luego. Apenas puso la carta en la mano de Jesmire ésta empezó a revolotear por todas partes, haciendo y deshaciendo su cofre e insistiendo en que se limpiase y remendase la librea del señor Loveday si es que él iba a caminar detrás de ella. Incluso bajó a la cocina para alardear de su buena suerte, el vejestorio, emperifollada como

una jovencita con su vestido de seda verde. No podía quedarse quieta y paseaba de un lado a otro, cogiendo cazuelas y pavoneándose.

—Y entonces, ¿cuándo se va usted?

—Esta noche. Pasaré a ver al capitán Dodsley a las once de la mañana.

Olisqueó el queso e hizo una mueca de asco.

—Parece la mar de segura de que cuadrará usted con ese capitán *Dodderer*.

—Se llama Dodsley, y bien que lo sabes. Y te diré una cosa antes de marcharme...

Alcé la mirada de la sartén que estaba restregando.

—Sé que piensas que no soy más que una mandadera, pero en su día fui persona de rango, y lo seré de nuevo.

Hice un gesto de fastidio.

—A ver si nos pasa a todos.

—Conozco tus intrigas, mujerzuela. ¿Piensas que no sé que te arrastras por ahí de noche? ¿Piensas que no oigo tus... ridículos intentos de hablar en tono elegante? Sólo porque lleves a los hombres pendientes de las cintas de tu delantal...

Le temblaba la voz, que por fin se entrecortó hasta perderse.

—No es eso —respondí con firmeza—. Usted siempre me ha tenido antipatía.

Soltó una burlona risilla.

—¿Antipatía? Te odio, vil criatura. Igual que la odio a ella —dijo, señalando con la cabeza hacia la escalera.

—¿Tanto como para abandonarla justo antes del parto?

No pude evitarlo, mi voz se alzó enfadada. Casi despellejé el hierro de la sartén, tan resentida estaba con aquella mujer.

—Huy, sí. Desde luego que tanto. Me regodeo con este día. Un prisionero indultado jamás sintió tal gozo.

—Pero volverá usted mañana por la noche para cenar, ¿verdad? El señor Pars quiere un asado como Dios manda para Pascua. Y necesito al señor Loveday aquí.

—Ya veremos cuáles son los deseos del capitán Dodsley. Imagino que Loveday puede regresar cuando le venga bien. El capitán Dodsley sin duda

tiene un estupendo grupo de lacayos.

Resoplé un momento sobre la sartén y después alcé la mirada hacia la vieja cobista.

—Bueno, pues vaya usted y que sea usted feliz —repuse, con menos brusquedad de la que pretendía—. Estoy más que cansada de todas estas disputas. Si ésta es su gran oportunidad de alcanzar la felicidad, aprovéchela usted.

La mandíbula se le aflojó y se quedó boquiabierta durante un largo instante de sorpresa. Luego se recogió las faldas y se fue con aire resuelto, dejando tras de sí sólo un leve rastro de su apestosa agua de colonia.

Justo antes de que se fuesen, el señor Loveday llegó corriendo con una carta. Jesmire había vuelto a ponerle trencillas doradas en la casaca y le había aplicado a su vieja peluca una nueva dosis de polvos.

—Recadero trae esto ahora mismo, Biddy. Espera usted responde. Yo va ya.

Estreché la carta contra el canesú, pues reconocí la letra de Renzo al instante.

—Señor Loveday... —le dije. Él titubeó junto a la puerta—. Volverá usted mañana, ¿verdad?

Hablé en voz baja para que nadie más me oyese.

Se quedó como un gato que se hubiese cogido la cola con la puerta de la despensa. Yo sabía que para él era una tremenda tentación huir y no volver más.

—Por favor. —Le rocé el brazo y el antiguo brillo volvió a sus ojos—. Sólo hasta que su señoría esté repuesta. —Vi que se lo pensaba muchísimo—. Por favor, por nuestra amistad... No puedo arreglármelas sola. Después lo ayudaré a usted a marcharse.

Se humedeció los labios y dejó ver una amplia sonrisa, la vieja sonrisa medio preocupada, medio feliz.

—Yo vuelve mañana, Biddy. Por usted. Última vez quizá. Luego va.

—Gracias. Venga a las seis y yo lo prepararé todo.

Volvió a quedarse callado un instante y después asintió.

—Yo va ya.

—Vaya usted con Dios —fue lo único que le dije, y le di unas palmaditas en el hombro.

Y luego, con estruendo y crujido de arreos, ambos se perdieron en el atardecer por el camino blanco que llevaba a Livorno y al mar.

Cuando volvió a hacerse el silencio, abrí la carta y me bebí las palabras de Renzo como el mismo aire que me mantenía viva.

Cariño:

Mi señor se ha ido a las fiestas de Pascua de Roma tras ordenarme que no esté aquí para cuando él regrese. Nada me retiene aquí excepto vos. Carissima, he de hablar con vos. Os lo ruego, hacedme el favor de reuniros conmigo esta noche a las diez. Os amo, cariño. Os amo más de lo que pueden expresar las palabras. En el fondo vos sabéis que estamos hechos para compartir nuestras vidas. De algún modo venceremos las dificultades y viviremos como debemos vivir: uno en brazos del otro, compartiendo un solo corazón.

R

Garabateé un mensaje de respuesta para decirle que iría a verlo y salí a toda prisa a ver al astroso chiquillo que esperaba ante la verja. El pilluelo me sonrió a la luz del crepúsculo cuando le pasé una moneda y le dije que se diese muchísima prisa.

La villa se quedó la mar de silenciosa una vez que Jesmire y el señor Loveday se marcharon. Tras deslizarme la preciada carta de Renzo en el bolsillo preparé la cena, encendiendo una lámpara para ver, pues el cielo se había puesto oscuro para ser tan temprano. Me libré de mis preocupaciones durante un rato haciendo todo lo posible por cocinar los anadones igual que Renzo, esforzándome por ser dueña de su arte, ya que no podía tener nada más de él.

A las siete y media llamaron fuerte a la puerta. Otro mensajero estaba fuera. Confieso que me quedé aterrada al pensar que Renzo había cambiado de opinión. Esta carta, sin embargo, iba dirigida al señor Pars y procedía del mismo Mawton. La examiné atentamente, pero no reconocí la letra en

absoluto. Al subirle el anadón junto con unos guisantes frescos se la llevé al señor Pars también. Pero cuando llamé me gritó en tono impaciente que lo dejase delante de la puerta. Suspiré y puse en el suelo la bandeja con la carta.

Entonces le llevé un plato de *syllabub* de limón, con mucha azúcar, a mi señora. Estaba acostada despierta, llorando con la cara pegada a la almohada.

Me puse a trastear un poco por allí. Luego me acerqué a ella y le acaricié el hombro.

—¿Qué os preocupa, *My Lady*?

Volvió hacia mí una cara manchada de lágrimas.

—Lo echo de menos —respondió con voz ronca—. Y no puedo mandarlo llamar.

No supe qué contestar. Pero la tentación era demasiado grande y susurré:

—¿A quién?

Ella negó con la cabeza y se sorbió la nariz. Sin duda era aquel cazafortunas de Napier, pensé, maldiciéndolo.

—Seguro que él no merece la pena —dije con afecto.

Al oírlo mi señora soltó una especie de agitada risa, y se incorporó en la cama.

—Así que Jesmire se ha marchado —repuso, quitándose las lágrimas de un restregón con el dorso de las manos.

—Sí, tendréis que apañáoslas conmigo hasta mañana por la noche.

Me senté a su lado y ella probó el *syllabub*. Me hice la ilusión de que la comida la puso de mejor humor.

—Tenerte como doncella no será ninguna mortificación. Dudo que me claves las horquillas con tanta malicia en el cuero cabelludo.

—Haré todo lo posible por no hacerlo, *My Lady*.

—¿Crees que Jesmire se quedará con ese tipo?

No tenía sentido endulzarle la verdad.

—Me parece que sí. No tengo ninguna duda de que encontraréis una nueva doncella cuando lleguemos a Turín o a un sitio así.

—¿Y Loveday?

—Volverá mañana, *My Lady*. Me ha dado su palabra.

Después, sin querer dejarla, me quedé danzando por allí un rato. Una estropeada caja de madera que en tiempos había contenido mantas estaba junto a su cama. La forré con una manta y con lienzos. Era una cuna zarrapastrosa, pero no pude conseguir nada más.

—Pronto pasará —fue lo único que se me ocurrió decir.

—Gracias al cielo. Le pagaré a esa familia adoptiva la cantidad que quiera. ¿Crees que me escribirían para informarme de la salud del bebé? Les pagaré más por eso.

Dije que sí con la cabeza. En verdad mi señora estaba completamente sola. Recordé la carta de su hermano y mi insensatez al destruirla. Debería haberle escrito, por muy agobiada que yo estuviese. Al día siguiente, decidí, mientras la casa estuviera así de tranquila, le escribiría una carta para decirle que su hermana pronto estaría de vuelta. Fui a la ventana y encajé bien las persianas, pues el viento empezaba a hacerlas sonar.

—Viene un cambio de tiempo. A ver si baja este calor por lo menos.

—Bien. Qué no daría yo por un rato de lluvia inglesa. Ven aquí, Biddy —respondió.

Me acerqué a ella y me tendió la mano. Tenía una expresión agitada y anhelante.

—Tú te quedarás conmigo, ¿verdad? —Le cogí la mano y estaba caliente y húmeda al tacto—. Me da muchísimo miedo el alumbramiento.

—Os prometo que sí, Señora. ¿Cómo os encontráis? ¿Algún dolor ya?

—No —respondió con un suspiro—. Todo igual que siempre.

Yo notaba la carta de Renzo, dura en el bolsillo. Por primera vez me di cuenta de en qué buen lío me había dejado Jesmire. Estaría atada a mi señora hasta el último segundo del día, desde el instante de los primeros dolores. Renzo nunca entendería por qué yo no podía abandonarla.

Carinna estaba empezando a bostezar de nuevo, de manera que me pareció un buen momento para pedirle un favor.

—*My Lady*, si vais a dormir ya, me gustaría salir un rato a las diez.

Ella entreabrió los ojos.

—¿Adónde vas?

Podía haberme inventado cualquier tontería sobre el conde, pero el tiempo de fingir se había terminado.

—Tengo un amigo. Otro criado. No tardaré.

—Imagino que el señor Pars estará aquí si es preciso.

Recordé el grito áspero que había salido de detrás de su puerta, y me pregunté si debía decirle a Renzo que esperase hasta la mañana siguiente. Entonces me acordé de que nuestro precioso tiempo se acababa, de que mi oportunidad de hablar libremente con él no tardaría en desaparecer del todo. Cuando volví a recoger los cacharos sucios mi señora estaba profundamente dormida, con la cabeza metida bajo la sábana.

Fue fácil quitar un vestido del perchero de madera. Pude escoger entre todos los trajes multicolores que colgaban por el cuarto o que estaban doblados dentro de sus cajas. El que elegí fue el que más me gustaba: color oro pálido con lentejuelas violeta y adornos de encaje dorado. Me eché la capa añil de mi señora por encima, temerosa de que me viesen. Esperé todo lo que pude antes de marcharme y le eché una última ojeada a mi señora. Seguía durmiendo y respirando tranquilamente.

Estaba bien cuando la dejé. Lo juro por mi vida.

XXXII

VILLA OMBROSA

Del Viernes Santo al Sábado Santo, abril de 1772

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Té de consuelda ~

Hierve una onza de hojas de consuelda en un cuarto de agua y tómala con frecuencia en dosis de vasos de vino. Tiene soberana virtud como remedio para cualquier mal interno o externo. Para flujos de sangre, úlceras, flemas, males de pulmón, anginas y tabardillo.

Un remedio que me dio Nanny Figgis, nodriza de Harriet, condesa de Tilsworth, Lady Maria Grice, 1744

Poco después de que nos viésemos en la torre, Renzo se apartó de mis besos y tomó mi cabeza entre sus manos.

—He de hablaros esta noche —dijo—. Tengo poco tiempo.

No había manera de escapar de aquello. Tenía un aire muy decidido y serio. Sin embargo cuando empezó a hablar no me dirigió el reproche de enamorado que yo esperaba.

—Roberto, el ayuda de cámara, ha oído a mi señor repetir cosas viles sobre vos, Carinna. Que vuestro esposo no tardará en morir. ¿Es eso cierto?

—Está enfermo, sí. —No sabía qué otra cosa decir, de manera que le conté la verdad—. Es triste, pero a mí él no me importa. Yo lo amo a usted.

—Escuchad, mi cielo. El conde planea casarse con vos. Sólo por vuestra fortuna y por una famosa joya.

Me reí al oír aquello.

—¿Cómo? Jamás me casaría con ese viejo papanatas. ¿Se cree él que soy tonta?

Al menos en eso Carinna y yo coincidiríamos.

—Carinna, estáis sola aquí, en un lugar que os es extraño en todos los sentidos. Unos cuantos criados no suponen protección. Él es poderoso. Tal vez parezca un imbécil, pero es taimado y siempre se sale con la suya.

Recordé todos sus regalos y sus ridículas galanterías. ¿Es que andaba por ahí dormida para no darme cuenta?

—Supongo que... si mi esposo muriese, yo sería una mujer libre.

Y si yo fuese Carinna sería la mar de rica, pensé, aunque eso no lo dije en voz alta.

—Sí. Y hay otro peligro. Su hermano Francesco es el heredero de la finca y sólo vive para el día en que herede. Hará cualquier cosa para impedir que su hermano se case con vos. No bromeo, mi vida. Es un hombre desesperado.

Agarré las manos de Renzo más fuerte aún, sintiendo que me confundían todas estas maquinaciones.

—Carinna, dejo el servicio del conde. No pienso tomar más parte en esto. Todas aquellas prendas de amor que me mandó crear para vos... Ya todo eso me pone enfermo. Por eso he reñido con él. Ahora me he enterado de que consulta a su notario de Roma. Debe de ser por sus planes de casarse con vos.

Le tendí los brazos y me aferré a él, sintiendo que la aspereza de su mejilla daba paso a la suavidad de su boca.

—¿Qué hago? —pregunté en un susurro, con la boca pegada a su ancho cuello.

—Debéis iros de este lugar.

—Eso quiero —respondí, levantando la cara para mirarlo—. Pero no puedo. Está Biddy. Cualquier día llegará el momento de dar a luz.

La impaciencia hizo que las palabras de Renzo sonaran ásperas.

—¿No podéis dejarla en una casa de huéspedes? ¿Pagar a una enfermera?

Yo estaba deseando agradecerle en todo. El corazón se me retorció en dolorosos nudos.

—Sólo un poco más de tiempo —le respondí.

Sin embargo después del alumbramiento habría que esperar durante el largo sobreparto. Carinna no tenía las fuerzas de una mujer trabajadora, que se levantaba de la cama una semana más o menos tras dar a luz. Con desagradable sorpresa me di cuenta de que Carinna no era la mujer perezosa pero de ánimo vigoroso que yo había conocido allá en Mawton. Era una inválida débil y frágil. Su viaje de vuelta a Inglaterra tendría que ser la mar de lento y cuidadoso. Ahora que Jesmire se había ido, yo era su única esperanza de que recibiese los cuidados oportunos. No podía abandonarla.

Cerré los ojos, apoyé la cabeza en el ancho hombro de Renzo y deseé que todas mis preocupaciones desapareciesen.

—Sólo me quedan unas últimas tareas —dijo él—. Luego he de irme. El conde ha contratado a un nuevo cocinero.

Levantó mi cara muy suavemente entre sus manos. Sentí ganas de hundirme en sus ojos negros como la noche, pero en su penetrante mirada

había una pregunta que tenía todo el derecho a hacerme.

—¿Comprendéis, Carinna? Para estar con vos yo estoy dispuesto a hacer cualquier cosa. Así que ahora decidme con sinceridad, ¿no me queréis como yo os quiero a vos?

—Sí —susurré—. Usted sabe que sí.

—Entonces venid conmigo.

Volví deprisa a la villa sintiéndome aún más inquieta que cuando salí. La luna estaba en lo alto y sólo le faltaba el canto de una uña para estar llena, de manera que me pegué al amparo de los árboles que había al borde del camino, contenta de ir cubierta con la oscura capa de mi señora. La noche parecía temblar con todo el calor retenido del día, cargada de mosquitos pequeños que volaban en locas espirales. Durante todo el camino de vuelta el ruego de Renzo me resonaba en los oídos. Con la mayor suavidad posible, abrí la chirriante verja y corrí con pisadas ligeras por la pálida raya del camino de entrada. Cuando pasaba entre los tilos la brisa se levantó en calientes soplos sacudiendo las hojas, que bailoteaban como vainas. Por fin apareció la casa, con las estatuas picadas de viruelas que esperaban en la terraza y las ventanas ciegas que reflejaban la luz de la luna. Aunque no, había una ventana iluminada con el parpadeo dorado de una vela. Mi señora estaba despierta. Yo sabía que era más de la una de la madrugada, pues había oído la campana de Ombrosa dar la hora. Empecé a correr por las descoloridas losas del suelo y entré de un empujón por la puerta principal hasta la oscuridad más absoluta del vestíbulo. De la cocina me llegaron los gimoteos de Bengo y me alegré de haberlo encerrado dentro. No había nadie más por allí, de manera que fui subiendo a tientas hasta el cuarto de mi señora.

Los dolores del parto habían comenzado. Mi pobre señora se retorció gimiendo entre las sábanas, con el húmedo pelo pegado a la frente y el rostro crispado de dolor.

—Ya estoy aquí.

Le cogí la mano y me pareció húmeda y caliente.

—Gracias a Dios, Biddy —contestó con un fatigoso resuello. Era horrible oír el ansia de aire que tenía—. Creí que estaba sola.

Tenía los ojos muy abiertos y oscuros de pánico.

—¿Dónde está el señor Pars?

No había visto ninguna luz bajo su puerta.

—Lo llamé. —Tuvo que dejar de hablar cuando los tremendos dolores la invadieron. Después, cuando disminuyeron, Carinna volvió a hablar entre jadeos—. Me dejó tranquila con una infusión. Ha ido a caballo a por el médico.

Di gracias al cielo por eso al menos. Para aliviar sus sudores abrí un poco las persianas, pues hacía una noche sofocante como un horno. Del médico no había ni rastro. Volví a su lado y me enteré de que los dolores la habían despertado poco después de que yo me marchase.

—Pars se puso... furioso... porque no estabas.

—No había más remedio. Ahora estoy aquí. ¿Deseáis empujar?

Negó con la cabeza, de manera que supe que tenía tiempo. Miré bajo las sábanas y vi que el alumbramiento había empezado de veras. Pero al ser su primer parto, aún tendría que esperar horas.

—Tengo náuseas —gimió—. Me siento muy mal.

—Todo va bien. Estoy aquí.

Procuré que estuviese cómoda y apilé los cabezales para que se sentase derecha. Pero al cabo de un momento se había desplomado y estaba tumbada de costado, retorciéndose. Tenía la cara tan blanca de miedo y tan brillante de sudor que de pronto yo me asusté también.

—*My Lady*, tengo que ir a por agua caliente para el médico —le dije, mostrándome más valiente de lo que me sentía—. No tardaré en volver.

Sus ojos se volvieron hacia mí.

—No me dejes.

—Os lo prometo, aún falta un poco para el alumbramiento. Tengo que ir a por ropa de cama limpia.

Mentiría si dijese que no estaba aturdida cuando llegué abajo. El fuego de la cocina casi se había apagado, y maldije a Jesmire por irse y llevarse al señor Loveday consigo. Yo había previsto que en esta noche de dolores de parto me pasaría las horas entreteniéndome con un *caudle* de vino caliente con especias y un plato de pasteles de alumbramiento, pero no iba a ser así.

Tardé un buen rato en cebar el fuego de nuevo y tener el agua hirviendo. Mientras tanto busqué el montón de paños limpios que había reservado. Después, y al tiempo que buscaba cualquier otra cosa que me fuese de utilidad, me metí el viejo cuchillo de plata de Lady Maria en el bolsillo. Bengo no dejó de dar pequeños ladridos correteando entre mis piernas, pero cuando terminé le di un hábil empujón y lo dejé gimoteando dentro de la cocina.

—Allá vamos —dije, cargando con el cacharro del agua en una mano y con los trapos limpios en la otra.

Estuve a punto de dejarlos caer al ver a Carinna. Había vomitado por la ropa de cama, una porquería de un vivo color verdoso que había llenado de salpicaduras todas las sábanas. Cuando corrí a limpiarle la cara se quedó floja como un trapo mojado en mis brazos. Tardé mucho en volverla a un lado y a otro para cambiar las sábanas, y por fin la enderecé apoyada en los cabecales. Para entonces yo iba poniéndome la mar de inquieta y no dejaba ni un instante de escuchar por si oía caballos. Pero me recomendé a mí misma estar tranquila y serena, pues sabía que muchas mujeres resistían los partos más inhumanos. Una vez limpia, mi señora parecía estar un poco mejor. Vertí agua caliente en el aguamanil y dispuse todos los paños. Me dije que todo estaba preparado, igual que si fuese a intentar hacer un plato tremendamente difícil.

Con un grito agudo los dolores empezaron de nuevo, y esta vez el áspero sonido de su pecho buscando aire era horrorosísimo de escuchar. Le acaricié el húmedo pelo, conteniendo yo la respiración también, mientras me preguntaba si mi señora sobreviviría. Por fin los tormentos parecieron menguar y volvió a tenderse, débil como un corderillo.

—¿Biddy? ¿Estás ahí?

Su voz era un susurro.

—Sí, Señora. No os dejaré.

Como respuesta, un leve achuchón me apretó la mano.

—Es un castigo. Todo el viaje. Lo sabía.

Los labios, muy pálidos y agrietados, se movían despacio en su desdichado y cansado rostro.

—No digáis bobadas. Guardad el aliento para el niño, querida.

Pero ella no se calmaba. Sus dedos se me hincaron en el brazo.

—Es verdad. Escucha. Hicimos una maldad. Lo confieso.

—Éste no es momento para hablar...

—Escucha, Biddy. Por Dios.

Durante un momento se calló, recuperando el aliento. Su boca estaba tan descolorida que parecía teñida de azul. Miré esperanzada a la ventana, atenta por si oía cascos de caballo en el camino, pero nada disipó mi alarma.

Se humedeció los secos labios y habló de nuevo.

—Juntos maquinamos contra el viejo. Todo fue una estratagema. Por su dinero.

Yo escuchaba, sin querer oírlo en absoluto.

—Que Cristo me perdone —dijo—. Voy a morirme. Lo sé.

No pude mirar a sus suplicantes ojos. Entonces empezó otro dolor de pujar y ella se hizo un ovillo y lo aguantó, pellizcándome la mano tan fuerte como unas tenazas. Cuando se le pasó se volvió hacia mí con los ojos como el vidrio. Sus labios comenzaron a moverse otra vez, formando palabras con débil aliento.

—Éramos pobres. Yo lo necesitaba. Dinero.

—Olvidad eso ahora —respondí, pues semejante conversación me daba náuseas.

Ni todo el dinero del mundo puede comprar la vida, pensé, sombría.

—¿El médico?

Mi señora tenía la mirada perdida y un gesto embotado.

—Quizá venga aún.

Sin embargo, advertí en ella un ánimo lleno de desesperanza.

Poco después me miró, y sus ojos estaban tan hundidos que no supe con certeza si en verdad me veía.

—He cometido un pecado espantoso.

—Vamos, callad. Ya me lo habéis dicho.

—No. Peor...

Los dolores de pujar empezaron de nuevo y al fin se esforzó por levantar las rodillas. Si al menos diese a luz al niño, le pedí a Dios, tal vez todo

saliese bien. Pero cuando trató de empujar estaba demasiado débil y todo el dolor pareció volver a metérsele dentro. Era una angustia verla.

—El niño —susurró con un hilo de voz, tan bajo que apenas pude oírla. Bajé la cabeza y sentí su aliento, agrio y caliente, en la mejilla—. Cuida de él, Biddy.

—Viviréis, querida —le dije en tono de ruego—. Viviréis para cuidarlo vos misma.

—Dale a Kitt la joya —respondió con entrecortados jadeos—. No a Pars. A Kitt —añadió.

Me resultó extraño que dijese aquello, claro que le había jurado a su madre moribunda que sería el sostén de su hermano. Antes de que pudiese decir nada más los dolores la asaltaron de nuevo. Jamás había visto a nadie sufrir como ella. Estaba demasiado débil para gritar. Todo su ser sentía horribles tormentos, como si estuviese en un potro de tortura. Entonces llegó un instante en que ya no pudo respirar ni miaja, y en su pecho sonó un terrible crujido mientras ella intentaba tomar aire. Traté de levantarla, aunque me temblaban las manos y las tenía inseguras. En ese momento lo sentí, como una gran sacudida que la atravesaba, igual que si un garrote invisible le golpease el pecho. La tremenda fuerza de la convulsión fue tan intensa que Carinna lanzó los brazos hacia atrás.

—*My Lady*, alzaos.

Le tiré de los hombros, intentando incorporarla. La cabeza se le cayó hacia delante. Un hilo de baba verdosa le salía de la boca abierta.

—*My Lady!*

Tiré otra vez y vi la mirada fija de sus ojos. Tenía los labios entreabiertos y en ellos había una sombra azul. Su alma había abandonado su cuerpo, en un instante.

—Carinna —la llamé, acercándome a ella de nuevo—. Habladme, querida.

Sus labios seguían inmóviles, sus ojos no se movían ni una pizca. Le acaricié la mejilla y estaba caliente, pero muy quieta.

Yo sabía que todo había terminado, y me quedé tan acongojada por mi señora que rompí a dar manotazos como un niño desilusionado. «Mi pobre señora», dije entre sollozos. Haber venido hasta tan lejos para morir sin

parientes ni amigos que la consolasen... Con ternura, le limpié el rostro cubierto de sudor. Luego los brazos y los lechosos pechos, de venas azuladas. Sólo al pasar el paño tibio por su enorme e hinchada barriga me acordé del pobre niño atrapado, pues fue entonces cuando, de pronto, en la piel de la tripa hubo una ondulación, un aleteo que pasó rápido por la superficie. Dejé caer el paño y me tapé la boca con la mano. El bebé aún vivía.

—¡No! —exclamé en un grito ahogado.

Pero no podía sobrevivir a la muerte de su madre, ¿no? Se me aflojaron las piernas y me acerqué un escabel, intentando ordenar mis ideas. Un espantoso recuerdo se abrió paso a empujones en mi memoria: el de aquel cervatillo saliendo del cuerpo de su madre muerta allá en la despensa de Mawton. Volví a echar una ojeada al rostro de Carinna. Estaba rígida y sin vida como una estatua de piedra de las que había allá en la terraza. De nuevo alargué la mano hasta la tripa. No estaba del todo fría y aún cedía al tacto. Otro movimiento pasó temblando por la tersa piel, empujando hacia fuera como la patada de un pie diminuto.

Me dije que debía hacerlo rápido. Que nadie excepto un cirujano me excedía en destreza con un cuchillo. Temblando sólo un poco, puse un paño limpio sobre las partes de mi señora y agarré mi cuchillo de plata.

—Que Dios me perdone —supliqué.

Le di con las puntas de los dedos, calculando que un tajo derecho por la cintura probablemente mataría al niño. Decidí que había que sacrificar las partes bajas, de manera que la abertura tenía que hacerse en el borde inferior de la tripa. Procuré calmar mi entrecortada respiración. En ese momento confieso que habría sentido alivio si el niño hubiese muerto. Pero no murió. Volvió a moverse, luchando por encontrar aire, atrapado en la matriz como un gatito en un saco.

Con la mayor suavidad posible, pegué la punta del cuchillo a la pálida carne. Empujé y la hoja cortó la piel. Brotó un lento rezumar de sangre que me estorbaba el ver. Sequé una poca y hundí algo más el cuchillo, mascullando «Padre nuestro» y trozos de oraciones entre dientes. El primer corte fue demasiado superficial. Lo único que conseguí fue hacer un

horrible desastre sanguinolento. Un desfallecimiento estuvo a punto de acabar conmigo.

—Esto no es más que labor de carnicero, lo de siempre —me dije.

Esta vez me ordené ahondar más. Atravesé hasta una capa de grasa y hundí el cuchillo. Llegué a una magra carne roja, pero allí no encontré nada. Tenía la boca seca, la garganta tensa. Empecé a dar arcadas y a toser al ver mi infame obra. Más sangre salía a raudales sobre mis manos ya, de manera que me detuve un instante para limpiarla con el empapado paño. Quise sentarme para recobrar el aliento, pero la idea de que estaba pasando un tiempo precioso me hizo cortar más hondo aún. Pensé que la hoja ya debía de estar cerca del niño, y me aterraba matarlo. De manera que, con el corazón oprimido, levanté el colgajo de la barriga de mi señora y miré en el interior.

Una cosa oscura y enmarañada me llamó la atención entre la carne colorada. Al deslizar la mano dentro del fétido calor de la tripa toqué algo redondo que tenía pelo, resbaladizo y apelmazado. Entonces corté en serio, sin importarme la carnicería que estaba haciendo, desesperada tan sólo por liberar al niño atrapado. Por segunda vez metí la mano dentro del cuerpo de Carinna y ahora agarré la escurridiza cabeza. Luego di un tirón fuerte. De pronto, y en un rápido montón, el bebé salió por la abertura, muy gris y manchado de sangre. Cayó en las ensangrentadas sábanas, con los ojos cerrados pero agitando débilmente los miembros. Detrás traía la gris y arrugada salchicha del cordón. Con un tajo del cuchillo, el bebé quedó libre. Yo sabía que había que lavarlo, pero estuve a punto de que se me cayese al suelo cuando lo llevaba al aguamanil. Por el camino iba murmurando oraciones de gracias, tan asombrada estaba de que el bebé viviese.

Cuando le lavé la babaza, caliente y grasa, tomó mejor color. Era una nena, con oscuros mechones de pelo en la cabeza y un chafado pegotito por cara. La verdad es que el cráneo estaba torcido para un lado, como una manzana que hubiese crecido ladeada, pero calculé que aquello era de todo el tiempo que había pasado estrujada dentro. Se me ensanchó el corazón al verla viva. Me la llevé al pecho y me alegré de oírla llorar con sanos berridos. Sólo el sentir su suave tacto me animó, el pataleo de sus flacas piernas y el abollado melocotón de su cabeza que se bamboleaba pegada a

mis labios. Después la envolví en un pañal y la puse en la caja de madera que era su cuna. Estuve mirándola un buen rato, maravillada, mientras ella soltaba unos sorbetones y daba una sacudida y luego se quedaba dormida.

Antes de irme a dormir me puse a arreglar a mi señora. Se me ocurrió que si rasgaba tiras de sábanas podía vendarle la tripa. Estaba de pie mirándola con el cuchillo levantado para cortar la tela cuando sentí una picazón en la piel, como si estuviesen observándome. Al volver la cabeza di un respingo de susto, pues allí en la entrada estaba el señor Pars.

—¡Biddy! —vociferó—. ¿Qué le has hecho a tu señora?

Farfullando y con las palabras todas embarulladas, empecé a contar la historia: que ella había muerto mientras sufría los dolores del parto.

—Menos mal que ha vuelto usted —concluí—. Esperé y esperé a ver si venía el médico. Pero ya es demasiado tarde.

Él no se movió de donde estaba, a la sombra de la puerta. Lo vi mirar ceñudo a mi señora, que estaba tendida, blanca y casi desnuda, toda acuchillada como un cadáver en un campo de batalla.

—Ya lo veo. Ahora deja el cuchillo, muchacha.

Me miré la mano, manchada de sangre hasta el codo. Solté el cuchillo y éste cayó con estruendo al suelo.

—Menos mal que ha vuelto usted, señor —repetí muy de corazón—. Cuando ella murió no supe qué hacer.

—¿Cuando ella murió? —Yo no le veía la cara, pues estaba lejos de las velas—. No, Biddy. No podía vivir después de que la mataras de esa forma.

—¿Matarla? —grité—. Le he dicho a usted que estaba muerta y enfriándose cuando la corté. Mire. —Le indiqué con un gesto la cuna—. He salvado al bebé.

Dio unos cuantos pasos y echó una mirada hacia el cominillo que ahora estaba tranquilo en la cuna.

—Por Dios, tiene una cabeza monstruosa.

—A lo mejor se arregla, señor. Fue un alumbramiento horrible.

—Lo que veo es lo que veo, Biddy. Un cuchillo en tu mano, tu señora muerta... Mira. —Y me señaló con expresión grave—. Tienes el vestido empapado de sangre. Ah, no..., si es el vestido de ella, ¿verdad? ¿Su vestido dorado de París? Muchacha, ¿qué has hecho?

Fue entonces cuando sentí una sensación de hundimiento, como una piedra que me cayese en picado en las tripas.

—Tu señora estaba muy bien cuando la dejé.

Su acusación no era encendida, más bien parecía la mar de apenada, como si el administrador se compadeciese de mí.

—Señor Pars, señor, yo jamás le haría daño a mi señora. Yo le tenía cariño. Usted lo sabe.

—En un tribunal de justicia, Biddy, tal vez no se trate de lo que yo opine. Yo la dejé... Cristo sabe que digo la verdad, la dejé bien y contenta. Y vuelvo para encontrarme con este horror. Oh, ¿tanto te habían trastornado las joyas y el ir de saraos para que tuvieras que asesinarla?

—¡Señor Pars, señor! Soy yo, Biddy. ¿Cómo puede usted decir semejante cosa?

Él retrocedió entonces más lejos de la luz, hasta que no fue más que una sombra parlante.

—Antes sí creía conocerte, Biddy. Pero piensa en cómo has cambiado en estas últimas semanas. Hay testigos en abundancia de cómo andabas por ahí fingiendo ser ella, mientras ella estaba demasiado enferma para impedírtelo. Ella tenía su parte de culpa, eso te lo concedo, pero debo seguir mi conciencia. Si me hacen declarar ante un juez de paz, sólo diré lo que mis propios ojos han visto.

—Usted no haría eso... ¡Que Dios me asista, me colgarían por esto!

Entonces, viendo quizá el pánico que me atenazaba, me miró con un poco más de amabilidad.

—Ha sido una noche larga y tediosa. Vamos a dormir antes de que tomemos una medida apresurada.

Sentí tal gratitud hacia aquel hombre que me eché a llorar.

—Gracias, señor Pars, señor.

—Acaso haya medios para solucionarlo, si haces lo que yo te mande.

—Haré cualquier cosa, señor.

Me temblaba la voz de alivio.

El señor Pars se marchó arrastrando los pies hacia su aposento y oí su llave girar en la cerradura. De nuevo me puse a limpiar la habitación, que parecía un desolladero. Por mucho que lo intenté no pude cerrar los ojos de

mi señora, pues me faltaban los pesados peniques ingleses. Y de esa manera fue como si los ojos llenos de espanto de mi señora me implorasen mientras yo hacía un fardo con las ensangrentadas sábanas y las apartaba para echarlas al fuego. Ojalá pudiese ella hablar en mi defensa, pensé. Y me pregunté qué habría dicho el señor Pars de la confesión de mi señora, que en verdad ella y su tío sí que le habían quitado a Sir Geoffrey su dinero con engaños. Que él sospechaba de ella desde el principio, imaginé. Hice cuanto pude por ordenarlo todo otra vez y llevé el aguamanil, el cuchillo y los cacharros a la cocina. Bengo seguía dando pequeños ladridos tras la puerta, pero con un empujón del botín en los cuartos traseros lo hice echarse atrás de manera que no se escapase. Después, incapaz de dejar a la diminuta hija de Carinna sola en aquel aposento de muerte, cogí a la inocente chicuela en mis brazos y me la llevé a mi cama.

XXXIII

VILLA OMBROSA

Sábado Santo de 1773

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

~ Pasteles de entierro ~

Toma una libra de azúcar y un cuarto de libra de almendras escaldadas y muélelas muy bien, luego cuélalas con cinco cucharadas de nata. Añade unos granos de ámbar gris y mézclalo, y pon en ello tres o cuatro cucharadas de harina. Luego échalo en ataudes y hazlos en el horno. Cuando estén secos, átalos de dos en dos con cinta blanca y séllalos con lacre negro. Un poema apropiado para el papel dice así:

*¡Adiós, amigos que lloráis, adiós,
amigos del alma, adieu!
En el cielo pronto espero estar
y allí os recibiré.*

Pasteles de entierro que se hicieron a la muerte de Lord Charles Grice, 1681, escritos con una preciosa y antigua letra de secretario, La joya de la cocinera

Aunque estaba rendida, dormí mal aquella noche. Tenía al bebé junto a mí y cada pocas horas me despertaba oyendo su lloriqueo. Me la arrimaba, cogida en brazos, y me alegraba mucho de sentir su cuerpecillo, y creo que ella se alegraba de sentir mi calor a su lado. Durante las primeras horas de la madrugada imágenes la mar de horribles pasaron rápidas por mi cabeza: los ojos de porcelana mate de mi señora muerta y la colorada carnicería de su cuerpo, y Renzo diciendo que si yo lo quisiese, me iría con él. Pero lo peor de todo era la amenaza del señor Pars de verme ahorcada por asesinato. La horca. Sólo la idea del árbol de la horca y el paseo final hasta aquella vergonzosa muerte casi hacía que me desmayase de terror.

De manera que me consolé cuando apareció el amanecer detrás de las persianas y vi los grises ojos de la nena mirarme parpadeando, confiados. Por la gracia de Dios, me dejó maravillada que de todos los horrores de aquella noche saliese una niña tan linda y bien lograda. La mecí sobre las rodillas un rato, cantándole canciones bobas mientras le estiraba los diminutos dedos de las manos y los pies, que aún tenía apretados de estar encogidos tanto tiempo. Cierto que su cabeza seguía torcida, pero se la froté suavemente con ungüento hasta que pareció quedar un poco mejor. Sin embargo también se me hizo un nudo en la garganta de compasión, porque fuese un cominito sin madre en este lugar extranjero.

Bengo salió de la cocina casi como una bomba cuando lo solté. Me dieron ganas de pegarle con un palo al ver que había estado corriendo como loco por todos lados, dándole porrazos a la loza y rompiendo la mejor taza de té de Carinna. A toda prisa, calenté un poco de leche y, como no tenía biberón, le di de comer al bebé gota a gota con una cucharilla de té. Mezclada con un poco de vino y miel, sosegó a mi pequeñina, y en cuanto empezaron a bajársele los párpados la metí a la carrera en la cesta del pan y recé para que se quedase callada. Poco después oí al señor Pars levantarse y

me dije que debía ser cautelosa, pues este hombre tenía mi vida en sus manos. Mientras les ponía mantequilla a sus panecillos le di vueltas al asunto: que un juez tal vez pensase como pensaba el señor Pars, que yo le había hecho daño a mi señora. Casi no acababa de creer que se hubiese acercado a mí con tanto sigilo sin que me diese cuenta cuando yo tenía el cuchillo alzado sobre el cuerpo de Carinna.

Intenté sostener mi propia inocencia, pero no era tan fácil. Como decía el señor Pars, había testigos en abundancia de que yo me ponía los vestidos de Carinna y me llamaba por su nombre mientras ella estaba mala en la cama. Sólo contaba con el señor Loveday y con Jesmire para que intercediesen por mí, y Jesmire, según sus propias palabras, no podía verme ni en pintura. Y, por lo que yo sabía, el señor Loveday, al ser esclavo, no tenía derecho a hablar en un tribunal de justicia.

Cuando oí que el señor Pars bajaba la escalera acudí deprisa a servirle el desayuno. Hice todo lo posible por interpretar su semblante, pero estaba igual que siempre, con una expresión severa en la cara. Luego, tan pronto como oí que paraba el raspar de platos en el salón, entré e hice una reverencia más grande de lo que había hecho en muchos meses.

—Señor Pars, señor, me dijo usted que si cumplía sus órdenes hoy sería benévolo conmigo.

Había encendido la primera pipa del día y estaba arrellanado en uno de los sillones del salón. Resultaba raro verlo abajo y, a decir verdad, parecía más a gusto que en los últimos tiempos, como si hubiese tomado verdadera posesión de la villa ahora que mi señora había muerto.

—Conque ahora te tragas el orgullo, ¿no?

—Sí, señor. Y siento muchísimo lo de la señora. Murió de muerte natural, señor. Yo esperé y esperé a ver si venían usted y el médico...

Levantó una mano para hacerme callar.

—Basta. Hay muchos asuntos que atender. Primero dispondré el entierro de esa pobre mujer. Y mientras tanto tú debes deshacerte del niño.

Al principio el corazón me martilleó como un tambor, pues no entendí a qué se refería. Entonces recordé la intención de Lady Carinna.

—¿Quiere usted decir preguntar en el convento por una familia que la críe, señor?

—Sí. Supongo que para guardar las apariencias deberías llevar el vestido de tu señora cuando salgas. Quedaría demasiado raro que la misteriosa Biddy, postrada en cama, de repente se pusiera a callejear por ahí.

—Muy bien, señor. ¿Y escribirá usted para contárselo a su familia? Qué terrible noticia para Sir Geoffrey. Y para su tío de ella y el señor Kitt.

—Yo me encargaré de todas las formalidades. Con este calor no debe haber retrasos. El entierro ha de ser mañana.

—Gracias, señor. ¿Y no mandará llamar usted al juez de paz, señor?

—Como te dije, haz lo que se te ordene y ya me lo pensaré.

Yo aún estaba la mar de preocupada, pero hice una reverencia y me puse a recoger los platos.

—Una última cosa —dijo con voz muy resuelta—. Debo reunir todos los bienes de tu señora. Y no encuentro la joya.

Casi se me cae la tetera de la impresión. No se me olvidaba que había prometido, junto a un lecho de muerte, no entregársela.

—¿No te la has puesto tú hace poco?

Su voz estaba cargada de desconfianza.

La boca me sabía a serrín. Recé para que la joya estuviese donde yo la había dejado, en mi aposento.

—Sí, señor. Pero se la devolví a mi señora. La buscaré bien en sus cofres.

—¿En sus cofres? Muy bien. Ponte a ello, pues. —Me observó en silencio entre vedijas de humo—. Porque si la joya no aparece, comprenderás que todos estos acontecimientos toman un cariz muchísimo peor.

Hacía un día caluroso, cargado, pues el chaparrón no había caído por la noche. Decidí ir andando con el bebé. Jesmire tenía el coche y a mí me faltaba valor para montar a caballo yo sola, de manera que envolví a la pobre chiquilina en un mantón y, aunque no era así como lo haría una señora, me la puse sin ceremonias a la cadera como hacían las mujeres de Scarth cuando salían a coger carbón. Vestida con el traje azul de mi señora comprado en París, era en verdad una visión mientras subía pesadamente por la carretera hacia Ombrosa. Para cuando pasé con paso cansado por

delante de las murallas de piedra del pueblo tenía una punzada en el costado como una aguja de mechar. Dejé atrás a unas cuantas viejas sentadas a la puerta y a un puñado de viejos que jugaban a las cartas con unos grasientos naipes debajo de unos arcos antiguos. Se me quedaron mirando como hacían siempre, descarados y curiosos, pero no empezaron a hablar hasta que no los rebasé.

Recordando las indicaciones del conde, seguí camino arriba hacia la cumbre de la colina. Poco a poco, la torre parda y las tapias del convento aparecieron muy por encima de mí. Para entonces un sol borroso caía a plomo, y maldije la estrechez del canesú que me apretaba la respiración. El camino iba en dirección variable, de manera que los edificios viraban hacia el este, luego hacia el norte, siempre fuera de mi alcance. Pero por fin, después de que mis pies pisasen muchas millas de duro camino, doblé una curva y me encontré delante de una mísera portería.

Llamé a la puerta tachonada de hierro. Durante varios minutos no acudió nadie. Ahora que mis zancadas ya no lo acunaban, el bebé empezó a llorar, un llanto de encías rosadas que me puso nerviosa. Volví a llamar, cada vez más enfadada. «Maldiga Dios a estos papistas», solté por lo bajo. «¿Siempre han de estar besándoles los dedos de los pies a sus ídolos de piedra y contando las cuentas del rosario?».

Entonces la rejilla de la puerta chirrió, y un ojo receloso se asomó a mirarme.

En mi mejor italiano dije que deseaba que buscasen una familia para el bebé, por cuyo servicio pagaría bien. Sin la menor palabra de saludo, una monja fea alzó el pestillo de la puerta y la seguí hasta dentro. Estábamos en una especie de patio donde los hierbajos brotaban del enlosado y las cabras se peleaban por las sobras de la cocina. Fui tras la renqueante figura hasta un sucio aposento y ella se acomodó detrás de una mesa. Por encima de nosotras había un cuadro de María, con el corazón atravesado por espadas como un acerico viviente.

Dando un fuerte suspiro, la monja alargó la mano para coger una caja de caudales y me la tendió pidiéndome el dinero. Yo llevaba preparadas mis *lire*, pero, después de ver aquel lugar, una gran desconfianza me impidió entregárselas.

—*La bambina?* —pregunté.

Le hice gestos para que me enseñase dónde tendrían al bebé hasta que se arreglase la diligencia. La vieja monja frunció el ceño y agitó la arqueta en mi misma cara. «Maldita seas, so bruja», pensé.

—*Dove la bambina...?* —Me esforcé por pensar en la palabra italiana—. *Dorme?* —volví a preguntarle.

Era una batalla de voluntades, pero yo no tenía intención de dejar a la hija de Carinna sin ver dónde dormiría esa noche. Y lo que vi, tras una tosca pelea de gestos, fue tristísimo. A los *bastardi*, como los llamó la monja, los tenía alojados una familia en un sombrío cuchitril con rendijas por ventanas. Un bebé acostado en la paja pataleaba entre su propia porquería. Los demás niños, pocos, estaban muy flacos y harapientos. De ellos se encargaba una repugnante mujer con un gran bastón en la mano. Di media vuelta y me fui de aquel lugar infernal. Ni en mil años habría dejado a la linda pequeñina en semejante pozo de aflicción.

La ira me hizo bajar otra vez hasta el pueblo. El bebé lloraba de nuevo, sin duda tenía hambre de la leche de su madre. Busqué el mercado que ya conocía y les pregunté a los dueños de los puestos, rezando para que hubiese alguien necesitado de dinero. Al cabo de una hora di con Carla: una rolliza moza de catorce años que había aguantado la mar de reprimendas, y cuya madre la insultaba a gritos, aunque el bebé sin padre de la muchacha había muerto. Las manchas húmedas de su canesú me indicaron todo lo que necesitaba saber. De manera que le ofrecí a la madre la mitad del dinero que tenía pensado para el convento, y le prometí el resto a la hija si su leche resultaba buena. Acordamos que viniese el día siguiente a la hora del almuerzo, después de que la hubiese absuelto un sacerdote, y luego compré una jarra de leche recién ordeñada.

Volví despacio por la carretera blanca, apartando a manotazos las zumbadoras moscas y procurando acomodarme a Evelina en la cadera. Le había elegido el nombre por la cubierta de uno de los libros de mi señora y me parecía la mar de moderno, y no como la carga que yo debía soportar llevando una vida de condenada Obedience. Lo cierto era que anhelaba de veras quedarme a la nena. Sí, sabía que era una cosa bien tonta, pero no podía separarme de ella. La forma en que se agarraba a mí, el aspecto

blando, sin formar aún, de ella, como si fuese a romperse tan fácilmente como una cáscara de huevo, todo me tenía atrapado el corazón. Sin embargo no acababa de decidirme por ningún plan, sólo que debía ocultársela al señor Pars hasta saber adónde la llevaría.

Miré alrededor, inquieta, mientras mis doloridos pies recorrían con esfuerzo la larga avenida de vuelta a la villa. Algo pasaba detrás de la casa, pues una oscura onda de humo se alzaba del jardín y el amargo olor de la ceniza corrompía el aire. Tras lograr meterme al bebé bajo la capa entré a hurtadillas por la puerta principal y luego contuve el aliento y, con sigilo y paso ligero, fui a la cocina. Gracias a Dios, el señor Pars estaba allá en la parte de atrás. Desde la ventana de la cocina lo vi quemando un gran montón de cosas fuera, en el jardín. Calenté algo de leche y Evelina se tomó una poca de la cuchara, hasta que la dejé en la cesta bien dormida.

El pesado de Bengo se puso a arañar la puerta. Para aumentar mi trabajo había soltado una repugnante vomitona. El bicho cascarrabias andaba como un borracho, era muy cómico verlo. En el hocico tenía una delgada costra, un hilo de verde vómito seco, y había más en el patio. Temiendo que fuese a delatar a Evelina ante el señor Pars, cerré la puerta y lo dejé fuera con un plato de agua.

Supe que debía marcharme al día siguiente sin falta. Cada vez que miraba por el vidrio al señor Pars me inquietaba más y más. Aunque estaba a cierta distancia, reconocí en él un aire engreído. Estaba proporcionándole la mar de placer acabar con lo que parecían ser los bienes de mi señora. Yo no era boba, sabía que lo había desobedecido al traer a la pequeña Evelina de vuelta. Y al pensar en su otra petición comencé a inquietarme por la joya de Carinna.

En ese preciso instante el reloj dio las cuatro de la tarde. «Vaya, sólo faltan dos horas para que vuelva el señor Loveday», me dije con alegría. Y entonces, para no desanimarme, hice lo que siempre hago cuando me preocupo. Empecé a cocinar.

La pieza de vaca para la Pascua estaba colgada en la despensa, de manera que la ensarté sin dificultad en un asador sobre el fuego. Y en la despensa había cosas frescas, un montón que gastar si iba a irme al día siguiente. Cuando regresase el señor Loveday todo iría bien, me dije. Sin

duda después todos tomaríamos caminos distintos, y yo me llevaría conmigo a Evelina. La noche pedía una cena de entierro para Carinna, era lo menos que podía hacer para recordarla. Saqué *La joya de la cocinera* y encontré unas recetas estupendas. Mientras disponía mis paños y mis cucharas y mis escudillas, de repente todos mis temores me parecieron tonterías. Primero hice unas empanadas y horneé un buen pan. Luego me puse a hacer unos pasteles de entierro, y el deleite de preparar una receta desconocida e interesante actuó sobre mis nervios como un bálsamo. Entre el machacar y el tamizar y el cuidadoso cortar de los estuches de papel que la antigua receta llamaba *ataudes*, si no fuese por el señor Pars y su odiosa amenaza, me habría sentido feliz. «Vaya, esto es lo que yo quiero», comprendí con una claridad la mar de intensa: trabajar en mi cocina con pequeñines a mi lado. Las mismísimas entrañas me dolieron al pensar en mis hijos e hijas aún no nacidos, y en cómo me enfrentaría como una loba a cualquiera que intentase hacerles daño. Y si alguna vez alguien intentaba hacerle daño a Evelina, lo mataría también.

Es curioso que algunos piensen con más claridad con una pipa apretada entre los dientes, mientras que otros necesitan una aguja moviéndose como una flecha en los dedos. Para mí las ordenadas repeticiones de la cocina son la mejor ayuda para la meditación. Primero pensé en la joya y en dónde esconderla del señor Pars, y se me ocurrió un escondrijo maravillosísimo en verdad. Fue obra de un instante quitarla bien de en medio y saber que había llevado a cabo el último deseo de mi señora. Después volví al trabajo, y la mesa del comedor no tardó en tener un mantel limpio y las empanadas y la carne de vaca y la fruta quedaron dispuestas en una presentación geométrica la mar de elegante. Luego, mientras ponía con la cuchara una cantidad igual de la mezcla de pastel de entierro en cada cajita de papel, todas las partes separadas de lo sucedido en estos últimos meses empezaron a unirse también. Al tiempo que se hacía la primera hornada pensé en la amabilidad de mi señora al darme su agua embellecedora. Mientras fregaba los cacharros recordé mi tonta sospecha de que ella hubiese empleado el sasafrás para envenenar a Sir Geoffrey. Vaya, reflexioné al sacar los primeros pasteles del horno, había sido una boba al pensar siquiera que mi

señora pudiese envenenar a nadie; era más probable que la hubiesen envenenado a ella, en vista de su rápido decaimiento de salud...

Dejé con estrépito la caliente tabla de pasteles sobre la mesa. Evelina levantó una crispada mano en el aire, pero después de hacer un gesto de mamar con los labios se calmó y se durmió otra vez. ¿Veneno? Eso tenía que ser un disparate. Sin embargo... el vómito verdoso de Carinna no había sido bilis corriente. Y... eso era, eso era lo que me agobiaba: Bengo se había puesto malo de repente también, y también había vomitado una cosa verde.

Me tapé fuerte la boca con los dedos como para no dejarme pronunciar siquiera semejante palabra. No, tenía que estar equivocada, pues ¿no cocinaba y servía yo toda la comida de mi señora? De manera que, argumenté, quizá fuese una pestilencia. Por un momento sentí una oleada de alivio. Sin embargo ¿qué pestilencia los afectaría tan sólo a ella y a Bengo? Debía de ser algo que había comido. Bueno, pues había comido *syllabub*, nada más, y lo había preparado yo. En realidad yo había tomado un poco y me había gustado. Aunque, Bengo había devuelto algo verdoso también. ¿Qué habían comido los dos que no hubiese probado nadie más?

Mi alborotado corazón se aceleró cuando miré por el vidrio para asegurarme de que el señor Pars seguía junto a la hoguera. Allí estaba y, sin embargo, ¿por qué sólo con verlo mis piernas sentían aquella urgencia de echar a correr? Cerré los ojos. ¿Qué habían comido mi señora y Bengo? Hacía mucho que ella había dejado los confites, no había nada de comer allá arriba en su aposento. ¿O qué había bebido? Sólo su té de consuela.

Un helado dardo de temor me recorrió el cuerpo. Esa mañana Bengo había derramado lo que quedaba del té de consuela y, después de romper la taza, el líquido se había vertido por el suelo. Sin duda el tonto del perro lo había lamido.

Pero de nuevo razoné lo contrario. Sólo yo y el señor Loveday comprábamos la hierba en puestos de mercado. Con todo ahora tenía un leve recuerdo, casi como un sueño, de Carinna diciéndome que el señor Pars le había dado una dosis anoche. Tenía que ser la consuela. Me la imaginé, sobre la mesa que estaba junto a la cabecera de la cama. Una caja de nogal llena de hojas picadas.

Miré la ventana. El señor Pars había arrojado al suelo un gran baúl de viaje y hurgaba en él con un palo. Evelina dormía tranquilamente, moviendo los diminutos párpados en un leve aleteo. Haciendo el menor ruido posible, recorrí con sigilo el pasillo y subí la escalera. Sería cuestión de un momento encontrar la hierba y asegurarme de que el señor Pars no la hubiese cambiado por otra. Pero mis pasos se hicieron más lentos a medida que me acercaba al cuarto de mi señora. No había visto su cadáver desde que la había amortajado la noche anterior.

Abrí la puerta empujando y la encontré aún cubierta con la sábana, aunque media docena de moscas daban vueltas en torno a ella como si velasen el cadáver. Tras acercarme deprisa a la mesa encontré la caja con la tapadera cerrada, como debía estar. La abrí y miré las pálidas hojas verdosas. «Menos mal», me dije, «son hojas de consuelda». Suspiré y luego, por pura costumbre, cogí un par de hojas y las estrujé entre el índice y el pulgar. Después me llevé los dedos a la nariz y olisqueé.

Aquel aroma no era consuelda. La consuelda tiene un verde olor a perejil mohoso. Esto se parecía a la amapola y era más fuerte al olfato. Volví a olerla, metiendo bien la nariz en la caja. Era algo que yo conocía, algo que había olido muchas veces... Entonces, con la cara tan cerca, me fijé en los diminutos vellos que había en las hojas. En ese instante me acordé del nombre, un nombre corriente, aunque muy conocido como medicamento y veneno. Dedalera.

Un crujido en la escalera hizo que me sobresaltase como una liebre asustada. Procuré bajar la tapa suavemente, pero mis torpes dedos resbalaron y la caja se cerró con estruendo como si fuese una matraca. Al momento el señor Pars estaba junto a la puerta. Me había pillado con las manos en la masa.

—Siempre supe que eras lista, Biddy. —Sonreía como si estuviese contento conmigo, pero me pareció que estaba más satisfecho consigo mismo—. Si alguien tenía que descubrirme eras tú.

Me quedé helada como un bloque de hielo. Sólo mi señora muerta estaba tendida entre nosotros. Ay, Señor, pensé. Él la mató. Mi mirada fue del cadáver de Carinna, que yacía asesinada, hasta el administrador, tan ufano

de sí. Abrí la boca con idea de tratar de distraerlo parloteando, pero mi voz sonó aguda y ahogada.

—Dedalera y consuelda. Fáciles de confundir una con otra.

Se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta.

—Eso me decía Lady Maria. Una auténtica estudiosa de la herbolaria era. Me enseñó a cultivar la fárfara y muchas más cosas. Claro que ella era una dama, no como esa asquerosa ramera.

Señaló con una inclinación de cabeza el cadáver que estaba entre nosotros.

Eché un vistazo a la ventana y vi que las persianas estaban bien cerradas. No había manera de escapar por allí. «Oh, Dios, no me dejes morir», dijo una silenciosa voz dentro de mi cabeza. Se me ocurrió que si lo entretenía hablando, el señor Loveday tal vez volviese en cualquier momento.

—¿Cuánto tiempo llevaba tomándola?

—Desde que paramos en Ashford. Se la cambié por primera vez aquel día que te sorprendí en su aposento. Debí haber adivinado la farsa de esa mujerzuela, pues te confundí con ella entonces y te llamé por su nombre. Allí me sacó ventaja al traerte consigo. En cuanto a la digital, cada vez que la cambiaba ninguno de vosotros lo advertía. Bueno, hubo aquel exceso en Turín, ¿te acuerdas? El corazón de la zorra estuvo a punto de pararse. Mi única preocupación era que por fin te dieras cuenta.

Negué con un débil movimiento de cabeza.

—Pero tú tenías la cabeza en otro sitio, ¿verdad? Ella se encargó de eso. No imaginas mi satisfacción al pensar que cada día y cada noche se bebía su veneno, bien preparado por manos que no eran las mías. Lo de Turín me indicó lo que necesitaba saber acerca de la dosis. Anoche me limité a triplicarla.

—Pero el médico se habría dado cuenta.

—¿Qué médico? Anoche no hice más que dar una vuelta por los senderos.

De nuevo busqué preguntas desesperadamente para que siguiese hablando.

—Pero ¿por qué... la odiaba usted?

Se rio de mí como si fuese una imbécil.

—Se me olvida que tú aún crees que esa zorra sulfúrica era una inocente. Si hubieras visto su codiciosa cara cuando llegó a Mawton, no la habrías imitado de esa manera. Todos ellos habrían hecho cualquier cosa por dinero. Conocí a su tío en los tribunales de justicia cuando buscaba un modo de recuperar Pars Fold, después de que Sir Geoffrey acosara a mi padre hasta que éste se lo entregó. Se me ocurrió que podría volver a poner las tierras a mi nombre en secreto, porque ¿quién de los herederos de Sir Geoffrey iba a enterarse? Pero el abogado al que consulté, un gusano con una grasienta peluca, me dijo que no podía hacerse a escondidas y que, de todos modos, debía pagar el valor actual. ¿Pagar una suma enorme por lo que era nuestro por derecho? No podía dejarlo estar, aquello no paraba de crecer como una úlcera en la boca. Encontré consuelo en una taberna frente a las salas de audiencia, y allí conocí a Quentin. Estaba procesado por fraude, naturalmente. Nos pusimos a hablar y descubrimos que cada uno de nosotros le era útil al otro. Entonces hicimos un pacto, un pacto firme, de dividirnos la fortuna de Sir Geoffrey, la mitad para mí, la mitad para ellos. Él dijo que tenía una sobrina joven y lozana y que andaba al acecho de un tahúr rico, y yo... bueno, yo necesitaba que otros desviarán la atención de mi parte. ¿Qué era Pars Fold si podía quedarme toda la fortuna de Sir Geoffrey, si quería? Pero los necesitaba a ellos, un par de incautos para cargar con la responsabilidad. ¿Quién se fijaría en mi parte cuando la buscadora de oro de su esposa terminara de gastárselo todo? Fue sólo mi ingenio el que ideó todo el bonito ardid. Y Quentin y Carinna cayeron como moscas en la miel.

El silencio me aterraba, de manera que, tartamudeando, le hice otra pregunta.

—¿Y por qué no lo compartieron como habían acordado?

El señor Pars señaló con desprecio a mi señora.

—Porque esa perra faltó a su palabra. Tan pronto como se casó con Sir Geoffrey inició su propio juego. De pronto la zorra negra decidió viajar, y amenazó con llevarse todo el dinero al extranjero y dejarme sin nada. Dijo que, si yo no accedía, acabaría conmigo, que mandaría a Irlanda la carta de crédito que fraguamos juntos, porque llevaba la firma falsa de Sir Geoffrey escrita con mi letra. ¡Acabar conmigo! Los problemas que esa ramera me ha

causado, haciéndome venir hasta aquí tras de sus faldas sólo para tenerla contenta... En cuanto a sus gastos, lo hacía para enfurecerme, ¿sabes? Un día en la playa de Dover dijo que se gastaría mi parte aún más rápido en París. Es sorprendente que no acabara antes con ella.

La playa de Dover. Recordé dos figuras, un hombre vestido con un sobretodo dando veloces zancadas con las manos cerradas, convertidas en puños.

—Y además no se separaba de la joya ni un momento. Desde que Lady Maria me la enseñó, cuando viajé por primera vez hasta Yorkshire para recoger a aquella dulce dama, he anhelado esa joya. Así que entrégamela, muchacha.

Ay, Dios mío, por favor, la joya no. Yo tenía que dejar que aquel hombre siguiese con sus fanfarronadas.

—Y entonces, ¿quién es el padre de la hija de Carinna?

—El diablo sabrá con qué inmundo libertino se acostó. Yo sólo sé que no es de Sir Geoffrey.

—Claro que lo sabe usted —repliqué—. Él estaba medio muerto de sífilis.

Pars esbozó una sonrisilla amarga.

—Sí, maldita sea su alma. Aunque él tenía fuerzas para seguir vivo como un supurante cadáver, la sífilis poco menos que asesinó a todos los hijos que Lady Maria concebía y, por fin, la asesinó a ella. El chancro le llegó al corazón. Era una llaga abominable, justo aquí. —Con ojos fieramente ausentes, se tocó el fornido pecho—. La tenía oculta bajo la Rosa de Mawton.

Yo tenía que apartarlo de aquella joya otra vez.

—Pero ¿dejó usted que Lady Carinna se casara con él, sabiendo que si él se la llevaba a la cama, aquello la asesinaría poco a poco también?

—Se lo merecía. ¡Nadie podía sustituir a Lady Maria! —De pronto recobró la compostura—. Y bien, ¿dónde está la joya?

Procuré borrar toda expresión de mi rostro, como si fuese una blanca fuente vidriada.

—No lo sé.

Entonces se movió. Entró en la habitación con pasos lentos y pesados, de manera que retrocedí hacia la pared, encogida como un perro. A unas pulgadas de mí se detuvo, jadeando tan fuerte que me llegó su agrio olor.

—Biddy —dijo, con la cabeza echada a un lado en un remedo de interés—. Hace tiempo que me preocupas, muchacha. Carinna te inculcó unas fantasías que sólo pueden perjudicarte. Y las atenciones de ese petimetre de conde se te han subido a la cabeza. —Frunció los delgados labios, y las rojas venas se le encendieron en las mejillas como la marca morada de un hierro candente—. Olvidas que no eres más que una puerca de cocina.

Abrí la boca, pero ninguna palabra brotó en mi socorro. Traté de medir su fuerza y calculé que Humphrey Pars pesaba el doble que yo. No era rival para él. Nos miramos fijamente, y en sus ojos vi algo cruel y monstruoso que por lo general mantenía oculto.

—Esos idiotas te han echado a perder, Biddy. Y si no quieres apoyar a tus viejos amigos, si deseas hacerte la traidora...

Hablaba muy despacio y con un sonsonete cantarín, observándome y frotándose los dedos unos con otros, como si se quitase un sudor frío.

—Señor Pars —contesté, y mi voz parecía el lloriqueo de un pordiosero—, puede usted confiar en mí, señor. Siempre puede...

Justo en ese momento un sonido lejano llegó a mis oídos. Al principio sólo yo lo oí. Evelina se había despertado y quería que el mundo lo supiese. Entonces vi que una chispa de cólera atravesaba la cara del señor Pars.

—¿Qué es eso? Te dije que te libraras de él.

Los tercos vagidos de la nena subían por la escalera vacía.

—¡Ese maldito pollo pión! Voy a sacarle bien el aire de los pulmones...

—¡No lo hará usted!

—Sólo te he pedido dos cosas: deshazte de ese crío y dame la joya.

Entonces se lo dije, lo que llevaba pensando todo este largo día.

—Y si lo hiciese, ¿luego qué?

En ese instante Pars mostró su odiosa sonrisa y aquello me hizo estremecer, pues me parece que ni la mismísima serpiente tendría una sonrisa más amplia.

—Estás muy aguda esta noche. Es una lástima que tú y esa lagarta no os intercambiarais los papeles de verdad. Ella nunca estuvo a mi altura.

Evelina seguía llorando y crispándome los nervios, de manera que abrí la boca sólo para ahogar el ruido.

—Entonces ¿no fue obra de ella el provocarle a Sir Geoffrey la apoplejía?

—¿De ella? —preguntó el administrador en tono de mofa—. Envié a Londres una botella del *usquebaugh* preferido de Sir Geoffrey para festejar la boda. Llevaba digital mezclada en el licor. Por lo visto no lo bebió en el momento, pero cuando por fin lo hizo, el día no pudo ser más oportuno: fue el día que él y Carinna se fueron cada uno por su lado después de una violenta discusión. Mi única pena es que haya sobrevivido.

Mientras yo buscaba desesperadamente más cosas que decir, le pedía a Dios oír al señor Loveday en el camino de entrada, pero no me llegaba ningún sonido.

—Pero lo atraparán a usted, ¿no?

—¿Atraparme? Primero tendrán que dar conmigo. Y para entonces sabrán que Carinna robó el dinero. Estoy enviando a Mawton las cuentas cuadradas con absoluta perfección para probar que se gastó hasta el último penique. Y las cartas que guarda mi hermano Ozias muestran que hice todo lo posible por refrenarla. La pluma y la tinta confirmarán mi argumento.

—Quiero decir por el... asesinato de ella.

Su boca se torció hacia abajo en una ácida sonrisa, como si yo hiciese una estupenda broma.

—Mi querida Biddy, Carinna no ha muerto. Sin ir más lejos, hoy la han visto por todas las calles del pueblo. Y hasta el conde declararía que esta hinchada carraca que tenemos delante no era Carinna. Desde luego ayuda el que fuese una perdida veleidosa. De ese modo a nadie le sorprenderá que haya huido con su misterioso amante, y así, por suerte, nadie volverá a verla jamás.

—No comprendo... Y entonces, ¿de quién es el entierro de mañana?

De pronto la habitación se quedó fría y sin aire. Mis dedos buscaron tanteando un mísero apoyo en la lisa pared que había detrás de mí.

—El entierro es el de aquella pobre e infeliz criada, desde luego. La que vino de Mawton con un bastardo en la barriga. La que se creía muchísimo más lista que yo.

Me miró con sus enrojecidos ojos, pero yo vi el músculo que se crispaba para levantar su pesado brazo.

—Obedience Leigh.

No había tiempo para pensarlo: me colé como un rayo por debajo de su brazo levantado y corrí hacia la escalera. Él trató de cogerme las faldas y me retrasó un momento, pero yo tiré y tiré hasta soltarme. Fui a todo correr por el descansillo y vi el primer peldaño de la escalera. Para cuando llegué a él Pars venía con gran estruendo detrás de mí. Una mano me agarró del pelo, pero me retorcí hacia delante y sentí el pinchazo de las horquillas en el cuero cabelludo cuando la escofieta vacía se le quedó en la mano. Al instante empecé a bajar con estrépito la escalera lo más rápido posible. Lo oía resollar justo a mi espalda. El llanto de Evelina se hizo más fuerte. Hasta el último tendón de mi cuerpo ansiaba cogerla y echar a correr, no sabía adónde. Entonces, desde detrás, la pesada mano del señor Pars me agarró la manga, pero me zafé de ella. Evelina gritaba, y me dije que llegaría hasta la nena.

Sentí una sacudida hacia atrás cuando Pars me dio un tirón del pelo suelto, y que el cuello se me torcía violentamente. Tropecé y pisé en el aire. Durante lo que me pareció una eternidad me quedé tambaleándome en el borde del escalón, y en ese momento, tras recibir un fuerte puñetazo en los riñones, perdí pie y me caí hacia delante por las escaleras. Bajé con estrépito, dándome porrazos por los peldaños, y cuando llegaba al suelo intenté extender las manos para protegerme, pero me di un tremendo golpetazo en la cabeza con las losas de piedra y ya no sé qué más me sucedió.

XXXIV



Era día de mercado en Livorno, y las vociferantes mujeres pasaron junto a Loveday dándole empellones mientras sus hijos, sin dejar de chillar, se quedaban mirándolo extrañados y le apuntaban a la cara con el dedo. En la casa del capitán esperó en un sucio cuarto de los criados cuando Jesmire fue a ver al amo. Se adormiló con el denso calor, oyendo subir y bajar las voces de las lavanderas que regañaban a sus gritonas proles. Luego alguien abrió una persiana y, apenas a un centenar de pasos de distancia, Loveday vislumbró el mar color turquesa y un puerto abarrotado de barcos veleros de altos mástiles. Preguntó a los otros sirvientes adónde iban los barcos, pero le costó entender sus palabras. Una sola resonó como una campana.

—¿Cochin? —repitió.

Asintieron. Aquella palabra lo reanimó como una fuerte corriente. Cochin. En la ida a Inglaterra él había desembarcado en aquel puerto dorado por el sol, cubierto de polvo de especias. Le pareció ver el confuso montón de las casas de los mercaderes, los marineros de ojos castaños vestidos tan sólo con unos paños blancos anudados, las hermosas mujeres de rostro ovalado y narices agujereadas con brillantes. Tenía que ir a Cochin. Aquello se convirtió en un desconsuelo para su espíritu *manger*, que se tensaba y se estiraba como una vela llevada por un impetuoso viento.

Jesmire volvió por fin con paso presuroso, temblando de júbilo.

—El capitán y yo nos acomodaremos muy bien —dijo.

En realidad, tanto le agradaba el capitán que le dijo a Loveday que no era preciso que volvieran hasta Ombrosa.

—Pero, señorita Jesmire —respondió él—, yo dice señorita Biddy nosotros vuelve hoy. Ella espera nosotros seis en punto y eso.

—Bueno, pues tendrá que quedarse esperando, ¿no? —contestó Jesmire, sonriendo ácidamente para sí—. Esta noche volveremos a la posada, y yo le escribiré al señor Pars con lo que haya que hacerse en adelante. El capitán dice que mi habitación estará bien arreglada para mañana a mediodía. El capitán es un hombre juiciosísimo, de lo más...

Mientras ella seguía graznando con voz chillona a Loveday lo invadió la melancolía. Sí que quería echar un vistazo a esta ciudad de barcos, aunque le dolía no cumplir la palabra dada a Biddy. Pero ¿cómo hacer cambiar de opinión a Jesmire? Por muy afortunado que fuera al estar aquí, seguía pareciéndole muy mal romper la promesa que le había hecho a Biddy.

Después de la cena Jesmire le pasó una carta y le dijo que buscara la casa de postas. Una vez libre de su quisquillosa presencia, Loveday se detuvo en una taberna, pidió un pichel de cerveza y, tras abrir hábilmente la carta, leyó su contenido:

Estimado señor Pars:

Me complace comunicarle que he conseguido colocación en la casa, muy satisfactoria, del capitán William Dodsley, Rtdo., de Casa Il Porto, Livorno. Así pues, doy a usted aviso de mi renuncia y solicito que me remita usted mi remuneración pendiente a la dirección que doy arriba.

Tengo varios recados aún por realizar para lo cual necesito el coche, que enviaré de vuelta lo antes posible, junto con el cochero y el lacayo.

*Soy su servidora,
Señorita Amelia Jesmire*

Cuando anocheció, Loveday se quedó dormido en la posada. Durmió inquieto hasta que de pronto abrió mucho los ojos en medio de la oscuridad. Un sonido se había colado en sus sueños y, ruidosamente, había abierto un sendero de vuelta hasta la vigilia. Escuchó, parpadeando despacio. Junto a él el cochero roncaba bajito, con la morena cabeza escondida bajo la casaca. El ruido que lo había despertado comenzó de nuevo: el oscilante berrido de un bebé que lloraba. Loveday escuchó con atención y supo que la pobre criaturita estaba asustada. El llanto sonaba cada vez más fuerte hasta que le araño el interior de los oídos. Se echó la casaca sobre la cabeza, se dio la vuelta y volvió a cerrar los ojos. No sirvió de nada. El sonido parecía estar justo al otro lado de la delgada pared de la habitación. El bebé sollozó y jadeó y empezó con nuevos y penetrantes vagidos.

Desasosegado, Loveday se levantó y cruzó la habitación para abrir las persianas. Fuera el aire seguía siendo cálido y olía a mar y a fuerte savia de árbol. Había luna llena, una esfera plateada y picada de viruelas que flotaba casi rozando los tejados.

—Madre Fula —le susurró a la luna.

Estaba desnuda y era implacable, lanzando descarados rayos de plata sobre la ciudad dormida. El llanto del bebé se volvió más bajo y más triste, reducido a un desgarrador sollozo. Podía venir de cualquier parte, la posada estaba en una angosta calleja llena de edificios que parecían a punto de derrumbarse. Sin hacer ruido, Loveday fue de puntillas hacia la puerta, preguntándose si encontraría a la madre, la persona cuyo amor debía consolar al niño. Pero en el descansillo sólo encontró puertas, y dondequiera que pegaba la oreja a la áspera madera, el sonido del bebé se perdía. Aquello era un enigma, aunque él también sabía que era algo más. Su *manger* estaba extrañamente nervioso. Este sonido..., ¿no llevaba oyéndolo por debajo de la algarabía de costumbre casi todo el día? ¿Entre

las mujeres del mercado esta mañana, y luego subiendo como un eco desde el lavadero en casa del capitán? Incluso en la taberna había sonado, monótono, justo bajo el límite de su atención, como un mosquito zumbando en el viento. Volvió a la ventana y alzó la mirada hacia la luna. Madre Fula, la luna, lo había delatado a los hombres blancos aquella última noche en Lamahona porque era una tramposa. Pero también decía las verdades, también era una reveladora de secretos ocultos.

Ella miró fijamente y pensó en las mareas que ella atraía por el mundo con su mágica voluntad, en el complicado dibujo de los caminos del mar que llevaban recompensa o pérdida a los cazadores y pescadores. Sabía que ella provocaba otros misteriosos flujos de cambio. El sangrado de las mujeres cada mes, los dolores del parto... Los lloros del bebé volvieron a alzarse, le imploraban... Y de repente a Loveday no le quedó voluntad para abstenerse de seguir el sendero del destino. Madre Fula lo impulsó a ponerse las botas y a meter de cualquier modo en una alforja la peluca y la casaca. Dio una sacudida al cochero y, a toda prisa, le dijo que regresaba a la villa, de modo que debía llevar de vuelta él solo el carruaje.

—Mensaje llega a mí —fue lo único que se le ocurrió decir.

Abajo en las caballerizas los mozos de cuadra roncaban sobre las pacas de paja. Zarandéó al muchacho más joven y sacó una moneda de plata del bolsillo.

—*Cavallo* —dijo en un susurro, recordando la palabra italiana que oía tan a menudo.

El chico se frotó los pitañosos ojos y se apresuró a esconderse la moneda de plata en los harapos. Apenas sin un tintineo ni un chasquido, preparó un alto caballo castaño y lo llevó de la casilla al patio. Loveday no tardó en estar montado en él, agarrando las riendas con las manos y guiando sus flancos con las rodillas. Era una locura viajar solo en plena noche y, sin embargo, cuando salió de la ciudad dormida su avance resultó inesperadamente fácil. Por encima de él las torres y arcos de los elegantes edificios de piedra, ahora plateados, estaban silenciosos salvo por el resonar de las herraduras de su caballo. Dejó atrás el puerto que olía a agua de mar, con su bosque de mástiles, y después el caballo se desvió hacia el camino por el que Loveday había ido el día anterior. Con sólo una ligerísima

presión de las rodillas, el animal trotó rápidamente desde las calles empedradas al polvoriento camino que llevaba de vuelta a Ombrosa, avanzando con tan poco esfuerzo como un pez que se desliza hasta su territorio de desove. El largo cabello de Loveday, suelto de la coleta, se levantaba en la templada brisa, y su pecho iba libre de la molesta casaca. Y Madre Fula, que brillaba fría y pesada como un disco de plata portuguesa, iluminó la carretera todo el camino hasta las colinas del este.

La noche seguía estando callada cuando Loveday se fijó en unas siluetas que le resultaron familiares. Unas cuantas antorchas brillaban vacilantes junto a las atrancadas puertas de madera de Ombrosa, allá arriba en la negra joroba de la colina. Luego vio el pálido borrón de la torre en ruinas de la encrucijada. Inclinandose sobre el cuello del caballo susurró en sus inquietas orejas y se las acarició con suavidad antes de salir cautelosamente de la carretera. La verja de hierro de Villa Ombrosa se alzaba, negra y alerta, por encima de él. Loveday desmontó y ató las riendas a un árbol. Después se quitó las botas y las escondió bajo un arbusto.

Sus pies desnudos conocían el camino que atravesaba el jardín mejor que sus ojos. Haciendo caso omiso de la ruidosa verja, se deslizó por debajo de una cerca y sintió primero clavársele las duras piedras del camino de entrada en las plantas de los pies, luego el picor de las hojas de hierba sedientas de lluvia. La casa apareció alta como un risco en la oscuridad. Madre Fula iba bajando en el cielo ya, y su gordo cuerpo flotaba sobre el puntiagudo tejado de la villa. Silencioso como una serpiente, Loveday rodeó con sigilo la casa hasta la parte trasera y llegó a la puerta de la cocina. Se detuvo allí, aspirando aquel olor amargo, tan poco familiar, a ceniza y a tela quemada. Olía como no debía. Olía a maldad y a destrucción. Luego entró a hurtadillas y sólo encontró rescoldos en la rejilla de la cocina.

Al débil resplandor vio señales de ajeteo y confusión por todas partes. Había pasteles esparcidos en desorden por toda la mesa, no como Biddy solía dejarlos, dentro de una jaula metálica para protegerlos de insectos y ratones. Y el aire estaba cargado de un aroma terrible y conocido. Ámbar de ballena. Su dulce intensidad le llegó como una multitud de fantasmas errantes que hubieran tomado cuerpo. Se tapó la nariz con la palma de la

mano y miró atentamente por la habitación, que sólo iluminaba el fuego casi apagado. La cesta del pan estaba volcada, y había una tela estampada en el suelo. La cogió y la olió. Tenía un olor levemente humano.

Paso a paso fue por las habitaciones y escuchó. La planta baja estaba vacía, de modo que se dispuso a subir la escalera. En ese preciso instante su pie izquierdo tocó algo mojado. Se agachó y pasó el dedo por la humedad. A la luz de la luna parecía oscuro como la brea. Se metió la punta del dedo en la boca. Aquel gusto metálico era el familiar sabor de la sangre. Sin hacer el menor ruido, se levantó, alto y quieto como una caña de bambú. Se quedó escuchando un buen rato, esforzándose por oír hasta el mínimo suspiro y cambio de postura de la casa.

La casa estaba callada..., demasiado callada para ser una casa donde había seres que dormían. ¿Dónde estaban los estrepitosos ronquidos del señor Pars? ¿O los pequeños ladridos y gimoteos de Bengo? Palpando el camino con cada uno de los dedos de los pies, subió la escalera. Cuando llegó a la parte de arriba fue de puntillas, en silencio, al aposento de Biddy. La puerta estaba abierta, en la cama no había dormido nadie. Después fue al cuarto del señor Pars, que siempre olía a cerrado. Tenía la puerta entornada también. Entrando por las persianas abiertas, Madre Fula le mostró que la habitación estaba vacía. No había ni rastro de los tambaleantes montones de papeles del señor Pars, de la ropa sucia y de los tinteros. Sólo un baúl de viaje y la preciada caja de caudales del administrador ocupaban justo el centro del despejado suelo. Loveday se preguntó por qué el señor Pars se habría marchado de la casa de ese modo. ¿Una noticia repentina? Pero ¿de quién era la sangre? ¿Y qué era de su señora? Ella no se levantaría de la cama estando tan próximo el momento del alumbramiento.

Escuchó atentamente a la puerta de su señora, pero no oyó nada. Luego, despacio como un ladrón, hizo girar el picaporte y la abrió. Al principio creyó que el cuarto también estaba vacío. Las persianas estaban abiertas, y la luz de la luna daba en las sillas, la mesa, la cama. La cama... De pronto el corazón le dio un vuelco y le golpeó las costillas. Lady Carinna estaba dormida en la cama. Loveday se inclinó hacia delante y vio el perfil de su señora, tendida inmóvil boca arriba, con una sábana subida por encima de los pechos. Bajo los tensos dedos de los pies de Loveday una tabla del suelo

dio un crujido y Loveday se estremeció. Su señora no se movió. Entonces olió el tufo a sangre..., sangre de un intenso color morado, como la que rodea los mutilados restos de una carnicería. Miró con atención el rostro de la mujer y retrocedió asustado. Los ojos de su señora estaban muy abiertos, mirándolo directamente. Loveday le tocó el brazo. Estaba frío como una piedra.

Tenía que saber si el niño había nacido, porque el olor a sangre de mujer era fuerte. Sin perder la rigidez, cogió la sábana que tapaba el cadáver y la levantó. Incluso a la incolora luz de la luna vio un tajo negro como la brea que cruzaba la blanca tripa de su señora, una abertura donde ninguna mujer debería abrirse. El niño había salido, eso era seguro, porque la estirada cúpula de la barriga se había hundido.

El espíritu de su señora aún debía de estar cerca, pero ¿y el niño? ¿Estaba vivo o muerto? Loveday atravesó la habitación hasta la cuna que Biddy había hecho con una caja de madera. Dentro había una maraña de telas húmedas, aunque ninguna manchada de sangre. Se llevó una a la nariz. Aún conservaba el acre y penetrante olor a orines.

Volvió al cuarto de Biddy y puso la mano en las mantas. Estaban frías. Las persianas abiertas lo impulsaron a mirar fuera, a la parte trasera de la villa. «Sólo poco tiempo ya», se dijo. «Niño muere pronto». Sin saber qué más hacer, se quedó de pie junto a la ventana y respiró muy despacio procurando seguir a su *manger*, procurando aferrarse a las hebras de conocimiento que su madre, buscadora de espíritus, le había transmitido. Oyó a los animales batirse en los árboles, los píos de advertencia y los apagados gritos de la infortunada presa. Y por detrás de aquello oyó insectos que susurraban y zumbaban dentro de sus diminutas ciudades, hechas en los troncos de los árboles, y en sus grutas palaciegas metidas en lo hondo de la tierra. Y, aún más bajo, oyó el arroyo que pasaba junto a su cabaña, gorjeando y salpicando por las piedras. Después, allí estaba, muy débil y lejano. El lloroso grito de un bebé.

Sin hacer ruido, tomó el sendero que llevaba hasta la cabaña y allí cogió el arpón, que se deslizó con mucha suavidad en su mano. Una vez fuera siguió el sonido del niño, avanzando con paso lento y furtivo bajo los negros árboles. A medida que se acercaba otro sonido se sumó al llanto

desesperado del bebé. Un seco crujido y un ruido sordo. Alguien movía algo, allá junto a los árboles picudos que rodeaban el jardín de piedra.

El tenue resplandor de una linterna puesta en el suelo lo ayudó a encontrarlos. Se detuvo a veinte pasos de distancia, refugiándose bajo un árbol de grueso tronco. Ya oía a la figura resoplar y gruñir. Era el señor Pars que, de pie dentro de un profundo agujero, sacaba paletadas de tierra a la superficie. El niño estaba en los arbustos más lejanos. Su llanto había disminuido hasta convertirse en un triste y desesperanzado lloriqueo.

Loveday sintió que había caído en el reino de los sueños. Su mano derecha se crispó sobre el astil del arpón. El olor a ámbar de piedras de ballena inundó su nariz como el rápido fluir del agua de mar. El hombre blanco que cavaba el agujero tenía los hombros anchos, el rostro severo, era una sombra entrevista. De pronto del recuerdo de Loveday surgió el nombre que él le había dado al primer blanco que vio: Cara Cortada. El hombre blanco había asesinado a su tribu y hecho esclavos a sus queridos Bulan y Barut.

La mano de Loveday empezó a temblar. El pánico de aquella última noche en Lamahona volvió a adueñarse de él. Cuando se enfrentó a Cara Cortada, aquel hombre había soltado un horrible estampido, como un trueno, que le había abierto un agujero en el hombro. El recuerdo de aquella noche hizo que los huesos se le volvieran blandos como algas. El sudor cubrió las palmas de sus manos, y el arpón se le resbaló.

«Yo cobarde», se dijo. «Yo debe rápido-rápido esconde en árboles antes él ve. Dioses castiga a mí porque yo no tiene valor de hace como hombre. Nada no cambia».

Alzó la planta del pie y se dispuso a huir.

Justo entonces, la luna se quitó su falda de nubes y brilló jubilosa sobre Loveday. El agujero de la tierra, el bebé, la cara del hombre blanco haciendo muecas..., todo surgió ante él con perlado detalle. Por primera vez reparó en un fardo tirado en la hierba, sólo a unos pasos del agujero. La tela era larga y arrugada, y un pálido rostro asomaba en el centro. El rostro era el de Biddy. Estaba tendida en el suelo, quieta e inerte como un saco viejo.

Entonces el hombre blanco levantó la cara, y sus ojos centellearon a la luz de la luna. El hombre blanco vio a Loveday, y sus malignos ojos eran

como cuchillos que echaban chispas y que podían sacarte las tripas, dejándote convertido en un cuerpo sin alma.

—¡Eh! —gritó el hombre—. Fuera de aquí. ¡Vuelve a la casa, perro negro!

Loveday se quedó petrificado cuando daba media vuelta para marcharse. Hombre blanco. Perro negro. El dulce vaho del ámbar gris chisporroteaba hasta en el último rincón de su cráneo. En lugar de miedo, otra palpitante fuerza brotó en sus venas como el impaciente chorro de una ballena. Había perdido a su esposa. Había perdido a su hijo. Ahora perdía a su única amiga. Biddy. El corazón le latía con fuerza, le zumbaban los oídos, la cabeza le retumbaba como una montaña que escupiera piedras encendidas. Malos recuerdos daban vueltas por su memoria: recuerdos de cada paliza que había recibido de un palo de los damong, de cada hombre que alguna vez *noablabien* a él, de cada demonio que alguna vez lo había llamado basura... Ahora iba a tocarle a él *ablaellos*. Dio media vuelta para enfrentarse al malvado hombre blanco. Él, Keraf, padre de Barut, levantó el arpón en su fuerte brazo derecho y apuntó con él a la fea grita-grita cara del hombre blanco. Luego, con exacta y recta puntería, lo soltó, y el arpón voló como un pájaro fugitivo.

El hombre blanco trató de apartarse de un salto como un perro que se encoge, medroso. Luego quedó ensartado por el corazón y cayó hacia atrás con un golpetazo.

«Yo *mata-ro*», pensó Keraf. «Ahora yo no miedo dura siempre».

XXXV



Keraf había aguardado junto al cadáver de su señora toda la noche. La había protegido de los espíritus malvados, que eran libres de vagar desde que las dos infames muertes habían abierto una brecha entre los vivos y los muertos. La noche anterior había enterrado al señor Pars en el agujero, y había puesto a su lado el arpón que había quitado la vida a aquel malvado. Junto a su cuerpo había dejado una porción de pan y carne cogida del comedor para el *kewoko* del señor Pars, para el solitario viaje de su espíritu muerto. Después veló y esperó junto a su señora. La luna bajó, y durante el largo momento previo al amanecer Keraf estuvo rondando por las tierras de los sueños donde los espíritus andan con libertad. Su *bapa* y su *ema* se le aparecieron, y lo miraron con un cariño tan nutritivo como el azúcar de caña. Luego, tan pronto como la salida del sol llegó a sus ojos, sintió una

gran ráfaga de alivio y rápidamente se quedó dormido a los pies de su señora. Los dos *kewoko*, las dos almas muertas, se habían soltado de la tierra. Todo se había hecho como era preciso.

Despertó asustado al oír que alguien llamaba a la puerta principal. Se levantó de un salto, y la imagen de su señora tendida en la habitación arrasada por el sol le hirió los ojos como si sufriese picaduras de abeja. Se sentía como un hombre que despertara de un largo encantamiento. Recordó el diabólico rostro del señor Pars vociferándole. Y recordó cómo el hombre grande había caído hacia atrás, con el cuerpo pesado como un hinchado saco de arroz.

Las llamadas comenzaron de nuevo. En esta tierra los hombres-asesinos te estrangulaban el cuello con una cuerda anudada si matabas a un blanco. Fue con sigilo a la ventana principal y vio a una joven que miraba a su alrededor con gesto hosco, una regordeta muchacha que iba y venía, impaciente. Al tiempo que se recogía el pelo en una coleta y se ponía la casaca dorada sobre los hombros, bajó con estruendo la escalera.

Cuando abrió la puerta ella le habló muy rápido en el habla de Italia, y luego, al percatarse de que no la entendía, pasó sin inmutarse por delante de él. Cuando Loveday entró detrás en la cocina la muchacha ya estaba acunando al bebé. Éste seguía bien, en la cesta junto al fuego donde él lo había puesto la noche anterior.

Los recuerdos, como fantasmas *kewoko*, cruzaban rápidamente por su mente. Había salvado al bebé y luego había vuelto al río para traer dentro a Biddy otra vez. Le había costado mucho, se había forzado el hombro y había tenido que jadear y sudar. Pero lo había logrado, y cuando la subió y la puso en su pequeña cama blanca había sentido el júbilo de la victoria. Biddy respiraba despacio, aunque en la cabeza tenía un chichón con sangre apelmazada del tamaño de un huevo y su espíritu iba errante por la tierra de la nada.

Ahora, mientras atizaba el fuego de la cocina, vio que la muchacha se llevaba el bebé a un pecho gordo como un fruto de papaya. Loveday sonrió para sí al tiempo que preparaba una tetera. Todo era cierto. Había vencido a

aquel diablo de Pars y había salvado a su amiga y a esta niña inocente. Ya no tenía por qué volver a estar asustado.

Arriba, Biddy se movió un poco cuando él dejó junto a la cama un plato de té. Abrió los ojos con un pestañeo y se tocó el cuero cabelludo, palpando con los dedos hasta que dio un grito al encontrar el chichón.

—Gracias —dijo con voz ronca.

—Muchacha viene, da come bebé ahora. ¿Usted incorpora, toma té?

—¿Dónde está el señor Pars? —preguntó ella en un susurro.

—Él no molesta usted ya, Biddy. Él ido.

—¿Está usted seguro? ¿Y si vuelve?

—Él muerto ya —respondió él—. Yo planta él en tierra donde él cava agujero.

Biddy dijo que sí con la cabeza, si bien se quedó boquiabierta y con la mirada perdida. Loveday la sentó y, aunque estaba pálida como un pez fantasma, ella le contó todo lo del espantoso parto de su señora y el horrible ataque del señor Pars.

—Gracias —volvió a decir—. Me ha salvado usted.

Esta vez le cogió la mano y se la apretó.

—Usted mi amiga —respondió él.

Ella se apresuró a asentir, aunque Loveday vio que procuraba guardarse las abundantes lágrimas dentro, como una esponja recién sacada del mar.

Luego sus ojos redondos y húmedos lo miraron de frente.

—Debe usted cubrirlo con tierra para que nadie más lo vea. Se encontrará usted en un buen lío como alguien lo averigüe. Me dijo que iba a buscar a un sacerdote para enterrar a su señoría hoy... Ay, Señor, ya no sé qué creer. —Se tapó la boca como si le diera miedo oír que sus pensamientos se convertían en palabras—. Creo que deberíamos irnos de aquí lo más rápido posible.

—En pueblo de puerto barco va a Cochin —le dijo él—. Yo va a Cochin luego yo encuentra otro barco a Batavia.

—Eso tengo que agradecerle a Dios. Debe irse usted, todo lo deprisa que pueda.

Le apretó la mano de nuevo, y Loveday lamentó tener que dejar la bondad de ella. En verdad era una perla en un dentado arrecife.

—Yo pregunta y mucho barco va a pueblo Dover. ¿Quizá usted va a Inglaterra y eso, mi amiga?

Biddy meneó la cabeza y volvió a estremecerse.

—Si vuelvo, no sé cómo dar razón de todo esto. Todas las preguntas... El señor Pars, su señoría... ¿Qué digo que les ha pasado? ¿Cómo voy a ser yo inocente, si gente como ellos están fríos en sus tumbas? —Un destello de esperanza pasó por su cara, como el sol a través de una densa nube—. Aunque quizá si me cambiase el nombre... Si me llevase al bebé y me llamase algo que no fuese Obedience Leigh... Pero usted, usted debe escaparse lo más rápido posible.

Entonces Loveday fue a por pan, queso y vino, y cuando Biddy empezó a comer con buen apetito ella le dijo que cogiera la caja de caudales del señor Pars. Dentro encontraron cartas y un gran montón de monedas de oro, billetes y monedas de plata.

Biddy se apresuró a leer la carta de arriba.

—Escuche esto. Es la carta que llegó justo después de que saliese usted para Livorno.

*Marsh Cottage
Saltford
30 de marzo de 1773*

Humphrey:

Escribo con pésimas noticias y perdona que no escribiese más pronto pero he estado toda trastornada enantes. A tu hermano Ozias lo detuvieron la semana pasada los hombres del alguacil y se lo llevaron a la cárcel de Chester. Luego volvieron aquí más hombres y revolvieron la casa de arriba abajo, rompiéndome mi cofre antiguo y sin hacer ningún caso de nuestro buen nombre. Es una vergüenza, por Dios, porque decían que andaban buscando papeles tuyos Humphrey, y peor aún, que traían una orden para detenerte a ti a cuenta de unas cartas de crédito falsas escritas en nombre de Sir Geoffrey. Dicen que tienen pruebas de cartas firmadas y fechadas después del momento en que la apoplejía lo dejó imposibilitado para coger una pluma, pero yo estoy segura de que deben de estar

montando un pleito falso, porque eso no puede ser verdad. Eso es obra de ese marrullero de John Strutt, estoy segura, porque anda haciendo méritos desde que tú le cediste el puesto. Ahora se han llevado todas las cartas que escribiste a Ozias y han dicho que toda tu correspondencia se había dirigido en secreto a los hombres del alguacil desde hace unos meses.

Gracias a Dios ayer me devolvieron a tu hermano, y aunque aún está débil, se repondrá, o al menos rezo para que así sea. Y ahora Humphrey, te ruego de manera muy apremiante que vuelvas para demostrarles tu inocencia a estos obcecados porque todo es una sarta de mentiras del diablo.

Humphrey, mira que me escribas este mismo día y me digas cuándo puedes llegar para limpiar el nombre de tu familia de esta injusticia.

*Tu cuñada y amiga,
Martha Pars*

—De manera que estaban a punto de cogerlo después de todo —dijo Biddy—. Quizá por eso... aprovechó la oportunidad anoche. —Ojeó más papeles, con la cara fruncida de indignación—. Aquí escribe que Lady Carinna había escapado pitando con el dinero. Ah, y mire esto. —Cogió una hoja escrita con letra muy pulcra—: «... esa licenciada de Biddy Leigh tiene una enorme barriga por sus depravadas jugarretas». Y aquí, escrito ayer mismo: «El Sábado Santo la pobre Biddy murió mientras sufría los dolores del parto». Pero qué consideradísimo por mi parte morirme. Señor Loveday, me ponen enferma. Échelas al fuego, haga el favor.

Cuando Loveday volvió de alimentar el fuego Biddy estaba vaciando el resto de la caja de caudales. El simple roce de las monedas parecía reanimarla.

—Debe llevarse usted la mitad —dijo ella con energía, al tiempo que contaba dos enormes montones de monedas—. No pienso dejar esto aquí. Además, nos deben nuestros salarios y más.

A él, aquel gran montón de metal le pareció unas cadenas que lo sujetarían con su peso como un barco anclado.

—Eso demasiado peligro para mí —le contestó.

Aunque sí que se escondió cuatro monedas de oro en los calzones para que le dieran buena suerte, y además se llenó los bolsillos de calderilla de plata y de cobre.

—Usted descansa ahora —le dijo a Biddy.

En ese preciso instante el sonido de pasos en la grava hizo que ambos se sobresaltaran como liebres asustadas.

Los pasos desaparecieron hacia la parte trasera de la casa, y Biddy y Loveday oyeron que alguien llamaba bajito a la puerta de atrás. Loveday fue con sigilo a la ventana y, sin hacer ruido, miró hacia abajo. Se veía la pequeña y morena cabeza de un chico mal vestido.

—Recadero —dijo, e hinchó las mejillas, aliviado al no ver a ningún hombre-asesino esperando.

Abajo, en la cocina, la nodriza del bebé hizo caso omiso de Loveday. Estaba sentada con la niña puesta sobre el hombro, dándole palmaditas en la diminuta espalda. Loveday cogió dos cartas que le dio el chico y le dijo que esperara. Al ver la letra de la de arriba volvió a subir a toda prisa junto a Biddy.

—Usted mira. Letra de Jesmire. Yo envía desde Livorno. Dice ella no vuelve.

Iba dirigida al señor Pars, pero Biddy la abrió y la leyó rápidamente.

—Espera su salario. Y va a mandar de vuelta el carruaje con el cochero. Eso nos metería en un lío. —Dejó caer la carta en el regazo y clavó la mirada en el techo—. Déjeme pensar.

Por fin dijo:

—¿Puede ir usted a por tinta y papel, señor Loveday?

Luego urdieron juntos una carta, ella encorvada en la cama, escribiendo con el ceño fruncido de concentración, mientras que Loveday soltaba frases elegantes sacadas de todas las cartas que había abierto a escondidas. Cuando Biddy la hubo agitado en el aire de acá para allá para secar la tinta, los dos leyeron lo que estaba escrito:

Villa Ombrosa
11 de abril de 1771

Estimada señorita Jesmire:

La felicito muy de veras por haber conseguido un puesto de trabajo de lo más conveniente y le ofrezco mis mejores deseos de éxito para el futuro. Adjunta va una moneda de diez guineas en un papel doblado, como completa y definitiva remuneración por sus servicios. En cuanto al coche, es usted libre de utilizarlo como desee, ya que su señoría, tras haberse liberado de su obligación de modo satisfactorio, ha aceptado la oferta de hacer el viaje de vuelta a Dover con una familia inglesa. Una vez que Loveday ha regresado ya a requerimiento de My Lady, y al no tener nada que nos retenga más, cerraremos, pues, la villa a la mayor brevedad posible y nos daremos prisa en reunirnos con nuestros nuevos acompañantes.

Soy su servidor,

Humphrey Pars

(El señor Pars le manda saludos pero debido a un accidente tiene la mano derecha muy magullada en este momento y me ha pedido que conteste yo en su nombre a su carta de usted mientras él la dicta. Biddy Leigh).

—Ésa, carta muy lista —le dijo Loveday a Biddy—. Ella no viene aquí más, ella no hace pregunta.

—Espero que no. ¿Puede llevársela al mensajero y decirle que tenga especial cuidado?

Biddy había recobrado por fin su tono rosado de costumbre y se movía un poco menos despacio.

Fue sólo al volver cuando Loveday recordó con qué letra estaba escrita la segunda carta y sintió que el corazón empezaba a galoparle cuando Biddy rompió el lacre y empezó a leer en voz alta.

7 de abril de 1773

Queridísima hermanita:

Te escribo para darte una sorpresa de lo más extraordinaria, chica, a saber, que en este instante espero en Marsella un barco para Italia...

Biddy tiró bruscamente la carta sobre las mantas.

—¡Marsella! ¿Cómo puede ser?

Luego volvió a cogerla rápidamente y la leyó en voz alta, muy deprisa y con voz entrecortada.

... Sí, hermana, estaré contigo dentro de cuatro días, ya que el capitán me dice que atracaremos en el puerto de Livorno el domingo después del mediodía y entonces me daré toda la prisa que pueda y calculo verte al anochecer, el Domingo de Resurrección...

—¡Ay, Señor del cielo, Kitt Tyrone viene de camino! —Biddy volvió a echar la cabeza en el cabecal y se encogió al sentir el dolor que ello le provocaba—. ¿No es Domingo de Resurrección hoy? Estará aquí en cualquier momento. Muy bien podrían ahorcarnos por esto.

Empezó a levantarse de la cama tratando de moverse con rapidez, pero aún tenía los miembros muy entumecidos.

—¿Usted va ahora? ¿Vuelve a Inglaterra? —preguntó Loveday.

—Quizá. —Biddy se llevó la mano a la cabeza y volvió a desplomarse en la cama—. Que Dios me asista. Soy incapaz de pensar con claridad. Pero haga usted una sola cosa por mí, amigo.

Él hizo una pequeña inclinación.

—Déjeme al menos quedarme tranquila por usted.

Lo miró con aquellos pálidos ojos redondos que antes le daban tanto miedo. Los ojos de los blancos te atraviesan el alma, decían los viejos de Lamahona. Era verdad, pensó Loveday, pero en lugar de perdición, la mirada de Biddy se clavó en él con un serio amor que el amigo no tuvo más remedio que acatar.

—Se lo ruego, váyase ya. Yo no tardaré en irme también. Es mejor que no viajemos juntos.

Encontró el caballo atado aún al árbol, junto a la verja. Lo llevó al río a beber y sintió que las prisas y el ajetreo del agua le alborotaban su ser. Por fin había llegado el momento oportuno de marcharse, y en adelante debería ser como aquel río: ni un instante de reposo, ni un instante de sueño. El sol bajaba en el cielo. El mediodía había pasado, y la llegada del señor Kitt

estaba cada vez más cerca. Biddy le había dado unas ropas de peón, color pardusco, y un sombrero de paja que le tapaba la mitad de la cara. Sintió la reluciente buena suerte de las cuatro monedas de oro protegiéndolo cuando montó en el caballo y éste empezó a andar de vuelta hacia la costa.

Estaba a unos pocos centenares de pasos de la verja de la villa cuando oyó que lo llamaban por su nombre desde detrás. Allí estaba Biddy, corriendo tras él, agitando una carta en el aire. Estaba sin aliento cuando lo alcanzó, no llevaba escofieta en el largo pelo y sólo una mugrienta camisa sobre el cuerpo desnudo. Pero su desesperación parecía haber desaparecido. Tenía un brillo de ilusión en la cara, como si hubiera tomado una nueva determinación.

—Señor Loveday, ¿me haría usted el favor de llevar esta carta a la casa de postas y procurar que la entreguen enseguida? Aquí tiene una moneda de plata.

Loveday desmontó para cogerla y se quedó quieto delante de Biddy.

—Mi nombre de verdad Keraf —dijo con gesto tímido.

—Keraf. —Vacilante, Biddy pronunció la palabra—. Tendrá muchísimo cuidado, ¿verdad?

—Y usted también. —Sin pensar, él le acarició los flexibles rizos—. Que buenos espíritus guía a usted, mi amiga.

De repente ella lo rodeó con sus brazos y lo estrechó. Sólo fue un instante. Él se sintió feliz y afortunado.

—Vamos, váyase ya —dijo Biddy, devolviéndole la sonrisa—. Vaya a darles a esa linda esposa y a ese precioso niño de usted una sorpresa bien alegre.

—Quizá.

Volvió a montar en el caballo y agarró las riendas. Era libre.

Siguió cabalgando por la polvorienta carretera, y sólo se detuvo un momento en el puente de Ombrosa. Tras abrir la alforja sacó la tonta peluca que parecía un mono blanco lleno de apretados ricitos. Con macabro placer, la lanzó por encima del pretil al río. Luego sacó de la alforja la llamativa casaca y la balanceó un instante, sólo para acordarse en ese momento, por puro milagro, de rescatar la carta de Biddy del bolsillo antes de dejarla caer

también. Poco a poco, casaca y peluca se metieron en un canal rápido. Luego, como una pálida vejiga y un peludo animalejo, se perdieron de vista.

No se tomó la molestia de leer la carta de Bidy. Ahora que había comenzado su gran viaje los asuntos de los blancos, que parloteaban como loros, ya no eran cosa suya. Pero al dejar la carta en la casa de postas junto con la moneda de plata leyó sin querer el nombre. *Signor Renzo Cellini*. Recordó cómo el hombre grande había levantado a Bidy con mucha delicadeza hasta el caballo blanco y cómo la miraba como si fuera el único ser vivo del mundo. Un tenue y salobre aroma a mar llegó hasta su nariz, y entonces cogió las riendas y ya no pensó en nada que no fuese la fuerte corriente del camino que tiraba de él hacia su patria.

OceanofPDF.com

XXXVI

VILLA OMBROSA

Domingo de Resurrección de 1773

Biddy Leigh, su diario

OceanofPDF.com

*~ Lo mejor para una magulladura o
hinchazón ~*

Si la magulladura es muy fuerte aplica una cataplasma. Escalda un tazón, luego pon agua hirviendo, luego pan y hojas de saúco y tápalo con un plato. Cuando el pan haya bebido lo suficiente escúrrelo y extiéndelo sobre una toalla y ponlo en la magulladura para calmar la piel.

*De un antiguo remedio que le dio a Martha
Garland un boticario muy apreciado de
Chester llamado John Delafosse, 1747*

No mucho después de que se asentase el polvo tras el caballo del señor Loveday, un sacerdote y sus acompañantes se detuvieron a la puerta principal en un carro. El sacerdote tenía la cara muy chupada y un aspecto desaliñado. Creo que el señor Pars debió de ofrecer un donativo muy escaso por el servicio religioso. Sin embargo sabían lo que hacían: un tremendo ruido se oyó en el aposento de mi señora, y poco después bajaban un ataúd toscamente labrado arañando la escalera. Los conduje hasta el cementerio y durante casi todo el entierro tuve el pañuelo en la cara. Pero se produjo un momento horrible cuando eché una ojeada al profundo agujero y vi el dedo muerto del señor Pars asomando por el suelo recién cavado. Molesté al sacerdote al agachar la mano y echar un puñado de tierra para taparlo, justo en el momento menos indicado del rito. La sola idea de aquel dedo aún me hace estremecer: las amarillas manchas de tabaco que yo conocía tan bien y el sanguinario peso del agarrón del señor Pars en mi pelo.

Después de mucho dibujar cruces en el aire y de todas las quejumbrosas canturrias, el sacerdote se acercó buscando su propina y pegó la hebra mientras extendía una mugrienta palma. Tuve que ir adentro a buscar dinero de la caja de caudales, y así fue como me perdí la colocación de la lápida. Cuando volví estaban poniéndola derecha en el suelo. No había ninguna duda de que el señor Pars había pagado bastante dinero por aquel rápido trabajo. Le metí una moneda de plata en la mano al sacerdote y me despedí de él, al tiempo que me apresuraba a volver adentro. Pero no tan rápido como para no ver las palabras que había encargado aquel malvado:

OBEDIENCE LEIGH

Sirvienta de Mawton Hall, Cheshire, que murió en Ombrosa el Domingo de Resurrección de 1773, a los 22 años de edad

Sentí la inquina de aquellas palabras como si estuviesen talladas en mi propia carne y en mis huesos. Pero me pareció que el versículo de la Biblia que había mandado grabar debajo estaba escogido más bien por mi señora que por mí, pensando que compartiríamos la tumba juntas:

Si alguno deseara ser el primero, ése sea el último, y criado de todos

¡Criado de todos! Eso era la mar de cristiano por su parte. Me quedé aturdida al ver mi epitafio escrito así. No, no le daría la condenada satisfacción de morirme, me repetí una y otra vez, aunque me dio escalofríos ver mi nombre escrito en piedra, recordando mi muerte a todos cuantos lo viesan.

Me pasé el resto de la tarde sentada en la terraza pensando ideas medio enloquecidas. No calculaba del todo bien lo que había sucedido: mi señora muerta, el viejo Pars castigado y enterrado con ella. Aquellos horrores relampagueaban y se agitaban vacilando ante mis ojos, más de verdad que la terraza que tenía ante mí, como una diabólica linterna mágica que no pudiese apagarse. Estuve mucho tiempo allí sentada, esforzándome por tomar una decisión. ¿Y ahora por dónde, Biddy Leigh?

Poco a poco el sol se puso como un melocotón y la noche ocultó las filas de tilos. La verja de hierro y el blancuzco camino desaparecieron de la vista. Aún me dolía la cabeza a pesar de la cataplasma que se me enfriaba sobre la frente. Me puse un mantón. Los pequeños mosquitos de la noche empezaban a picar.

Sabía que tenía que irme. La carta de Kitt estaba enrollada en mi regazo. Kitt Tyrone. El guapo Kitt, con sus botones como guineas y sus dulces y carnosos labios. Había habido una unión entre nosotros dos, aquella tierna mirada que compartimos en París.

Unos cascos de caballo al trote y el chirrido de un eje me sobresaltaron. Escudriñé la oscuridad. Gracias a Dios, los caballos pasaron de largo. Dentro, Evelina lloriqueó, y Carla susurró unos murmullos de consuelo. Era un sonido bueno, como un milagro después de aquellos espantosos días.

Desde el valle un único toque de la campana de Ombrosa dio la media. Me puse de pie y espanté a manotazos los mosquitos invisibles. Había un

barco que zarpaba hacia Dover, había dicho el señor Loveday. Tenía dinero para pagar un pasaje y establecerme en Londres o en cualquier lugar que me gustase. Y mira qué bien, pensé, con el dinero de la caja de caudales sería una dama y no levantaría ni un dedo. Me pasaría el día entero en el elegante mundo de escaleras arriba, el mundo de cristal y de sedas, y jamás volvería a bajar con sigilo por la puerta rayada con marcas de botas. Y por Dios que eso lo quería ahora mismo. Y tenía medios para conseguirlo si jugaba mi mano con habilidad. Me conté un cuento de Carinna, alardeando de mi fortuna en galas y en saraos. Más adelante el dinero desaparecería, por supuesto, y luego, el crédito. Oh, pero el animado viaje hasta la ruina sería una gloria.

Cobré ánimo para enfrentarme al cuarto de mi señora. Sólo tardé unos instantes en volver a convertir la cuna en una inocente caja de madera. Un rápido registro me reveló que el señor Pars había quemado todos los bienes de mi señora: todas aquellas magníficas sedas y plumas de París eran ceniza en el viento. Eso me puso enferma, su deseo de reducir a una pavesa el mismísimo ser de Carinna. Sin embargo había rastrillado las cenizas, de manera que sin duda era el rubí lo que buscaba. Él sabía que estaba escondido y creyó que iba a encontrarlo en un montón de polvo. «Pues bien, señor Pars», me dije: «no ha contado usted con los años que llevo escondiendo cosas valiosísimas lejos de los dedos afanadores de los demás».

Antes de irme decidí dejarle a Kitt un mensaje que sólo él pudiese leer. No una carta escrita, pues un juez la retendría y la emplearía para mandarme a la horca. De manera que saqué de mi hatillo el vestido color rosa rojizo y lo puse en el perchero de madera de mi señora. «¿Lo recordará de nuestra noche en París?», me pregunté. Luego, abajo en la cocina, encontré a Carla dando cabezadas en una silla mientras el bebé empujaba tranquilamente con la cara en su pecho. Alzó los soñolientos ojos y dio un gran bostezo. No era una criada aseada, pues no había recogido ni miaja desde la mañana.

—Come lo que quieras y luego prepara el equipaje. Yo salgo primero, y después nos vamos —dije.

—¿Adónde vamos, señora?

Me encogí de hombros.

—No sé decirte. Carla, no dejes entrar a nadie. *Capisci?*

—*Si, signora.*

Y el perezoso beso que depositó en lo alto de la cabeza de Evelina me hizo perdonarle sus desaseadas maneras.

Mi última hornada de pasteles de entierro seguía esparcida por toda la mesa de la cocina. El perfume a ámbar gris subía de los pasteles, tan almizclado y dulce que se me agarró a la garganta como si fuese licor fuerte. De espaldas a Carla, fui partiéndolos por la mitad, uno por uno, hasta que encontré el rubí donde lo había horneado, a salvo de ojos codiciosos. Tras enjuagarlo en agua clara no tenía mal aspecto, a pesar de haberse calentado en un horno. Aquella condenada piedra no había traído más que mala suerte a quienes eran sus dueños. De manera que, tras subir de nuevo, deslicé la Rosa dentro de la pechera del vestido color grana, junto con la carta de Kitt llegada desde Marsella. Sin dejarle ningún mensaje por escrito, él sabría que yo deseaba que el rubí fuese suyo, ¿no?

Se hacía tarde. Al lavarme el cuero cabelludo comprobé que la cataplasma había empezado su labor y que las hojas de saúco me habían aliviado las magulladuras. Sólo tenía un último vestido de Carinna que ponerme, con la capa oscura que había guardado en mi cuarto. Entonces empecé a ponerme nerviosa por mi tardanza. Pero ¿iría él siquiera? La nota del señor Loveday tal vez no le hubiese llegado, o peor aún..., tal vez la hubiese leído y se hubiese endurecido contra mí. Corrí por el sendero, recitando en silencio pequeñas oraciones para que acudiese. Cuando llegué a la torre el corazón me palpitaba como un redoble de tambor.

Allí no me esperaba nadie. Me pregunté qué hora sería y, como respuesta, oí las diez largas campanadas de la iglesia. Por encima de mí los murciélagos atravesaban revoloteando la noche, más rápido de lo que podía seguir mi vista. Apoyada en el tibio muro de piedra, procuré respirar más despacio, aunque sentía una gran agitación en lo más hondo. «No vendrá». Las palabras se repetían en mis oídos como martillazos. Me tragué el comienzo de un sollozo. «La debilidad ahora no puede ser», me dije. «Debes ser fuerte durante un día más». Me esforcé por estar atenta por si lo

oía llegar, pero sólo oí el deslizarse de animales en la hierba seca y el susurrante crujido de las piñas moviéndose en los negros cipreses.

«No vendrá», me dije. Y ahora que estaba aquí junto a la torre aquella perspectiva era tan horrible que parecía un inmenso abismo negro que en cualquier momento me tragaría entera. No sé cuánto tiempo estuve allí, abrumada por el desconsuelo. Entonces el sonido de unos cascos me llegó desde la carretera. Levanté la cabeza, aunque supuse que sería un granjero que regresaba del mercado. El caballo se detuvo. Tensa, contuve el aliento. Después oí pasos, y seguí temiendo que fuese un extraño, o incluso Kitt Tyrone llegado para descubrir en su escondrijo al asesino de su hermana. Por fin una gran silueta oscura se acercó a mí, y reconocí los anchos hombros y el paso resuelto.

—¿Renzo?

Mi voz estaba llena de lágrimas sin verter.

Sólo recuerdo que le tendí las manos como si estuviese ahogándome. Luego, cobijada entre sus brazos, me sentí segura por primera vez en muchos días. Él me alisó el pelo, me acarició la espalda y dijo:

—Oh, cariño mío, no llores.

Fue como llegar a casa, aunque no era ningún sitio que yo hubiese conocido nunca.

Se echó hacia atrás y me miró, y su ancho rostro tenía tal gesto de afecto que me puse a sollozar otra vez pegada a su pecho.

—*My Lady*, Carinna. ¿Qué ha ocurrido?

Sus dedos volvieron a mi pelo y encontraron el chichón en el cuero cabelludo. Ya era hora de contarle la verdad. Detuve mis lágrimas, inspiré hondo y me lancé de un salto a aquel lugar desconocido.

—Me llamo Obedience Leigh —dije—. Y lo que ha ocurrido es... que gracias a Dios aún estoy viva.

Le conté la verdad en un confuso tropel de palabras: que mi señora estaba muerta y que siempre había sido idea suya el que yo fingiese que era ella. Y que de un momento a otro llegaría su hermano y lo descubriría todo.

—El señor Pars tenía razón, me detendrán por esto, estoy segura. Y el que la envenenasen va en mi contra. ¿De quién sospechar más que de su

propia cocinera? He pensado mucho en ello hoy. Tengo que irme de este lugar. Coger al bebé e irme a algún sitio donde nadie me conozca.

Él seguía abrazándome. Su agarrón en torno a mi cintura no se aflojaba. Aunque no hablaba tampoco.

—Y ya se lo he contado a usted todo —dije con voz cansada—. No soy la gran dama que usted se figuraba. Renzo, no puedo contratarlo a usted, no tengo casa. Sólo soy... una ayudante de cocinera.

Traté de interpretar su expresión. Sus negros ojos de melaza me recorrían la cara como si intentase descifrar una carta escrita en un idioma extranjero.

—Cuántas cosas que son nuevas. —Hizo ademán de alejarse. Luego se volvió para mirarme de frente—. Cuántas cosas inesperadas.

Fue junto al caballo, y tuve que refrenarme para no correr tras él. Se puso a trastear con la brida y mi alma contuvo el aliento al pensar que quizá saltase a la silla y me dejase para siempre. En lugar de eso me miró de nuevo, y yo a él. Mi vida parecía estar en un filo sombrío y vertiginoso, pero no tenía fuerzas para retroceder. El volvió a mirarme. Sonrió y soltó una risilla. Luego regresó hacia mí dando grandes zancadas.

—Dices la verdad. Lo sé. Estoy asombrado, pero contento de que me lo hayas contado. ¡Conque una cocinera! —exclamó riendo—. No es de extrañar que me esfuerce tanto por impresionarte.

Me tomó las manos en las suyas y con más seriedad dijo:

—Pero Bibi... el nombre aún me resulta raro... ¿también fingías amarme?

Le dije que me llamaba Biddy.

—¿Biddy? Bibi es mejor. Bibiana es como se dice en italiano.

Entonces le demostré lo más impetuosamente que pude mi respuesta a si lo amaba. Y cuando nuestros labios se separaron murmuré:

—Te amo, Renzo. Me ha dolido una enormidad mentirte. Tú eres mi verdadero amor, lo juro.

A la luz de la luna vi su vacilante sonrisa. Me rozó la mejilla como si fuese una flor poco común.

—Tienes un nombre nuevo. Pero, Bibi, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

—¿Hay un *signor* Leigh?

—Vaya, mi padre, claro está.

—No, no. ¿Eres también una mujer casada?

Un palpitante latido creció en mi pecho como el aleteo de una paloma recién liberada.

—No. Por eso... —y me reí por primera vez en días—, por eso no has dispuesto de toda tu libertad.

—Entonces, Bibi...

—Mmm.

Hundí la cara en su cuello y sentí que sus oscuros rizos me acariciaban las mejillas.

—¿Eres libre para desposarte?

Alcé los ojos y asentí.

—Entonces, ¿quieres casarte conmigo? ¿Y venir conmigo a la ciudad?

Por un momento me quedé boquiabierta, muda de sorpresa.

—Pero ¿tú has entendido que no soy su señoría?

—Bueno, en ese caso... siempre puedo mandarte a que hagas una jornada de honrado trabajo.

Le di un tortazo por aquello, y él se rio y me agarró la mano.

—Es a ti a quien quiero. No tu dinero ni tu posición. Así que, ¿quieres casarte conmigo?

Entonces respondí sin pensármelo dos veces:

—Sí, quiero. Sí, sí, quiero.

No había tiempo para alegrarse, teníamos que partir rápido como el viento. Volví a toda prisa a la villa con el amor espoleándome los talones. Antes de una hora Renzo llegó con un coche, pues hacía mucho que estaba preparado para abandonar la casa del conde. Estábamos de acuerdo en que no debía haber más secretos, de manera que cuando bajé la caja de caudales le conté que aún contenía lo que quedaba de la fortuna de mi señora.

—Eso está bien —respondió él—, porque yo también he ahorrado mis salarios y con nuestro capital montaremos un gran negocio en la ciudad.

¡Un negocio! Le di un beso de alegría y lo estreché con tanta fuerza que me apartó a un lado.

—Ah, esos fuertes brazos tuyos, Bibi —dijo con voz burlona—. Ahora comprendo por qué me estrujas como una pitón.

—Ya le enseñaré a usted algo más que fuertes brazos, *signore*.

En broma, le di unos cachetes en los brazos.

Él se rio y levantó los brazos como un hombre a punto de luchar con los puños.

—Oh, estoy listo para usted, *signorina*. Pronto veremos quién es el más fuerte.

Y entonces el pillo me dio suavemente en un sitio la mar de gracioso.

Bengo fue pesado hasta el final. Cuando esperábamos en el coche y todas las velas estaban apagadas y las puertas cerradas con llave, aquel perpetuo incordio no quiso venir con nosotros. Se escondió en el comedor... donde, para mi eterna vergüenza, yo no había tenido ánimos para recoger la cena de Pascua. Me arrodillé he hice todo lo posible por engatusarlo con un trocito de comida, pero le había entrado un arrebató de insensatez y me trajo a mal traer. Tan pronto se agachaba con las patas delanteras estiradas como, al acercarme yo, echaba a correr en círculos igual que un cochinillo escaldado.

—¡Bengo! ¡Mira que te quedas aquí! —le dije en tono brusco.

Por respeto a mi señora no quería abandonarlo en aquella casa impía, pero cuando intenté cogerlo me mordisqueó los dedos. De manera que me fui a buen paso y lo dejé, pues nunca le había gustado a Bengo, ni yo tampoco había sentido ni una brizna de afecto por él.

XXXVII

FLORENCIA

De 1773 a 1777

Signora Bibiana Cellini, su diario

OceanofPDF.com

CELLINI,
GRANDE CONFETTIERI
EN EL
PATIO DEL MERCADO
FLORENCIA

*Prepara y vende toda clase de
PASTELES.*

*bien para adquirir o para alquilar,
empleando azúcares de pastillage hechos
según las más extraordinarias y más SECRETAS RECETAS*

*para idear «pîcces montées»
y «palazzi», arcos triunfales y templos.*

*Toda clase de galletas y tartas,
frutas escarchadas y confites, helados,
frutas con natas al modo más diestro.*

*Asimismo, es proveedor de todos los agasajos
a la moda, vende toda clase de
flores, marcos, objetos de vidrio,
adornos, fuentes, gravas de azúcar
para proporcionar a la mesa del banquete
toda suerte
de maravillas para el ojo y el paladar.*



OceanofPDF.com

No puedo decir que prestase mucha atención para ver adónde nos dirigíamos. Nos amontonamos dentro del coche de Renzo con todas nuestras pertenencias rechinando y crujiendo sobre el techo, y Carla y la niña apiñadas en un rincón con Ugo a sus pies. En cuanto a mí y a Renzo, sólo teníamos ojos, manos y labios el uno para el otro. Con él a mi lado, por mí habría viajado hasta caerme por el borde del mundo. Durante toda la madrugada hablamos en susurros de nuestras vidas, nuestras esperanzas, nuestros sueños... No había dos personas mejor emparejadas, pues mi enamorado no sólo era el hombre mejor hecho y de ingenio más vivo, sino que también estábamos bien emparejados en la ambición, en un mundo que al nacer sólo nos había provisto a los dos de harapos e ilusiones, ni miaja más. Toda mi vida había esperado conocer a este hombre, y a menudo había creído que las baladas de los amantes eran frívolos sueños de tontos. Pero este hombre era de carne y sangre caliente. Al acercarse el amanecer yo recelaba hasta de dormirme, por si me despertaba y descubría que él era un sueño.

Cuando nos detuvimos en una posada la mañana siguiente Renzo mandó llamar a un sacerdote. Tomados del brazo, fuimos tras su figura, que avanzaba arrastrando los pies por un bosque umbrío, mientras que yo no dejaba de maravillarme ni un momento ante el gran paso que iba a dar. ¿Había perdido el juicio para verme aferrada a este hombre a quien apenas conocía, en un bosque no sabía dónde? Las palabras de advertencia de *La joya de la cocinera* resonaban en mis oídos: que el mejor de los maridos debía ser un hombre de virtud, amabilidad y camaradería. Renzo era mi hombre soñado, de eso estaba segura, y en verdad, mi mejor compañero en lo que aquella fina escritora llamaba el *laberinto de la vida*. Cuando me apretó la mano sentí sus fuertes dedos encajar con los míos como si hubiésemos nacido siendo almas gemelas.

—No tengas miedo —me susurró—. *Carissima*, siempre te amaré y te respetaré.

Y a la moteada luz del bosque cogió para mí unas flores blancas, con las que hizo una corona y me la puso en el pelo.

Dentro de la iglesia nos colocamos en los escalones del altar, tiritando en el frío y húmedo aire de la mañana. Sólo entendí parte de mis promesas de casamiento, pues el sacerdote hablaba rápido y las palabras eran raras. Pero repetí las frases como Renzo me indicaba, y luego me arrodillé e incliné la cabeza para rezar mis oraciones. Todo el tiempo, mientras Renzo me hablaba con voz muy baja y tierna, grabé con muchísima atención la escena en mi memoria. No llevaba puesto el brocado de novia, y ni siquiera partí aquella dichosa tarta de boda que había hecho allá en Mawton, pero mi boda fue para mí el gran momento de esta historia de mi humilde vida. Sintiendo la dura piedra bajo las rodillas, repetí en silencio: «Él está aquí y me ama y yo lo amo». Luego Renzo deslizó el anillo de oro de su meñique en mi dedo y quedamos unidos como marido y mujer.

De vuelta en la posada nos retiramos a nuestra alcoba. Me desvestí dejándome la camisa y esperé, temblorosa de pronto en la fría cama. Mientras tanto Renzo se quitó de prisa la ropa y se lavó en una palangana. Todo el rato yo seguía pensando para mí: ¿en qué sueño he caído y cuándo despertaré? Y entonces me acordé de los crímenes de aquellos últimos días, y de repente me quedé débil como un corderillo, de manera que cuando él acudió a mí con su carne velluda como una fiera mansa, me agarré a él más fuerte todavía. ¿Qué me quedaba sino él? Y él era todo lo que yo necesitaba, en verdad.

Él le dio calor a mi frío cuerpo y fue muy tierno con sus caricias. De manera que cuando llegó el instante crucial, su cara estaba encima de la mía, mirándome de cerca, con el negro pelo húmedo y enmarañado sobre la frente.

—Mi amor —susurró, y sentí el calor de su respiración en mi mejilla.

Me besó con suavidad en el cuello, en los labios, en los ojos. Yo examiné sus facciones, encantada con cuanto veía; y luego fuimos marido y mujer y me llené de alegría por no ser ya doncella. Y qué apetito

teníamos..., pues ambos llevábamos ardiendo a fuego lento todas aquellas semanas, y hasta el menor roce suyo hacía que se me derritiera la piel como el oro en una hoguera. Tardamos muchas perezosas horas en saciar nuestra hambre, y el amanecer llegó de nuevo antes de que nos quedásemos dormidos.

El día siguiente nos costó mucho movernos del cielo de nuestra cama de plumas, pero Renzo dijo:

—Debemos dirigirnos a la ciudad. Esta noche quiero dormir en casa con mi esposa recién casada a mi lado.

Cuando atardecía, una enorme ciudad de relucientes torres y cúpulas se extendía ante nosotros.

—Mira —me dijo Renzo con urgencia, como un niño—. Santa Maria. Il Duomo.

En el aire se alzaba una inmensa cúpula del color del albaricoque, con una bola puesta en lo alto.

—Fíjate, Bibi. La iglesia más grandiosa del mundo.

Una vez atravesamos la puerta de la ciudad contemplé las casas con fachadas de mármol y toda clase de magníficas esculturas. En cuanto a las iglesias, nunca había visto tales piedras preciosas incrustadas en los muros, muy en particular en aquel gran Duomo tan bien compuesto con piedra roja, lapislázu azul y jaspe, todo tan grandísimo y tan alto que se te agarrotaba el cuello de intentar ver el tejado.

—De manera que esto es Florencia —dije, reconociendo de pronto el nombre de aquel lugar donde había tal riqueza de arte que todo el mundo iba en tropel a verlo.

Por todos sitios flores rojas y blancas adornaban la orilla del camino, como si hubiese llegado por anticipado la noticia de nuestra boda. Había colgaduras también, de seda carmesí, desplegadas desde las altas ventanas, y en la enorme *piazza* se alzaban pabellones de lona con bordados de oro.

—En Florencia siempre hay fiestas —me dijo mi esposo—. Tenemos dos temporadas de carnaval, muchos días de santos, celebraciones... Con cualquier excusa la gente se pone un disfraz y abre las bolsas, y nosotros cogeremos de ellas para nuestro cofre de bodas.

—¿Y qué come esta gente en fiestas? —pregunté, mientras mi marido me llevaba de la mano para subir los escalones de su casa.

Me quedé muy satisfecha con ella, pues tenía un aspecto pulcro y respetable.

—Buñuelos, pasteles, cualquier cosa que sea caprichosa o exótica. Comen todo lo que pueden.

Nos miramos sonriendo con aire de callada conspiración. Si la gente deseaba comer, nosotros éramos la pareja que iba a alimentarlos.

Renzo no tardó en montar su taller, en el que empleaba a operarios para crear sus caprichos de *pastillage*. Una noche hizo un enorme templo de pasta de azúcar para el banquete de un noble, tan grande sobre su zócalo como la choza de un pastor. El menú era espléndido también: primeros, segundos y terceros platos, cincuenta y siete en total, montados por cuatro cocineros, mientras mi esposo preparaba el maravilloso postre. Para que lo ayudase a adornarlo, Renzo me enseñó a derretir azúcar y a menearla de acá para allá en un cuchillo hasta que hacía un hilo cristalino. Moldeada sobre unas escudillas puestas boca abajo, se convertía en medias esferas de telaraña de azúcar, dura como el cristal. Unidas de dos en dos, formaban globos dorados que nosotros rellenábamos con bombones y flores de colores.

—Hacemos las exquisiteces más refinadas de la ciudad —murmuré—, y los encargos no paran de aumentar.

Me encantaba hacer cuadrar nuestras cuentas casi tanto como me encantaba hacer confites. Renzo, asomando un poco la punta de la lengua, pintaba un guerrero de azúcar y le ponía el rostro del señor que había encargado aquella inmensa presentación.

—Sí, pero necesitamos más espacio —refunfuñó—. Las figuras de azúcar deben conservarse secas para alquilarlas otra vez.

—Sí —respondí mientras hacía unos rápidos cálculos—, de esa manera volveremos a obtener más ganancias muchas veces.

Entonces, y al tiempo que me adentraba en aquel dichoso estado de contento que me rodeaba al trabajar, pensé: «Ah, sería como hilar oro». Mi corazón empezó a acelerarse, tanto que dejé caer un pegote de azúcar

derretida y lo eché a perder. Una estupenda idea se había formado dentro de mi activa cabeza. Le conté a Renzo cómo la mayoría de los viajeros se hospedaba en malas posadas o, si tenían los bolsillos bien llenos, pagaba renta por un *palazzo*. Nosotros sabíamos por qué los alojamientos escaseaban: montar un hotel resultaba caro, arriesgado y suponía mucho trabajo duro. Sin embargo los beneficios eran muchos y, además, nosotros podíamos proporcionarles perfectamente la mejor comida a nuestros huéspedes, incluso comida inglesa si lo deseaban. Y nadie sabía mejor que yo cómo añoraban los viajeros la limpieza y el orden. En el mismo hotel tendríamos también un cuarto para los espléndidos despliegues de azúcar de Renzo. Desde una sola cocina atenderíamos tanto a los huéspedes como los banquetes. Y en cuanto a las alcobas, serían las mejores de la ciudad.

Mi esposo se dio una palmada en la rodilla.

—Debemos contratar a un hombre que se ponga a las puertas de la ciudad para guiarlos directamente a nuestro hotel, con un anuncio recomendando nuestro alojamiento.

—Y escribir un aviso en esos libros del *Grand Tour* que leen los viajeros —grité.

Nuestras ideas saltaban tan altas y acaloradas como castañas en un brasero.

Entonces se me ocurrió aquello, como una visión celestial.

—Ay, Renzo —dije, agarrándole la manga—. Hemos de tener un *restaurant*.

—¿Un *restaurant*? ¿Qué es eso?

—Recuerda, te he hablado de esos comedores de primera categoría adonde van los débiles y los apáticos a tomar un tónico reconstituyente. ¿El *bouillon*, las cremas, todas aquellas comidas saludables y de precio excesivo?

—Sí, y lo pagarán. Como decimos aquí: *Si tienes la boca llena, no puedes decir que no*.

—Sí, sí, pagarán más todavía por esa manera de comer tan... acicalada. Si lo hacemos, el negocio será un éxito.

Lo hicimos. Quien no se arriesga no pasa la mar, dicen, y nunca ha habido dos personas más ávidas de éxito. Con el dinero de mi caja de caudales y el capital de Renzo compramos una casa de cinco plantas con vistas al río Arno. Fuimos de un lado a otro de las altas habitaciones que olían a cerrado, sin hacer caso de los escudos de armas y los terciopelos comidos de polilla. En vez de eso nos asomamos por los huecos de las chimeneas y tomamos las medidas de la cocina. Lo llamamos La Regina dell’Inghilterra, o La Reina de Inglaterra. De manera que entonces fui yo aquella elegante *restauratrice* a quien tanto había admirado en París. Atrás quedó mi sosa ropa de criada: iba toda la mar de ceñida con trajes a la moda francesa para recibir a mis clientes como la mismísima Lady Bountiful.

—Buenas noches, Excelencia —pronunciaba con afectación, como un perfecto *magnífico*.

Cielo santo, los de Mawton nunca me habrían reconocido. Cada mañana mi camarera me recogía en alto el pelo y me prendía en él flores y joyas. Mis pies, que nunca fueron los más hermosos, se levantaban sobre chinelas de satén. Hasta mis pobres brazos quemados por el fuego sanaron. Bueno, casi sanaron, pues entre los mitones y el tintinear de mis pulseras de camafeos, decía mi doncella, nadie veía jamás las cicatrices.

La noche que inauguramos el *restaurant* el edificio parecía flotar con la luz que daban el cristal, los espejos y las relucientes lámparas: era la *maison de santé* de todos mis sueños. Deslumbramos a la gente a base de lujos: un reloj dorado que daba las horas llegado de Suiza, y un tanque para el vino lleno de nieve, en forma de galeón. En el centro de la sala se encontraba el *tour de force* de mi marido: un templo de Circe hecho de pasta de azúcar, adornado con globos de azúcar. En una ciudad que siempre vela por el buen gusto, estábamos a la cabeza.

En cuanto a la comida, lo que resultaba asombroso era que muchos de nuestros clientes no tenían nada de apetito. El *beau monde* se levantaba casi al atardecer, sólo se tomaba una taza de chocolate y temía no poder cerrarse las cintas de su delicada ropa con sólo comer un bocado. Pero en nuestra casa tomaban un dedal de *bouillon* para su salud, o un plato de áspic para devolver la lozanía a la tez. De manera que nuestra clientela no se llenaba

las panzas sino las narices, los ojos y las cabezas... y si era preciso, probaban una pizca escasa de exquisita comida.

Nuestros clientes ingleses, viajeros fornidos y rubicundos, seguían pidiendo carne y pudín, cerveza y té. Pero incluso los recios británicos habían visto muchas maravillas desde que se habían subido a bordo del paquebote de Dover, de manera que ¿por qué no dejar que sus lenguas hiciesen lo mismo?

—Pétalos de madreselva helados —leyó en tono de mofa cierto John Bull, escudriñando mi menú—. Antes me comería un ramo de flores. Ha de servirme usted comida sustanciosa, *Madame*, nada más.

Sin embargo al cabo de una semana le había servido al viejo chocho una vigorizante *quintessence* de ternera. Y a los postres lo sorprendí lamiendo la cuchara como un escolar mientras cogía una flor de mi exquisito helado de madreselva.

Tras la primera enloquecida temporada del hotel me quedé encinta, y todo se volvió más lento. Tuve que aflojarme la cotilla de satén, y Renzo me trataba como si estuviese hecha de cristal. La primera tarea de mis horas ociosas fue escribir a mi madre y a Charity, adjuntando un puñado de monedas de oro. Nunca he tenido respuesta, pero yo mando el dinero cada año y rezo para que les llegue sin contratiempos. Escribir esa carta me despertó un anhelo la mar de inquieto de escribirle también a la señora Garland, pues ¿no le daría un alegrón al saber que me había casado y lo del hotel y todo lo demás? De manera que arriba en nuestro cuarto, mientras todo el alboroto de nuestro negocio continuaba abajo como antes, me puse a escribir al fin. Anduve buscando por todas partes y di con mis viejas recetas metidas en las páginas de *La joya de la cocinera*. Y encontré la mejor receta de tarta de tafetán de la señora Garland, la mismísima que yo había copiado de su arqueta, cuidado que era yo atrevida en tiempos. Estaba toda hecha trizas, con manchas de mantequilla y costras de viejísima masa incrustadas en el papel.

Y de esa manera fue como, en lugar de escribir una carta, escribí aquella receta con mi mejor letra y empecé este diario. Receta a receta, evoqué esos platos de nuevo. Y así llegué a comprender que un libro de cocina alimenta

la imaginación tanto como un plato de sueños. Mientras pensaba todas estas cosas garabateaba mi diario, pues una carta jamás contendría todas las noticias que yo tenía que contar. De manera que escribí sobre todos mis descubrimientos y aventuras, y cómo al final todo había salido como el plato perfecto.

Luego llegó mi hora de peligro y di a luz a un robusto varón, a quien pusimos Giacomo por el padre de Renzo. Tiene los rizos oscuros de Renzo y su obstinada boca de cereza, graciosamente mezclados con la testarudez de su madre. También es un deleite ver a Evelina mecer a su hermanito sobre las rodillas, pues es la más cariñosa de las criaturas. Cariñosa y simple, he de decir, pues, aunque me duele escribirlo, sus luces son de lo más cortas. Es una niña preciosa y feliz, pero siempre lenta y que nunca logrará leer y escribir bien. Aunque yo no la cambiaría jamás, pues llama al pequeño Jack *su querido hermano*, y Renzo la llama a ella su hija también.

Sin embargo cada vez que yo creía que mi diario estaba casi terminado se presentaba alguna sorpresa. Cierta día, mientras mecía al pequeño Jack en un brazo y leía el diario de Livorno con el otro, me sobresalté al leer un nombre que me resultó familiar:

En la Audiencia de Livorno el 2 de julio de 1776 el señor William Dodsley fue acusado de felonía al tomar por esposa a Amelia Jane Jesmire el 1 de septiembre de 1773, estando a la sazón su primera esposa, Dorcas Bertram, viva y residiendo en Londres, Inglaterra. El pastor Emmanuel Trouvaine declaró que cuando visitaba la misión de Livorno reconoció al prisionero bebiendo ponche en la regata...

Bajé a la cocina y llamé a Renzo:

—Dios mío, escucha esto, mira qué historia.

Y se lo conté todo: que el fanfarrón de Dodsley había fingido ser capitán de navío retirado, con una renta de cuatrocientas guineas anuales, y le había asegurado a Jesmire que su alojamiento de alquiler era su legítima propiedad, valorada en dos mil libras.

—Ah, aquí hablan de la situación de Jesmire ahora —dije.

... poco después del casamiento acudió a Amelia necesitado de dinero, que le exigió en oro, ya que sus bolsillos despreciaban la plata y el cobre. Amelia, que es una dama de más de cincuenta años, dijo al juez que había perdido un puesto de la más alta posición por asociarse con Dodsley, y que al quedarse sin sus distinguidísimos contactos en Italia ahora no tenía más salida que buscar colocación como doméstica, puesto que los acreedores de Dodsley han reclamado ya los bienes de él como pago de sus deudas. Como el primer matrimonio ha quedado plenamente demostrado mediante documentos enviados desde Londres, el jurado lo encontró culpable y se le marcó la mano con el hierro de bigamia y se le ha encarcelado durante cinco años.

—Así que esa mujer que te menospreciaba ha recibido su justo merecido —repuso Renzo, al tiempo que me arrebató el diario y lo manchaba al instante de caldo de ternera—. El mundo es justo.

—Lo siento por ella —repuse—. No, de veras que sí —insistí, pues él hizo un gesto de incredulidad—. Era una de los que salimos de Inglaterra hace cinco años. Y aquí estoy yo, casada contigo y la mujer más feliz del mundo... —Al oírlo Renzo se puso muy contento—. Mientras que ella, la vieja tonta..., ha recibido una dura lección.

Sin embargo, siempre hubo uno de aquel grupo de quien nunca tuve noticia. ¿Cómo no recordarlo cuando los cargamentos que llegaban de Batavia se llevaban al mercado, llenando el aire de aroma a clavo?

Al llegar aquí pregunté qué barcos venían de las islas, y si alguno procedía de Lamahona. Nadie supo ayudarme, aunque un marinero de orejas de soplillo me dijo que las Indias Orientales las componían cinco mil islas y que ningún mapa ni carta náutica las nombraría nunca a todas. Cinco mil. Es como buscar un grano de azúcar en un cubo de sal. Cada nuez moscada que rallo me recuerda la isla de la abundancia de Keraf, cargada de frutas que se cogen de la rama para comerlas al instante. Cuando mezclo especias dulces me pregunto dónde estará mi amigo ahora, y si se reencontró con Bulan y con su hijo. Me lo imagino encaramado en su barco

prahu allá en el océano, bañado en sol, cazando ballenas y rayas y peces voladores. Rezo para que así sea, con todo mi corazón.

Después dejé mi diario y lo olvidé durante un año entero. Fui bendecida con el feliz alumbramiento de un segundo hijo a quien pusimos el nombre de Renzo. Tiene una pelambrera de brillo cobrizo y nació con el primer diente fuera.

Entonces un conocido llegó a Florencia y descubrí que mi historia no había acabado del todo. Yo había reconstruido mi relato con todos los apuntes y recetas sueltos, pero, igual que un chorrito de limón en una salsa bien sustanciosa, faltaba un último toque amargo.

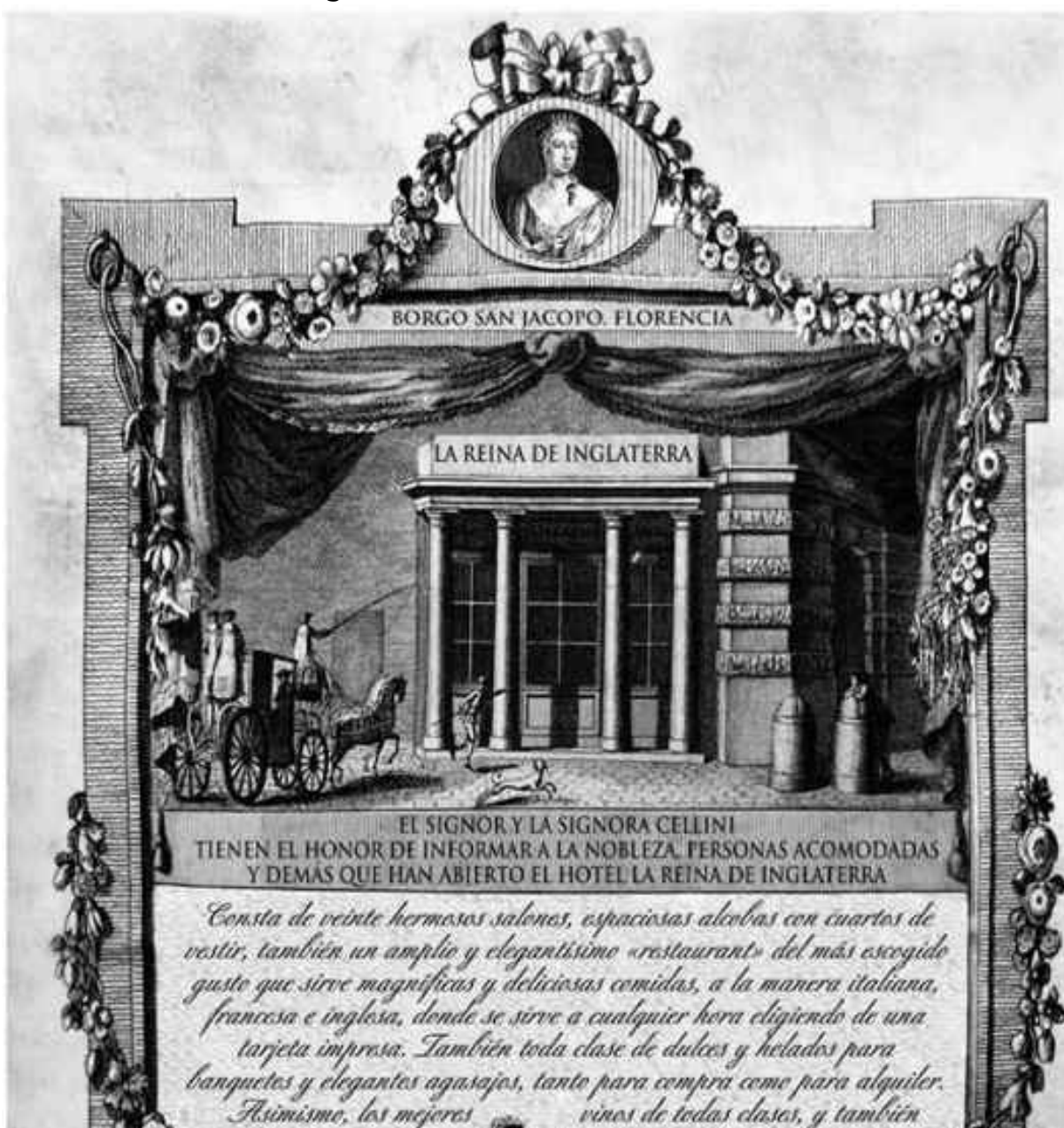
OceanofPDF.com

XXXVIII

LA REINA DE INGLATERRA, FLORENCIA

De Adviento a las Pascuas de 1777

Signora Bibiana Cellini, su diario





OceanofPDF.com

Todo comenzó el año pasado, cuando el conde de Mulreay y su amante regresaron para alojarse en nuestro hotel. El viejo acababa de llegar a la ciudad después de tomar las aguas en Spa, con las arrugas empolvadas del color del deterioro y el anticuado lunar pegado a las mejillas cubiertas de colorete.

—Mi queridísima señora Cellini...

El roce de su piel era seco como los antiguos papelillos del pelo cuando se llevó mi mano a los fruncidos labios. A veces me recuerda al viejo conde Carlo, aunque al conde inglés se le ocurriría comerse una víbora tanto como comerse una ostra fuera de temporada. Me habían llegado rumores de que el conde Carlo había atrapado a otra heredera, pobrecilla.

—*My Lord*, ¿habéis visto nuestro nuevo menú?

Mientras comentábamos cada nuevo plato me fijé en la bonita *aventuressa* que, a su lado, apreciaba mi atuendo. También éste acababa de llegar de París: un vestido a la polonesa de anchas rayas azules, con la falda recogida al estilo de las lecheras.

—Tenemos un esturión del Tíber recién sacado de la barca. O un pavo real blanco toscano. O, desde luego, si gustáis de algo más casero, tengo una tarta de tafetán recién hecha, de membrillo y manzana.

Su amplia sonrisa dejó ver los raigones color caramelo del aplicado sibarita.

—¿Una tarta de tafetán? —Dándose una palmada en el palillo de su pierna cubierta con el calzón de seda, sonrió como un huérfano al que han prometido un dulce—. Tráiganos lo que presuma usted que es lo mejor, señora Cellini. Y la tarta de tafetán... con natillas, si tiene usted.

Yo estaba medio oculta detrás de una columna de mármol, observando a mi criada retirar los platos del conde, cuando lo oí pronunciar un nombre

que me dejó sin aliento como si me hubiesen dado un estacazo. Sin detenerme a pensar, me acerqué apresuradamente a la mesa.

—Os ruego me perdonéis, *My Lord* —dije con mi sonrisa más dulce—, pero el apellido Tyrone acaba de cruzar flotando el aire hasta mí. Conozco a ese hombre. En realidad estoy en deuda con él, le debo un favor. Me pregunto si tal vez se trata de la misma persona.

Adopté una máscara de simpleza mientras el conde me hablaba de él. El fanfarrón inglés había llegado a Florencia y se había creído un auténtico as calculando en las mesas de juego..., pero los nobles locales le habían chupado la sangre. Todo lo que oía confirmaba que aquel incauto era Kitt Tyrone.

—Y pensar en lo que le debo a ese caballero... —dije en tono tan pesaroso como si estuviese en el escenario del Drury Lane—. ¿Sabéis cómo podría encontrarlo?

Una mano cubierta de manchas de vejez me dio unas palmaditas en el brazo.

—Reside cerca del Teatro Cocomero. Dios le permitirá a usted llevar a cabo su buena obra, pero deje que la fiebre del juego se aplaque, señora Cellini. Es un hombre enfermo. Un poco de dinero en metálico no haría sino alborotarle el cerebro.

Me retiré a mi aposento de vestir, pero no podía estarme quieta. Kitt en persona, y aquí en Florencia... Con tristeza, volví a decirme que él había seguido a su hermana hasta Italia y, todavía más llena de remordimiento, que su fracaso a la hora de descubrir el sino de ella lo había provocado yo y solo yo. Sin embargo, ¿por qué el bobo se entretenía aquí? «Ay, Kitt», exclamé en voz alta, al verme la irritada cara en el espejo. Maldito fuera, yo sabía que era tonto y débil. Sólo Dios sabía por qué, pero tenía que verlo.

No me di tiempo para cambiar de idea, sólo me preocupaba que semejante diligencia enfureciese a mi esposo. Quizá intentase impedírmelo, incluso tal vez sospechase que iba a verme con un amante. De manera que iré a escondidas, me dije, pues el silencio es lo mejor. Luego se me ocurrió la idea de ponerme un feo velo negro como usan las *donne* de aquí. Y el mismo día siguiente, mientras Renzo estaba fuera en la ciudad, me apresuré

a salir con sigilo por una puertecilla de la parte trasera del hotel. Vestida con un traje negro que hacía juego con el velo y calzando lisas chinelas de cuero, me hice la ilusión de que pasaba por una recatada dama florentina.

La callejuela que estaba junto al teatro era un goteante túnel queapestaba a inmundicia. Tuve que preguntar por el paradero del caballero *inglese*, claro está. Por fin una vieja señaló con un huesudo dedo a lo alto de una escalera de piedra. Llamé a la puerta, no me abrió nadie y la abrí empujando despacio.

Aun a través de la niebla de encaje del velo vi que la habitación era de la más pobre especie: un jergón lleno de manchas echado en el frío suelo, una ventana remendada con papel. Luego vi botellas vacías de licor fuerte. Y en medio de todo, borracho como una cuba, yacía el retorcido cuerpo de Kitt Tyrone.

Pegándome el velo a la nariz me dejé caer en un vencido taburete que había junto a él y le toqué el brazo.

—*Signore* —murmuré—. Despierte, *signor* Tyrone.

Sus párpados se movieron y se abrieron por fin.

—¿Quién es usted? —preguntó en un gruñido.

Me temí que debía de parecerle el ángel de la muerte vestida con mi paño mortuorio de encaje negro.

—Una amiga —contesté con voz amortiguada.

Él no me miró, sino que parecía delirar, buscando puntos en el techo y las paredes. Luego, tras subirse la manchada sábana por encima del hombro, se volvió de costado y se puso a mirar parpadeando la pared.

—Soy una amiga —dije en tono apremiante—. Una inglesa que desea ayudarlo.

Siguió de cara a la pared, donde las huellas de las chinches derrotadas formaban un repulsivo dibujo.

—Déjeme en paz —refunfuñó.

Me quedé sentada un rato, aturdida. Bajo el vapor dulce de los licores Kitt olía a enfermedad, al desagradable hedor a hombre verdaderamente enfermo. Decidí que debía asumir el mando.

—*Signor* Tyrone —dije con severidad—, tiene usted que venir conmigo a una casa limpia para que lo cuiden.

Él siguió sin alzar los ojos de su estupor. Irritada, resolví sorprenderlo mostrándole mi cara. Si me reconocía, me dije, entraría en razón. Me eché atrás el velo y por un instante me sofocó el aire malsano. Luego me puse de pie junto a él, con el semblante descubierto ante su mirada fija.

Pero era yo quien estaba destinada a ver cómo eran las cosas de verdad. Su rostro estaba pálido como la cera en medio de una maraña de pelo desarreglado y, con todo, seguía siendo el rostro de Kitt que yo conocía tan bien. Bajo el comienzo de una áspera barba estaban sus acorazonados labios y, aunque muy hundida, la forma de su cara aún me pareció hermosa.

Entonces desvié la vista. Lo que me aterraba eran sus ojos. Me incliné sobre él con el rostro despejado como el día, aquel rostro que una vez él había llamado bonito. Pero sus ojos seguían revolviéndose y parpadeando sin dar muestras de reconocerme en absoluto. El pobre Kitt, después de haberme puesto aquel negro disfraz, estaba ciego.

Fue una tarea espantosa contarle a mi marido lo de Kitt. Cuando Renzo volvió de un banquete que había supervisado pasaban dos horas de la medianoche. Mientras se desvestía le hablé de la trágica ruina del hermano de mi señora, y su boca se cerró, dura, en un obstinado silencio. Por último se echó agua en el cansado rostro y se sentó despacio en el borde de nuestra cama.

—¿Tratas de avergonzarme? —preguntó de pronto, con la voz crispada de cólera—. Una esposa florentina jamás iría sola a la casa de un hombre.

Es cierto que las italianas cargan con un pesado yugo de anticuadas normas. De manera que hice como si lo sintiese muchísimo de veras, pretextando ignorancia y jurando que tan sólo intentaba hacer el bien.

—Fue un acto de caridad —repuse en tono de ruego—. Es forastero en la ciudad, lo han asaltado los estafadores y además, no se cómo, se ha quedado ciego.

Renzo dio un suspiro.

—Es el alcohol de madera lo que lo ha cegado. Debería haber tenido más juicio.

Pero cuando alargué las manos para echarle los brazos al cuello se apartó bruscamente fuera de mi alcance.

—Igual que tú —susurró, con lastimada aspereza.

De repente ya no supe dónde poner las manos, pues hacía mucho que encontraban grato sosiego en los anchos hombros de Renzo.

—Así que, dime —añadió, con voz inflexible—, ¿cuándo fue ese hombre tu amante?

Cerré los párpados y me permití una silenciosa exclamación de gratitud. Gracias a Dios podía decir la verdad. Luego, clavando bien los ojos en la dolida mirada de Renzo, dije:

—Jamás fue mi amante. Piénsalo bien. Tú lo sabes.

Con un gruñido de asentimiento, Renzo dijo que sí con la cabeza. Y con un gesto muy parecido a nuestro hijito Giacomo, frunció el ceño ante la desatenta naturaleza del mundo.

—Hay hospitales. Si lo mandas allí, habrás cumplido con tu deber cristiano.

Era cierto. Aunque pensar en el pobre Kitt muriendo solo en un hospital extranjero... No podía soportarlo.

—No. Debe venir aquí. Tenemos habitaciones. Y que Dios me perdone, pero no será nuestro cliente por mucho tiempo.

—¿Por qué demonios haces esto?

Yo misma apenas lo entendía. Era una fría pasión lo que me impulsaba, negándose a dejarse contrariar.

—La culpa —respondí, y aparté la mirada al instante.

—En Florencia decimos: *La culpa es una muchacha preciosa, pero nadie la quiere*. O, en tu caso, quizá un hombre guapo. Olvídalo. No serás la primera mujer que huye de su pasado.

—Tal vez no tenga otra oportunidad —respondí, y se me quebró la voz—. Está ciego. Está muriéndose. Nosotros lo condujimos hacia Italia y eso ha sido su maldición... Mientras que ha sido una bendición para mí, pues tengo todo este premio: a nuestros hijos y, sobre todo, a ti, Renzo. —Apoyé la cara en su hombro—. Déjame corresponder un poco —añadí en un susurro.

Durante largo rato nos quedamos sentados, entrelazados, cada uno sumido en sus propios pensamientos, enfriándonos a medida que se acercaba el amanecer. Cuando apoyé los ojos en el robusto hombro de mi

esposo vi a Carinna muerta ante mí, tendida en aquella cama blanca, con sus claros ojos mates como el vidrio. Toda mi búsqueda de ajetreo y de felicidad parecía tan sólo ligerísimos sudarios puestos sobre el horror de su desdichado cadáver. Por fin Renzo me acarició el pelo.

—Ven a la cama —dijo—. Aunque sigo sin comprender por qué debemos acogerlo.

El ánimo de pelea había abandonado su cuerpo.

—Porque es el tío de Evelina —contesté, y Renzo suspiró, y me acosté.

Nadie debe creer que al acoger a Kitt yo sintiese menos por mi esposo. Renzo es mi verdadero amor, el padre de mis amados hijos. Y gracias a él llevo un estupendo negocio y cocino como nunca lo habría hecho allá en Inglaterra. Kitt es harina de un costal muy distinto. Ahora sé muy bien que Kitt habría llenado mi vida de desesperación. Pero las horas que compartimos en París sí que arden con secreto esplendor en el calendario de mi vida.

El día siguiente trasladamos a Kitt a una de las habitaciones del hotel, y a la hora del almuerzo dormía en una cama vestida con ropa limpia, mientras los visillos de gasa protegían sus infelices ojos del sol invernal. Contraté a una enfermera de carácter dulce, Francesca, y ella se quedó cosiendo a su lado. Aquella noche yo misma le di de comer, acomodándole las almohadas en la espalda y limpiándole los labios con una servilleta blanca como la nieve. Sola, observé con atención su deteriorado rostro.

—Necesita usted un barbero —dije.

Puse los dedos por encima de la oscura sombra de su mejilla, aunque no me permití rozarlo.

—Señora —contestó en voz baja. Sus ojos parecían buscarme pero no daban conmigo—, no necesito nada. Gracias. —De pronto sus dedos agarraron la abullonada seda de mi falda—. ¿Estoy en el cielo?

—No —respondí riendo—. Está usted en el hotel La Reina de Inglaterra, en Florencia. Con amigos. —Le di unas palmaditas en la mano y él aflojó su fortísimo agarrón—. Ahora duerma —murmuré, al tiempo que me levantaba para marcharme.

De nuevo intentó coger mis faldas, pero yo me había apartado.

—Me da miedo dormirme —dijo con voz quejumbrosa, mirando a su alrededor, aunque sin ver nada—. Porque, ¿dónde despertaré?

—Despertará aquí. La enfermera dormirá junto a usted en un diván. Está usted completamente a salvo.

Cuando me marchaba Kitt gritó al oír que el perro de Renzo venía corriendo a la puerta a saludarme.

—¡Señora! ¡Se lo ruego, cierre la puerta! ¡Escuche! ¡No lo deje entrar!

—Sólo es el perro de caza de mi marido.

Ugo arañaba y gimoteaba junto a la puerta, y el pobre Kitt se echó hacia atrás.

—Por Dios, ¿me ha seguido hasta aquí? —exclamó en un gemido.

Le hablé a la enfermera de su miedo al perro, y estuvimos de acuerdo en que la ceguera debía de haberle producido un pánico extraño, pues quizá se hubiese visto solo alguna vez frente a un perro salvaje. Pasó mucho tiempo hasta que me acordé de Bengo y empecé a preguntarme qué habría encontrado Kitt en la villa.

Kitt llevaba tan sólo una semana con nosotros cuando me desenmascaró. Estábamos casi en Navidad, y Renzo preparaba todos los manjares que los florentinos han de comer en las fiestas: anguilas asadas, ánsares, elegantes pasteles con volantes de mazapán y una especie de empanada de picadillo que llaman *torta di lasagne*, rellena de distintas carnes, uvas pasas y frutos secos. Como la enfermera Francesca tenía permiso para asistir a misa, un día fui yo quien le lavó la cara a Kitt con un paño empapado en agua de rosas. Para entonces ya podía mirarle la cara sin que me venciese una afligida ternura. Sus ojos estaban cerrados y tenía el rostro amarillento como el pergamino. Suspiré más fuerte de lo que debía y le eché hacia atrás un rizo del largo pelo oscuro.

—Ese perfume. ¿Es usted? —preguntó—. ¿No la enfermera?

Con cautela, contesté:

—Soy la *signora* Cellini. La señora que lo encontró a usted.

Una irónica sonrisa le tensó los labios.

—¿Es la misma señora que gritó anoche, cuando se quemaron los panes, que «no quedaba ni miaja que servirles a los clientes»?

El corazón me latió con fuerza mientras escuchaba los movimientos de la casa: el golpeteo que llegaba de la cocina, el sonsonete de los niños en la sala de clase.

—Eres tú, ¿verdad, Bidy?

Su delgada mano agarró la mía, las venas como nudosas cuerdas azules sobre un abierto abanico de hueso. Durante un rato seguimos en silencio cogidos de las manos como niños inocentes. Luego, en voz baja, le dije que sentía no haberlo encontrado antes.

—Ha sido una suerte que viniese usted aquí a Florencia, donde yo vivo.

—Por una vez en mi vida he sido afortunado. —Se le nubló el rostro—. Porque no me esperaste en la villa, ¿no? —Seguía apretándome fuerte la palma de la mano—. ¿Fuiste tú quien me dejó la joya?

—Era el deseo de su hermana de usted —contesté en un susurro.

—Ahora dime la verdad —dijo—, ¿qué le pasó a Carinna?

Me quedaba poco tiempo hasta que volviese Francesca, de manera que le conté rápidamente todo lo que me atreví a contarle. Cómo, para ocultar su enorme tripa, Carinna me había mandado que representase su personaje.

—¿Carinna estaba encinta? —De pronto Kitt pareció afligirse—. Pobre hermanita. Y tú, Bidy, me ha parecido que habías cambiado mucho. Aunque siempre fuiste avispada, entiendo por qué Carinna se valió de ti. Pero ¿qué pasó? Una vez oí que mi tío envió a un criado a la villa, pero no había ni rastro de ella, ni de ninguno de vosotros. ¿Es cierto que se marchó con un amante secreto?

—Murió en el alumbramiento —respondí—. Kitt, fue un parto terrible. En cuanto al padre, jamás vino a reclamarla a ella ni al bebé. Y al estar tan lejos de casa...

Pero, por lástima, no le conté toda la verdad. Que el señor Pars se había peleado con ella como les pasa a los ladrones confabulados, y que ella, pobre muchacha, había muerto entre sufrimientos, con la única compañía de nosotros, los lacayos, uno de los cuales era su asesino. Por la memoria de Carinna, me dio demasiada vergüenza contárselo.

—¿Dónde está enterrada?

El pobre Kitt estaba gris de dolor.

—En el cementerio de Ombrosa. Ay, Kitt, siento decir que la lápida lleva mi nombre. —Me mordí el labio al ver que sus ciegos ojos se movían, inquietos—. Para quienes nos conocían, yo era Lady Carinna. Lo siento.

Él desvió la cara hacia otro lado.

—Y luego tú seguiste adelante y prosperaste. Pero ¿qué importa? —Sus dedos se aflojaron dentro de los míos—. El bebé muerto, ¿era niño o niña?

Por fin podía animarlo.

—No, no. Vive. Es una niña. No podía separarme de ella. Es mi hija, Evelina.

De nuevo Kitt volvió la cabeza hacia mí.

—¿Qué has dicho? ¿La hija de Carinna está aquí?

—Sí —susurré, pues temí que él fuese a alzar la voz—. Pero calle. Mi marido, Renzo, no quiere que esté usted aquí. En cuanto a Evelina, no sabe que usted es su tío.

—Me da igual quién crea que soy. Tú tráemela. Sólo una vez. —Intentó echar mano de mi manga—. Biddy, ¿lo harás?

No pedía gran cosa.

—La traeré mañana.

XXXIX

LA REINA DE INGLATERRA, FLORENCIA

Pascuas de 1777

Signora Bibiana Cellini, su diario

OceanofPDF.com

~ Mis mejores pasteles de fruta picada ~

Se pican dos libras de lenguas de vaca sancochadas con cuatro libras de buen sebo de buey, una docena de camuesas finamente troceadas y dos libras de azúcar. Se añaden especias al gusto, sin perdonar un buen pellizco de sal para mezclar lo sabroso y lo dulce. Se remueve con cuatro libras de pasas de Corinto, dátiles sin hueso y laminados, una pinta de jerez, agua de azahar y zumo de limón y media libra de naranja y limón escarchados y en trozos pequeños. Se mezcla bien todo junto y se rellenan los pasteles de distintas y bonitas formas y se hornean hasta que están.

*Bibiana Cellini, una receta muy celebrada, Navidad de
1778*

Verlos juntos resultaba raro. Le dije a Evelina que el *signor* Tyrone era su tío de Inglaterra, y que deseaba que fuese a verlo. Su niñera le aseguró que lo apropiado era llevar flores a los enfermos, de manera que juntas compraron un ramillete a una vendedora de la plaza. Violetas, precisamente, que a mí me pareció una elección poco acertada. La conduje hasta su aposento y me quedé junto a la ventana, mirando la nevada que había cuajado durante la noche, un fenómeno poco común. La luz del sol bailoteaba en los *palazzi* rosados y pardos, reluciente sobre los tejados de cristal. Corrí de un tirón los visillos por miedo a que le hiciese daño a los ojos de Kitt, y desde la ventana estuve observando como un personaje en las bambalinas de un teatro.

Evelina tenía casi cinco años e iba perdiendo la redondez de la primera infancia. Vestida con su traje de muselina a rayas me parecía la viva imagen de una damita, con un fajín de satén azul en torno a la cintura. Sólo con verlos cara a cara reconocí la palidez ligeramente lustrosa de la piel de ella y el peso satinado de su pelo. Sin embargo había algo más: allí con su tío me fijé en que poseía un encanto despreocupado muy distinto a los dos tunantes de mis hijos. Miró a Kitt con franca curiosidad y respondió sus preguntas lo mejor que pudo. Él quiso saber qué cosas hacía, si estaba contenta. En una titubeante mezcolanza de italiano e inglés, ella habló por los codos de sus hermanos y de sus muñecas y de la nieve que había tocado por primera vez en su vida. Creo que nunca he visto el rostro de un hombre consumirse más intensamente de emoción.

—Evelina —le preguntó por último—, ¿quieres ser complaciente conmigo?

A ella le dio la risa y volvió la cabeza hacia mí.

—¿Me dejas tocarte la cara? Porque así sabré cómo eres, aunque mis ojos no vean bien.

De nuevo, la pequeña se volvió a mirarme, y yo le di mi conformidad con un gesto. Se quedó muy quieta, con la columna vertebral derecha como una vara gracias a la nueva cotilla recién llegada de París. Las puntas de los dedos de Kitt examinaron la peinada seda de su pelo, su estrecha frente, su pequeña nariz y sus parpadeantes ojos de largas pestañas. Cuando le rozó la boca a ella le dio la risa otra vez, y él dibujó la sonrisa que levantaba las dos rosadas mejillas. Los dedos se detuvieron en la cinta azul con volante de encaje que llevaba al cuello. Profundos sentimientos pasaban rápidos por el rostro de Kitt, aunque era difícil saber si eran de dolor o de alegría.

—Vamos, Evelina —dije, y me dispuse a cogerle la mano.

Temía que la entrevista lo hubiese abrumado.

—*Signora Cellini* —la voz de Kitt sonó apagada—, ¿me haría el favor de volver usted sola?

Dejé a Evelina con su profesor particular y deposité un beso en la perfumada suavidad de su cabeza. Luego volví con el corazón oprimido a la vaporosa habitación blanca. El pequeño ramillete se había caído en la sábana y Kitt lo buscaba tanteando como podía. No se apaciguó hasta que lo tuvo bien agarrado.

—Ahora debería usted dormir —murmuré. Emociones turbadoras se agitaban dentro de mí: una tremenda compasión, angustia, ternura—. He de ir a la cocina. La enfermera no tardará en llegar.

—Un momento —contestó con voz ronca. El dolor le arrugaba la frente—. Quiero que lo sepas. Ya estoy preparado para irme con Carinna.

Por un instante no se me ocurrió ninguna respuesta. Mi conciencia me decía que lo consolase, pero ¿qué son las palabras huecas ante la muerte?

—Volverán ustedes a encontrarse en presencia de Dios —contesté.

Las lágrimas brotaron y rebosaron de sus párpados, cayéndole por la sumida mejilla.

—No, no nos veremos en el cielo, Biddy querida. —La boca se le torció, y él se esforzó por hablar serenamente—. La única muestra del cielo que he tenido nunca es esta casa. Volveré a reunirme con Carinna en un sitio mucho peor.

—Usted no ha sido un hombre tan malo. —Me dio pena que se creyese sin redención posible—. Cristo perdonará esos tontos pecados.

—Algunas veces pienso que eres tú quien está ciega —respondió con un forzado amago de risa.

Se llevó el pequeño ramillete a la nariz y, por un breve instante, yo también olí las empalagosas violetas. Estaban estrujadas en su mano, con las caritas color lila marchitándose en torno a cada ojo amarillo. El olor hizo que la bilis me subiese a la garganta.

—La niña, Evelina —añadió, como si clavase la mirada en su propia sepultura abierta—. Cuando deje este mundo... Hay un recibo de un prestamista en mi alforja. Desempeña la prenda. Es para ella.

—Es muy amable por parte de usted el pensar en su sobrina.

En ese instante las violetas exhalaban su perfume muy fuerte, y de repente me encontré de nuevo allí, en el aposento azul de Mawton, viendo el rostro manchado de lágrimas de Carinna mientras ella masticaba pastillas de violeta. Había una carta sobre la cama. De Londres, de Sir Geoffrey, habíamos imaginado todos. Sin embargo, volviendo la vista atrás después de todo aquel tiempo, al recordar sus lágrimas pensé que debía de ser de su amante. Ella había intentado contestar aquella carta, había buscado con afán las palabras para confesar el amor de ambos —*ardor de la pasión, temeraria mancha, mi vida está arruinada*— y luego las había tachado y emborronado para que nadie más leyese nunca aquella confesión atroz.

—Mi sobrina no.

Haciendo una mueca de dolor, Kitt se apartó de mí y se volvió hacia la pared. Lo oí decirlo, aunque ojalá nunca lo hubiese oído.

—Mi hija.

La Navidad es distinta aquí. La costumbre católica es poner una cuna y unos personajes, todo tallado en madera, iluminados con filas de velas. Mi esposo lo hermosea con golosinas, algodón de azúcar y bombones. Tal vez sea muy bonito, pero este año echo de menos los bailes y las juergas que conocí en Inglaterra, el dulce olvido de los besos y los juegos de prendas y todas aquellas atolondradas jaranas. Aquí el día de Nochebuena nos reunimos a rezar nuestras oraciones, y mi marido sirve platos de exquisito

pescado y *panforte* de pan de jengibre. Todo está muy sabroso, pero no es ni puede ser mis *Christmas*.

De manera que la mañana de Navidad yo estaba levantada a las cinco, haciendo brillar el fuego como un horno, preparando pasteles de fruta picada y haciendo púdines de ciruela del tamaño de la bala de cañón que dio en el palacio Medici, y poniendo tres piezas de rosbif a dar vueltas en los asadores. No tardé en respirar de nuevo ese vapor que le dice al alma que es Navidad, y que ha terminado el trabajo de todo el año, y que es tiempo de darse un banquete: el olor a naranjas, confites y clavo, todo mezclado con las distintas carnes asándose. Tan deseosos estaban los ingleses de Florencia de tomar su comida navideña de siempre que podríamos haber llenado otras veinte mesas. Incluso encontré muérdago y, con Evelina, hice una rama de besos.

Eran casi las diez de la noche de Navidad cuando Renzo y yo nos sentamos en nuestro comedor. El día había sido un éxito, y hasta Renzo no dejaba de preguntarme por mi receta de los pasteles de fruta picada. Los niños hacía mucho que se habían acostado, y brindábamos por el nuevo año con el mejor vino de malvasía. Bebí a grandes tragos aquella noche, pues anhelaba olvidar las palabras de Kitt; ya fuese el licor o el trabajo duro, cualquiera de los dos bálsamos servía.

—¿Y para qué es esta rama de besos? —preguntó Renzo, fingiendo perplejidad.

Me condujo hasta la corona de verdor donde las velas ardían bajas y apenas quedaba media docena de bayas por coger.

Mi Renzo. Me tomó en sus fuertes brazos y me besó como si me comiese viva. Sé que yo lo pongo nervioso, pero en verdad es mi vida entera. Lo que he recordado esta última temporada, cuidado que soy boba, es lo buen hombre que es. Virtuoso, fuerte, afable: el marido perfecto.

—¿Te apetece hacer más niños esta noche? —murmuró al tiempo que despojábamos la corona de sus últimas bayas, una por cada beso.

Sonreí y me apreté contra él, sintiendo que el ardiente hechizo prendía entre nosotros. En verdad sí que era un placer dejar que los criados lo recogiesen todo.

Aún no había amanecido cuando la enfermera me despertó. Dejando a Renzo desnudo en las sábanas revueltas, me eché rápidamente un chal sobre la camisa y bajé la escalera siguiendo la vela de Francesca.

—El *signor* Tyrone se nos va —susurró.

—¿Ha mandado usted llamar al médico?

—Más bien a un sacerdote, *signora* Cellini.

Me quedé junto a la ventana mientras un pastor de la Iglesia de Inglaterra le brindaba a Kitt los últimos ritos. Al otro lado del vidrio la luna flotaba como un cuchillo curvo, brillando silenciosa entre las estrellas. Me estremecí al tiempo que miraba los espléndidos palacios cubiertos de nieve que se elevaban desde el río. Creo que Kitt tal vez estuviese consciente cuando tomó el último sacramento, y sé que los papistas dirían que estaba absuelto. Pero no sé si lo estaba, ninguno de nosotros lo sabrá hasta que llegue la última hora. Después me senté a su lado, pero no me reconoció; el estertor lo sacudía por la garganta.

—Sólo tiene veinticinco años —dije, sollozando entre las manos juntas.

A medida que iba acercándose un sombrío amanecer gris comprendí que no era el sueño lo que bendecía a Kitt con la quietud. Su rostro era más calavera que carne. Sin importarme lo que dijese el sacerdote o la enfermera, besé sus labios, y estaban muertos.

Lo enterramos en un terreno nuevo, dispuesto aparte para los ingleses de Florencia. Cada pocos meses Evelina y yo nos ponemos los velos de encaje y cogemos un coche hasta el otro lado de la ciudad. Llevamos violetas como recordatorio, pues su aroma no se parece al de ninguna otra flor. Hay algo de azúcar quemada y ennegrecida, de recocado dulzor en el latido de su fragancia. Ahora pienso que, al verse abandonados juntos, hermano y hermana quedaron atrapados en un amor terrible. Un amor extraño debió de ser, tan perturbador como el perfume chamuscado de las violetas. Qué buena suerte, que tantos de nosotros nos veamos libres de tan vil amor.

Evelina ordena las flores moradas que se mecen sobre la tumba de Kitt y yo la observo, admirando su elegancia cuando se vuelve para sonreírme. Siempre me conocerá como su madre, y también es el ojito derecho de su

papá. El secreto de su nacimiento está firmemente atado con las tiras de hierro de mi voluntad. Nadie más lo sabrá nunca.

El recibo del prestamista me llevó a una siniestra tienda de madera cerca de la plaza del mercado. El dueño me lanzó una astuta ojeada mientras lo leía, y luego calculó un precio basándose en mi vestido y en mis joyas.

—Quinientas *lire* de oro —dijo como si escupiese, y se dio un tirón de la oscura barba.

Pagué sin vacilar, pues el hotel es ya una verdadera fábrica de dinero. No me sorprendió que la enorme suma fuese el rescate de una polvorienta bolsa de cuero no mayor que mi puño.

Esperé para abrirla hasta estar en casa, y me senté con Renzo a la larga mesa de nuestro comedor. Balanceé la bolsa colgada de mis dedos, y la Rosa de Mawton se puso a dar vueltas, lanzando destellos en su cadena de oro a la radiante luz invernal.

—Oh, es preciosa —exclamó Renzo, y trató de cogerla mientras giraba llevada por su propio peso.

Pesaba más que nunca, tanto como la bola y la cadena de un presidiario.

—No nos hace falta —dije—. No es una piedra de la suerte.

Renzo la agarró en su gran puño y la puso a contraluz en la ventana llena de sol. Destellos color grana encendieron la habitación, como manchas de sangre que estropeasen nuestras paredes pintadas al fresco.

—¿Dices que él quiso que Evelina la tuviese?

—Ésa fue su voluntad.

Son extraños estos mandatos de los muertos. Sentimos que nos miran desde lo alto, observándonos mientras llevamos a cabo sus deseos. Vi que mi esposo estaba cautivado, con la mirada clavada en el ardiente corazón de la joya.

—Pues entonces Evelina debe tenerla. Hará un magnífico casamiento con una fortuna como ésta. Fue muy amable por parte de su tío pensar en ella. Y tú te ves recompensada por tu obra de caridad.

Desvié la mirada. Claro que la hija de Carinna haría un buen casamiento. Por muy cortas que sean sus luces, con una dote como la Rosa ocupará el rango más elevado de la buena sociedad.

—Muy bien —accedí, al tiempo que volvía a meter la joya en la oscuridad de su bolsa—. Pero tenemos que guardarla bajo llave en la cámara de un banco. No quiero que esta piedra vuelva a tentar a nadie.

OceanofPDF.com

XXXX

LA REINA DE INGLATERRA, FLORENCIA

Fiesta de San Lorenzo de 1778
Signora Bibiana Cellini, su diario

OceanofPDF.com

*~ Para hacer un globo tejido
con hilos de azúcar ~*

Se muele el azúcar hasta que esté bien refinada y se pasa por un tamiz muy fino. Se echa en una fuente de plata y se pone al través ante un fuego moderado. Se disponen muy cerca dos platos de porcelana en forma de medias esferas con los bordes puestos boca abajo. Cuando el azúcar está clara como el agua, se coge un cuchillo limpio y se levanta con él todo el almíbar que se pueda y de la punta saldrá una fina hebra que se debe llevar atrás y adelante lo más rápido posible y hacer girar por el molde de porcelana. Luego se mete el cuchillo otra vez y se recoge más almíbar, sin dejar de tejer la telaraña hasta que esté acabada. Dentro de la telaraña se meten ramitos de flores pequeñas, se da la vuelta a una telaraña sobre la otra para formar un globo y se teje un poco más para encajar bien las dos.

*Un postre notabilísimo para una mesa principal,
Bibiana Cellini, Florencia, 1777*

OceanofPDF.com

Y ya en mi libro no queda mucho papel para mis divagaciones. La carta de Inglaterra llegó la semana pasada y no me cogió por sorpresa, pero me traspasó el corazón cuando la leí. Cuánto tiempo habría ido de mano en mano no lo sé, pues estaba manchada del viaje y arrugada de pasar muchas semanas embutida en el zurrón del mensajero. Venía de la casa de postas de Montechino, y traía un mensaje escrito por nuestro antiguo recadero, que ahora se llamaba a sí mismo el empleado de la casa del correo. Debió de acordarse de nuestras monedillas y amabilidades, y la remitía a la dirección de Renzo en Florencia. Me quedé mirando un buen rato el escrito. Era una letra torpe y poco clara, pensé, de alguien que no estaba acostumbrado a mantener correspondencia:

*Para Biddy Leigh
Villa Ombrosa
Italia*

No se si esta dara contigo Biddy pero son malas noticias lo que te escribo. Debe de hacer ya dos años, despues de un penoso decaimiento la señora Garland murio en su cama en Mawton Hall. Como no habia noticias tuyas en tantisimo tiempo te dimos por perdida de veras. Cuando Sir Geoffrey murio a finales del año 73 el pastor nos dijo que teniamos que servir a Lady Carinna que volvia a la casa pero no volvisteis en verdad de manera que ahora se ha hecho cargo el juez de paz. Dijo que como el hermano de ella tambien se habia ido, que aquello era un buen lio pues el tio tambien decia que el era el dueño de Mawton. De manera que todos los asuntos de Sir Geoffrey estan atascados en los tribunales de

Londres y no hay muchas esperanzas de que se ordenen ni en años siquiera.

Un mal día el alguacil vació toda la casa entera y todas las estupendas y antiguas cosas de Sir Geoffrey las cargaron en carros para venderlas. Después de eso a mí y a Jem nos echaron con cajas destempladas, y eso fue un escándalo y una vergüenza. Como vivienda nos metimos por las buenas justo en Reade Cottage allá abajo en Pars Fold. Tiene goteras aquello y suena todo pero Jem está intentando arreglar el tejado, pues no nos sobra el dinero ahora que ya he dado a luz a cuatro crios traviesos que no paran de agobiarme pegados a mis faldas.

Hay quien dice que Mawton Hall se ha vuelto dañino y no quieren rondar por allí pero yo y Jem pasamos por encima de la cerca temprano para coger las frutas dulces del huerto que está todo lleno de maleza. No es sitio para entretenerse, pues las ventanas de la cocina están todas rotas y los suelos se han puesto mohosos de una riada. Está todo echado a perder, hasta la vieja destilería está vacía pues todo el elegante vidrio lo quitaron y lo vendieron. Una bendición fue que la señora Garland no viese el triste final de aquello.

Si esta te encontrase, es para decirte que la señora Garland dejó un testamento que va aquí arrollado ya que se cumple con todo como Dios manda pues la llevamos a enterrar con una lápida pagada del todo en el cementerio de Mawton. Te mando el testamento pues escribe de ti pero aunque todos miramos no había ningún libro como dice ella. Hemos cumplido nuestro deber Jem y yo y no tenemos ninguna obligación contigo que eso sea el final de este asunto.

Sra Teg Burdett

Dentro de la carta había un papel envuelto en hule, escrito con la letra desigual, que yo recordaba tan bien, de mi vieja amiga:

Martha Garland de Mawton en el condado de Cheshire que ha dejado de existir hace su testamento de la manera siguiente, a saber que es su voluntad que la entierren de manera decorosa y

conveniente en el cementerio de Mawton y a cada uno de sus compañeros criados le manda un par de guantes blancos de luto, y cuando los gastos de su entierro estén liquidados y pagados es su voluntad que lo que quede se reparta a los pobres de la susodicha parroquia de Mawton, salvo una sola cosa que es su libro de cocinar en el que ella escribía que se le dé a su amiga Biddy Leigh como recordatorio de sus felicísimos años de laboriosidad compartida.

Todas estas susodichas cosas las atestigua mi firma aquí de mi puño y letra, este segundo día de enero de 1775.

Martha Garland

He dicho que esta noticia la esperaba desde hace mucho. Llevo tiempo preguntándome para quién es *La joya de la cocinera*. Sentada ante mi escritorio de marfil, miro por las ventanas de vidrio transparente y veo a nuestro barquero meter su carga de limones por la puerta del hotel que da al río. Oigo a Evelina parlotear con su profesor en la habitación de al lado, y el grave retumbo de él contestando en voz baja. Jack sube y baja la escalera dando saltos con ruidoso estruendo, y el bebé Renzo da chillidos, feliz, mientras Ugo ladra. En torno a mí toda la casa murmura y bulle. Vuelvo a tratar de agarrar la pregunta, pues es difícil. Y me pregunto: ¿para quién he anotado todo esto? La respuesta más sencilla sería decir que lo escribí para la señora Garland. Sin embargo, no era probable que ella leyese estas páginas. Cuando le di un beso en la suave mejilla yo sabía que era la última vez. Suspirando, me seco los ojos, pues no volveré a besar aquella mejilla jamás.

Hojeo las partes más antiguas del libro. Todas estas recetas y remedios, *caudles* y *possets*... ¿Por qué reunir las siquiera? Ese grupo de mujeres que se remonta en el tiempo, todas entregando sus mejores delicias garabateadas con preciada tinta... Dicen que los hombres hacen las guerras, pero las mujeres son más generosas. Al coger el trozo de papel manchado de mantequilla donde está la receta de la tarta de tafetán de la señora Garland, ella aparece justo delante de mis ojos. Cuando me acerco las manchas de canela a la nariz estoy de nuevo en la soleada cocina de Mawton, poniendo

en fila los azules platos vidriados sobre la mesa llena de marcas de cuchillo. Me comería ese papel, de lo mucho que añoro volver a estar allí.

Pienso en la arqueta de los papeles de la señora Garland, emborronados como faros para enfrentarse a la inminente oscuridad. Aquellas mujeres hicieron sus platos perfectos y luego los escribieron con palabras *nomeolvides* para que que los probásemos nosotros. Y ahora lo entiendo, con una comprensión que resplandece como las frutas vaciadas que Renzo llena con velas en sus festines de medianoche. ¿Qué son las recetas sino mensajes de los muertos, que dicen *Cómeme*? Ellas me advierten que cuando comemos, comemos un plato de amor.

Entonces, ¿he escrito este estupendo diario sólo para mí? Hace mucho que sospecho que la señora Garland me impuso esta tarea para facilitarme el camino. ¿Qué mejor manera de ayudarme a olvidar mis preocupaciones que traer a la memoria cada día según pasó y anotarlo a la trémula luz de una vela de junco? Sin embargo, mientras vuelvo a meterme el pañuelo en el bolsillo de flores y veo la luz atenuarse sobre el río, se me ocurre un extraño pensamiento. ¿Quién soy yo ahora? ¿Soy aún aquella Biddy Leigh que partió hace seis años? ¿Sigo siendo aquella chiquilla rústica y deslenguada, con la cabeza llena a reventar de viejas recetas? No, yo soy la *signora* Bibiana Cellini. Apenas me reconozco, pues mis enojados dedos están pálidos y bonitos gracias a los cuidados de mi camarera, mi cara está empolvada y mi cintura se ensancha a medida que se aproxima otro alumbramiento. Busco un hilo que lleve desde aquel día en que daba forma a las tartas de tafetán allá en Mawton hasta hoy, cuando meto mis zapatos con hebillas de brillantes bajo el escritorio. El hilo es fino y quebradizo como el algodón de azúcar. Por ahora me aman, estoy completa como dos medios globos de azúcar juntos y vueltos a tejer en uno. He creado vida en mis queridos hijitos. He saboreado la vida. Y he probado el corrompido frío de la muerte.

De manera que Mawton está vacío. Nuestra cocina, invadida por el viento y la lluvia; las altas ventanas, hechas añicos; el esqueleto de ladrillo, echado a perder. Hasta los antiguos cuadros y muebles de Sir Geoffrey se han vendido y dispersado como el viento. Me pregunto si aquella historia ha llegado a pasar, la de una dama blanca que va por el sombrío sendero de la

arboleda hasta su destilería en ruinas. Ahora entiendo mejor la trágica historia de Lady Maria, su esposo casi loco de sífilis, el sinfín de nenes concebidos y perdidos, su pasión por la herbolaria que ocultaba una búsqueda más oscura. Aquí, en *La joya de la cocinera*, he encontrado páginas de remedios contra la pestilencia: el aceite de sasafrás, los cordiales de beleño y ajenojo... Pobre Lady Maria, la maldición que llevó a Mawton fue sin duda el amor y la avaricia que despertó en el joven Humphrey Pars.

Qué lejos me siento de Inglaterra, bañada en lluvia, de Mawton y su musgoso cementerio. Es una pena que no pueda ir a ver la tumba de mi querida amiga, aunque temo que si fuese allí, quizá cayese sollozando al suelo. Eso me recuerda otro cementerio también, allá en Ombrosa. Fuera el sol se oculta por debajo de los tejados y trae la hora dorada del atardecer. El cielo resplandece como cobre bruñido y nuestro barquero no es más que una negra silueta en la penumbra.

El sol debe de estar poniéndose allí también, en aquella solitaria lápida de Ombrosa. Debe de estar poniéndose en el largo camino blanco que va a la villa y en los rostros de las estatuas que vigilan en la hierba con ciegos ojos de piedra. El sol debe de filtrarse también desde los cipreses que lanzan sus pinchos negros recortados en el cielo color violeta. La inscripción tal vez se haya borrado o se haya cubierto de musgo en el árido suelo. Dice *Obedience Leigh*. Obedience Leigh está muerta, pienso. Aunque no tan muerta como los pobres huesos que yacen allí, unidos por la codicia, olvidados de todos.

El barquero es ya un simple borrón en el oro sucio de las aguas mientras emprende viaje hacia la orilla más lejana. La casa se ha calmado. El último rayo de sol huye en un haz de luz y se apaga deprisa. Y yo estoy satisfecha con este libro que he escrito para ti, curioso lector, este memorial de amor que celebra los platos de los muertos.

AGRADECIMIENTOS

En origen esta historia me la inspiraron la maravillosa cocina de Erddig Hall, cerca de Wrexham, y su colección de recetas manuscritas. Después emprendí un apasionante viaje, tanto geográfico como gastronómico, desde Cheshire a Florencia en compañía de Biddy Leigh. Por supuesto estoy en deuda, en primer lugar, con las difuminadas figuras que anotaron sus recetas en los libros de casa o en los primeros libros impresos. Además, los siguientes libros y las siguientes personas merecen mención especial:

- Elizabeth Raffald, *The Experienced English Housekeeper* (Southover Press, 1996)
- Gilly Lehmann, *The British Housewife: Cookery Books, Cooking and Society in the 18th Century Britain* (Prospect Books, 1999)
- Hannah Glasse, *First Catch Your Hare* (1747). *The Art of Cookery Made Plain and Easy* (Prospect Books, 2012)
- Rebecca Spang, *The Invention of the Restaurant: Paris and Modern Gastronomic Culture* (Harvard University Press, 2000)
- Robin Weir, Caroline Liddell y Peter Brears, *Recipes from the Dairy* (The National Trust, 1999)
- Laura Mason (ed.), *Food and the Rites of Passage* (Prospect Books, 2002)
- Janet Theophano, *Eat My Words: Reading Women's Lives Through the Cookbooks They Wrote* (Palgrave MacMillan, 2003)
- Stephen Mennell, *All Manners of Food: Eating and Taste in England and France from the Middle Ages to the Present* (University of Illinois Press, 1995)

- Barbara Ketcham Wheaton, *Savouring the Past: The French Kitchen and Table from 1300 to 1789* (Simon & Schuster, 1996)
- Laura Mason, *Sugar-plums and Sherbet: The Prehistory of Sweets* (Prospect Books, 2003)
- Piero Camporesi, *Exotic Brew: Art of Living in the Age of Enlightenment* (Polity Press, 1998)
- R. H. Barnes, *Sea Hunters of Indonesia: Fishers and Weavers of Lamalera* (Clarendon Press, 1996)

Los diarios y las cartas de los viajeros del siglo XVIII son mi debilidad, en particular las cáusticas opiniones de John Byng y Tobias Smollett sobre las posadas y sus sinceros puntos de vista sobre los extranjeros. También estoy en deuda con Samuel Sharp, Hugh Walpole y James Boswell por sus relatos de viajes europeos, y con Hester Lynch Piozzi por los detalles acerca del vestir y de los matices sociales, que a menudo sus contemporáneos varones pasaron por alto. Los diarios de la servidumbre son una rareza, pero *Memoirs of an Eighteenth-century Footman: Travels 1754-1779* (Routledge, 2004), de John Macdonald, es una joya: describe el mundo de un criado, hecho de buena mesa, jolgorio y oportunidades para los viajes y los amoríos a costa de su señor. En palabras del propio Macdonald: «Mi vida me parecía el cielo en la tierra».

La guía que he seguido de principio a fin es *The Grand Tour* (Ganesha Publishing), de Thomas Nugent, que se publicó por primera vez en 1756.

Biddy habla un dialecto de Lancashire que evoco en parte gracias a los recuerdos de mi difunto abuelo, Alfred Redvers Hilton, reforzados por el glosario de John Collier («Tim Bobbin or “The Lancashire Hogarth”») en *A View of the Lancashire Dialect* (Lightening Source UK).

Quiero dar las gracias particularmente, por su ayuda y por ser fuentes de inspiración, a las siguientes personas: a Ivan Day por ofrecerme una plaza de último momento en su curso de cocina georgiana y por la libertad de descubrir la tarta de tafetán en su biblioteca, y también por el tesoro que es www.historicfood.com; gracias también al grupo de recreación dramática Lace Wars por darme la oportunidad de descubrir qué habilidad requiere la tarea de cocinar sobre el fuego; asimismo, Philippa Plock y Rachel Jacobs,

de la National Trust for Places of Historic Interest or National Beauty (Fundación Nacional para los Lugares de Interés Histórico o Belleza Natural), tuvieron la gentileza de permitirnos a mi marido y a mí acceder a la colección de tarjetas comerciales del barón Rothschild que se conserva en Waddesdon Manor, Buckinghamshire.

Mi fascinación por Indonesia nace de los recuerdos de infancia de mi difunta madre, Mary Witsenburg, cuya familia vivió en las antiguas Indias Orientales en la década de 1750. Gracias también al señor Piter de Floressa Tours por sus explicaciones sobre la magia y los rituales de la fascinante isla de Flores, y a mi hermana y a mi cuñado, Marijke y David Snell, que afrontaron ese viaje conmigo.

Dos amigas escritoras, Elaine Walker y Alison Layland, me proporcionaron sus inestimables opiniones y su inspiración en nuestras reuniones mensuales. Yvonne Hodgkinson y Lucienne Boyle me brindaron, asimismo, sus puntuales opiniones y su apoyo. En Nueva Zelanda, gracias a Philippa Branthwaite y a Anne Cullen. Nancy King me facilitó generosamente una oportunísima beca de artes creativas en la residencia Muriwai Earthskin. Mi hermana, Lorraine Howell, despertó mi interés por los atuendos del siglo XVIII, y este libro es en parte un producto de nuestras obsesiones infantiles compartidas. De manera parecida, mi antiguo profesor, Stuart Horsfall, me recordó que yo ya escribía esta historia a la edad de diez años y tenía que terminarla. A mi difunto padre, Derek Hilton, que me enviaba recetas garabateadas con entusiasmo, lo tuve con frecuencia en mis pensamientos. Por su decisivo apoyo y su fe en la novela, gracias a Ella Kahn y a Sarah Nundy, de Andrew Nurnberg Associates, y a Laura Macdougall, de Hodder & Stoughton. Y por darme ánimos siempre a lo largo de los años, gracias a mi hijo, Chris, y a mi marido, Martin, y a este último, también, por leer incansablemente mis manuscritos.

Título original: *An Appetite for Violets*
First published in Great Britain in 2014 by Hodder & Stoughton
An Hachette UK company

Tarjeta comercial de Renzo Cellini © Martin Bailey, 2013 (Cortesía de la National Trust,
www.waddesdon.org.uk. Signaturas: 3686.1.89.182, 3686.2.14.32, 3686.2.75.190, 3686.3.4.11,
3686.4.7.13)

Tarjeta comercial del Hotel La Reina de Inglaterra © Martin Bailey, 2013 (Cortesía de la National
Trust, www.waddesdon.org.uk. Signaturas 3686.2.14.32, 3686.2.44.109, 3685.2.75.190,
3686.3.27.67, 3686.4.37.62)

Mapa e ilustraciones © Clifford Webb

Todos los personajes de esta publicación son imaginarios, o figuras históricas cuyas palabras y actos
son imaginarios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Edición en formato digital: 2015

© Martine Bailey, 2014
© Traducción de Valentina Reyes, 2015
© de esta edición: Editorial Bóveda, 2015
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
administrador@editorialboveda.com

ISBN ebook: 978-84-15497-77-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su
descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema
de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico,
mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.editorialboveda.com

OceanofPDF.com